

Traducción



beauty in lies
book two

until
forever

And
ADELAIDE
FORREST

Nota

La traducción de este libro es un proyecto de Erotic By PornLove. No es, ni pretende ser o sustituir al original y no tiene ninguna relación con la editorial oficial, por lo que puede contener errores.

El presente libro llega a ti gracias al esfuerzo desinteresado de lectores como tú, quienes han traducido este libro para que puedas disfrutar de él, por ende, no subas capturas de pantalla a las redes sociales. Te animamos a apoyar al autor@ comprando su libro cuanto esté disponible en tu país si tienes la posibilidad. Recuerda que puedes ayudarnos difundiendo nuestro trabajo con discreción para que podamos seguir trayéndoles más libros

Ningún colaborador: Traductor, Corrector, Recopilador, Diseñador, ha recibido retribución alguna por su trabajo. Ningún miembro de este grupo recibe compensación por estas producciones y se prohíbe estrictamente a todo usuario el uso de dichas producciones con fines lucrativos.

Erotic By PornLove realiza estas traducciones, porque determinados libros no salen en español y quiere incentivar a los lectores a leer libros que las editoriales no han publicado. Aun así, impulsa a dichos lectores a adquirir los libros una vez que las editoriales los han publicado. En ningún momento se intenta entorpecer el trabajo de la editorial, sino que el trabajo se realiza de fans a fans, pura y exclusivamente por amor a la lectura.

¡No compartas este material en redes sociales!

No modifiques el formato ni el título en español.

Por favor, respeta nuestro trabajo y cuídanos así podremos hacerte llegar muchos más.

¡A disfrutar de la lectura!

#2 Until Forever Ends

Beauty in Lies

Staff



TRADUCCIÓN

Angel
Chiquibaby
IzzyBook



CORRECCIÓN

Yile
Crybaby



REVISIÓN

LanaMayer



LECTURA
FINAL

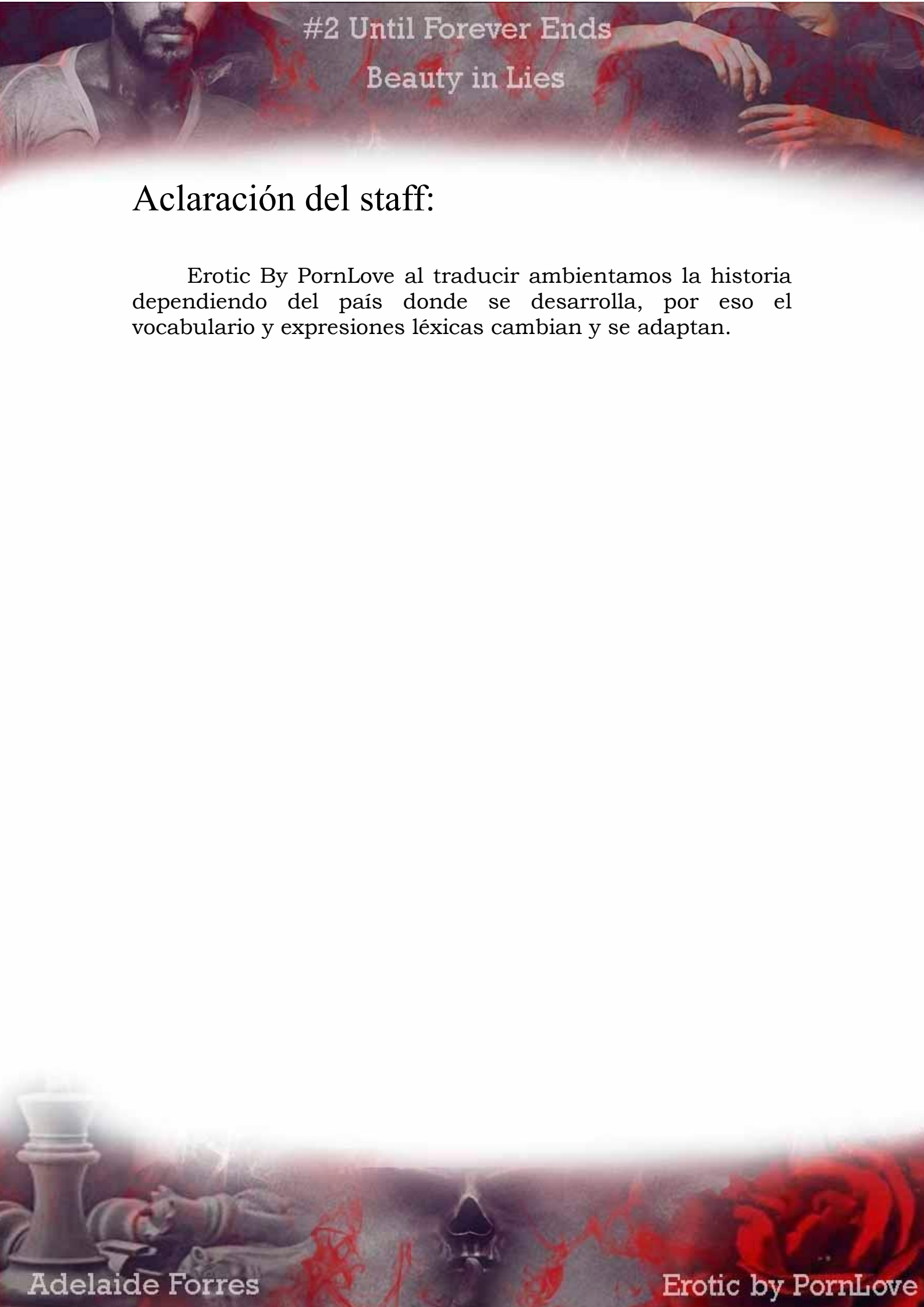
LaSocia



DISEÑO

ChiquiBaby
MissAlien





#2 Until Forever Ends

Beauty in Lies

Aclaración del staff:

Erotic By PornLove al traducir ambientamos la historia dependiendo del país donde se desarrolla, por eso el vocabulario y expresiones léxicas cambian y se adaptan.



#2 Until Forever Ends

Beauty in Lies

UNTIL FOREVR ENDS

LIBRO 2

Adelaide Forbes

Erotic by PornLove

Sinopsis

Algunas obsesiones son para siempre, y por algunos amores vale la pena matar.

Me enamoré del diablo.

Retorció todo lo que creía saber con hermosas mentiras e inteligentes manipulaciones. Me mostró un mundo que nunca había visto, uno que siempre fue demasiado bueno para ser verdad.

Desveló la pesadilla que había bajo su piel.

Está decidido a poseerme por completo, a derribar mis muros hasta que no haya parte de mí que no conozca por dentro y por fuera. No se detendrá hasta que no quede nada.

Algunos secretos es mejor dejarlos en la oscuridad.

No existe nada más que su abrumadora necesidad y su deseo de hacerme suya en todos los sentidos. Marcará mi cuerpo, reclamará mi alma.

Y forjará una reina para el mismísimo diablo.

Índice

Capítulo 1	Capítulo 20
Capítulo 2	Capítulo 21
Capítulo 3	Capítulo 22
Capítulo 4	Capítulo 23
Capítulo 5	Capítulo 24
Capítulo 6	Capítulo 25
Capítulo 7	Capítulo 26
Capítulo 8	Capítulo 27
Capítulo 9	Capítulo 28
Capítulo 10	Capítulo 29
Capítulo 11	Capítulo 30
Capítulo 12	Capítulo 31
Capítulo 13	Capítulo 32
Capítulo 14	Capítulo 33
Capítulo 15	Capítulo 34
Capítulo 16	Capítulo 35
Capítulo 17	Capítulo 36
Capítulo 18	Capítulo 37
Capítulo 19	Sobre la autora

CONTENIDO Y ADVERTENCIAS

Beauty in Lies es una serie romántica|mafiosa oscura que trata temas que algunos lectores pueden encontrar ofensivos o desencadenantes. Los lectores de la serie Bellandi Crime Syndicate de Adelaide Forrest deben tener en cuenta que esta serie es mucho más oscura.

Por favor, tengan en cuenta que la siguiente lista contendrá información específica sobre TODA la serie y puede estropear ciertos elementos de la trama. Por favor, evite las siguientes páginas si no desea conocer los detalles.

Los siguientes escenarios están presentes en la serie Beauty in Lies. Esta lista se volverá mas explicita con el desarrollo de la historia.

-Situaciones que implican consentimiento dudoso o cuestionable.

-13 años de diferencia de edad con la heroína, con ambos personajes siendo mayores de edad en el momento que mantienen relaciones sexuales.

-Embarazo forzado.

-Marcas.

-Matrimonio forzado bajo amenaza de muerte y violencia- MUY gráfica, tortura y asesinato.

-Uso de drogas, intento de violación y situaciones dudosas bajo la influencia.

-Escenarios de secuestro/captura.

1

RAFAEL



Ella me dejó.

Nada en nuestras vidas cambiaría el hecho que ella intentó irse. Que ella escogió su vida mundana sobre el abrazo apasionado que yo le ofrecí. No podía recordar un momento en mi vida que algo me haya afectado tan poderosamente, que la ira arda dentro de mí tan ferozmente como para poder prender el mundo en fuego.

Si yo no puedo tenerla, nadie lo hará. Nos mataría a los dos antes de dejarla alejarse.

Ignoro la charla nerviosa de los tres hermanos detrás de mí, elevando a Isa más en mis brazos y llevándola a las escaleras hacia el nivel más bajo de mi yate, donde el *McLaren* nos espera. No me atrevo a mirarla mientras camino. La vista de su rostro engañosamente inocente solo me torturaría si lo hago.

Joaquín me rodea y abre la puerta del pasajero cuando me acerco. A pesar de mis buenas intenciones, doy una mirada al rostro hermoso de Isa mientras la coloco en el asiento. Aún con ira corriendo por mis venas, me tomo el momento para estudiar sus rasgos relajados y pacíficos.

Cuando ella despierte, me odiará. Cuando despierte, todo cambiará para ella.

Froto un pulgar sobre su mejilla, deseando poder sentir sus ojos en los míos una vez más antes que se endurezcan por la verdad de su nueva realidad.

No sé qué va a pasar. No tengo ninguna manera de predecir como actuará Isa cuando despierte como mi prisionera. Pero las aguas turbias delante de nosotros probablemente se parecen más al Río de Chicago que al Mediterráneo donde Isa se enamoró de mí.

Retrocediendo con un fuerte suspiro, enderezo mis hombros y cierro la puerta para encerrarla. Ha pasado más de una hora desde que dejamos Ibiza temprano por la mañana. Ha pasado más de una hora donde durmió junto a mí, y fui forzado a preguntarme si ella soñó conmigo. Si todavía seré el hombre apuesto que ella conoció en Ibiza, o si finalmente vea la pesadilla que la consumiría.

Me dirijo hacia el lado del conductor. Mi mirada fija en el hombre que se tomó demasiado tiempo en abrir la escotilla y darme espacio para pasar sobre el yate y el muelle de la marina. Mientras me siento, él finalmente me da un asentimiento nervioso para indicarme que es seguro salir.

Mi isla, mi hogar, aparece frente a mí, el terreno montañoso en el fondo me está llamando. En la distancia, se pueden ver los bordes del techo de la casa principal. El estilo terracota mediterráneo es considerablemente diferente de los árboles de pino que cubren la montaña y ofrecen privacidad al recinto donde vive mi gente.

El *McLaren* se pone en marcha con un suave rugido, el sonido vibrando dentro del yate mientras me dirijo hacia el muelle y tomo el camino ventoso hacia la colina de la casa. El trayecto es corto, marcado solo por mi rabia y el conocimiento de lo que vendrá.

De empezar a mostrarle a Isa exactamente cómo será su nueva vida.

Una sensación de alivio me rodea debajo de mi rabia, sabiendo que no necesitaré disfrazar mis impulsos con el interés de hacer que Isa me ame. Ella verá el monstruo verdadero, no solo señales de él, y sabrá que tomó la decisión equivocada.

Ella debió amar al hombre, en lugar de eso, ella será poseída por su peor pesadilla.

Deteniéndome frente a la casa principal, paro el auto y salgo del asiento del conductor. Alejandro y Regina están frente a la escalera del frente con una sonrisa en sus caras. Yo no me había molestado en informarles de las circunstancias de nuestra llegada, solo de ordenarle a Regina que informe al doctor García que esté listo con los suplementos que discutimos él y yo antes de irme.

Estaban destinados para el peor caso posible, un plan de contingencia, pero no sabía lo mucho que dolería esta traición.

—*Mi hijo* —dice Regina, dando un paso al frente para abrazarme. Yo la ignoro, abriendo la puerta del pasajero y viendo sus ojos caer al cuerpo inconsciente de Isa. La sonrisa cae de su rostro mientras saco a Isa del vehículo, sosteniendo su cuerpo laxo en mis brazos y pasando al lado de las expresiones boquiabiertas de Regina y Alejandro para cargarla hacia nuestro dormitorio.

Para ponerla exactamente donde pertenece.

—Joder —maldice Alejandro a mi espalda.

—*Mi hijo*, ¿ella está bien? —pregunta Regina, la preocupación en su voz hace que me detenga—. Ella está sangrando.

Bajo la mirada a las rodillas raspadas de Isa, un momento de algo parecido a arrepentimiento me llena antes de darme la vuelta para mirar firmemente a Regina.

—Ella tomó su decisión. Y yo tomé la mía.

Regina pone una mano sobre su boca mientras su labio inferior tiembla, pero no puedo molestarme en darle un momento para su sensibilidad. Ellos dos siempre supieron lo que le pasaría a Isa si ella no me elegía a mí.

Ellos solo esperaban que no fuera necesario.

Volteándome, me dirijo por el pasillo hacia la habitación donde nos espera el doctor García. Él da una mirada a Isa y suspira decepcionado. Había dejado muy en claro en nuestras conversaciones, que lo que yo le pedía era contra su propósito. Que de una manera no era ético y no estaba cómodo. De todos modos lo haría, si quiere mantener la cabeza sobre sus hombros.

Sabía que la mayoría de los hombres lo desean.

Moviéndome por la puerta abierta, gentilmente coloco a Isa sobre la cama. Su cabello color chocolate se esparce sobre la sábana blanca cuando su cabeza se inclina a un lado de la almohada.

—Señor Ibarra, tal vez hay alguna otra manera —dice el doctor García.

—No la hay —digo bruscamente, apartando mis ojos del rostro pacífico de Isa para cuidadosamente ponerla sobre su estómago. Agarrando el cuchillo de mi mesa de noche, corto la tela de la espalda de su vestido y hasta su cintura, revelando su piel suave a los ojos de otro hombre. Aunque odie cada momento. Contengo la urgencia de asesinarlo por poner sus ojos en una piel que debería ser solo para mí, aun sabiendo que no es más de lo que un hombre vería cuando Mi Princesa vaya a nadar a la piscina. El hecho que ella esté inconsciente y finalmente en mi cama empeora el instinto natural que siento de encerrarla y ocultarla de todos los demás.

Pero involucrarlo es un mal necesario que no lamentaría si Isa, decide hacer algo estúpido cuando despierte desnuda en mi cama y recuerde quién soy.

Cuando recuerde lo que hice.

Él suspira, asintiendo mientras prepara la jeringa con el primer rastreador de Isa. Yo desabrocho su sostén, dejando desnudo el espacio entre sus hombros para que él encuentre la posición perfecta.

En algún lugar donde ella no pueda cortar sin ayuda.

Ella no se movió mientras él insertó el primer rastreador. Ni siquiera se sacudió cuando insertó otro en su brazo, justo por encima de su codo derecho.

—Puedo convencerme, que los rastreadores podrían salvar su vida —dice, agarrando la otra jeringa de su bolso. Le doy la vuelta a Isa para que quede sobre su espalda, intentando deliberadamente ignorar el siguiente consejo—. Pero esto no, Señor Ibarra. Le ruego que reconsidere tomar esta decisión por ella. La Señora Adamik es joven. Ella podría cambiar de opinión sobre la idea de tener hijos cuando lo desee.

—No sé qué dije para hacerte pensar que me importa una mierda tu opinión, doctor —digo burlonamente.

Él muerde su labio inferior, observando mientras cuidadosamente corto la tela del estómago de Isa. Su vestido no es nada más que unos trozos que cubren las partes más íntimas de su cuerpo. Pero no puedo obligarme a revelar su cuerpo a otro hombre, más de lo absolutamente necesario. Si yo me sintiera confiado para insertar sus rastreadores y la inyección de fertilidad, lo haría yo mismo.

Le puso la inyección con profesionalismo, luego retrocedió y reunió sus cosas. Una mirada a su cara me revela todo el conflicto, la evidencia de su horror al estar involucrado en mis planes para Isa. Yéndose sin ninguna otra palabra, cierra la puerta detrás de él y me deja en privacidad con *Mi Princesa*.

Suspiro, levantándome de la cama y dirigiéndome hacia el baño principal para preparar un baño caliente. Me quito la ropa mientras espero, mirando hacia atrás donde Isa no se ha movido desde que la dejé. Cerrando el grifo, regreso a la habitación y le quito su vestido con movimientos suaves que se sienten naturales. A pesar de la rabia corriendo por mi sangre como si estuviera en las profundidades del mismo infierno, mi toque en Isa permanece gentil. No puedo lastimarla mientras duerme.

Todo lo que quiero es marcarla. Reclamarla como mía. Pero ella estará despierta cuando llegue ese momento. Isa estará consiente de todo lo que le haga y sabrá donde se equivocó terriblemente.

Una vez que está desnuda, la cargo en mis brazos de nuevo y cuidadosamente nos coloco a los dos en la tina. Su espalda presionada contra mi pecho, su cabeza descansando sobre mi hombro mientras duerme. Dejo que el agua haga la mayor parte del trabajo por mí, limpiando su cuerpo de la tierra que recogió cuando forcejeaba en las calles de Ibiza mientras huía. El agua se torna rosa mientras lava la sangre seca de su piel, haciendo que su esencia me rodee en una aureola de dolor.

Pierdo la noción de cuánto tiempo me siento ahí con ella en mis brazos, frotando gentilmente una toalla sobre sus heridas para terminar de limpiarlas. Pienso en la noche cuando le dije que yo sabía cuántas pecas tiene y la sostuve de una manera similar. Me atormento, preguntándome si todo el tiempo que estuvo entre mis brazos, estaba pensando en el momento en que me dejaría.

Si ella había estado imaginando su vida de vuelta en su casa, cuando yo lo único que podía pensar es en el hecho que ella era mi hogar.

Cuando finalmente siento que está lo suficientemente limpia, la saco de la tina y nos seco a los dos lo mejor que puedo. Acostándola en la cama, examino las heridas en sus manos y rodillas para asegurarme que están limpias y que sanarán apropiadamente.

Su cuerpo está dócil mientras me deslizo en la cama a su lado, frotando una mano sobre su estómago donde la inyección de fertilidad perforó su piel. Los músculos se contraen en reacción, mostrando su pendiente regreso a la realidad.

Separo sus piernas con mi mano, bajando la mirada a la piel rosa entre sus muslos en un momento donde su inseguridad con su cuerpo no puede impedir mis observaciones. Toco con un dedo la peca que está justo debajo de su ombligo, deslizando mi mano más abajo lentamente y observando su rostro por una reacción.

No se mueve, sus pestañas permanecen completamente cerradas mientras mis dedos se deslizan a través de sus labios y chocan contra su clítoris. Sostengo su sexo en mi mano, mirándola con asombro y preguntándome cómo me tomó dentro de ella.

Una mirada a su rostro de nuevo, confirma que ella aún no ha despertado del sedante, durmiendo pacíficamente mientras la violó de una manera en que sé que ella maldecirá cuando descubra la verdad. Y yo tengo toda la intención de asegurarme que ella sepa que la toqué mientras dormía. Que ella es mía para hacerle lo que quiera, y los límites que hubieran existido en una relación normal nunca se aplicarán a nosotros.

Muevo mi cuerpo sobre su pierna, poniendo mi cara a nivel de su coño y levantando sus rodillas para abrir sus piernas más amplias. Moviendo mi lengua entre sus labios, la lamo desde su entrada hasta su clítoris y de vuelta.

Impulsado con la necesidad de asegurarme que sueñe conmigo, mis dedos se hunden en los huesos de su cadera. Aún mientras duerme, Isa no estará libre de mí. Nunca de nuevo.

Mi toque se vuelve mas rudo mientras la rabia me consume. Con el recuerdo que *Mi Princesa* intentó dejarme. Que ella intentó alejarse de mí. Que nunca sabría de nuevo lo que es tener mi boca

en su coño. Que nunca sabría de nuevo lo que es tener mi polla dentro de ella.

Arrastro mis labios sobre su coño y hacia su muslo, hundiendo mis dientes en la piel de su pierna y revelando el diminuto jadeo que libera en sus sueños. La vista de la marca de mi mordida en su piel me tranquiliza ligeramente. La miro y soplo contra su clítoris mientras la observo, inclinándome hacia adelante para presionar la punta de mi lengua en ella firmemente. Trabajo en ella sin piedad de una manera que la habría hecho gritar si ella estuviera despierta.

Su pierna se mueve al lado de mi cabeza, esa sensación trabajando para arrastrarla lejos de su neblina. Sellando mi boca alrededor de su clítoris, lo chupo gentilmente hasta que su estómago tiembla por la necesidad de correrse.

Sus pestañas no se mueven, sus párpados permanecen cerrados a pesar de mi boca chupando su coño, intentando arrastrarla de su sueño. Jalo su clítoris en mi boca, chupándolo con lamidas firmes y rítmicas hasta que su estómago cede. El aliento se escapa de sus pulmones mientras sus piernas intentan apretar mi cabeza involuntariamente, cuando se corre en mi lengua. La observo mientras sus pestañas se mueven una última vez mientras sus piernas se relajan a mi alrededor, posicionándome para arrodillarme entre sus piernas mientras sostengo mi polla en mi mano.

Mirando la húmeda e hinchada piel entre sus piernas, me masturbo furiosamente. Rabia que aún no ha desaparecido me consume, inclinándome hacia adelante con la necesidad de estar dentro de ella. Pero quiero mirar a sus ojos la primera vez que su pesadilla la folle. Quiero que sepa exactamente quién fue su dueño por primera vez. El pensamiento del shock en sus bonitos ojos multicolores me pone sobre el borde, y disparo mi liberación sobre su coño y vientre con un fuerte gruñido. Muerdo mi labio mientras bajo la mirada a mi semen pintando su piel, brillando en ella y marcándome como suyo. Quiero mirarlo mientras espero que se

despierte, pero los escalofríos en sus brazos me obligan a poner la sábana sobre ella y esconder su cuerpo de mi vista.

Agarro un par de shorts del closet, me lo pongo y me siento en la silla al lado de la cama. Para observarla hasta que se despierte y recuerde dónde está.

Mi polla palpita con la necesidad de estar dentro de ella, sin importarle la liberación que acabo de pintar en su piel.

He esperado dieciséis meses para tenerla. Podría esperar otra hora para verdaderamente hacerla mía.

2

ISA



Mi cabeza palpita, un dolor tedioso que me saca de las profundidades de un leve recuerdo. La sensación de la mano de un hombre en la mía, la ruda piel de su mano envuelta a mí alrededor, me jala del pasado. Intenta hundirme, intenta llevarme de vuelta al último lugar que quiero recordar.

Pero el dolor en mi cabeza empuja los demonios, forzándome a abrir mis ojos con un suave gruñido que vibra en mi garganta seca. Pongo una mano sobre mi frente mientras parpadeo a la tela blanca colgando como un dosel desde el marco de la cama encima de mí. Obligándome, me siento lentamente y lamo mis labios mientras intento recordar dónde me quede dormida.

Una desorientación me golpea cuando no reconozco la habitación, pero el mediterráneo resplandeciente a un lado del balcón es indiscutible. La habitación a mi alrededor no es la suite que compartí con Rafe.

Los acontecimientos de la noche anterior me atormentan en un recuerdo repentino, mis huesos doliendo con el miedo que pasa a través de mí. Jadeo mientras mis pulmones se llenan de un choque de aire, mi mano volando hacia mi cuello para tocar el lugar adolorido. Donde la aguja perforó mi piel. El latido de mi corazón

golpea incesablemente, haciendo difícil respirar a través del pánico que me consume cuando miro hacia abajo donde la sábana cae por mi cintura. La agarro, jalándola de nuevo para cubrir mis pechos desnudos. El espacio entre mis muslos se siente húmedo mientras muevo mis piernas, y me estiro debajo de la sábana para tocarme con horror.

Mi mano toca una sustancia seca en mi estómago, mi cuerpo entero se paraliza cuando me doy cuenta de la implicación de lo que debe ser. Un sueño húmedo, aún uno inducido por drogas, no pintaría mi estómago con mi propia liberación. Mi otra mano cubre mi boca mientras trago la urgencia de vomitar, después de la violación para analizar mis otras heridas. La realidad de lo que me pasó mientras dormía podría consumirme después, de encontrar un lugar seguro.

Después de alejarme del hombre que yo pensé que conocía, pero nunca pude haber sospechado la verdad de su engaño. Quién es él realmente y de lo que podría ser capaz.

Todo duele-las consecuencias de mi vuelo a través de la Ciudad de Ibiza en medio de la noche. Miro hacia la izquierda mientras muevo mis piernas sobre el borde de la cama lo más lentamente que puedo, determinada a no hacer ni un sonido.

Los ojos impactantes de Rafael se encuentran con los míos, una fría furia en ellos mientras inclina sus codos sobre sus rodillas y me observa como el depredador que es. En silencio y mortal, me estudia mientras yo me quedo quieta. Muerdo mi labio inferior cuando considero mis opciones, incapaz de apartar mis ojos de los suyos. No me atrevo a darle la espalda después de lo que ha hecho. Lamiendo mis labios de nuevo, lucho para encontrar las palabras para hablar con él.

Para encontrar una manera de comunicarme con el hombre que amé, y no con el monstruo en el que se convirtió cuando lo dejé.

—Rafe —murmuro, mi voz temblando con una súplica silenciosa. Él levanta sus codos de sus rodillas, sentándose recto en su silla y mirándome fijamente con esa cruel inclinación de cabeza.

—*Princesa* —dice. Sosteniendo los brazos de su silla, se levanta y camina hasta que está directamente frente a mí. Quedando encima de mí, de repente pareciendo aún más alto de lo que era antes. Él estira una mano, observándome para ver si yo la acepto.

Se siente como una prueba, como una última oportunidad de calmar la pesadilla rondando debajo de su piel. Una última oportunidad para sobrevivir con pedazos de mí intactos, pero no puedo.

No puedo obligarme a tomar esa mano. No después de lo que hizo y no saber las respuestas a todas las preguntas que tengo.

—¿Por qué estoy desnuda? —pregunto, ignorando lo que sé que probablemente sea la última amabilidad que me muestre. La fría furia en su cara se desvanece mientras baja la mano a su lado, reemplazada por el ardor de las profundidades del infierno cuando sus fosas nasales se dilatan y aprieta sus dientes.

Sus ojos intensos queman en los míos, una silenciosa advertencia en el silencio antes de gruñir su respuesta:

—Porque eres mía.

—¿Me tocaste? —susurro, mi labio inferior temblando mientras observo la fría sonrisa malvada, que transforma su cara en algo creado en mis más hermosas pesadillas.

—Creo que los dos sabemos la respuesta a eso —dice, estirando una mano para tomar un mechón de mi cabello en su mano y girarlo pensativamente—. ¿O mi semen en tu cuerpo no es suficiente pista para ti?

—¿Por qué estás haciendo esto? —pregunto, un sollozo atrapado en mi garganta cuando miro alrededor de la habitación con miedo—. ¿Dónde estamos?

—Estamos en *casa* —dice, liberando mi cabello pero negándose a retroceder de donde está. Es demasiado cerca para una conversación, ya que prácticamente respira sobre mí y yo tengo que inclinar mi cabeza en un ángulo innatural para mirarlo. Me muevo más cerca de la cama, necesitando desesperadamente poner espacio entre nosotros.

Me muevo lentamente, presintiendo que movimientos rápidos provocarían al depredador observándome como si pudiera devorarme en cualquier momento. Temor se desliza por mi columna cuando su mano se contrae a su lado mientras yo me muevo, luciendo como si no quisiera nada más que estirarse y agarrarme. Para que no pudiera tener ese espacio que necesitado desesperadamente. Él se contiene, pero de algún modo yo sé que es algo temporal.

—Éste no es mi hogar —susurro, mirándolo mientras lucho por tragar alrededor de mi garganta seca.

—Ahora lo es.

Él se estira hasta la mesa de noche, agarrando una botella de agua y dándole vuelta a la tapa. Ya está medio vacía, y yo la miro un momento antes de sacudir mi cabeza.

Tanto como quiero agua, no confío en él.

—Si te quisiera drogada, estarías drogada, Isa —dice, empujando el agua en dirección a mí—. No necesito ocultarla en tu agua como un cobarde cuando simplemente puedo inyectarla en tu pequeño y lindo cuello.

Trago, tomando el agua con manos temblorosa y bebiendo toda la botella.

—Solo quiero ir a casa. Yo no sé nada, y prometo que no le diré a nadie acerca de ti. Lo juro, Rafe. Por favor —ruego. Su rodilla derecha toca el borde de la cama cuando toma la botella vacía de mis manos y la lanza a un lado. Presionando mis rodillas contra mi pecho, intento hacerme lo más pequeña posible mientras alejo la mirada y lucho contra el temblor de mi cuerpo.

Mientras evito mostrar las lágrimas que pican en mis ojos con la garganta ardiendo.

—Sé lo que te dijo Chloe —dice mientras su otra rodilla toca el colchón. Él pone una mano a cada lado de mis pies, inclinándose hacia adelante como cazando su cena mientras se acerca más y más en mi visión periférica.

—¿Chloe y Hugo están bien? —pregunto, atreviéndome a mirarlo. Sabiendo el más mínimo detalle de las cosas que ha hecho ha logrado que me secuestre cuando había pasado días conmigo, ¿qué les pasaría a los extraños que realmente hablaran de sus crímenes?

—Ellos están bien. Por ahora —dice, sacando un jadeo de angustia de mis labios—. Ya sea que permanezcan de esa manera depende completamente de ti.

No me atrevo a preguntar qué tendré que hacer para mantenerlos a salvo. ¿Qué espera de mí a cambio de perdonarles la vida a mis amigos?

—¿Es cierto? —pregunto—. ¿Lo que dijo Chloe? —Oscuridad baila en su brillante mirada, como un monstruo de las profundidades que viene a reclamar a la víctima que se escapó.

—Tú me hiciste una pregunta —murmura, su sonrisa cruel estirando sus labios en los bordes mientras me mira desafiante—. ¿Finalmente estás lista para la respuesta?

Suelto un jadeo doloroso, sabiendo que nunca estaré lista. Pero despertar desnuda en su cama después de ser secuestrada de las

calles de Ibiza significa que se me acabó el tiempo. No puedo enterrar mi cabeza en la arena cuando la realidad de la clase de hombre que me está mirando directo a la cara aparezca.

—Si —respondo, ignorando el agujero en mi estómago que me advierte que ponga las sábanas sobre mi cabeza. La parte de mí que no quiere nada más que fingir que mi pesadilla no está sucediendo.

Que me he enamorado de un monstruo irredimible.

—Ella te dijo que soy un asesino —dice, estirando una de esas manos para meter una onda suelta de cabello detrás de mí oreja. Su pulgar calloso toca mi rostro, moviéndose de mi oreja hacia mis labios para jalar la carne a un lado mientras mira mi boca—. No es del todo cierto —dice. La frase extraña hace que haya un momento de esperanza en mi pecho-tontamente, porque ya sea cierto o no, la forma en que me aterrorizó y me secuestró nunca será aceptable—. Pero tu amiga no tiene idea de lo que he hecho. Asesino solo es un poco de la superficie del hombre que soy, *princesa*. Ya he perdido cuenta del número de vidas que he reclamado.

Si hubiera comida en mi estómago, podría haber vomitado.

—Te permití entrar en mí —lloriqueo.

Él me sonríe.

—Lo hiciste. Hasta me dejaste entrar en ti cuando regresé anoche después de matar a un hombre en *Lotus* —dice, su voz cayendo más bajo cuando dice esas palabras. Aún en las horribles circunstancias, el sonido de su voz es como un dulce tormento, arrastrándome más profundo en su red.

Yo quiero huir. Debería intentarlo. Pero algo en él me mantiene quieta en el lugar y desesperada por mantener sus ojos en los míos. Como un venado atrapado en las luces de un auto, no puedo alejar la mirada de la belleza devastadora que es Rafael Ibarra.

Él es lo peor de mí, lo peor de mi humanidad, y llama a los demonios escondidos en mi alma. Pero no puedo dejarlo tenerme, sin importar lo mucho que quiero amar al monstruo como amo al hombre.

Él se interpuso en mi camino cuando me dirigía a casa, de regreso a la familia que me necesita. Hacer lo que se espera de mí. Rafael sería la razón que ellos se preocupen por mí, y potencialmente, nunca saber lo que me pasó.

Él me aterrorizó, me lastimó, y me robó de las calles.

Todo lo que quería era ir a casa.

Quita su mano de mi boca, esperando que yo me mueva o diga algo en respuesta a su oscura confesión. Rafael me tocó con la sangre de un asesinato en sus manos, aún si literalmente no haya estado ahí. Él me ensució con su toque, me atormentó con su oscuridad.

Yo no me muevo por un momento, devolviéndole la mirada. Luego, con la repentina ferocidad de una mujer luchando por su vida, lo pateo. Una pierna choca en el muslo, la otra en el estómago, y me lanzo al otro lado de la cama mientras retuerzo mis extremidades y lucho para alejarme. Él gruñe y retrocede, casi cayendo fuera de un lado de la cama con la fuerza de mi patada.

Él se mueve más rápido de lo que debería ser posible, recuperándose rápidamente cuando una mano azota fuertemente mi culo mientras yo me muevo al borde de la cama. No me importa que yo caiga primero, solo que el otro lado de la cama está más lejos de él. Lejos de los brazos que querían arrastrarme de vuelta a su posesión y atraparme ahí para siempre. Grito, el sonido chillante haciendo eco a través de la habitación cuando él agarra mi cabello en su puño y me jala de vuelta. Mi cráneo explota en dolor, su agarre amenazando con arrancarlo de mi cabeza cuando, levanto mis dos manos para intentar deshacerme de su agarre. Rafael se

concentra en arrastrar mi cuerpo al otro lado de la cama. Poniendo su peso encima del mío para atraparme mientras yo lloriqueo de dolor. Solo cuando él me tiene inmovilizada, suelta su agarre, dejándome respirar mientras el ardor de mi cráneo empieza a desvanecerse.

—Eso. —Hace una pausa, usando el agarre más relajado en mi cabello para voltear mi cabeza. Él besa mi mejilla, sosteniéndome quieta mientras sus labios forman palabras contra mi piel—. Fue muy tonto, *Princesa*.

—Quítate de encima —ordeno, mi voz fría sorprendiéndome incluso a mí. El temblor que esperaba desaparece, borrado por la violencia potencial que está a punto de venir por mí.

Por nosotros.

Sé que si él hace lo que promete la dura erección presionada contra mi piel, yo nunca seré la misma. Sé que aunque mi cerebro sabe que debería odiarlo, mi cuerpo se sentirá diferente.

Llama a las oscuras perversiones dentro de mí, tomándolas y reclamándolas como tuyas. Él conoce las muestras de mis deseos, los secretos que quiero ocultar de todos. No hay nadie, además de Rafael, que sabe hasta el más simple concepto que existen, y él los usaría para su ventaja. Aún el conocimiento que me tocó mientras dormía, que pintó mi piel con su semen, no me horrorizó de la manera que debería. La parte más oscura de mí le gustó que él me marcara de esa forma tan primitiva. Si hubiera sido alguien más, hubiera estado demasiado traumatizada como para funcionar. Pero con Rafael, de algún modo tiene sentido.

—No creo que es lo que quieras —dice Rafael con una risa mientras su aliento toca mi mejilla. Su voz es un suave murmullo, un tono que debería ser dulce. En lugar de eso, todo lo que hace es prometer: corromperme con su mal.

Mancharme y hacerme suya.

Envuelve su mano libre, deslizándola en medio del colchón y mi cuerpo para tocar mi vientre. Salto en su agarre, luchando para alejarme del toque que sé que me invadirá si no me alejo.

Una lágrima cae, haciendo un recorrido por mi rostro y él se inclina hacia adelante para lamerla de mi mejilla.

—Por favor, no hagas esto —ruego, intentando sacudir mi cabeza. Él ignora mi súplica y desliza su mano más abajo. Sobre la línea donde hubiera estado mi ropa interior si él no me hubiera desnudado mientras dormía. Pasa sobre el centro de mi feminidad, hasta que desliza un dedo entre mis labios y choca contra mi clitoris. Con mis piernas abiertas alrededor de sus caderas, él lo mueve sutilmente hasta que su dedo frota contra mi entrada.

—No creo que mi coño quiera que me detenga, *princesa* —murmura, deslizando su dedo dentro de mí. Como el cuerpo traidor que es, él no recibe ninguna resistencia cuando entra completo. Ni siquiera cuando añade otro dedo, bombeándolos hacia adentro y hacia afuera lentamente por mi peso encima de su mano—. Mirame a los ojos y dime que no me deseas —dice. —Si puedes hacer eso sin mentir, te daré tu ropa.

La arrogancia en su voz me pone furiosa, volviéndome loca con la necesidad de probarle que está equivocado. Mirándolo furiosamente con el único ojo que puedo, fuerzo a mis labios a decir las palabras. Mientras él se inclina más cerca, sus labios tocan la esquina de mi boca, sintiendo la mía moverse mientras hablo.

—No te deseo —gruño—. Así no.

—Hmm —susurra—. Eso sabe a mentira. Creo que tú no quieres desearme, pero malditamente sabes muy bien que eres mía, sin importar qué.

—Te odio —siseo, sacudiendo mi cabeza hacia atrás cuando él mete un tercer dedo dentro de mí y los bombea furiosamente.

—Eso es cierto. —Se ríe—. Es una pena que jodidamente no me importe. Te di la oportunidad de amarme. En lugar de eso, aceptaré tu odio.

Sacando sus dedos, quita su peso detrás de mí mientras baja sus shorts por sus muslos, apretando su agarre en mi cabello cuando lucho debajo de él.

—Última oportunidad de convencerme, Isa.

—¡Vete a la mierda! Tú simplemente tomarás lo que quieras sin importar lo que diga —grito furiosamente cuando él se inclina hacia adelante y muerde mi labio inferior.

—Mi mundo, mis reglas. —Se ríe, deslizándose su polla entre mis pliegues mientras me retuerzo debajo de él. El peor tormento es lo bueno que se siente, lo mucho que Rafael me hace desearlo.

No tiene sentido, pero es cierto, sin importar lo que intento decirme a mí misma. Tengo que forzarme a no soltar el gemido que amenaza con subir por mi garganta, intentando liberarse de mi más profunda vergüenza.

—¡No quiero estar en tu mundo!

—Bueno, eso está jodidamente mal, porque tú nunca vas a dejarlo, *princesa* —gruñe las palabras, acomodándose y empujando en mí tan fuerte que llega hasta lo profundo haciendo que yo salte en la cama. Su mano aún agarra mi cabello, jalándome hacia atrás más fuerte para que no pueda moverme cuando vuelve a empujar dentro de mí—. Tú nunca vas a volver a dejarme, ¿jodidamente me entiendes, Isa? —pregunta, sosteniéndome quieta cuando lucho para agarrarme de las sábanas. Me siento desesperada con la necesidad de agarrar algo para lidiar con la mezcla de dolor y placer amenazando con partirme en dos. No puedo manejar la división de sensaciones, la confusión de mis emociones explotando dentro de mí.

Yo lo deseo. Quiero matarlo. Quiero verlo desangrarse, y él sacó esa peor parte de mí. Los deseos prohibidos y los violentos impulsos. La ira que oculté tan profundo dentro de mí para no convertirme en Odina.

Empuja dentro de mí con bombeos agresivos, reclamando la parte más profunda de mí como si pudiera follarme hasta ella. Su propia ira es potente en el aire, combinando con la mía mientras se desquita con mi cuerpo. Rafael retrocede tan repentinamente como entró en mí, agarrando una pierna y dándome la vuelta para que quede de espaldas. Su mano agarra mi garganta, un peso sólido cuando me presiona contra la cama y vuelve a empujar en mí violentamente. Su cara hermosa está llena de malicia, el odio puro que siente por mí ahora, está escrito en cada línea de su expresión. Quiero estar libre de él y quiero confortarlo al mismo tiempo.

Quiero decirle que se rompió algo dentro de mí por alejarme, pero lo hice porque no me dejó otra opción. No puedo abandonar mi vida en casa por un asesino.

Su agarre se aprieta cuando levanta mi culo del colchón con su otra mano, colocándola en sus caderas para poder ir más profundo. No puedo aguantar el gemido que está atrapado en mi garganta. Con mi culo más alto que mi cabeza, sangre lentamente goteando en mi cráneo por su mano presionando mi garganta. Mi respiración está restringida cuando él se inclina hacia adelante y dobla su cuerpo sobre el mío.

Sus labios tocan los míos en el primer beso que me ha dado desde que desperté, la gentileza se siente como una burla de todo lo que, pensé que nosotros compartíamos. Antes que me fuera esa noche. Lloro, lágrimas ardiendo en mis ojos mientras sostengo su mirada. Mientras me doy cuenta que todo lo que amé ha sido destruido por nuestras opciones.

Eso desapareció y fue reemplazado con nada excepto una ira ardiendo entre nosotros, amenazando con quemarnos vivos. Besa

el lugar por donde cae mi lágrima, suspirando cuando levanto una mano para tocar su cara gentilmente. Se inclina al toque, pareciendo anhelar el afecto que nos falta al igual que mí.

—Jodidamente te mataré la próxima vez que intentes dejarme. ¿Me entiendes? —pregunta, ampliando mis ojos mientras lo miro—. No hay lugar en esta *tierra* en que te puedas esconder de mí, *Princesa*. Eres mía. —Mi labio inferior tiembla mientras mi mano cae, y yo lo miro en shock. Rafael me aterra, pero una parte de mí se aferra a la esperanza que él nunca me lastimará de verdad.

Que me ama, debajo de todos los bordes oscuros de su alma.

—Entiendo —susurro cuando su agarre se suelta ligeramente en mi garganta, todavía inmovilizándome donde estoy pero casi con el toque gentil de un amante. Sus empujes dentro de mí aún hacen saltar mi cuerpo de la cama. Aún me folla como si quisiera vivir dentro de mí.

Como si pensara que la manera de reconectarse conmigo sea a través de sexo, cuando el sexo nunca ha sido nuestro problema. Nuestro problema es que nuestras vidas están envueltas en misterio, en secretos que nos mantienen separados y significan que nunca verdaderamente nos conoceremos. Él puede estar listo para dejar caer sus paredes y revelarme la verdad, pero yo nunca estaré lista para decirle mis pecados.

Los llevaré a mi tumba, ya sea si es Rafael Ibarra el que me ponga ahí o algo más.

Él estira una mano para frotar mi clitoris mientras me folla, los sonidos húmedos de nuestra unión haciendo eco a través de la habitación, prueba del hecho que podría estar más excitada por su violencia de lo que he estado cuando ha sido gentil conmigo.

El conflicto que siento sobre eso, no es suficiente para aguantar el orgasmo construyéndose en mí, ni siquiera cuando sus empujes pierden su ritmo y él se acerca a su clímax. Lloriqueo mi liberación,

apretándome alrededor de él mientras me corro, y hundiendo mis uñas en el lado de su brazo donde me aferró. Él gruñe, siguiéndome sobre el borde mientras empuja en mí algunas veces más y luego se queda quieto, bajando su peso encima de mí mientras yo lucho por respirar.

La realidad de lo que hemos hecho, de lo que lo dejé hacerme, se estrella sobre mí mientras lucho por aliento, pero intento alejar ese sentimiento.

Ya está hecho. No puedo cambiarlo, y todo lo que puedo es intentar encontrar una manera de hacer que Rafael entienda por qué no puedo quedarme. Él apoya su peso en sus rodillas cuando sale de mí, y yo miro hacia abajo en horror y aprieto mis ojos.

Suelto un suspiro irritado, abriendo mis ojos para mirarlo incrédula. Supongo que protegernos contra el embarazo cuando él está molesto, es mucho pedir. Me siento, intentando ignorar el líquido que se filtra libremente cuando me muevo.

—Necesito otra pastilla del día después —digo.

Su fría mirada sostiene la mía por un momento antes que caiga entre mis piernas. Él toca con un dedo mi entrada, llenándolo de su liberación antes de volverlo a meter dentro de mí.

—No —dice, limpiando la humedad de su dedo en mi muslo antes de pararse de la cama. Lo miro, luchando por levantarme, tambaleándome en piernas débiles. Ya sea por las drogas o el sexo, creo que nunca sabré.

Ciertamente no quiero tener una repetición de ser drogada de nuevo solo para averiguarlo.

—¿Qué quieres decir con *NO*? —pregunto mientras él estira una mano para ayudarme.

Me siento de nuevo en la cama, tratando de obligarme a acostarme.

—Tú necesitas descansar —dice, pero no hay calidez en sus palabras. No hay preocupación por mí, solo indiferencia.

—¿Qué quieres decir con NO?! —repito, mi voz chillando mientras él me mira furioso.

—No habrá pastillas del día después, y no habrá condones entre nosotros —dice mientras agarra sus shorts del suelo y los sube por sus piernas.

—¿Voy a tener control de natalidad? —pregunto, mi voz cayendo a un susurro. Rafael honestamente no puedo tomar esa clase de decisión por mí.

¿O sí?

—No.

—¡Tú no puedes simplemente decidir eso por mí! —grito, mirando con horror cuando camina hacia la puerta de la habitación.

—Mírame hacerlo —grita, abriéndola fuerte y luego desapareciendo a través de ella. La llave suena desde afuera, atrapándome en la habitación sola mientras yo miro detrás de él y envuelvo mis manos alrededor de mi estómago en angustia.

Él no puede hablar en serio.

3

ISA



Miro la puerta después que se cierra, mi cuerpo entero estremeciéndose con el sonido de la cerradura cuando hace eco en la enorme habitación.

Mirando alrededor del espacio vacío, salto cuando me doy cuenta que él realmente intenta dejarme encerrada en la habitación. Mis piernas se enredan en las sábanas cuando lucho por llegar a la puerta, enviándome al suelo con un gruñido doloroso mientras mis rodillas lastimadas chocan contra la madera.

—¡Rafe! —grito, obligándome a levantarme rápidamente. Sus pasos se alejan de la habitación a pesar de mi llamado, ignorándome cuando mis puños golpean contra la madera—. ¡Rafael! —grito, golpeándola con toda mi fuerza e intentando darle vuelta a la perilla. Mi espalda se presiona contra la puerta cuando me volteo, buscando alrededor de la habitación por algo que pueda usar potencialmente para abrir la cerradura.

No hay ninguna señal de algo lo suficientemente pequeño, aún si eso fuera una habilidad que yo posea. Jadeo cuando su liberación se mueve por mi piel, enviándome rápidamente hasta el baño para lavarlo y quitarlo de mí.

El embarazo no es algo que está en mi mente. No es algo que he considerado realmente posible para mí, ya que pasé tanto tiempo de mi vida cuidando a Odina. Nuestras vidas eran un desastre financieramente, y he visto demasiadas chicas con las que fui al colegio, lidiar con un embarazo no planeado y el círculo vicioso que eso crea para mantenerlas en la pobreza. Voy al baño, moviéndome al lavabo para lavar mis manos y usar el agua para limpiarme. Mi mano choca contra un lugar adolorido en la parte interna de mi muslo, arrastrando mi mirada hacia abajo mientras extiendo mis piernas y miro confundida. La marca de mordida está roja, el moretón de la forma de los perfectos dientes de Rafael marcando mi piel claramente y dejando poca duda de lo que hizo mientras yo dormía.

Suelto un suspiro furioso, regresando mi mirada al espejo. Mi reflejo me devuelve la mirada, haciéndome detener mis movimientos mientras estudio el desastre de mi cabello alrededor de mi rostro. La ligera muestra de un moretón a un lado de mi cuello, el lugar de la inyección de sus drogas, un toque de morado para contrastar mi piel bronceada. Trago, regresando mi mirada a mi rostro mientras agarro el borde del mostrador con ambas manos.

Si yo no fuera la chica pobre de Chicago que tenía que ayudar a su familia, ¿Quién sería yo? ¿Sería una madre? ¿Una esposa algún día? Odio que cuando intento imaginarlo, la única cara frente a mi mente es la de Rafael. Me inclino hacia adelante, colgando mi cabeza por un momento mientras trato de alejar esa imagen. No puedo casarme con el hombre que me secuestró. Eso es la cima de lo que es jodido. La definición de toda la oscuridad de la que apenas escapé como una chica, y lo opuesto de lo que es responsable. Toco con mi mano mi estómago, frotando mis dedos sobre la superficie plana mientras muerdo mi labio y me dispongo a concentrarme en lo que importa en este momento.

Alejarme es lo único que importa. Escapar es todo en lo que me puedo concentrar.

Retrocedo del mostrador del baño, regresando a la habitación buscando la puerta del clóset al otro lado del dormitorio. Necesito ropa si quiero intentar un escape. Deslizo a un lado la puerta estilo granero, entrando al closet y mirando alrededor con asombro. Un lado está lleno de trajes de Rafael, su ropa guardada tan meticulosamente como había estado cuando espié su habitación de hotel. Se siente como hace casi una vida que el prospecto de él estando casado había sido la peor de mis preocupaciones. Mis ojos se dirigen hacia la ropa de colores brillantes del otro lado, los vestidos y faldas de diseñador. De los jeans, camisetas y zapatos. Todo en colores similares a los que uso regularmente, todo del tipo de estilos y formas que yo prefiero, pero un poco más provocativo. Las telas se mueven ligeramente sobre mi piel cuando las toco, la cualidad lujosa de una riqueza que nunca pensé que conocería se siente tan dramáticamente diferente de toda la ropa barata que he estado usando.

Me trago las preguntas que quieren salir, pensando si la ropa es para mí o si pertenece a alguien más. Agarrando un par de shorts de uno de los estantes, los subo por mis piernas y encuentro una etiqueta colgando a un lado. La arranco sin piedad, tirándola al suelo y estudiando el resto de la ropa. Todo tiene etiquetas, y eso al menos me asegura que no me estoy poniendo las pertenencias de otra mujer. Aún si quiero rogar y hacer la pregunta de cómo supo mi estilo personal tan bien como para comprar todo en tan poco tiempo. La cantidad de ropa aquí es mucho más de lo que hemos tenido mi hermana y yo juntas, y no hubiera sido un proceso rápido de acumular.

Me pongo un sostén y luego una blusa para cubrirme. Sea la razón que sea, sea el tiempo que sea, él claramente está trastornado. Es como si él realmente cree que nosotros viviremos felices para siempre a pesar del hombre que es y las cosas que me ha hecho. Mi ira se levanta una vez más con su clara indiferencia de mi voluntad para escapar de él. Las ventanas en la parte de atrás de la habitación llevan a una terraza privada y una enorme piscina,

con paredes a cada lado. No espero que pueda ser capaz de escapar por ahí, pero la furia ardiendo en mi sangre me invita a jodidamente intentarlo de todos modos.

El imbécil se merece tener una ventana rota que da desde el suelo hasta el techo y que necesite ser reemplazada después de lo que me ha hecho. Agarro una de las mesas pequeñas al lado del rincón para desayuno, levantándola a pesar de la manera en que los músculos de mi brazo protestan por ello y mis manos duelen por tener algo en su agarre. Balanceándola con toda mi fuerza, la lanzo a la ventana.

Rebota del vidrio, enviándome hacia atrás con un grito para evitar golpearme. Mis pulmones se agitan mientras miro, irritada conmigo misma por no anticipar esa posibilidad.

Me muevo de vuelta hacia la cama lentamente, mirando alrededor buscando un arma. Tal vez no sea capaz de forzar una cerradura, o de romper una ventana, pero malditamente puedo golpearlo en la cara cuando entre en la habitación, y correr. Tuve miedo de huir de él antes porque ser perseguida significaría el despertar la parte más oscura de mi alma.

La desafortunada realidad es que él hizo eso inevitable cuando me drogó. Él me quitó mi elección, y yo haría cualquier cosa para recuperarla. No quiero tener que pensar en lo que yo sería capaz de hacer para ir a casa con mi abuela y mis padres.

Ignoro la voz en mi cabeza que cuestiona mi habilidad de herirlo. Ignoro la parte de mí que no quiere hacerlo y aún aferrarme a la tonta esperanza que tal vez todo esto venga de un retorcido lugar de amor. Porque no hay ninguna duda en mi mente que amo a Rafe. Que el hombre que conocí ha sido todo para mí de una manera que me aterra, pero el fantasma que me amenaza ahora no es él.

Yo solo amo al hombre, no al monstruo.

Me paro en la cama, agarrando una de las lámparas estilo linterna que cuelgan al lado. Levantándola en mis manos mientras bajo al suelo, miro hacia la puerta.

Luego me muevo detrás de ella y espero el momento que se abra, y averiguaré si soy capaz de lastimar a Rafael para ser libre.

4

RAFAEL



Isa grita mi nombre en la habitación detrás de mí mientras camino por la casa hacia la cocina. Regina está detrás de la isleta, preparando *ensaimada* en un intento infundado de calmar mi ira. Si el hecho que mi polla sigue húmeda con el orgasmo de Isa no es suficiente para calmar mi ira, entonces Regina no tiene ninguna oportunidad de hacer nada para dominar la pesadilla dentro de mí. La que ruega por la liberación, que necesita violencia y infligir penitencia por el fracaso que resultó de todos mis planes cuidadosamente preparados y hayan sido destruidos.

Hay un hombre merecedor de mi ira, pero ya que se puso a salvo en Rusia después de nuestro altercado en Ibiza, él está desafortunadamente fuera de mi alcance por el momento.

—Que nadie se acerque a ese dormitorio —ordeno a Regina. Me dedica su más inocente mirada, decepción escondiéndose en sus oscuros ojos. La conozco lo suficiente para saber que ella iría a reconfortar a Isa y darle comida si yo no pongo las reglas rápida y firmemente.

Isa no tendrá ningún consuelo excepto yo. Ella no será reconfortada si yo no se lo doy. Todo lo que tiene ahora es una extensión de mí, cada persona en su vida es un lazo que le permito

tener. Ella es mía, y hasta que llegue el día que me sienta menos inclinado a mantenerla encerrada en mi habitación sin nadie con quien hablar excepto a mí, yo seré su mundo entero.

Espero por nuestro bien que mi ira se calme hasta una irritación menos consumidora rápidamente. Porque no puedo pensar en nada excepto la realidad que me apuñaló por la espalda. Lo que significa para ella y la penitencia que necesitará pagar.

—Entiendo —dice Regina.

—Lo digo en serio —ordeno—. Cualquiera que me desobedezca en esto, será una persona *no* bienvenida a mi casa.

Regina traga, asintiendo solemnemente mientras se voltea y deja la cocina sin ninguna otra palabra. La indiferencia casual de todo lo que pensó que significamos el uno al otro nunca le pareció bien, pero ella no entiende aún las profundidades de mi obsesión.

No hay nada que yo no sacrificaría para tener a Isa. Nada que yo no daría para hacerla sentir el mismo dolor que ella me causó, aún si me arrepiento de las heridas que sufrió por mis manos. Los raspones en sus manos y rodillas son bastantes, una consecuencia involuntaria del terror que fue necesario.

No me arrepiento de asustarla, no cuando su miedo tenía un sabor tan adictivo en el momento en que la raptaron mis brazos. Pero me arrepiento del hecho que su piel perfecta haya sido marcada. Mientras amo el hecho de la vista de mi marca en ella.

Amando el conocimiento que puede soportar las cicatrices de su error por el resto de su vida. Tengo un presentimiento que esas solo son las primeras de muchas, una penitencia que tiene que pagar. Correr por las calles de la Ciudad de Ibiza es solo el principio para Mi Princesa.

Lo peor está por venir.

—Tal vez sería bueno para Isa ver una cara amable. No puedo imaginar que ella esté muy feliz de verte —dice Joaquín entrando por la parte de atrás de la cocina. Me muevo hacia el bar que está contra la pared al lado de la mesa del comedor, sirviéndome un trago a pesar del hecho que estamos en pleno día. Había estado tan ansioso porque Isa se despertará, que no había dormido.

Ahora con ella bien despierta y sin ninguna duda, furiosa en mi habitación, sé que ir a la cama está muy difícil. El sueño me llama, y la parte de mí que no es nada excepto un hombre que ansía a su mujer y quiere acurrucarse con ella en mis brazos y perdonarla por la decisión que tomó.

La otra parte de mí quiere lastimarla, quiere romperla y hacer de ella la mujer que sé que podría convertirse si le doy la oportunidad. Pero ella tiene que dejarme hacer eso.

Sin importar lo que dije, sin importar lo que le hice a Isa, nunca sobrepasaría sus límites. Nunca tomaría lo que no es mío, ¿y si ella hubiera sido capaz de decirme honestamente que no me deseaba? No la habría tomado. No la habría obligado, pero sabía sin ninguna duda que Isa aún me desea. Su pánico después del sexo no había sido por el hecho que follamos. Sino puramente por un embarazo potencial.

Solo eso me dijo todo lo que necesito saber de su estado mental. Ella pelearía conmigo. Ella me maldeciría, pero al final, va a entender que ella es exactamente quien siempre debió ser.

Mía.

—Ella no parecía oponerse mucho —digo, tomándome en trago entero con apenas una mirada en su dirección. Sus hermanos lo siguen a la cocina, Alejandro detrás de ellos mientras esperan por instrucciones—. Ella necesita tiempo para acostumbrarse. Ustedes tres necesitan mantenerse lejos de la casa por unos días hasta que ella esté lista para saber la verdad.

—¿No crees que es mejor arrancar la curita ahora? ¿Descubrir todo para que ella pueda aceptar todo a la vez? —pregunta Alejandro, entrando a la cocina. Lo acompaño a la isleta, agarrando uno de los cuchillos de Regina en mi mano y dándole vueltas pensativamente.

—Creo que ella es más fuerte de lo que puedes imaginar, y está aguantando la presión de todo lo que le he hecho hasta ahora. Pero no puede tomar mucho más. Saber que uno de sus mejores amigos la traicionó y que la amistad, fue una farsa la enviaría por el borde —explico—. Ella necesita estar más estable en entender lo que ella y yo somos antes de decirle eso.

—Él tiene razón —concuerta Hugo—. Isa puede aguantar mucho de extraños. Siempre espera que las personas la decepcionen, así que cuando lo hacen, es solo algo normal para ella. Sin importar lo que él quiera pensar, Rafael es un extraño. Ella pasó una semana con él, y eso es la última gota del vaso para Isa. Saber que ella nunca lo conoció, puede recuperarse de eso, pero nuestra traición la llevará por el borde —dice mientras mira a Gabriel y a Joaquín—. Ella confió en nosotros de una manera en que nunca tuvo la oportunidad de confiar en él.

Mis puños se aprietan a mis lados, la verdad de sus palabras inquieta a la parte de mí que quiere sangre.

Nadie debería ser capaz de lastimar a Isa más que yo. Yo debí haber sido su mundo entero.

Joaquín asiente en acuerdo, sacando a sus hermanos de la casa mientras me da una mirada seria.

—Jodidamente no la lastimes —me advierte—. Merece algo mejor, y lo que tú esperabas de ella nunca fue algo justo. Siempre te iba a decepcionar.

Alejandro asiente en acuerdo mientras Joaquín desaparece por la puerta lateral detrás de sus hermanos, dejándonos en silencio.

—Tal vez eso es cierto —concuerto, frunciendo mis labios pensativamente mientras estiro mi mano para agarrar la muñeca de Alejandro. Él traga, pero no lucha contra el contacto cuando pongo la punta del cuchillo sobre el borde de su mano y la hundo en línea recta para romper su piel—. Pero tu fallo en manejar a Pavel ciertamente no mejoró nuestras posibilidades.

Alejandro traga, sus ojos parpadeando rápidamente mientras intenta aguantar el dolor. Corto su mano izquierda con profundos cortes entrecruzados que dejan su mano como un sangriento y mutilado desastre.

—Lo sé.

Él sostiene mi mirada en todo momento, sabiendo que aunque la penitencia hubiera sido diferente, este es el castigo que se ganó, nada menos.

—Si no fuera por ti, Isa no estaría en mi cama con rodillas sangrientas y manos rasgadas. Ella hubiera estado explorando Atlantis conmigo, todavía en Ibiza. Todavía enamorándose de mí y completamente inconsciente de la verdad. Por tú fracaso, ella sangró —gruño, soltando el cuchillo sobre el mostrador cuando termino con su mano. Dejo su mano derecha ilesa como una amabilidad, sabiendo que sería más fácil para él funcionar como mi segundo al mando si tiene al menos una mano.

—Admito que la forma en que manejé a Pavel causó problemas, y acepto mi penitencia por voluntad propia —dice Alejandro, su voz cayendo mientras termina la frase. Él siempre baja la voz cuando considera la mejor manera de expresar mensajes que sabe que no me gustaría oír. Pero él es mi segundo al mando y siempre me dice las cosas a pesar de su miedo.

Es honesto, sin importar las consecuencias.

—Creo que necesitas considerar la posibilidad que Isa nunca iba a elegir quedarse en Ibiza. Su vida en Chicago tiene una influencia

sobre ella que parece que no puede dejar ir. Sin importar lo que sienta por ti. Si ese es el caso, ella tal vez nunca será tuya de la manera que tú quieres. ¿Qué harás si eso es cierto?

—No lo sé —admito, tomando su arma de la funda a un lado de sus pantalones. Tocando mi dedo en el gatillo, apunto a su rodilla mientras él se encoge pero no intenta apartarse—. Pero por ahora, si ella sangra, tú también.

Él gruñe cuando disparo el arma y le doy en el muslo justo sobre la rodilla. Otra amabilidad, al menos en mi mundo, el no tener que sufrir la recuperación de una rótula destrozada. El *bang* resuena a través del espacio, un sonido que las paredes de mi casa están muy acostumbradas. No es algo poco común que yo les dispare a las personas. Aunque intento mantener esa clase de actividad fuera de la casa por el bien de Regina.

Alertada por el ruido, ella se apresura a la cocina y vocifera.

—¡Mi hijo! —grita—. Ahora tendré que botar la *ensaimada* y desinfectar el mostrador. ¿No podías llevar tus juegos afuera? —Me regaña, caminando alrededor del mostrador para limpiar cuando el grito de Isa hace eco desde la habitación.

Suelto el arma sobre el mostrador, corriendo hacia la habitación más rápido de lo que mis pies descalzos pueden llevarme. Regina sigue detrás de mí, sabiendo que hay algo diferente en ese grito.

Ese fue un grito de dolor, de puro terror, y no uno de frustración.

5

ISA



Suelto la linterna mientras grito, agachándome para cubrir mi cabeza cuando me llena el horror. Lo potencial que me disparen, que todo termine tan de repente, parece un concepto ridículo. No quiero nada más que estar en casa.

Quiero el consuelo de mi vida mundana mientras enrosco mi cuerpo y deseo que esto desaparezca. Rafael dijo que me mataría si yo lo dejaba.

No le creí.

Silencio sigue el sonido del disparo y el grito furioso de la mujer, dejándome con nada más que mi imaginación para llenar el vacío de lo que pueda o no venir por mí. No puedo imaginar la realidad que el disparo haya sido para alguien más, no cuando se sintió como si hubiera estado en la habitación conmigo. Pero una mirada alrededor confirma que no hay más vidrio roto aparte de la linterna que está en el suelo. No hay nada excepto mi propio pánico mientras me siento en el suelo sola en la habitación.

Suspiro, poniendo una mano en la pared y levantándome cuidadosamente. El sonido de pasos hace eco en el pasillo mientras

se acercan, retumbando contra el piso, y luego la perilla se mueve fuerte.

—¡Isa! — grita Rafe, el pánico en su voz haciéndome sentir, por un momento, que tal vez si le importa una mierda lo que me pase. Me cuestiono a mí misma, y la determinación de lastimarlo para escapar. Pero el vívido recuerdo de ese disparo me hace recoger la lámpara rota. Vidrio corta a través de los vendajes en mis manos, haciéndome encogerme mientras las heridas se abren de nuevo.

La perilla se mueve, y luego la puerta se abre de un golpe. Yo salto a un lado para evitarla cuando viene volando hacia mí, mis pies atrapando todos los pedazos diminutos de vidrio que permanecen en el suelo mientras me muevo rápidamente. Cuando Rafael pasa a través de la puerta, yo ignoro el dolor en mis pies y corro hacia adelante. Moviéndome hacia él, lanzo mi brazo a través del aire e intento insertarlo al lado de su cabeza.

Él me atrapa, su cara retorciéndose con furia mientras me gruñe. No hay ningún rastro de gentileza en su cara mientras me la quita y la lanza a un lado de la habitación. Una mujer está detrás de él mientras estira una mano, atrapando mi garganta. Su agarre se desliza. Bajo la mirada a su otra mano hecha un puño a un lado y la encuentro manchada de sangre.

Trago contra la mano sobre mi garganta mientras él se inclina en mi espacio y usa ese agarre para levantarme. Su agarre evita mi respiración, mis dedos bañados en sangre agarran su mano en protesta. Ignorándome, camina sobre los trozos de vidrio a nuestros pies, ni siquiera estremeciéndose cuando los pedazos se meten en su piel.

—Joder —dice la mujer a su espalda cuando sus ojos se reúnen con los míos.

—Trae el jodido kit de primeros auxilios —gruñe Rafe. Ella se voltea, corriendo de la habitación mientras Rafe me lleva de vuelta

a la cama. Me sienta sobre el borde, liberando su agarre de mi garganta mientras levanto mis piernas e intento arrastrarme hacia el otro lado del colchón. La sangre de nuestras manos mancha las sábanas blancas, la sangre de mis pies también se añade por mi lucha cuando él pone una mano encima de mi muslo y se sienta a mi lado.

—El disparo —protesto, mirando hacia la puerta. No he visto ninguna señal de un arma desde que él entró, pero Rafe claramente no necesita un arma para someterme. Él logró eso por su cuenta, sin nada excepto una mano para detener mi pelea.

Mi garganta duele, sintiéndose abusada por su agarre cuando follamos y ahora que me levantó de los vidrios. Pero la realidad indiscutible es que él no me ha lastimado desde que me bajó. Él usó un agarre brutal para cargarme sobre el vidrio, pero nada más.

—Estás herida —dice, su voz un murmullo suave mientras su urgencia me mantiene quieta. No es afecto lo que veo en sus ojos, es como un sentido vago de posesión. Dañé lo que él piensa que es su propiedad, y haría lo que pueda para arreglarlo.

La mujer entra de nuevo en la habitación, sus cálidos ojos marrón se reúnen con los míos cuando camina alrededor de los vidrios cuidadosamente para entregarle el kit de primeros auxilios.

—Limpia los vidrios mientras yo lidio con ella —ordena. Ella asiente, retirándose de la habitación de nuevo.

—¡Espera, por favor!

La llamo, mis hombros cayendo en derrota. Ella ignora mi súplica y se va a hacer lo suyo. Rafael abre el kit de primeros auxilios y levanta mis piernas sobre su regazo. Con una extraña gentileza que traiciona la furiosa expresión en su cara. Cuidadosamente arranca cada pieza de vidrio de mis pies, y se concentra atentamente mientras los deja en la mesa de noche.

La furia en su cara me mantiene callada. Miro fijamente, sin atreverme a tentarlo a la violencia mientras trabaja. Me encojo cuando saca uno particularmente grande, haciéndolo volver esa mirada resplandeciente multicolor hacia mí, mientras su furia se derrite y se convierte en preocupación. Él frota su mano libre sobre la cima de mi pie, un gesto que hubiera sido dulce si no fuera por la mezcla de sangre en su piel. La mía y la de quien sea que lastimó.

—¿De quién es esa sangre? —pregunto, estudiándola. Baja la mirada, encogiéndose de hombros como si la respuesta no tuviera importancia. Como si él lastimara personas todos los días y no hay nada que se pueda hacer.

—Uno de mis hombres me decepcionó, así que se merecía una penitencia. Te lo dije, ser un asesino apenas es la superficie de lo que soy, *Mi Princesa* —murmura suavemente, poniendo un pie abajo y tomando el otro.

—¿Y el disparo? —pregunto, estudiándolo cuidadosamente.

—Le disparé en la pierna —responde. El aliento queda atrapado en mis pulmones. La realidad de su violencia y el hecho que él puede hablar de eso con tanta tranquilidad es un mundo completamente diferente del que yo vivo.

—Tú le disparaste en la pierna —repito cuando la mujer regresa a la habitación con una escoba y empieza a barrer el vidrio furiosamente lo mejor que puede. Otro hombre entra rodando un cubo detrás de ella, trabajando para limpiar la sangre. Aun así, Rafael trabaja para sacar los vidrios de mi pie sin siquiera preocuparse por ellos—. ¿Y eso te parece bien? —pregunto.

Él voltea su mirada a la mía de nuevo.

—Yo sé quién soy, Isa. Lo mantuve oculto de ti para darte una oportunidad, de enamorarte de mí. Sin toda la violencia colgando en tu conciencia. Esa fase de nuestra relación se terminó ahora, y ya no mantendré secretos.

—¿Qué pasa si quiero que guardes secretos? —pregunto. Yo no quiero saber los detalles de la vida criminal de Rafael. No cuando quiero regresar a casa a mi vida normal y olvidar que nada de esto pasó.

Él termina de sacar vidrios de mis pies, colocando a un lado las pinzas y agarrando una botella de alcohol y un paño pequeño. Los limpia mientras me encojo.

—Si no quieres estar herida, entonces no intentes escapes tontos como esté de nuevo —dice, su voz volviéndose fría de nuevo.

Cuando está seguro que mis heridas están limpias, envuelve mis pies en los mismos vendajes que cubren mis manos y rodillas. Si tenía alguna duda de quién se ocupó de mis heridas mientras estaba inconsciente, está es toda la prueba que necesito.

—¿Qué se supone que haga? —pregunto, dejándolo voltear mi cuerpo para tomar mis manos en las suyas. Mi cuerpo vibra cuando me toca, esa corriente de atracción eléctrica que siempre corre entre nosotros pulsa bajo mi piel. Como si no pudiera negarle nada, a pesar de mis mejores intenciones.

—Tú debes aceptar que ésta es tu nueva vida —dice, desenrollando los vendajes arruinados y colocándolos en la pala recogedora que la mujer levanta para él. Inspecciona mis manos cuidadosamente, buscando vidrios que hayan pasado más allá del vendaje. Cuando no encuentra ninguno, las envuelve de nuevo gentilmente.

—Quiero mi antigua vida —susurro.

Sus fosas nasales se ensanchan en ira.

—Salgan de aquí —le gruñe a la mujer y al hombre que estaban terminando de limpiar. Lloriqueo, siguiéndolos con mi mirada mientras la mujer sacude su cabeza tristemente—. ¿Tú crees que

me complace saber que extrañas tu vida mundana? Mira alrededor y observa todo lo que tengo que ofrecerte, *princesa*.

—Quiero a mi familia —digo—. Todo el dinero del mundo no puede reemplazarlos, y tú me obligaste a esto, Rafe. Quiero escoger a donde me lleva mi vida, no tener a un hombre que apenas conozco decidir por mí.

Su mano atrapa mi barbilla, la sangre cubriéndolo se siente caliente en mi piel mientras él voltea mi rostro hacia el suyo y choca sus labios con los míos. Devora mi boca, construyendo ese deseo dentro de mí con furiosos movimientos de su lengua contra la mía, aun cuando quiero morder la suya y arrancarla. Así que lo muerdo en advertencia, odiando la risa que libera mientras retrocede y saca su lengua de mi boca.

—Yo soy tu familia ahora. Si te comportas, quizás hay una manera que puedas tener una relación con la familia que dejaste atrás. Pero eso no puede suceder si no puedo confiar en ti.

Jadeo, mirándolo con un odio que aumenta. Usar a mi familia para controlarme es cruel, incluso para él.

Sube sus pies en mi regazo, los trozos de vidrio asomándose de su piel mientras me entrega las pinzas.

—Ya me hiciste sangrar una vez hoy, pequeño demonio.

Lo miro furiosamente, dividida entre querer empujar los vidrios más adentro de su pie y querer ayudarlo de la misma manera en que él lo hizo conmigo. Pudo haberme dejado lidiar con ello sola y dejarme sangrar. En lugar de eso, me mostró un momento de amabilidad que podría no merecer considerando que intenté golpear su cráneo.

Saco el primero, bajándolo en su mano abierta para que él pueda ponerlo con los otros en la mesa de noche.

—A mi madre le gustaban esas linternas —dice, atrayendo mi atención a su cara—. No recuerdo mucho acerca de ella, pero recuerdo eso.

Oyéndolo decir eso instantáneamente me hace sentir culpable.

—Lo siento —digo, la disculpa sintiéndose genuina a pesar de las circunstancias. Sé lo que es extrañar a un ser amado, atesorar las cosas que dejaron atrás por miedo a perder la última conexión que tuvimos con ellos. Todavía tengo mis dos padres, pero la pérdida de mi abuelo es algo que siento cada vez que miro el fósil que me dio cuando era niña.

El que probablemente nunca veré de nuevo.

—Es solo una linterna —dice, inclinándose hacia adelante para tocar sus labios sobre mi frente—. Tú eres mucho más importante para mí. No voy a aceptar que te lastimes a ti misma.

—Entonces déjame ir —discuto, sosteniendo su mirada mientras él se ríe y sacude su cabeza.

—No.

—¡Rafael! —digo bruscamente, bajando su pierna al suelo mientras me muevo hacia la otra—. No puedes estar tan necesitado de sexo como para secuestrar a una chica. Por favor. Solo déjame ir a casa.

Sus ojos se oscurecen mientras la diversión deja su cara.

—No menosprecies lo que tenemos con sexo —me advierte mientras saca su pie de mi mano y se levanta de la cama. Todavía hay vidrio en uno de ellos, pero ni siquiera hace una mueca de dolor cuando se apoya en el—. Ambos sabemos que hay mucho más entre nosotros que eso.

Trago, queriendo negar las palabras. Lo haría si me obligara, pero en lugar de eso no digo nada. Observo en silencio mientras se inclina hacia mí y toca sus labios con los míos tiernamente.

—No secuestraría a cualquiera. No pondría ni el mínimo esfuerzo por nadie que no seas tú. Justo como los dos sabemos que tú saltarías de un acantilado antes de permitirte ser secuestrada por un hombre que no quieras. Pero sabes tan bien como yo, que perteneces a mí. —Mueve sus labios sobre mi mejilla, arrastrando la humedad de las lágrimas que no quería liberar mientras él se mueve a mi oreja—. Tú eres mía para lastimar. Mía para romper. Mía para follar, y mía para mantener, *princesa*.

Retrocede, mirando mis ojos mientras se dirige hacia la puerta.

—Por favor, no me encierres aquí de nuevo —le ruego, sacudiendo mi cabeza.

—Aún no puedo confiar en ti en la casa principal —dice, abriendo la puerta mientras yo me levanto.

—Por favor —repito—. No puedo estar sin hacer nada, Rafael.

El aburrimiento es mi peor enemigo. En aburrimiento, pienso en todas las cosas que no debería. Recuerdo todos los detalles de los momentos en mi vida que me arrepiento.

Cierra la puerta detrás de él cuando se va. Mis manos tocan la superficie de ella mientras caigo de rodillas y espero que cambie de opinión.

—Descansa —dice del otro lado mientras pone el cerrojo.

Me doy la vuelta para sentarme, mirando las sábanas manchadas de sangre con disgusto. Me muevo hacia el baño para limpiar la sangre de mi piel, y luego me acomodo en la silla en la que él se sentó mientras yo dormía. La crueldad que vi grabada en las líneas

de su cara desde que me desperté en su habitación me mira cada vez que intento cerrar mis ojos.

Abriéndolos, me obligo a concentrarme en mi respiración, y no en el pánico corriendo por mis venas con cada momento que pasa.

Rafael tendrá que dejarme salir eventualmente. Solo necesito esperar el momento adecuado.

6

RAFAEL



Tomo otro trago de whiskey, levantando mi pierna en mi regazo para poder continuar sacando el vidrio de mi pie. Si Isa, no me hubiera hecho molestar tanto con su negación en admitir que nuestra relación es más que una conexión física. Con gusto la hubiera dejado terminar.

Sus dedos delicados tocando mi tobillo para mantenerme quieto mientras trabajaba atentamente, había sido preferible a hacerlo yo mismo. Quería que ella cuidara de mí de la manera en que yo cuido de ella, pero eso parecía demasiado pedir para *Mi Princesa*.

Sé que es injusto de mi parte esperar eso. La parte lógica de mi cerebro sabe que he estado exigiéndole mucho, que la presioné demasiado y me arriesgué a romper todo lo que tenemos construyéndose entre nosotros. El conocimiento de eso no hace nada para detenerme de la realidad de querer presionarla más. De querer llegar al fondo de su resistencia y entender los fundamentos de ello.

Justo como el día en que la empujé en las cataratas, sabía que la verdad saldría a la luz cuando Isa llegara a su límite. Solo ha sido verdaderamente honesta cuando no le di ninguna opción. De la misma manera en que no estaba lista para saber sobre lo que hago.

Tengo que preguntarme, si estoy listo para saber lo que siente por mí.

—Oh, ¿podrías detenerte? —dice Regina mientras envuelve la pierna de Alejandro. Ella ha adquirido la habilidad de sacar balas a través de los años al estar casada con mi padre. Arreglar las consecuencias de su furia en los hombres que no habían hecho nada malo y sufrieron por su lealtad.

Algunos podrían compararnos, pero yo uso mi ira y penitencia para gobernar sobre mis hombres con orden. Mientras que la suya no había sido nada más que caos.

Se mueve de su lugar al lado de Alejandro en una de las sillas en el patio trasero. Es pura arena y es más simple echar agua y lavar la sangre que cae hacia la tierra, para nunca ser vista de nuevo. Regina se arrodilla en la roca, toma las pinzas de mi mano y trabaja para remover los trozos más pequeños que son imposibles que yo los vea.

—Tú debiste dejar que Isa terminara —me regaña—. Si ella va a ser tu esposa, debes permitirle hacer estas cosas por ti.

—Ella lo estaba haciendo bien. Ese no era el problema —gruño, sirviéndome otro trago y bebiéndolo. El dolor en mi pie es apenas una irritación comparado con algunas de las heridas que he sufrido. Pero sabiendo que fue por Isa y que ella debería ser la que esté aliviando el dolor que causó, de algún modo lo hace peor.

—Entonces, ¿exactamente cuál fue el problema? —pregunta Regina.

—Habló despectivamente de nuestra relación —digo, encogiendo mis hombros. Sé que ella no aprobaría las palabras, y Alejandro también mientras se ríe en la silla frente a mí.

—¿Disculpa? ¿Esa pobre chica no despertó en una cama extraña solo hace algunas horas, después de ser traída aquí mientras estaba inconsciente? —pregunta ella, pellizcándose con las pinzas.

Yo entrecierro mis ojos.

—No recuerdo haber pedido tu opinión.

—Bueno, la vas a escuchar de todos modos. Debes encontrar una manera de olvidar tu ira. Ella te dejó. Isa no entiende lo que está en riesgo. Ella es joven, y está asustada. Le pusiste una trampa, le hiciste pensar que su relación nunca sería nada más que un amorío en sus vacaciones, y luego arrancaste la alfombra de debajo de ella y cambiaste las reglas. Dale tiempo.

—No tengo tiempo. Ya sé que es tenerla como mía. No puedo simplemente olvidar eso —grito, observando mientras ella coloca las pinzas sobre la mesa que está a mi lado.

—Por supuesto que no puedes. Tú la amas, *mi hijo*. Esto también pasará, pero no si tú la lastimas por ira —dice Regina, levantándose y moviéndose para caer en una de las sillas frente a mí.

—Yo no la amo —grito. Hombres como yo no son capaces de amar. Obsesión no es amor, y tan loco como eso me pone, yo nunca seré capaz de devolverle la emoción que exijo de ella.

Ella es mi todo, pero amar es perder. No puedo arriesgar eso, y no lo haría aunque pudiera. Todavía recuerdo la sensación de mi corazón siendo arrancado de mi cuerpo. Ver a la única persona que me había amado de verdad, arder en la hoguera por la locura de su esposo. El niño que mi madre amó murió con ella.

Cualquier rastro de bondad que ella había logrado inculcar en mí cuando era niño, se había perdido mientras escuchaba sus gritos y mi padre me obligaba a observar su cuerpo convertirse en cenizas en el viento. Él tuvo éxito en convertirme en un monstruo. *La criatura*, un hombre sin corazón palpitando en mi pecho.

No hay nada que pueda amar a Isa, como ella me ama a mí.

—No puedo —digo, mirando la traviesa sonrisa de Regina reafirmando lo que dije. Como si ella pudiera saber lo que mi cuerpo y mi alma determinan que es imposible. De todas las personas en *El Infierno*, ella sería la que interactúe con Isa más que todo el resto.

Ella necesita entender su lugar en mi vida al igual que Isa debería.

—Tú sigue diciéndote eso, *mi hijo*. —Se ríe Regina, levantando una ceja burlonamente mientras saco mi móvil del bolsillo y me dirijo de vuelta a la casa.

A lo mejor no estoy listo para saber si mi obsesión me ama de la manera en que yo necesito que lo haga, pero eso no significa que no estoy listo para otras respuestas.

—¡Rafael! —llama Regina. Me doy la vuelta, observando mientras considera sus próximas palabras—. Tú no eres tu padre. Muéstrale lo que sientes por ella. Eres el único además de ella, que no sabe que estás completamente enamorado de esa chica.

La ignoro, apresurándome furioso a través de la casa para llegar a mi oficina. Estoy agradecido por el hecho que está del otro lado de la casa, tan lejos de Isa como sea posible. Necesito la claridad que me trae la distancia. Aun así cuando me siento en mi escritorio, abro la aplicación de video cámara que está en nuestro dormitorio.

Isa no está en la cama, sino acurrucada en la silla. Su cabeza inclinada sobre su hombro mientras duerme. Necesito recordar cambiar las sábanas en un rato cuando le lleve comida. La sangre claramente la incomoda. Puedo imaginar que le tomará un tiempo para que se acostumbre, al igual que yo a una edad más joven.

No me estremezco al ver sangre, pero no quisiera dormir en una cama manchada de ella.

Recojo mi móvil del escritorio, marcando el número de Ryker y esperando a que el famoso enforcer de Matteo conteste. Es media tarde en España. Eso significa que Ryker no querrá matarme por llamarlo, ya que no es tan temprano. Hubiera querido si le llamo cuando quise hacerlo.

—¿Cómo está Isa? —pregunta en forma de saludo.

—Angustiada —admito.

—¿Supongo que tu plan no funcionó muy bien? —pregunta, un bajo silbido mientras sigue hablando—. Ella entrará en razón si de verdad está destinada a ser tuya. Solo trátala bien y dale tiempo.

—¿Cómo tú se lo diste a Calla? —pregunto, frunciendo mis labios mientras él se ríe.

—Eso es justo. Solo trátala bien y todo lo demás se resolverá. Tú eres un enfermo bastardo, Rafael. No te desquites con ella. Recuerda que nunca tuvo una opción —dice—. Si tú quieres que ella te ame, no puedes tratarla como si fuera uno de tus objetivos y torturarla hasta que lo haga.

—No te llamé para que me dieras consejos sobre mi relación —grito. —La trataré lo suficientemente bien de acuerdo a mi trato con Matteo. No tengo ningún interés en abusar de ella.

—Si no llamaste por un consejo, ¿entonces qué putas quieres?

—Quiero que encuentres al policía que hizo el reporte del accidente donde Isa cayó al río. Ella está ocultando algo, y quiero saber qué es.

—¿Y si él no está en la nómina de Matteo y no quiere hablar? ¿Qué quieres que haga yo?

—Me importa una mierda a quién tengas que matar, pero quiero respuestas. Quiero saber lo que realmente sucedió y no la historia de mierda de una chica cayendo al río.

Él hace una pausa.

—A Matteo no le gustará eso. Veré lo que puedo averiguar —dice, intentando calmar al monstruo saliendo a la superficie. Han pasado más de dieciséis meses y aún no estoy cerca de entender por qué Isa se siente tan obligada a ayudar a su familia, o por qué su hermana la odia tanto.

—Está bien —grito, colgando el móvil. Debería de trabajar. Tengo mierda para ponerme al día si quiero pasar tiempo de calidad con Isa cuando esté lista para acostumbrarse a su nueva vida. En lugar de eso, me meto a la habitación y cambio las sábanas mientras duerme. Luego la acuesto mientras protesta que la toque en sueños.

Como ser apuñalado en el pecho, salgo rápido de la habitación antes que se despierte completamente. Para dejarla dormir sola durante unas horas antes de unirme.

Tengo el presentimiento que necesitará el descanso por los días que vienen.

7

ISA



Mis ojos se abren cuando el peso a mi espalda se mueve y el brazo de Rafael cae de mi cintura. Sintiendo como si hubiera dormido desde siempre, ruedo sobre mi espalda lo más lento posible. Cuando mi cabeza se voltea para mirarlo. Espero encontrar el shock de los suyos reuniéndose con los míos.

En lugar de eso, los suyos permanecen cerrados, su respiración estable mientras duerme. Los trozos de vidrio que dejó en la mesa de noche aún permanecen ahí, y me pregunto el nivel de confianza que él puso en mí al dormir profundamente con un arma tan cerca.

La decisión inteligente sería apuñalarlo mientras duerme. Librar al mundo de un monstruo y escapar de él por una vez por todas. Compruebo que nunca he sido tan inteligente cuando volteo la mirada lejos del vidrio. Incapaz de siquiera considerar la realidad de matarlo. Tan malvado como es él, un mundo sin Rafael en el parece...

Vacío.

Aún si no estuviéramos juntos, yo no quiero existir en un mundo donde su presencia abrumadora no exista. Donde no pensara en volver a Ibiza y me pregunte si lo veré.

Rafe hizo que eso fuera imposible. Pero eso no significa que pueda matarlo y vivir esa fantasía al mismo tiempo.

En lugar de eso, me siento en la cama lentamente. Balanceando mis piernas a un lado. Toco el piso de madera e ignoro el dolor que hace a mis pies latir. Manteniendo mis ojos en él mientras me alejo de la cama, no cometo el mismo error que cometí la primera vez que intenté escaparme aquella noche. No desperdicio tiempo en agarrar zapatos, solo me muevo hacia la puerta y le doy vuelta a la perilla lentamente. Manteniendo mi cuerpo lo más relajado posible, abro la puerta y estoy a punto de salir justo cuando la cama cruje detrás de mí y yo me congelo.

—¿Vas a alguna parte, *princesa*? —pregunta, diciendo las mismas palabras que dijo hace lo que parece una vida. Con mi corazón en mi pecho, volteo mi cabeza hacia él. Sentado en la cama con sus pies sobre el suelo, con sus manos curvadas alrededor de los bordes del colchón violentamente mientras me mira fijamente. Con su cara inclinada hacia abajo en las sombras de la noche, todo lo que veo es la intensidad de sus ojos mientras me mira.

Como una pantera saliendo de la oscuridad, retando a su presa a jugar con él.

Me doy la vuelta y corro por el pasillo, casi tropezando sobre mis propios pies en mi pánico por escapar de él. La casa es enorme, un laberinto de pasillos.

Rafael me sigue, sus manos metidas dentro de los bolsillos de su pijama de seda negra mientras camina rápidamente para alcanzarme. Pero no hay estrés en su cara. Solo seguridad, y la realización de eso me hace tropezar. Cuando salgo del laberinto de pasillos y hacia un salón principal: hay una cocina, un comedor, y una sala de estar enorme. La puerta aparece al frente de la casa, llamándome mientras corro a través del espacio abierto. Mis pies descalzos retumban contra los pisos de madera, escuchándose demasiado ruidosos en el silencio de la noche. Cuando agarro la

perilla y le doy la vuelta frenéticamente, me atrevo a mirar hacia atrás a Rafael mientras él camina hacia mí.

Él se detiene en medio del salón, inclinando su cabeza a un lado cuando yo muevo torpemente las cerraduras.

—Recuerda lo que pasa cuando te atrape, *princesa* —murmura, las palabras a través de la distancia entre nosotros. Cuando la cerradura finalmente se voltea, abro la puerta y corro hacia la noche, a pesar del terror que se construye en mi cuerpo por sus palabras.

Su advertencia ese día en la catarata hacen eco en mi cabeza, la pregunta de lo que haría alto y claro mientras corro a través del quiosco frente a la casa. No hay ni una persona a la vista mientras corro por la colina, el pavimento abriendo las heridas de mis pies cuando los vendajes se rompen. La calzada me lleva bajando a una colina, haciéndome tropezar mientras intento desacelerar mis pasos para no romperme la cara.

Aun así, él sigue detrás de mí con su paso ligero. Sus rasgos permanecen calmados, su arrogancia me hace sentir más pánico. Él sabe algo que yo no sé, y sea lo que sea, me quedo con la impresión que caminé justo hacia una trampa.

—¡Alguien ayúdeme! —grito, el sonido desvaneciéndose en la noche cuando nadie responde mi súplica. Sigo corriendo, doblando a la derecha en la carretera al final de la entrada.

Corro, corro y un poco más, hasta que la fatiga amenaza con apoderarse de mí.

Hasta que la presencia de Rafael a mi espalda es una certeza que me atrapará, aunque tenía una mínima esperanza. Justo cuando mi cuerpo se afloja y la desolación amenaza con reclamarme, tropiezo hasta una villa donde personas merodean afuera a pesar de la hora. Están bebiendo en grupos, celebrando entre ellos mismos mientras yo corro por las calles entre sus casas.

—Ayuda —jadeo, poniendo mis manos en mis rodillas mientras intento respirar—. Él está persiguiéndome. Por favor —ruego.

Esperanza crece en mi pecho aunque lucho por no colapsar al suelo en medio de la calle. Las personas significan seguridad, pero una mirada atrás hacia Rafael confirma que solo está mirándome intensamente. Nunca aparta su mirada sobre mí o molestándose en ocultar su presencia por miedo a las repercusiones.

—*El Diablo* —murmuran las personas alrededor extrañamente, inclinando sus cabezas con una mirada hacia Rafael. Sé que había escuchado esas palabras antes, pero mientras me apresuro para encontrar a alguien que me ayude. No puedo dejar de pensar en ellos. Nadie se mueve para ayudarme, solo regresan su atención a donde Rafael está a mi espalda, su cara amenazadora y cruel mientras me observa suplicar por ayuda. Una mujer se acerca a él, volviendo sus ojos hacia mí con preocupación mientras habla con él en español.

Él sacude su cabeza. La mujer se mete en su casa y me deja a mi suerte. Yo reprimo un sollozo mientras la impotencia me reclama, volteándome y corriendo por la colina que hay en el pueblo.

—¡Por favor! —grito con un sollozo, esperando que alguien me ayude.

Pero cuando llego al final del pueblo, todos desaparecen dentro de sus casas y me abandonan a mi suerte con Rafael. Tropiezo, mis pies sangrientos deslizándose en las piedras. Me levanto y continúo por la colina, hasta que el pequeño pueblo se pierde en la oscuridad detrás de mí y solo queda la noche y árboles a cada lado de la carretera. El camino cambia a tierra, desvaneciéndose en un espacio sin nada alrededor mientras subo lo más rápido posible. Cuando llego a la cima de la colina, me detengo, mirando alrededor con horror.

Desde el punto más alto, recuerdo lo que Rafael me había dicho sobre vivir en una isla remota. Pensé que las palabras eran una mentira, asumí que solo era otra de las muchas que me dijo en nuestro tiempo juntos. En lugar de eso, miro hacia la oscuridad del mar Mediterráneo.

No hay nada. Nada excepto el agua que nos rodea. El pueblo debajo se ve iluminado y la casa de Rafael ilumina otra parte de la isla justo debajo de donde estoy. Puedo ver la piscina en la parte de atrás, y me doy cuenta que me hubiera ahorrado mucho tiempo corriendo si solo hubiera salido por la parte trasera.

Simplemente no hay nada, y las personas que viven aquí no están inclinadas a ayudarme. Están determinados a obedecer a Rafael y dejarme a mi suerte. Me volteo para enfrentarlo mientras él sube por la cima de la colina, su expresión fría apareciendo cuando sus ojos aterrizan en los míos.

Mi corazón se detiene en mi pecho, porque sé lo que viene ahora.

Y no hay ningún lugar que quede para correr.

8

RAFAEL



Su pecho desciende, su cuerpo desvaneciéndose como si se fuera a caer de donde está. Se endereza, su labio inferior temblando mientras lágrimas bajan por sus mejillas enrojecidas. Sabía al momento en que me fui a la cama, que dejé mi vida en sus manos al dejar los trozos de vidrio ahí.

Necesitaba saber lo que Isa haría, dado la opción, y el hecho que, a pesar de todo lo que he hecho. Ella no puede atreverse a lastimarme de verdad, habla mucho de los sentimientos que todavía la consumen.

Solo están ocultos debajo de la superficie de su ira. De su miedo.

Escogió huir, probando algo que quería mostrarle. Algo que ella necesitaba descubrir por si misma.

Sin importar lo que ella hizo, o a donde intentó ir, no hay forma de salir de *El Infierno* sin que yo lo sepa. Si yo lo quiero, ella nunca dejará la puta isla de nuevo.

—¿Ahora entiendes, *Mi Princesa*? —pregunto, cerrando lentamente la distancia entre nosotros. Retrocede un paso, como si tratara de huir de nuevo. Deteniéndose en el último momento, un

gemido irregular se escapa de sus labios mientras obliga a su cuerpo a quedarse quieto a pesar del miedo luchando.

—¿Por qué ellos no me ayudan? —pregunta. La inocencia de la pregunta jala lo que queda de mi corazón. Mi pobre Isa es tan ingenua en cuanto al mundo, tan perdida con los amplios ojos de su juventud. Que no se da cuenta de la simple verdad que dirige y gira nuestro mundo.

Las personas son egoístas. Me dijo esas palabras a mí una vez, pero ahora ella lo entenderá.

—Porque yo pongo comida en sus mesas. Porque yo soy *El Diablo*, y ellos me adoran como su Rey.

Sus piernas tiemblan mientras lucha por permanecer de pie, impulsándose a través de su miedo y cierro la distancia entre nosotros. Salta cuando estiro una mano para acunar su mejilla, frotando mi pulgar a través de las lágrimas en sus pómulos. Isa vuelve sus asombrosos ojos hacia los míos.

Siempre están brillantes, pero se intensifican cuando ella llora, volviéndose en un verde embotellado que las mujeres en todo el mundo envidiarían.

—Esta isla es mía. Soy dueño de estas personas. Si yo quisiera, ellos me observarían despedazarte y no moverían un músculo para ayudarte. No hay nadie que pueda salvarte de mí, *princesa*. Es momento que aceptes tu nueva vida.

No se mueve mientras pongo mi otra mano sobre su cadera, deslizando mis dedos dentro del borde de su camiseta.

Sus ojos bailan con el movimiento mientras su cerebro intenta encontrar un escape. Mientras lucha frenéticamente contra la verdad que ahora sabe. Será mía hasta su último aliento, y luego yo la seguiría hasta el más allá.

—¿Por qué estás haciendo esto? —murmura, su voz quebrándose cuando hace la pregunta. Deslizo mis manos hacia sus muslos, agarrándola por debajo de ellos y levantándola en mis brazos—. No entiendo qué fue lo que hice.

Está tan cerca de romperse, tan cerca del punto de no retorno donde necesito ponerla para reconstruirla de la manera en que siempre debió ser. Ira pulsa en mi cuerpo, incontrolable y consumidora, pero con sus ojos vacíos en los míos y la vista de sus labios temblando en mi cara, la bajo al suelo más gentilmente de lo que podría haberlo hecho.

Quería empujar su cuerpo contra un árbol y devorarla, mostrarle todo lo que tomaré y todo lo que ella me dará voluntariamente. En lugar de eso, la pongo en el suelo cuidadosamente y sello mi cuerpo sobre el suyo.

Las luces de la villa brillan lentamente mientras mi gente va a la cama por la noche, obligados a entrar a sus casas más temprano de lo que habían planeado por la carrera de Isa a la luz de la luna. No sabe que ellos habían estado celebrando mi regreso con mi novia. Que *El Diablo* finalmente tendrá sus herederos para continuar el legado Ibarra y darles la estabilidad que he sido incapaz de proveer sin Isa.

Toco una mano sobre su cabello, peinándolo hacia atrás gentilmente mientras abro más sus piernas y coloco mis caderas en medio de ellas. Retrocede por el toque, su cuerpo siendo capaz de sentir la violencia que está apenas restringida en mí.

El momento vendrá rápidamente cuando le muestre a Isa lo que podría significar estar conmigo. Si ella no quiere aceptar al hombre, entonces la pesadilla la follará en la tierra y romperá su cuerpo a la sumisión.

La elección es suya.

—Supe en el momento en que te vi, que tú serías mi esposa —murmuro. Sus ojos se amplían por mis palabras, y me pregunto cómo se verían en sorpresa. Mi intención de embarazarla debió haber sido suficiente para comunicarle a Isa que esta no es una situación temporal para mí.

—Pero no quiero ser tu esposa. Solo quiero ir a casa.

Las palabras se desvanecen, la melancolía suena como una mujer que se acaba de dar cuenta que su hogar ya no está. Que fue destruido, y de una manera, lo fue.

Ese nunca será su hogar de nuevo.

Los shorts pegándose a su cuerpo lleno de sudor, evitan que toque lo que es mío. La agarro alrededor de la parte de atrás de sus muslos, levantando sus piernas y culo del suelo para que descansa contra mi cuerpo. Deslizando mis manos en el elástico de la cintura, los bajo mientras ella me mira.

—Nunca intentarás dejarme de nuevo. Estoy seguro que ahora puedes ver que es inútil —digo, observando mientras ella asiente lentamente. El movimiento es tan dudoso como yo lo hubiera esperado, como si apenas está ahí.

A la deriva en el océano, perdida en la marea de mi posesión.

Se necesitarán las llamas del Infierno para devolverla a la vida, para resucitarla como *Mi Reina*. Para que ella pueda resistir el fuego de estar a mi lado.

Arrastro los shorts hacia arriba de nuevo sobre sus muslos mientras ella me mira. Parpadeando en shock. Moviéndolos a un lado, empujo sus piernas de nuevo hacia atrás para abrirlas a mí alrededor. Para poder inclinarme hacia adelante y jalar el cuello de su blusa hacia abajo y liberar sus tetas.

Beauty in Lies

Coloco sus manos vendadas sobre mi pecho, ansiando sentir su piel desnuda en mí. Para sentir la carne destrozada de sus manos mientras ella me toca y sepa que las marcas en su piel son mías.

Que son parte de nosotros, para bien o para mal.

Aún si quiero que me mire como si yo fuera el hombre del que ella se enamoró en Ibiza, no puedo negar la atracción de saber que vio la oscuridad en mí. Que miró la cara de la pesadilla y se quedó ahí donde otros pudieron haber seguido corriendo. Isa puede jugar a la inocente todo lo que quiera, pero ella siempre ha visto toques de la oscuridad en mis ojos.

La ha visto, la ha sentido en su piel, y le ha dado la bienvenida con los brazos abiertos. Como venir a casa al lugar donde su alma siempre perteneció.

No habla, solo me mira con ojos llorosos mientras sacude su cabeza de lado a lado. Sé que no hay nada más que pueda decir mientras intenta luchar a través de la inescapable naturaleza de su vida conmigo, pero aceptarla es el primer paso en nuestra batalla hacia la felicidad.

Estiro mi mano entre nuestros cuerpos, arrastrando la cintura de mi pijama hacia abajo hasta que mi polla salta. Presiono la cabeza contra su clítoris, arrastrándola hacia su coño y frotándola hacia arriba y hacia abajo hasta que estoy húmedo con la excitación que no quiere reconocer.

La ruptura se desvanece de sus ojos, el pequeño demonio levantándose en respuesta a mi intento de una dulce seducción. Isa nunca me había permitido simplemente hacerle el amor, en lugar de eso. Prefiere presionarme hasta que ya no puedo resistir la tentación de tomarla rudamente. Para presionar más allá de los límites que probablemente pensó que tenía.

Pero no hay límites en lo que yo le haría a Isa. No hay partes de ella que yo no reclamaré como mías.

Aun entendiendo que el desafío viene de un lugar de no querer dulzura y romanticismo del hombre que está determinada a odiar, que ese es un mecanismo de defensa tan fuerte como cualquiera. Todavía no siento nada más que frustración cuando respondo su mirada furiosa con la mía.

—Te advertí lo que pasaría si te atrapaba, *princesa* —adviento mientras alineo mi polla hacia arriba y empujo dentro de ella. Grita cuando la lleno, gritando hacia la noche con la violencia de mi posesión.

Cubro su cuerpo con el mío, empujándome a mí mismo tan profundo como puedo ir en mi intento de fusionar nuestros cuerpos. Si yo pudiera pasar mi vida dentro de ella, lo haría.

Nunca hubiera querido estar en otro lugar.

Lloriquea mientras retrocedo, deslizándome a través de su tierno e inflamado tejido que no estaba listo para mí.

—Grita mi nombre cuando te corras —ordeno, bombeando en ella furiosamente en mi necesidad que todos los hombres en mi villa lo oigan.

Para que ellos sepan exactamente quién es su dueño.

No dice mi nombre, desafiándome en una pequeña manera que solo me hace más determinado a sacar la palabra de su boca mientras la follo. Gime, tomando lo que tengo para darle como sé que ella siempre lo haría. Es mi pareja perfecta, la mujer perfecta diseñada solo para mí.

La beso, obligándola a saborear, a reconocer que nuestra conexión es más profunda que solo simple biología. Que la emoción detrás de eso está ahí, pulsando debajo de la follada en la tierra. Romperé su cuerpo hasta que sus paredes desaparezcan y me deje entrar en su cabeza.

Y entonces también seré dueño de eso.

Cuando retrocedo, agarro sus piernas detrás de sus rodillas y la levanto hasta que se dobla a la mitad para mí. Con sus tobillos alrededor de mis hombros, bombeo profundamente dentro de ella con duros y rápidos empujes que sacan un jadeo de ella cada vez que llego hasta adentro.

—¡Joder! —gruñe, apretando sus ojos mientras la follo más fuerte de lo que probablemente debí haberlo hecho en mi desesperación para oír mi nombre cuando se corra.

—Di mi puto nombre —ordeno de nuevo, cambiando el ángulo de mis caderas mientras empujo dentro de ella—. ¿De quién es este coño? —Mi polla golpea su punto G, trayendo una expresión de asombro a su cara mientras arrastro la cabeza de mi polla sobre ese punto y trabajo más y más alto para llegar a su orgasmo.

—Jódete —gime. Sonriéndole maliciosamente, presiono hacia adelante hasta que sus piernas tocan su pecho y exhala un suspiro entrecortado. Inclinando mi peso sobre ella, tomo su labio inferior entre mis dientes mientras empujo dentro de ella en un movimiento hacia abajo. Su espalda presionada contra el suelo y mi peso presionando su cuerpo, obligándola a tomar todo lo que le doy sin escape.

—Pronto, te someteré de nuevo así y follaré ese culito —murmuro contra su boca. Jadea, estirándose para agarrar mis antebrazos mientras sus uñas cavan en mi piel e intenta hacerme sangrar—. Mi nombre, *princesa*.

Esas uñas se hunden más fuerte mientras retrocedo y me muevo dentro de ella más gentilmente, alejándola de su orgasmo hasta que ella me de lo que quiero.

Llora, desesperación mostrándose en sus rasgos.

Cuando ya no puede soportarlo, grita mi nombre en derrota.



#2 Until Forever Ends Beauty in Lies

—Rafael, por favor.

Inclinándome hacia adelante, la beso y la follo más fuerte con furiosos movimiento de la cabeza de mi polla sobre ese punto dentro de ella que la vuelve tan salvaje como siento mi ira con ella. Se corre, espasmos alrededor de mi polla mientras yo sigo bombeando en ella a través de su orgasmo. Después de unos minutos más disfrutándola mientras jadea debajo de mí, la sigo con mi orgasmo.

Llenándola con mi semilla de nuevo, a la cual mira furiosa entre sus piernas cuando me salgo. No protesta cuando la arrastro en mis brazos y la cargo bajando la colina y hacia la cama que espera por nosotros. Nadie se atreve a mirarla medio desnuda cuando me dirijo a casa.

Mi Princesa es solo para mis ojos.

Está demasiado exhausta para importarle nada más que volver a dormir, pero sé que la discusión sobre los condones vendrá pronto.

Hará lo que digo a su tiempo.

9

ISA



Obligo a mis ojos a abrirse lentamente, la frialdad de la cama me alerta la falta de la presencia de Rafael. Desde antes que esté completamente consciente. Estiro una mano a pesar de mis mejores intenciones, tocando su almohada arrastrándola más cerca.

Su aroma llena mis pulmones cuando inhalo, luego la empujo lejos inmediatamente, mi ira por mi propia ridiculez. En lugar de sentirme agradecida que él no está, me quedo con un desafortunado vacío dentro de mí. Que es atribuido a mi nueva realidad que no seré capaz de salir de esta isla.

Escapar sería imposible sin ayuda o sin un bote, nunca había estado en uno antes de ir a Ibiza. Mucho menos conducirlo.

Me siento y me paso una mano sobre mi frente. Miro al vendaje de tela que toca mi piel mientras mis ojos se ajustan a la luz del sol brillando en las ventanas. Tragando, muevo la tela lentamente para revelar la piel desgarrada de mi mano. Manchas cubiertas de costras donde los cortes son más profundos, heridas punzantes en las áreas donde el vidrio de la linterna me apuñaló.

No hay ninguna duda que ciertos puntos cicatrizarán, pero la mayoría de las heridas en mis manos son superficiales. Nada

excepto las heridas de arrastrarme por la calle. Dolorosas y punzantes, pero sin ningún efecto duradero. Aparto la sábana de mi cuerpo, revelando los vendajes alrededor de mis rodillas sintiéndome satisfecha que no es necesario cubrirlas.

Una mirada a mis pies me hace estremecerme. El abuso constante que sufrieron desde que desperté en el dormitorio de Rafael significa que son un desgarrado desastre debajo del vendaje, confirmado por el dolor mientras Rafael las limpiaba en medio de la noche.

Quería odiarlo, pero se sentía imposible hacerlo cuando se ocupó de mí, al igual que me asustó. Sé que lo más lógico de hacer es pasar los siguientes par de días sanando, pero nunca me ha gustado reposar en la cama. Fui una paciente de hospital terrible después del accidente, volviendo locas a las enfermeras con mi insistencia que no podía quedarme quieta. Nada ha cambiado en los años que han pasado desde entonces.

Me levanto de la cama, dirigiéndome hacia el clóset y agarrando un vestido cómodo para ponérmelo. Mi espalda arde mientras la tela se desliza sobre ella, un recordatorio de la noche anterior y la brutalidad de los empujes de Rafael dentro de mí mientras me reclamaba en la tierra.

Fue sucio. Fue instintivo, como si fuéramos llamados aparearnos y hacerme suya de una manera bestial.

Como si las líneas limpias de su traje y su cara impresionantemente hermosa, fueran un disfraz detallado para la bestia que vive dentro de él. Sabía qué palabras decir. Sabía exactamente cómo atraerme a su trampa.

Y todo el tiempo, no fui nada más que su presa.

El hombre que conocí realmente nunca había existido. Hizo que me enamorara de un caballero con un tinte de oscuridad, cuando realmente él es un diablo de traje.

Agarro ropa interior de encaje del cajón del clóset, entrecerrando mis ojos a todas las telas delicadas y artículos femeninos significan más para él de lo que podrían ser para mí. Subiéndolas por mis piernas, casi tropiezo por mi creciente frustración.

No soy una muñeca que él pueda vestir con ropa de diseñador y sedas lisas, esperando para desnudarme cuando quiera follarme. No soy un juguete que pueda encerrar en su dormitorio hasta que sienta con ganas de honrarme con su presencia. Después de usar el baño y vendar de nuevo las heridas de mis pies, me dirijo hacia la puerta e intento darle la vuelta a la perilla. No puedo abrir la puerta, esta cerrada por fuera.

Furia se levanta en mi garganta, sabiendo que no hay ninguna razón para encerrarme en un dormitorio cuando toda la isla es una prisión. Su crueldad no tiene límites. Golpeo un lado de mis puños contra la puerta, gritando su nombre esperando que él esté lo suficientemente cerca para oírme.

Tal vez pueda hacerlo enojar hasta que me deje ir. Eso siempre es una posibilidad. Si no puedo obligarme a matarlo mientras duerme, entonces quizás solo puedo abrumarlo hasta que se canse de mis exigentes rabietas.

Mis ojos se dirigen hacia la esquina, mirando furiosamente a la cámara que había visto en la pared tocando el techo el día anterior. Arrastro la mesita de noche del suelo donde la lancé. Colocándola debajo de la cámara antes de regresar a la cama. Sacando la funda de la almohada, me levanto sobre la mesa y me estiro para guindar la tela sobre la cámara. Cuando queda colgando de la mejor forma que pude, cuidadosamente bajo y me muevo para mirar por la ventana y esperar. Como mínimo, descubriré qué tan seguido Rafael me observa por las cámaras. El sol hace mucho que salió, dejándome con una espectacular vista del brillante Mediterráneo. Eso me hace extrañar mi vista de la casa del vecino apenas a unos pocos metros de distancia.

Nuestra casa estrecha y saturada de personas, parece mucho más acogedora que todo el lujo a mí alrededor, sabiendo que solo soy otra pieza en la propiedad de Rafael. Mi familia me ama. Ellos me extrañarán tan pronto como se den cuenta que no voy a volver. Eso es lo que realmente es un hogar, y odio todas las veces que lo tomé por sentado.

Rafael no me hizo esperar mucho tiempo antes que suenen las cerraduras de la puerta de la habitación y entra. Un hombre viene detrás, cargando la tabla de ajedrez que reconozco de Ibiza. El hombre ni siquiera me mira mientras lo deposita en la mesa y la mueve al frente del sofá.

Rafael le indica que se vaya asintiendo después que coloca cuidadosamente las piezas en la tabla, alineándolas y depositando la bolsa en su bolsillo culo. Una vez que la puerta está cerrada y el hombre está fuera de vista, Rafael agarra la silla acolchada que está al lado de la cama y la arrastra hasta la pequeña salita. Reclamando el lado con las piezas negras, lentamente desabotona la chaqueta de su traje y la pone sobre la parte de atrás de la silla.

No sé a dónde fue mientras dormía esta mañana. Pero está de vuelta en su apariencia inmaculada de hombre de negocios. Sentándose en la silla cuidadosamente, mueve sus ojos hacia mí después de levantar su ceja hacia la cámara cubierta.

—¿Realmente pensaste que esa es la única que tengo aquí?

Me trago mi furia, inclinándome contra la ventana mientras lo enfrento y miro alrededor de la habitación. Con ninguna otras visible fácilmente, no hay oportunidad que sepa si alguna otra esquina está segura de ojos entrometidos. Ninguna oportunidad que pueda tapar los lentes de mí cuando insiste en mantenerme encerrada.

—¿Por qué necesitas cámaras en tu dormitorio? —pregunto, entrecerrando mis ojos en su intensa mirada. El pensamiento que

tal vez yo no soy la primera mujer que él observa en esas cámaras, me inquieta, convirtiendo lo que la parte más oscura de mí que esperaba fuera solo una retorcida obsesión en algo mucho más común. Si Rafael es solo otro hombre poderoso con un complejo por violar mujeres jóvenes e inocentes, entonces yo no soy nada más que una estadística. Un peón en un juego que incontables mujeres ya perdieron.

Se inclina hacia adelante, descansando sus codos sobre sus rodillas mientras su dedo índice toca el peón con una grieta encima. La misma pieza que movió primero en nuestro primer juego.

—¿Todavía te molesta pensar en otras mujeres en mi cama, Mi Princesa?

—Por supuesto que no —gruño, negando los celos corriendo a través de mí. Esa prohibida parte de mí quiere reaccionar en respuesta a la provocación, reclamarlo de la manera en que él intenta hacerme solo suya. Pero no es mío para reclamar.

Una mujer no puede domar a una pesadilla que usa piel solo para disfrazar en monstruo por dentro.

—Las cámaras están ahí por ti —dice Rafael, levantando el peón y asintiendo hacia el sofá al otro lado de mí e invitándome a tomar asiento sin otra palabra—. Para que yo pueda mirarte cuando no puedo estar contigo. Ninguna otra mujer ha estado en esta cama, *princesa*, —dice, colocando el peón de vuelta en su posición designada.

—Por favor —resoplo, rodando mis ojos hacia el techo mientras me alejo de la ventana y tomo asiento en el sofá. Me trago la respuesta traumática que intenta brotar en mí por estar tan cerca de las piezas de ajedrez con las que me torturó. Me muevo al borde del cojín, bajando mis manos para envolverlas alrededor de los bordes y hundir mis uñas en la tela suave para controlarme contra la necesidad de atacar—. ¿Tú esperas que crea eso?

—Yo soy un hombre —dice, encogiendo los hombros—. No soy virgen, pero tú eres la primera mujer que he deseado por más tiempo de lo que tomo para correrme. Es por eso que me pusiste furioso cuando insinuaste que esto es nada más que sexo. Si ese fuera el caso, nuestra relación hubiera terminado antes de empezar.

—¡Esta no es una relación! —discuto—. Ese término insinúa que yo tengo elección.

Rafael sonríe burlonamente, ajustando sus piernas mientras me observa con ojos oscuros. Cada vez que hablo, cada oportunidad que tomo para discutir, el monstruo se muestra un poco más en las líneas de su cara. Por la tensa línea de su mandíbula, al fruncido de sus labios y sus ojos entrecerrados, el monstruo bajo su piel es más visible.

Él no tiene nada más que ocultar.

—Tienes razón —concede, asombrándome. Mi boca cae mientras lo miro—. Una relación no es el mejor término para describir lo que hay entre nosotros.

Me trago mi miedo cuando sus labios se curvan en una sonrisa desafiante. Abro la boca para hablar, debatiéndome en qué decir. Me encuentro atrapada con la guardia baja, -al él estar de acuerdo-. No lo había anticipado.

—Tú serás mi esposa, después de todo —dice. Sus dientes mostrándose entre sus labios mientras sonríe ampliamente—. Creo que *compromiso* es un término mucho más apropiado que una relación. Particularmente nunca me he visto como tu novio. Ese título no me gusta mucho. Demasiado reemplazable para mi lugar en tu vida.

Lo miro con horror, intentando regular mi respiración a lo normal mientras me trago mi grito.

—¿Qué te pasa?

—Esposo se siente más a la altura de quién soy para ti. Tuyo, irreversiblemente —dice, ignorando mi pregunta—. En cuanto a lo que me pasa: Vi algo que quise. Manipulé las piezas para tomarlo. Estuviste en desventaja mucho antes que siquiera supieras que estábamos jugando, *Mi Princesa*.

—El divorcio existe —digo furiosa—. Nada es irreversible.

—Lo es para ti —responde, ondeando una mano sobre la tabla—. No vine aquí para debatir las semánticas de nuestro compromiso. Juega conmigo, —dice.

—Prefiero apuñalarte con las piezas, mi prometido —digo, dándole una sonrisa dulce.

Sus ojos caen a mis labios, observándolos formar las palabras mientras algo hace clic en su cara. Frota su lengua sobre sus dientes, estudiándome pensativamente.

—Esposo sería mejor —dice.

Lo miro furiosa, volviendo mi rostro hacia la tabla de ajedrez frente a mí y considerando mis opciones.

—¿Qué dices si subimos la apuesta? —pregunto finalmente, aun sabiendo que las posibilidades de ganar son cerca a nada. En nuestros juegos anteriores, Rafe movía las piezas alrededor de la tabla como un profesional. Astuto y manipulador, apenas tenía que darle una mirada al juego para saber cómo atraparme.

—Déjame adivinar: ¿si tú ganas, yo tengo que dejarte ir? —pregunta, observándome mientras yo asiento. No podía ser una sorpresa, dado que mi libertad es todo lo que quiero de él—. ¿Y qué recibo yo si gano, *Mi Princesa*? —murmura, levantando sus labios con diversión mientras se inclina hacia adelante cruzando la mesa pequeña. Con sus ojos tan cerca de los míos y estudiándome intensamente, trago mientras intento pensar en una respuesta.

Algo que pueda soportar darle.

—Dejaré de intentar huir —digo, tragando.

Se ríe oscuramente, inclinándose hacia atrás y cruzando sus brazos sobre su pecho mientras sus dientes se hunden en su grueso labio inferior y me sonrío.

—Tú puedes tratar de huir todo lo que quieras —dice encogiendo sus hombros—. ¿Qué diferencia hace cuando no hay ningún lugar a donde puedas ir?

Presiono mis ojos, intentando buscar en mi cerebro algo que pueda ofrecerle al hombre que simplemente tomará -lo que no le doy de todos modos-. No hay nada que yo tenga que ya no esté a su merced.

—¿Qué quieres? —pregunto, a través de dientes apretados.

Abro mis ojos cuando estira una mano de repente, atrapando mi barbilla e inclinando mi cabeza hacia arriba para mirarlo. Su pulgar se arrastra sobre mi labio inferior, poniéndolo a un lado fuertemente antes de deslizarlo en mi boca. Lo muerdo, por lo ofensivo que es. Hundiendo mis dientes en su carne mientras se ríe.

—Quiero tu boca, *Mi Princesa*. Te quiero de rodillas frente a mí, adorando mi polla con tu bonita y rosa lengua sin miedo a que me morderás.

Quita su pulgar, arrastrando mi labio fuera de mis dientes retirando su mano.

—Es tu movimiento, *princesa* —dice, sentándose de nuevo en su silla. Sus manos tocan los brazos de ellas, su postura relajada mientras mi cuerpo vibra con necesidad. El recuerdo de rodilla en el suelo de la ducha la primera vez que lo tomé en mi boca prende mi piel en fuego. Mis mejillas se calientan mientras me inclino hacia

adelante, tocando un peón mirando la tabla intensamente. Empiezo con la apertura del Rey, sin perderme esa ironía.

Eso es lo que yo soy para Rafael a pesar de sus palabras sobre un Rey protegiendo a su Reina, pero también es una de las pocas jugadas que me enseñó en el poco tiempo que lo he conocido. Sonríe maliciosamente, como si pudiera sentir mi realización, sobre el conocimiento que nunca ganaré contra él.

Soy tonta por siquiera intentarlo. Ajedrez no es un juego que se domina con suerte de principiantes, sino estudiando la tabla y haciendo implacables estrategias. Lo observo planear su Defensa Siciliana.

—¿Quién te enseñó a jugar? —pregunto, haciendo un esfuerzo para distraerlo del juego mientras miro la tabla intensamente y muevo mi pieza.

—Mi padre —dice—. Bueno al principio. No le gustó cuando yo empecé a ganar, así que jugaba con mi tío y primos en los veranos cuando los visitaba. Sebastián era un digno oponente, —dice mientras seguimos jugando.

—¿Con quién jugabas cuando estabas en casa? —pregunto, mis nervios creciendo. No puedo distraerlo del juego. Porque nunca le ha puesto atención. Simplemente hace los movimientos como si ya hubiera ganado, y sé que será así.

Suspiro, mirando furiosamente las piezas como si fueran las culpables de mi estúpida apuesta. Podré no ser libre, pero no me pondría entre sus piernas e intentar luchar contra la atracción que sé que no debería sentir. Mientras le doy la parte de mi cuerpo que no se atreve a tomar a la fuerza.

Mira mi boca como si ya pudiera sentirla envuelta a su alrededor, inclinándose hacia adelante y mirando la tabla más cuidadosamente por primera vez.

—Regularmente, con nadie. La mayoría se cansan de perder tan rápido.

Mueve su pieza, volviendo sus ojos hacia los míos con una sonrisa.

—Observa.

Bajo mis ojos hacia la tabla, finalmente dándome cuenta de cuánto tiempo alargó nuestro juego más de lo que podía haberlo hecho. Su falta de concentración en el juego, no fue porque no quería jugar, sino para darme la oportunidad de pensar y aprender.

Mierda.

Pongo mi mano en el alfil, mirando mientras él frunce sus labios. Quitando mi mano rápidamente de la pieza, agarro Mi Reina y la muevo. La quita despiadadamente, anunciando que si tenía alguna duda, el juego prácticamente está terminado.

Me muevo, agarrando un peón en lo que parece ser el único movimiento que puedo hacer.

—Jaque mate —dice, sin molestarse en usar su turno. Con el espacio que dejé, le doy una clara línea hacia mi Rey mientras juega conmigo.

Se levanta parcialmente, empujando su silla hacia atrás de la pequeña mesa y dando espacio frente a su cuerpo. Con sus piernas abiertas, se inclina hacia atrás y luce como el diablo en un trono de pecado.

—Un trato es un trato, *Mi Princesa* —murmura.

Me levanto en piernas temblorosas, reprimiendo el deseo de negarle lo que le prometí. Caminando hacia el espacio frente a él, me trago mi ansiedad mientras lo miro. Con sus rodillas a cada lado

de mis piernas, pongo una mano en cada brazo de la silla y me pongo de rodillas frente a él.

—Buena chica —murmura, estirándose para frotar mi mejilla con su pulgar.

Lo miro furiosa a pesar que los nervios hacen temblar mis manos mientras toco la hebilla de su cinturón. Sus ojos caen al contacto mientras yo jalo el cuero. Desabotonando sus pantalones y bajando la bragueta, sus ojos en los míos mientras le doy una mirada nerviosa.

Muerdo la esquina de mi labio y dudo, insegura de si realmente puedo hacerlo. Ya el pensamiento de sacar su polla de sus pantalones envía calor entre mis piernas. Es perversión, un cuerpo enfermo y retorcido que se vuelve contra mí de una manera que no debería suceder. No hay nada normal acerca de desear al hombre que me secuestró.

Todo viene de la parte de mí que nunca debió haber sido liberada. Esa parte debió haberse quedado oculta debajo de la superficie hasta el día que muera.

Considero no seguir, retroceder y dejarlo desquitarse en mi coño de la forma en que estoy segura que lo haría. Pero el establecer las pautas que nuestras apuestas no deberían cumplirse, no sería bueno para mi. Me haría disfrutar lo que sea que me haga. Que use mi boca o mi coño debería ser irrelevante.

Deslizo mi mano, dentro de sus pantalones y estiro la mano hacia su bóxer que lo cubren y ayudan a esconder su bulto de personas inocentes durante el día. Gruñe cuando mi mano se envuelve a su alrededor, liberándolo de la capa de tela hasta que cuelga libre, pesado en mi mano. Lo froto desde sus pelotas hasta la punta de su cabeza mientras mantengo su mirada.

Estira una de sus manos, enredándola en mi cabello en la parte de atrás de la cabeza y presionándome hacia abajo hasta que la

cabeza de su polla se presiona contra mis labios. Abro mi boca, dejándolo que me guie hacia abajo hasta que su sabor explota en todos mis sentidos. Se desliza sobre mi lengua, liberando su agarre de mi cabeza para agarrar los brazos de la silla y permitirme hacerlo por mi cuenta. Llena del conocimiento que quiso decir en serio las palabras sobre querer que yo lo adore, sé que sería diferente de la vez que lo hice en la ducha. Usó mi boca esa vez, presionándome para que lo tomara más duro y más rápido mientras sus caderas empujaban dentro y fuera de mí.

Ahora esta inclinado hacia atrás en su silla, observándome extasiado mientras abro más mi boca para acomodar su grosor y deslizarme hacia arriba y hacia abajo en su longitud por mi propia voluntad. Toma mi mano en la suya, envolviendo mis dedos alrededor de la base lo mejor que puedo y guiándome a trabajar lo que no cabe en mi boca.

Hay algo intoxicante sobre sus ojos en mí, sobre el calor en su mirada mientras me observa ahuecar mis mejillas y chupar. Muevo mis caderas cuando eso trae una reacción física en mi vientre que ruega por la liberación. Cierro mis ojos, concentrándome en lo que estoy haciendo e intentando desconectarme de todo lo demás.

—Mírame —ordena Rafael con su voz profunda, obligando a mis ojos a abrirse. Levanto la mirada cuando sus caderas se mueven, yendo un poco más profundo en mi garganta. Con sus ojos en los míos, no hay manera de negar el calor construyéndose entre mis piernas o en la manera en que lo quiero dentro de mí—. Si me deseas, entonces tómame —dice. Sacudo mi cabeza, concentrando mi atención de nuevo en su polla y haciéndolo correrse lo más rápido posible. Admitir que lo deseo no es algo que estoy dispuesta a hacer. Dejarlo venirse dentro de mí es algo aún menos tolerable, y ambos sabemos que eso es lo que pasaría si lo dejo follarme.

—Está bien —gruñe, su frustración evidente en sus ojos entrecerrados—. Tócate. —Me alejo de él, liberándolo con un sonido húmedo mientras sale de mi boca.

—No.

—Pon tus jodidos lindos deditos entre tus piernas y juega con mi coño hasta que te corras sobre ellos, *Mi Princesa* —dice. Se levanta, haciéndome retroceder en mis dolorosas rodillas mientras envuelve una mano en mi cabello. Su otra mano sostiene su polla en mi boca, deslizándose dentro y empujando profundo hasta que tengo arcadas a su alrededor—. Debiste saltar sobre mi polla y montar un puto paseo.

Murmuro a su alrededor, poniendo mis manos sobre sus muslos y hundiendo mis uñas en ellos. La tela de sus pantalones interfiere con que lo lastime de la forma que quiero mientras él golpea la parte de atrás de mi garganta con duros empujes que hacen llorar mis ojos.

—No me hagas follar tu culo hoy, Isa. Tócate —dice. Lo miro furiosa, arrastrando una de mis manos entre mis piernas y levantando mi vestido mientras él usa mi boca. Hundiéndome hacia el frente de mi ropa interior, pongo dos dedos sobre mi clítoris y hago círculos de la manera en que él siempre parece hacerlo. Mis caderas saltan con el contacto, un jadeo estrangulado escapando a su alrededor mientras gruñe de placer.

—¿Crees que puedes negar que me deseas? Puedo oír lo jodidamente mojada que estás solo por mi polla en tu garganta. Puedes intentar mentirte a ti misma, pero tu cuerpo no dice mentiras.

Gimo a su alrededor, observando mientras sus labios se mueven cuando el placer forma una mueca con su ira. Se sale, trabajando con su mano arriba y debajo de su longitud furiosamente.

—Abre tu jodida boca. —Tragando, lo hago. Aun sospechando lo que viene cuando apunta hacia mi boca. Presiona la cabeza adentro, masturbándose hasta que el sabor de su liberación moja mi lengua.



#2 Until Forever Ends

Beauty in Lies

—Muéstrame.

Retrocede, inclinándose hacia adelante hasta que su cara está frente a mí y mira su corrida en mi lengua. Trago mientras él me levanta rudamente, poniéndome en la silla y arrastrando mi ropa interior por mis muslos. Su mano cubre la mía, ayudándome a masturbarme mientras subo más alto y más alto hacia un orgasmo mientras me devora con un rudo beso. Sin importarle el hecho que se acaba de correr en mi boca, mete su lengua y usa sus dedos rápidamente en mi clitoris para enviarme hacia un poderoso orgasmo.

Gimo contra él, deseando más y odiándolo por darme el clímax que no quería. El que traicionó todo lo que debí haber sido.

Las chicas buenas no tienen sexo con asesinos, y ciertamente no les gusta.

10

ISA



Me despierto por el sonido de la ducha la mañana siguiente, y el lado de la cama de Rafael está vacío. Sentándome, pongo las sábanas sobre mi pecho y miro alrededor de la habitación. Se fue poco después de hacerme correr el día anterior, solo regresando a la habitación para traerme comida antes de dejarme sola una vez más. Si lo que intenta es aburrirme hasta la muerte, temo que ganará esa batalla más pronto que tarde si me obliga a quedarme en un dormitorio sin nada que hacer por otro día.

Sale del baño, una nube de vapor siguiéndolo mientras se dirige hacia el clóset. Vistiéndose en uno de sus trajes, me mira mientras lo observo moverse alrededor.

—Tú entiendes que no hay manera de salir de la isla, ¿sí? —pregunta.

Asiento solemnemente. Todavía no sé lo que haré para salir de la isla, pero sé que la solución no vendrá sin involucrar a Rafe, y si me perseguiría de vuelta a casa, entonces escapar sería inútil. Solo pondría en peligro a mi familia y amigos innecesariamente si dijo en serio sus palabras sobre arrastrarme de regreso.

—Si quieres, puedes pasar el día con Regina mientras yo trabajo. Mi oficina está en la parte principal de la casa, y serías bienvenida de acompañarme ahí también. De algún modo sospecho que preferirías ayudar a Regina en la cocina.

Lo miro esperanzada, mordiendo mi labio inferior pensativamente.

—¿Puedo dejar la habitación?

—Si causas problemas, te traeré de vuelta aquí. Pero mientras seas amable con Regina, entonces no tengo ningún problema con que tengas libertad alrededor de la casa, pero por ahora me gustaría que te quedes con ella. Solo hasta que tengas un mejor entendimiento de la isla y de tú lugar en ella. ¿Es eso aceptable para ti? —pregunta, abotonando su camisa.

—Sí —concuero—. Tomaré lo que sea en lugar de estar encerrada aquí. Pero, ¿quién es Regina? —Los celos en mi voz no pueden dejar de notarse, y mentalmente me reprendo a mí misma por ello.

Él sonríe burlonamente.

—Mi madrastra, supongo —dice—. Mi ama de llaves ahora que mi padre murió.

Asiento con mejillas enrojecidas, apresurándome hacia el baño para ducharme rápidamente mientras termina de vestirse. Parece ridículo recibir la libertad como si fuera un regalo cuando todavía estaré atrapada en esta isla. Me odio a mí misma por la gratitud que siento, cuando la verdadera libertad debería ser mi derecho. Su mano me da una firme palmada contra mi culo mientras paso a su lado, haciéndome darle una furiosa y asombrada mirada por encima de mi hombro brevemente antes de seguir mi camino. Dado todo lo que ha pasado, regañarlo por tocarme parece irrelevante. Si hay una cosa que sé sobre Rafael Ibarra, es que él hace lo que quiere.

#2 Until Forever Ends Beauty in Lies

Y al diablo lo que los demás piensen.



—Quiero hablar con Chloe —exijo mientras salgo del baño y entro al iluminado dormitorio, donde Rafael está sentado en la misma silla que ocupó durante nuestro juego de ajedrez el día anterior. Levanta su mano del elegante móvil en el que ha estado leyendo algo intensamente, levantando una ceja como para recordarme que no estoy en posición de exigir cosas.

—Se supone que ella va a casa hoy. ¿Llegará a casa? —pregunto, bajando mis ojos mientras mi labio tiembla ligeramente. No quiero nada más que mi amiga llegue a casa a salvo y esté fuera del alcance de Rafael.

Aún si eso significa que ella les diga a mis padres con quién me involucré y sobre mi repentina desaparición cuando no llegue a casa con ella.

Se levanta lentamente, metiendo su móvil en el bolsillo de sus pantalones mientras me mira cuidadosamente.

—Tu amiga llegó a la embajada la noche que te llamó. Ellos la pusieron en un avión hace dos horas, y está de camino hacia Chicago, a pesar de sus mejores esfuerzos para convencer a las autoridades que tú fuiste secuestrada por un hombre demente y necesitas ayuda. La policía le informó que ellos hablaron contigo, y que tú simplemente tomaste la decisión de extender tus vacaciones indefinidamente.

Me trago la saliva construyéndose rápidamente en mi boca, mientras considero el alcance que Rafael debe tener para poder ser capaz de manipular a la policía con esa mentira.

—¡Pero eso no es cierto! —discuto, sintiéndome como una niña petulante mientras intento considerar cómo comunicar mi frustración sin patear. Él me ve como una niña inocente que es demasiado ingenua para entender en lo que se estaba metiendo al involucrarse y usar eso para su ventaja.

Tiene razón, pero no agregaré a esa imagen, el hacer un berrinche. Además, patear no sería tan divertido al menos que su cara estuviera debajo de mi pie.

—En Ibiza, la verdad es lo que yo diga que es, *Mi Princesa* —murmura Rafael, su voz profunda pero ligera como una suave caricia mientras se acerca a mí. Estira una mano, tocando delicadamente el lado de mi rostro. A pesar de la tormenta construyéndose en sus ojos con su furia flotando debajo de la superficie, las líneas de su cara están raramente tiernas en un usual momento de sinceridad.

—Hubiera sido la verdad, si tú solo hubieras confiado en tu amor por mí y no creer los rumores de una chica adolescente que susurró en tu oído en mi contra.

—No creo que se puedan llamar rumores si son ciertos —siseo. Muerdo mi labio en frustración mientras intento negar los sentimientos que he desarrollado por él en nuestro corto tiempo juntos, antes que todo se viniera abajo, pero las palabras no salen.

No amo a Rafael, no puedo.

Pero amo a *Rafe*, y perderlo se siente como destrozar otra parte de mí que nunca recuperaré.

—Si tú hubieras elegido quedarte, pude haberte mostrado los beneficios de estar con un hombre como yo. Tú pudiste haber

sabido lo que la belleza de mis mentiras te compró a través de tu ignorancia, pero ahora no tengo ninguna razón para no exponerte a la realidad del hombre que soy.

—Yo nunca iba a elegir quedarme. Sin importar lo que siento por ti o lo que tú me hubieras hecho creer. Yo nunca te hubiera escogido a ti —digo, observando mientras sus ojos se oscurecen—. El hecho que pensaras lo contrario muestra que no me conoces en absoluto.

—Te conozco mejor de lo que crees, *princesa* —dice, apretando su mandíbula y luego relajándola cuando sacude su ira por mis palabras—. Pero aquí estamos. A pesar de lo que hubieras elegido, es mi cama la que compartes cada noche. Es mi polla la que se desliza entre tus piernas y se hunde en este maldito mojado coño.

Baja su mano para tocarme a través de mi vestido de verano, su mano acunando lo que puede de mí por mis piernas apretándose juntas en vergüenza. Calor explota a través de mí en el momento en que él hace contacto conmigo, probando su punto que sin importar lo que yo le diga, mi cuerpo no le dice mentiras. Su mano sube hasta mi estómago, descansando su palma contra la plana superficie mientras la mira.

—Y muy pronto será mi hijo el que crezca en tu vientre. ¿Realmente crees que lo que tú quieres me importa?

—Creo que estás horriblemente enojado para alguien que dice que no le importa —discuto, agarrando su muñeca y empujando su mano fuera de mi estómago—. Creo que te mata el saber que no te deseo lo suficiente como para alejarme de todos los que me aman.

Sus ojos se iluminan mientras algo pasa detrás de ellos, un pensamiento que sé instantáneamente que no me permitirá saber hasta que esté listo. Sus labios se curvan en una sonrisa burlona a pesar de mis duras palabras, el castigo que sin duda se construye en su mente quitándole el dolor.

Puedo intentar herirlo con mi voz, pero Rafael y yo sabemos que él es el único con todo el poder. Puede aplastarme con una mirada, romper mi corazón con una palabra. Destruir mi alma con su toque.

—Supongo que descubriremos lo mucho que importa al final — murmura, tomando mi mano y guiándome hacia la puerta de la habitación sin otra palabra. Mientras su humor ha mejorado con el plan terrible que ha tramado para atormentarme, yo gruño mientras lo sigo. Saber que Chloe al menos está a salvo, Hugo está en mis pensamientos. Mi preocupación por él crece, sabiendo que vive lo suficientemente cerca del agarre de Rafael si yo lo desobedezco en una manera severa lo suficiente para hacerlo seguir con su amenaza contra mis amigos.

Ya he presionado lo suficiente por una conversación, pero pronto necesitaré preguntar por Hugo y sus hermanos, aunque parte de mí se pregunta si Hugo podría estar mejor si nunca lo menciono y esperar que Rafael simplemente olvide que él existe.

Eso no parece probable para el hombre que ve todo y lo usa para su ventaja.

Mientras nos movemos a través de los pasillos, la casa parece diferente a la luz del día. Las sombras en las esquinas no son siniestras, sino brillantemente iluminadas con el sol del Mediterráneo. Rafael se voltea para mirarme cuando salimos del laberinto de pasillos, esperando hasta que entre en el espacio abierto donde me recordó las consecuencias por fallar al escapar.

Nunca tuve ninguna oportunidad contra Rafael. Nunca he esperado proteger mi corazón de él, de mantenerlo fuera de mi alma. Él la reclamó como suya. Aún mientras miro a sus ojos peligrosos, sé que no importa lo que ha hecho, yo nunca la recuperaré.

Todos vivimos con acontecimientos que nos forman, momentos que nos definen como personas. El día que coloqué mi mano en la de Rafael y lo dejé llevarme a la cama, fue el día que me definirá

como mujer por el resto de mi vida. Para bien o para mal, él manchó mi alma con su oscuridad, enredándola con la mía hasta que no puedo negar que me devuelve la mirada desde las sombras.

Nunca fui hecha para la luz.

Envuelve su brazo alrededor de mi cintura y salto a su toque, guiándome hacia la cocina y a la mujer que está de espaldas a nosotros. Mezclando algo en la estufa, ella se voltea lentamente mientras nos acercamos y Rafael me jala con manos gentiles.

—Regina, esta es mi Isa —dice mientras sus ojos cálidos caen en los míos. Como los de mi madre, el consuelo inmediato de ellos hace que lágrimas ardan en mi garganta irracionalmente, aún si mi corazón irracional se expande al oír a Rafael llamarme suya.

Extraño a mi familia de una manera en que nunca pensé que experimentaría, algo que solo viene con el conocimiento que podría nunca verlos de nuevo. Que ellos podrían nunca saber lo que me pasó. Forzando una sonrisa en mi rostro y resistiéndome a las lágrimas que amenazan mis ojos, asiento en saludo.

—Es un gusto conocerla.

—Oh, *mi hija* —dice suavemente, palmeando sus manos en la toalla que agarró de la isleta frente a ella y caminando alrededor para reunirse con nosotros del otro lado. Los ojos de Rafael se sienten pesados en mi rostro, su mirada confusa frunciendo sus cejas. Ella estira una mano para deslizar gentilmente un dedo debajo de mi barbilla y levantarla para mirarme—. Eres tan hermosa, —dice cálidamente, dándole una mirada orgullosa a Rafael. Él nunca aleja su mirada de la mía, observando mi rostro mientras yo alejo mi mirada apresurada para escapar de la pregunta en sus ojos—. Su madre te hubiera amado.

—Ni siquiera me conoce —digo, susurrando mientras sollozo. Lo último que necesito es que la madre de Rafael me aprobara, pero

aun así no puedo evitar el dolor irracional que siento por una mujer que nunca conocí.

Por la cercanía que siento a un fantasma.

—Está en los ojos, *reinita* —dice, acunando mi rostro en sus manos—. Tú eres todo lo que ella hubiera querido en una hija, y tú tienes eso como una ventana a tu alma.

Las palabras me recuerdan a mi abuela, de sus alegaciones que se puede decir todo lo que necesitas saber sobre una persona solo con mirar sus ojos. La boca puede mentir, pero los ojos solo dicen la verdad de nuestras almas. Si fuera cierto, me pregunto qué vería ella si mirara a Rafael. Yo vi la oscuridad en él esa primera noche, pero pensé que era algo que yo podía resistir y luego alejarme. No vi la verdad, pero me pregunto cuánto de eso fue por mi propio deseo de no verlo.

—Ve a trabajar, *El Diablo* —dice Regina burlonamente mientras le ondea una mano—. Yo cuidaré a tu Isa por ahora.

—¿Estás bien? —pregunta, ignorando el intento de ahuyentarlo.

Regreso mi mirada hacia a él finalmente, asintiendo con mi cabeza aún si el movimiento se siente frágil. No quiero nada más que llorar, y sé que ese momento llegará.

Cada día, cada segundo, se siente como otra revelación. Otro golpe contra las paredes de mi cordura, y solo hay mucho que puedo aguantar antes de derrumbarme.

—Estaré bien —digo, sin confiar en las palabras que pueda decir. Él se inclina hacia abajo para besarme, sin parecer importarle en lo más mínimo que su madrastra observa la interacción con una feliz sonrisa en su rostro.

—Compórtate —murmura contra mi boca, estirando una mano para enredar el cabello húmedo en la parte de atrás de mi cabeza.

La advertencia es clara mientras sostiene mis ojos mientras me besa gentilmente, desafiando la dulzura del beso al jalar lo suficiente como para hacerme inhalar entrecortadamente.

Tan rápidamente como me tocó, él desaparece por un pasillo separado del laberinto por el que salimos. Este sale de la cocina, terminando en solo dos puertas hacia el fondo.

Regina aclara su garganta, moviéndose a la estufa para encender de nuevo lo que sea que está cocinando. Tararea mientras revuelve, llenando el espacio con el reconfortante y suave sonido de su canción. Tomo asiento en la isleta, jugando con mis manos y mirando alrededor del lugar.

—¿Hace cuánto tiempo conoce a Rafael?

—Desde que nació —dice, sonriéndome por encima de su hombro—. Era un bebé muy feliz, aunque ahora nunca lo adivinarías. Muy cercano a su madre, lo que por supuesto, su padre odiaba. Hombres como Miguel pensaban que los niños pertenecían con los hombres, no pegados a la cadera de sus madres.

Mi mano va hacia mi propio estómago, el recuerdo de la proclamación de Rafael que su hijo pronto ocuparía el espacio dentro de mí. No puedo dejar que eso suceda. No mientras tenga alguna oportunidad de encontrar un camino hacia la libertad y a una vida sin Rafael Ibarra respirando encima de mi cuello.

—Él me quiere embarazada —susurro, inclinándome por encima de la isleta con una mirada hacia el pasillo donde se retiró Rafael—. Yo no quiero eso. Por favor.

No sabía cómo hacer esa petición, y las palabras se sintieron muy peligrosas de decir aún si hubiera sido capaz de encontrar una manera.

Apaga la estufa, caminando alrededor de la isleta y parándose a mi lado.

—Esas cosas están más allá de mi control, *mi hija*. Justo como están ahora más allá del tuyo.

—Pero es mi cuerpo. Si no quiero un hijo, debería tener acceso a control de natalidad —susurro de vuelta, frunciendo mis cejas en frustración.

—Era tu cuerpo, pero así no es como funcionan las cosas en el mundo de Rafael. Ahora es suyo, y él hará lo que quiera con él. Es mucho más fácil aceptarlo que luchar contra lo inevitable —murmura, frotando una mano sobre la cima de mi cabello y luego dando un paso atrás—. Ven. Luces como si necesitaras aire fresco. Saldremos a la piscina. El sol sana todas las heridas.

Ella me guiña un ojo mientras mira hacia el pasillo donde desapareció Rafael. Yo asiento, a pesar del presentimiento que a Rafael no le gustará, la dejo guiarme hacia las puertas francesas que llevan hasta la enorme piscina. Los ladrillos de la terraza se sienten calientes a través de los vendajes de mis pies cuando salimos, mirando hacia el Mediterráneo mientras levanto mi rostro hacia el sol. Se siente como si hubiera pasado una vida desde que salí durante el día. Como la vez que pasamos el día en el sol a las afuera de Ibiza es nada más que un distante recuerdo.

—Gracias —murmuro, volviendo mi mirada hacia ella. Sonríe amablemente, sus labios abriéndose como si quisiera decir algo y muevo mi mirada hacia la villa detrás de ella. Hacia las personas que me dejaron a mi suerte para que Rafael me hiciera cualquier cosa que considerara apropiado. Espero poder dejar la isla en una pieza, pero si no puedo encontrar una manera, no sé si alguna vez perdone a las personas por lo que hicieron.

Por dejarme aquí a morir.

Mientras los observo moverse a la distancia, mi corazón se detiene. La figura imponente y familiar que sale de una de las casas, levanta la mirada para reunirse con la mía y se congela. Ese

movimiento confirma todo lo que sospecho y no podía estar segura si era él, considerando la distancia.

Me pongo en acción, corriendo a través de los ladrillos y hacia el césped al otro lado del área de la piscina.

—¡Isa! —jadea Regina, estirando una mano como para atraparme. Me la sacudo, determinada a cruzar la distancia entre nosotros. Joaquín se acerca a mí, deteniéndome antes que pueda llegar a la villa, con una mirada nerviosa detrás de él. Sus manos se envuelven alrededor de mis antebrazos cuando me lanzo a sus brazos. Le sonrío al verlo entero, sin ningún rasguño, feliz porque Rafael no lo ha lastimado.

—*Mi Reina* —susurra, su cara arrugándose mientras intenta guiarme de vuelta a la casa. Regina cierra la distancia entre nosotros, su mano cubriendo su boca mientras lágrimas arden en sus ojos—. Vamos a casa.

—¿De qué estás hablando? —pregunto, volteándome para mirarlo una vez más. La casa de la que salió se ve a la distancia, la cara sonriente de Hugo aparece mientras él y Gabriel salen de ahí.

La felicidad que sentí al verlos sin ningún daño se va, reemplazada por un repentino vacío mientras intento entender lo que estoy viendo. Víctimas de secuestro no sonríen mientras salen al sol, a menos que sean libres. Ellos no lucen horrorizados cuando sus ojos se centran en los míos. Hugo articula mi nombre cuando yo me alejo de Joaquín, el ardor de la punzada de traición me golpea a través de mi confusión.

—Vamos a casa —dice Regina a mis espaldas, estirándose para tomar mi mano en la suya. Su labio inferior tiembla cuando mira mis ojos, y me golpea que de todos nosotros, yo soy la única que está perdida. Yo soy la única que no sabe la verdad.

Hasta aquí llegó la promesa de no más secretos.

Hugo cierra la distancia entre nosotros lentamente, tragando y lamiendo sus labios mientras él y sus hermanos me observan por una reacción.

—¿Qué está pasando? —susurro, lágrimas ardiendo en mis ojos.

Intento atar cabos. Intento encajar las piezas, pero donde debería haber conexiones, solo hay traición y dolor.

—¿Qué están haciendo aquí? —pregunto cuando él no responde. Su mirada silenciosa recibe mis palabras mientras él traga, luego cierra sus ojos para no tener que mirarme—. ¿!Qué están haciendo aquí?! —grito, dando un paso atrás mientras mi cerebro intenta desesperadamente encontrar una excusa que no signifique que todo fue una mentira. Que no me han puesto una trampa desde el principio.

—Gabriel, ve a traer a Rafael, ahora —ordena Regina. El hermano mediano de los Cortés asiente y me da una última mirada triste, dirigiéndose hacia la casa encima de nosotros.

—Éste es mi hogar —dice Hugo, tragando alrededor de las palabras. Él no me dice nada más, no da un paso hacia mí o se mueve para reconfortarme mientras Regina intenta jalarme hacia sus brazos. Me encojo, llena de determinación por quedarme de pie mientras mi mundo se destroza a mí alrededor. Yo sabía que perdería a Hugo cuando vine a Ibiza.

Solo que no sabía que sería así.

—¿Tú... —dejo de hablar, encogiéndome cuando mi labio se siente mojado con lágrimas—. ¿Tú le dijiste a Rafael sobre mí? ¿Tú me pusiste una trampa? —pregunto. Él sacude su cabeza, su cara arrugándose como si le doliera quedarse en silencio—. No entiendo —lloro, sacudiendo mi cabeza.

—Yo no elegí esto para ti. Por favor, tienes que saber eso —dice, su voz ronca por las palabras.

—¿Tú no elegiste esto!? —grito, caminando hacia él. Mi mano choca con su mejilla, el ardor de mis heridas volviendo a la vida cuando la bofetada hace eco a través del lugar. El dolor me mantiene de pie contra el montón de emociones moviéndose dentro de mí.

Furia como nunca he conocido se siente como si me consumiera. Como si me jalara de la profundidad de odio para nunca dejarme ir. Mi cuerpo tiembla mientras levanto mi mano de nuevo. Él se queda ahí, solo esperando el segundo golpe como si supiera que lo merece.

Eso solo lo hace peor.

—Tranquila, *Mi Reina* —dice Joaquín, envolviendo sus brazos a mi alrededor y alejándose de su hermano—. Eso es suficiente, —murmura suavemente. El sonido relajante de su voz se siente como una traición contra todo lo que pensé que sabía sobre los hermanos. Como el hecho que todo ha sido una mentira me partirá en dos y nunca seré la misma.

—Quítale las manos de encima. —La voz profunda de Rafael gruñe la orden. No hay duda cuando Joaquín obedece, alejándose de mí con sus manos levantadas inocentemente. Regina mira a Rafael con horror, sacudiendo su cabeza en una silenciosa súplica—. Te di una regla —le dice a ella—. No debía dejar la casa por esta exacta razón. ¿Estás feliz?! —habla con esa voz calmada pero mortal que es más intimidante que los gritos de la mayoría de las personas, ondeando una mano hacia mí y miro a Hugo con un rostro manchado de lágrimas.

—Rafael —ella suplica.

—Vete —ordena él, dándole la espalda mientras se acerca a mí. Se pone en medio de Hugo y yo, demandando mi atención en una manera que se hubiera sentido como celos si no hubiera sido ilógico.

—No entiendo —digo, mirándolo mientras se acerca más a mí. Su enorme mano acuna un lado de mi cuello, su pulgar moviéndose gentilmente sobre la superficie como si pudiera sentirme destrozándome debajo de su toque.

—Yo envié a los hermanos Cortés por ti a Chicago —dice. Me congelo, parpadeando con la mirada vacía y mordiendo mi labio inferior mientras pienso en cuánto tiempo ha sido una parte fundamental en mi vida.

—Eso no es posible. Ha pasado más de un año —susurro, intentando retroceder de su toque.

—Dieciséis meses —dice Rafael, observando mi rostro mientras intento calcular—. Han pasado dieciséis meses desde la primera vez que te vi, de pie en la acera al otro lado del *Fists of Fury*.

Todo el aire sale de mis pulmones mientras mi cuerpo se hunde. El día choca de regreso, la forma en que miré al hombre misterioso al otro lado de la calle y pienso en la oscuridad que lo rodeaba.

Lo deseaba aún en ese entonces, pero sabía que él nunca sería nada más que un desastre para una chica como yo.

—Ese eras tú —susurro, alejándome de él y tropezando en mis pasos. Caigo al suelo, levantando la mirada al *diablo* frente a mí con horror. Joaquín luce como si podría tratar de intervenir, su cuerpo moviéndose como si quisiera protegerme. Pero se queda quieto con una mirada fulminante de Rafael mientras se agacha y me levanta del suelo—. ¿Por qué?

No puedo posiblemente empezar a comprender esa decisión. No puedo envolver mi cabeza alrededor de meses de planes y manipulaciones que nos debe haber pasado para terminar donde estamos. Él ignora la pregunta, continuando con su historia como quiere.

—Unos días después, tu hermana y su amigo te drogaron —dice. Mi cuerpo se queda quieto, recordando vagamente al fantasma de esa noche. El hecho que Joaquín nunca me había hecho sentir de la manera en que lo hizo cuando había sido drogada—. Dos semanas después, yo lo maté por lo que intentó hacerte. A lo que ya era mío, —gruñe.

Su agarre se aprieta alrededor de mi antebrazo mientras lloro, sacudiendo mi cabeza de lado a lado intentando negar la verdad que me mira a la cara. Intento encontrar otra explicación, pero en lugar de eso, la reafirmación que no hay nada.

—Te observé. Te estudié. Y cuando llegó el momento que finalmente vinieras a Ibiza, usé lo que sabía para que te enamoraras de mí —dice.

Abro la boca para hablar, pero me encuentro de repente sin voz. Algo dentro de mí se rompe, abriéndose mientras me miran y se siente como si me hubiera desangrado en el suelo.

Todo lo que pensé que sabía ha sido una mentira.

Nada excepto un juego para el hombre que me violó antes que yo supiera que él existía.

11

RAFAEL



Isa asiente, la única señal que siquiera me oyó mientras se quiebra frente a mis ojos.

Yo la quería rota.

Pero no así.

Ella se da la vuelta cuando suelto su brazo, moviéndose hacia la casa mientras yo la sigo. Los otros vienen detrás de mí, la preocupación que se muestra en las líneas de sus caras hace eco en el agujero que siento en mi alma. Objetivamente, sabía que este momento siempre ha sido inevitable. Había sabido en el momento en que envié a Hugo a involucrarse en su vida, y lo había confirmado con cada día que pasé observándola. Observándola acercarse a Hugo. Observándola confiar en ellos tres, pero particularmente en Hugo, de una manera en que ella no debería confiar en nadie que no sea su esposo.

En nadie excepto en mí, aún si confiar en mí es realmente tonto.

Pensé que habría un momento fugaz de felicidad cuando le arrancara el último de sus lazos con otro hombre, pero en lugar de eso, solo hay un profundo desprecio hacia mí mismo.

Cuando llega al área de la piscina, se arrastra hacia el sofá-cama donde la follé la noche anterior. Sentada en el medio, ella abraza sus rodillas hacia su pecho y mira hacia el agua. Su cuerpo se queda quieto, como si se hubiera hundido de nuevo en ese lugar donde va cuando nadie la mira en su dormitorio en la noche.

El lugar donde ella deja de existir.

Camino hacia ella, determinado a sacarla del caparazón donde se metió. Aunque sabía que estaría herida cuando se revelara la verdad de mi engaño, nunca había esperado que se desvaneciera frente a mis ojos.

—Déjala sola, *mi hijo* —dice Regina mientras sale de la cocina. Su rostro está lleno de determinación, a pesar del hecho que escapó de mi ira solo hace unos momentos—. Ella necesita tiempo.

—Tú no la conoces —digo, sacudiendo mi cabeza mientras la observo. Nunca la había visto en su dormitorio cuando se quedaba completamente en silencio porque me negué a poner cámaras en su habitación cuando era menor de edad. Cuando pensaba ¿qué hace a una persona para estar tan callada? Esta es la imagen exacta que viene a mi mente. Ella sentada en su cama, atrapada en su cabeza y pensando demasiado.

Hubiera sido simple de entender. Yo la vi. Yo la quería. Yo la tomé. Yo quería ser el que la trajera a la vida. Recordarle lo que era ser mía y recibirla como mi posesión.

—Yo sé lo que es ser una mujer sufriendo la pérdida de un amigo —dice Regina—. Ella se recuperará, *mi hijo*. Pero la mayor amabilidad que puedes darle ahora es la libertad para procesar todo a su manera.

Asiento mientras observo a Isa. Joaquín se pone a mi lado.

—Yo la vigilaré —dice.

—No la dejes fuera de tu vista. Tengo el presentimiento que se volverá agresiva cuando salga de su cabeza. —Suspiro, volviéndome hacia la casa y obligándome a intentar trabajar.

Tengo mucho tiempo para esperar mientras Isa pasa por su dolor.



Joaquín la vigila como un centinela, determinado a mantenerla a salvo de cualquier cosa que pueda lastimarla mientras ella llora silenciosamente. La noche llega y ella no se a movido, sus ojos pegados al horizonte mientras el sol se pone. Isa no deja de apreciar los colores vívidos. Bebo mi whiskey mientras salgo, mirando su espalda y a la quietud anormal de su cuerpo.

—Ella todavía está sufriendo —dice Regina tristemente—. No ha querido comer.

—Ya sufrió lo suficiente —digo, entregándole el vaso vacío mientras me volteo para verla firmemente.

—Se gentil, Rafael. Con ella estando así, tú nunca sabrás el daño que causaste hasta que sea demasiado tarde.

—¿Es así como fue cuando mi padre asesinó a tu hermano en el día de tu boda? —pregunto, dándole una mirada fría—. ¿Estuviste sufriendo la primera vez que te violó?

Aunque reconozco que fui muy duro, pero la culpo por la manera en que Isa se ha refugiado. No debía saber la verdad todavía.

—Tú no eres tu padre —dice ella, pero aleja la mirada y traga—. Él era un hombre brutal, y sabía lo que venía el día en que él mató

a tu madre. Nunca había guardado en secreto sus intenciones para que yo la reemplazara. Solo desearía que mi hermano no hubiera tratado de intervenir y salir herido en el proceso. Lo que hiciste con Hugo fue cruel, pero la intención era protegerla y no lastimarla. Eventualmente, ella lo verá.

Ella palmea mi espalda alentadoramente y desaparece alrededor de la esquina de la casa. Dirigiéndose hacia su propio hogar para esconderse por el resto de la noche. Observando a Isa procesar lo que hice antes de conocernos me hace sentir más cerca de mi padre que nunca, a pesar de sus palabras. Me siento más como un monstruo en estos momentos que los que he tenido por las personas que he matado a sangre fría. El arrepentimiento no es algo que sé cómo sentir, pero si alguien se acerca a traer esas emociones a la superficie en mí, es Isa. Ella es mi única debilidad y la única persona que me importa. Lo único que mis enemigos podrían usar para herirme. Ella es mi vulnerabilidad y mi distracción.

Mi más grande pecado.

Camino hacia el lado del sofá-cama, mirando su perfil mientras mira el agua. Sus ojos están medio cerrados, como si el cansancio de mantener una posición por tanto tiempo amenazara con ponerla a dormir ahí y ahora.

—Ven a la cama, *Mi Princesa* —murmuro.

Su mirada nunca deja el agua, pero el pequeño movimiento de su cuerpo confirma que ella oyó las palabras. Que hasta cuando está retraída, yo puedo alcanzarla.

—Isa —digo, esperando para ver si ella me mira. Cuando no lo hace, rodeo el sofá-cama y me pongo directamente en su visión—. Ven. —Estiro una mano, y ella la mira.

Hay un momento de reconocimiento en sus ojos mientras recuerda todas las otras veces que pedí su consentimiento de la

misma manera. Mientras se da cuenta que todas esas veces han sido una estrategia, porque ella nunca tuvo una oportunidad.

Su vida se convirtió en mía en el momento en que puse mis ojos en ella.

Sus labios están secos cuando vuelve su mirada a la mía, una furia en ella mientras se reúne con la mía en un desafío. Observé el momento en que Mi Princesa murió en la hoguera, su inocencia perdida mientras los últimos pedazos de mi engaño cayeron en su lugar.

Mi Reina ha nacido de las cenizas, su rostro retorcido en furia mientras desenrolla sus piernas de su cuerpo y se desliza por el colchón. La noche anterior, Isa se hubiera alejado por el otro lado de la cama. Ella ansiaba la distancia entre nosotros. En lugar de eso, ella recibe mi oscuridad, reuniéndose con la suya cuando tormentas bailan dentro de su verde mirada.

—Te odio —susurra, deslizándose sobre la cama para ponerse de pie frente a mí. Con el desafío en su rostro, casi no dudo de sus palabras. Pero esa atracción que jala entre nosotros no puede negarse, sin importar qué palabras forme su boca. Yo sé la verdad que atormenta su retorcida y pequeña alma.

—Qué linda mentira —murmuro, acercándome más. Sus pechos se frotan contra mi pecho cuando ella respira profundamente—. Tú me amas, y jodidamente te odias a ti misma por eso, —digo, levantando una mano para tocar su rostro. Quiero embotellar su ira, para recordar la furiosa mirada en sus ojos mientras ella es testigo que todo lo que vi en ella flota justo debajo de la superficie.

Ella siempre ha estado a un paso de liberar toda su oscuridad al mundo.

Isa abofetea mi mano antes que pueda tocarla, el crujido de su mano contra la mía hace eco a través del silencio a nuestro alrededor.

—Jodidamente no me toques —gruñe. No hay miedo en su rostro, ningún momento de darse cuenta que he matado a personas por menos que eso. Levanto mi mano para mirar la piel rosa donde me golpeó en sorpresa, antes de darle una sonrisa malévola.

—No deberías haber hecho eso, *Mi Reina* —ronroneo, inclinando mi cabeza a un lado mientras una sonrisa enferma transforma mi cara.

—Lamento decepcionar al gran *El Diablo* —dice burlonamente—. Pero yo no vivo para complacerte.

Planta sus manos sobre mi pecho, empujándome lejos de ella lo suficientemente fuerte como para que yo tropiece en un momento de shock. Se gira al otro lado, moviéndose para caminar de vuelta hacia la casa y dejarme mirándola en la noche.

Doy un paso hacia adelante, agarrando fuerte su brazo. Isa lo retuerce y abofetea mi mano de nuevo, mirándome furiosa como si pudiera hundirme en su trampa.

Pero ella ya es mi dueña, y lentamente Isa se está dando cuenta de las profundidades de mi obsesión.

—Tú ya no puedes tocarme —gruñe, su mirada furiosa desvaneciéndose por un momento mientras se pregunta qué tan lejos voy a sobrepasar los límites. La verdad es que, ni siquiera yo sé. Sospecho que no hay límites que no cruzaría cuando se trata de ella.

—Otra linda mentira. Ambos sabemos que esto va a terminar contigo corriéndote en mi polla, *Mi Reina* —digo, jalándola hacia mi pecho. Me empuja lejos de nuevo, sin estar dispuesta a rendirse a la pelea tan fácilmente.

Es algo bueno el que su resistencia y el fuego que arde dentro de ella me excite. Cualquier cosa es mejor que el cascarón vacío que miraba hacia el agua, pero verla revivir y convertirse en mi igual es

incomparable. La Reina que siempre sentí que estaba ocultándose debajo de la superficie y abrumada por las expectativas de todos los demás puede finalmente ser libre.

Porque sus opiniones ya no importan.

—Jódete —sisea, sacudiéndose en mi agarre.

Riéndome, la levanto en mis brazos mientras ella lucha. Ella entierra sus dedos en mi pelo, agarrando las ondas cortas con toda su fuerza y jalando tan fuerte que mi cráneo arde debajo de su asalto. Uñas se hunden en mi cabeza, pero yo persevero en meterla en nuestro dormitorio. Cierro la puerta de una patada cuando me dirijo a través del laberinto de pasillos designado para darnos tiempo de escapar en el evento de una emergencia, usando mi pie para cerrarla detrás de mí.

—Esa es la idea. —Me rio, bajándola a la cama. Aterrizó en su espalda, rebotando mientras me mira donde estoy al pie de la cama—. Y lo amarás, al igual que como tú me amas —digo, mi confianza en sus sentimientos creciendo cada vez que digo esas palabras. No importa lo que ella me diga, nunca es una negación de nuestra conexión.

—Hay algo malo contigo —sisea, observando mientras yo me quito la chaqueta de mi traje y la lanzo sobre la parte de atrás de la silla al lado de la cama—. ¿Por qué te molestaste con esa farsa en Ibiza si nosotros siempre íbamos a terminar aquí? ¿Cuál fue el maldito punto en eso?

Desabotono mi camisa, sintiendo la vulnerabilidad en sus palabras mientras la miro. Los pocos rastros de la chica con el corazón roto se asoman a través de los agujeros, tratando de regresar a pesar de su determinación y evolución. Tanto como amo su inocencia, Isa necesitará ser más fuerte que eso si va a estar a mi lado a través de todo lo que la haré pasar en el futuro.

—Te di la oportunidad de enamorarte de mí. De elegirme a mí —digo, dándole un raro momento de completa honestidad—. No lo hiciste.

—Por supuesto que no lo hice. —Se ríe, su rostro retorciéndose como si ese pensamiento fuera absurdo. Probablemente lo es—. Te había conocido hace una semana. No puedo simplemente abandonar a mi familia por un hombre que me tirará a un lado en el momento en que encuentre un juguete nuevo.

La miro furiosamente, quitando la camisa de mi pecho y lanzándola encima de mi chaqueta. Sus ojos se mueven de mi cara, moviéndose sobre mi pecho y mis abdominales mientras agarro mi cinturón y pateo mis zapatos.

—Eso no va a pasar. Yo esperaré dieciséis meses para tenerte. No me deshaceré fácilmente de mi obsesión contigo.

Mis pantalones, bóxer siguen y los pateo, quedándome desnudo frente a Isa.

—¿Cómo mierda iba a saber que eras un acosador? —pregunta, rodando sus ojos mientras resopla incrédulamente.

—No un tipo de acosador. Tú acosador —la corrijo, estirando una mano. La agarro del tobillo, arrastrándola sobre el borde de la cama.

Ella patea mi mano, pero nada cambiará el hecho que se queda acostada ahí y me observa desnudarme.

Nada cambiará el hecho que ella me desea, a pesar de su buen juicio.

Vendrá un momento cuando no tendrá miedo de mi oscuridad, donde la recibirá como una parte de ella porque Isa es tan retorcida como yo. Vendrá un momento cuando acepte que esa es ella.

Por ahora, sostengo sus piernas por retorcerse lo suficiente como para subir su vestido hasta sus caderas y arrastrar su ropa interior por sus piernas. Las dejo hasta sus rodillas mientras ella pelea conmigo, pero no importa para lo que tengo planeado. Más bien, la restricción en sus rodillas solo ayuda mientras presiono sus piernas sobre mi pecho y empujo dentro de ella.

Grita por la invasión repentina, su coño apretándose a mí alrededor para protestar la brutalidad. Me estiro alrededor de sus piernas cuando se empuja con sus manos, bajando su vestido hasta que sus pechos se salen de la tela para que pueda verlos rebotar mientras la follo.

Con duros empujes, llego hasta el fondo dentro de ella mientras su culo queda guindando al borde de la cama. Gruñe con la fuerza de mis embestidas, tomando lo que exijo de ella sin ninguna queja verbal.

Aún mientras me da una mirada furiosa, su coño me aprieta como una pinza e intenta mantenerme encerrado dentro de ella. Como si su cuerpo lo necesitara tan desesperadamente como yo.

Cuando no estoy dentro de ella, estoy pensando en eso. Cuando lo estoy, ya temo el momento en que termine. Su exquisita boca se retuerce con placer mientras golpeo hasta al fondo, sus caderas levantándose para reunirse con mis embestidas mientras busca más placer.

Queriendo sentirla presionarla contra mí, arranco su ropa interior de sus piernas ya que está cooperando y abre más las piernas para que yo pueda inclinar mi cuerpo sobre el suyo. Choco mi boca contra la suya, saboreándola mientras mi lengua se desliza dentro y reclama lo que es mío. Acuno su pecho en mi mano, apretándolo gentilmente y trabajando su pezón con mis dedos mientras ella gime en mis labios.

—Dime de nuevo lo mucho que me odias, *Mi Reina* —bromeo, empujando lo suficientemente profundo como para moverla en la cama. Deslizo una mano por su cabello, jalándola de nuevo hacia abajo para poder embestir en ella con empujes furiosos mientras me mira furibunda.

—Te odio —sisea, envolviendo sus piernas alrededor de mi cintura para desafiar sus palabras confrontándolas. Sus brazos también lo hacen, envolviéndome en su abrazo mientras me jala más apretado a su cuerpo. Con solo la tela de su vestido apuñado en su estómago entre nosotros, las líneas de mi cuerpo tocan el suyo. Cada centímetro de su piel vibra mientras la electricidad pulsa entre nosotros, el mismo shock de saber que yo lo siento al momento en que sus ojos conectan con los míos. Estamos hechos el uno para el otro, sin importar lo que yo tenga que hacer para que ella lo vea.

Retuerce su cuerpo, jalándome hacia adelante en la cama con ella y rodándome sobre mi espalda mientras yo le sonrío burlonamente. En lugar de moverse para separarnos como yo lo hubiera pensado, Isa mueve sus caderas para tomarme más profundo. Arranco el vestido sobre su cabeza, queriendo ver cada línea de su cuerpo mientras ella se mueve encima de mí. Los rastros de chica inocente que estaba insegura con su cuerpo se fueron, reemplazada por esta tentadora que sabe cuán profundo llega mi obsesión.

He visto cada centímetro de su cuerpo, y todavía estoy tan obsesionado con ella como el primer día que la toqué, sino más.

Su cuerpo tiembla cuando frota su clitoris contra mi hueso púbico mientras me monta, persiguiendo su orgasmo con una brutalidad que amenaza con hacerme explotar antes que ella tenga la oportunidad. Pero la observo bailar sobre mí, observo su rostro convertirse en placer cuando su coño se aprieta en mi polla.

Había pensado en voltearla de espaldas cuando se corriera, pero me montó a través de su orgasmo a pesar de sus jadeos agitados. Gruño cuando mi liberación se acerca, agarrando sus caderas mientras ella mueve las suyas adelante y hacia atrás en mí. Con sus ojos puestos en los míos, la intimidad del momento parece incomparable. Mis dientes se hunden en mi labio inferior, cuando Isa de repente mueve sus caderas para sacarme de ella. Yo mancho mi estómago con mi semen mientras ella frota su coño contra mi longitud para trabajarme a través del resto de mi clímax.

—La próxima vez, usa un jodido condón, imbécil —sisea, pasando su pierna sobre mi cadera y levantándose de la cama.

Ella desaparece en el baño, dejándome riendo solo.

12

ISA



Me despierto la mañana siguiente, la luz del sol entrando a través de las ventanas que van desde el suelo hasta el techo, haciendo que mis ojos se abran. En la suite, Rafael apenas dormía más tarde que yo. Él a menudo había estado despierto y trabajando en el salón para el momento en que yo tropezaba fuera de la cama para desayunar rápidamente antes que él compartiera sus planes para el día.

Ingenuamente pensaba que él era un tipo de gerente de ventas, y todavía no entiendo si esa mentira está relacionada con él siendo un asesino o si había sido una completa farsa. Salgo de la cama y me muevo a las ventanas, observando la pequeña piscina en la terraza privada. Dada la extravagancia de la piscina principal, tener otra es un desperdicio. Desaparece sobre el lado del acantilado en el que reposa este lado de la casa, el agua de la piscina se mezcla con el agua del Mediterráneo. Toco el botón a un lado del vidrio, saltando en sorpresa cuando la ventana cobra vida con un silencioso murmullo y se retrae hasta el techo.

Miro sobre mi hombro a Rafael, incrédula que duerma a pesar del ruido. Él siempre despierta tan fácilmente que espero que salte de la cama antes que yo pueda salir. Envuelvo mis brazos alrededor de

mi cuerpo, viendo las paredes altas que mantienen la terraza privada libre de ojos curiosos mientras las personas se mueven alrededor de la casa. No había visto tantos el día anterior, no en lo rápido que Regina me guio afuera y vi a los hermanos, pero cuando salgo, oigo el suave murmullo de voces al otro lado.

No hay ninguna que reconozca, pero el indiscutible sonido de hombres y mujeres hablando no puede negarse. Imagino que si toda la isla es leal a lo que sea que *El Diablo* hace, ellos probablemente son una parte normal de su vida. Saliendo a la terraza, miro mientras el sol se levanta sobre el agua. Mi cuerpo protesta con cada movimiento que hago después de estar sentada por tanto tiempo el día anterior, sacando un gruñido de mí mientras inhalo el aire fresco.

Sé el momento en que Rafael se despierta detrás de mí, la repentina conmoción de su cuerpo mientras salta a la acción cuando no me encuentra en la cama. El movimiento se detiene cuando me ve, y luego el ligero sonido de pasos viene mientras lentamente cruza la habitación. Su cuerpo desnudo se presiona en la espalda del mío y la bata de noche que me puse antes de acostarme la noche anterior. Moviendo el cabello de mi hombro, deposita un ligero beso en la piel ahí.

La piel de gallina aparece en respuesta aún si no quiero nada más que odiar la manera en que sus labios se sienten en mi piel. Lo he visto con sangre en sus manos. Conocí a una de las personas que asesinó. Sus crímenes no son inocentes, y sus pecados son imperdonables. Me ha obligado a llorar la pérdida de una amistad que para empezar, nunca había sido realmente mía.

—Pensé que habías huido —murmura.

—¿A dónde iría? —pregunto simplemente, encogiéndome cuando sus brazos me aprietan más fuerte. Se aseguró que yo supiera que no podía escapar de él. Que él cruzaría océanos y todos los límites en su persecución de la obsesión retorcida que tiene conmigo. No

responde, porque no hay ninguna respuesta a esa pregunta. No hay ningún lugar a donde pueda huir.

—¿Por qué te dicen *El Diablo*? —pregunto. Mete más su cara en mi cuello, respirando profundamente como si pudiera inhalarme hasta sus pulmones.

—¿Más preguntas? ¿*Mi Reina* está lista para las respuestas?

El sonido de su voz retumba contra mi piel, las vibraciones pulsando a través de mi cuerpo. Sé lo que es tener todo ese poder entre mis muslos, tener su boca adorando mi piel como si fuera su comida favorita, y parece que nunca me he separado de la respuesta física que él provoca en mí. ¿Así es como es para todas cuando pierden su virginidad? ¿Es algo que es único para nosotras o soy yo demasiado ingenua para saber la diferencia?

—A este punto no veo lo que importa si estoy lista para las respuestas. Tú me quitaste esa opción cuando me trajiste aquí —murmuro, alejándome de su agarre para voltearme a mirarlo. Su mirada multicolor cae en la mía, buscando algo en mi rostro que no sé si encontrará.

Me siento como una extraña, como si el frío se hubiera arrastrado de las profundidades para abrazarme en un velo de desolación que solo mis momentos de rabia pueden traerme de vuelta a la vida. Nada sobre mi vida en casa se siente seguro. Él manchó eso antes que yo supiera que existía. Él podría y tendría mi cuerpo, pero tengo que encontrar una manera de escudar mi corazón del dolor que causó. Rafael es un infierno rugiente, consumiendo todo en su camino sin arrepentimientos.

Él convierte mi mente en caos, amenazando con hacerme necesitarlo en una manera en que nunca debí haberlo hecho. Necesito respuestas a las ardientes preguntas circulando en mi cabeza si alguna vez voy a empujarlo fuera de mi alma. Si alguna vez encuentro la manera de limpiarme de toda su oscuridad.

—*El Diablo* es el mal —dice.

—Eso ya lo sé, gracias —digo sarcásticamente—. Eso no me dice por qué te llaman así. ¿Qué haces, vas alrededor del mundo asesinando personas inocentes por diversión?

—Hago muchas cosas, *Mi Reina* —dice, agarrando mi barbilla para que pueda mantener mis ojos en los suyos—. Soy dueño de negocios legítimos como *Lotus* y *Moon in Ibiza*, pero también soy dueño de la región inferior de la isla y un poco de territorio de la isla principal.

—¿La parte inferior? —pregunto, entrecerrando mis ojos como tratando de entender lo que está diciendo. He tenido una vida protegida, tan concentrada en la seguridad de mi rutina que no puedo evitar sentirme como si estuviera fuera de mi campo de comprensión.

—El lado criminal de la ciudad. Término con el que probablemente estés más familiarizada es la Mafia, pero mis rangos no son tan limitados por el mismo tipo de lazos familiares con ellos. Mis hombres trabajan subiendo en rango probando que son leales, no por haber nacido con sangre de los hombres de mi padre.

—¿La Mafia? ¿Ellos no venden drogas y armas? ¿No venden personas? —pregunto, alejándome de él. Esos dedos sostienen mi barbilla firmemente, negándose a liberarme mientras lucho contra su toque. Wayne había sido un imbécil, y casi puedo convencerme que se merecía lo que recibió. Pero hay ciertas líneas que no puedo tolerar, y vender personas está mucho más allá de ese límite que no sé qué hacer conmigo misma—. ¡Con razón pensaste que es perfectamente aceptable secuestrarme!

—Te aseguro *Mi Reina*, que tú eres la primera persona que yo he secuestrado de esta manera. El tráfico humano no es algo que tolero, especialmente después de verte de pie al lado de la carretera. Completamente ignorante del hecho que había una guerra

formándose a tu alrededor en Chicago cuando un lado de la guerra luchaba por el derecho a vender chicas jóvenes como tú en tráfico sexual. Mi alianza con los Bellandi es lo que me llevó a tu ciudad cuando te vi, y mi deseo de detener el tráfico solo creció cuando pensé que eso pudo haberte pasado sino te hubiera ofrecido mi protección.

Sus palabras se sienten como si hubieran desbloqueado una parte de mi corazón, cuando el peor de los crímenes que él podía haber cometido está descartado.

—¿Pero drogas?

Él asiente.

—No soy un buen hombre, *Princesa*. Mis hombres venden drogas. Yo hago negocios de armas con gobiernos de todo el mundo, y me importa muy poco algo más allá de lo mucho que me pagarán. Las mujeres trabajan para mí dispuestas en el comercio sexual. Mis crímenes son extensos, pero hago lo que puedo para mitigar la caída de personas inocentes.

Sacudo mi cabeza mientras lágrimas de rabia amenazan mis ojos.

—Excepto yo —susurro.

—Excepto tú —confirma, inclinándose hacia adelante para juntar mis labios con los suyos. El beso es gentil como dándome a entender algo que no puede decir. No sé qué se podría decir más allá del hecho que él es un asesino. Que él es un criminal más allá de la redención.

Es evidente que él nunca me dejará ir.

Simplemente no sé por qué.



—¡Joder! —grito, buscando de dónde agarrarme en la pared de la ducha. Las manos de Rafael agarran la parte de debajo de mi culo, levantándolo para darle un mejor ángulo mientras bombea a través de mi tejido suave. El fondo de su polla se frota sobre el fondo de mí mientras la lluvia de la ducha deja caer agua en mi espalda y donde él me toma.

—Jodidamente lo tomarás —gruñe, empujando en mí tan fuerte que mis manos se deslizan en la pared y el lado de mi rostro se pega al azulejo. Una de sus manos deja mi culo, su enorme brazo estirándose sobre mi cuerpo para presionar la palma de su mano al lado de mi cabeza mientras me mantiene completamente inmóvil. Cada empuje me fuerza a ponerme de puntillas, sus pelotas golpeando la parte de atrás de mis muslos en un sonido que cubre las paredes de la ducha.

—Toca mi coño —gruñe, usando su otra mano para agarrar mi cintura y meter mis dedos entre mis piernas. Yo froto mi clitoris, construyendo el placer más y más alto mientras él me toma.

—Oh Dios —jadeo.

Su mano baja a mi culo y me da una fuerte palmada, quemando la piel con su castigo.

—No hay Dios aquí, *Mi Reina*. Solo *El Diablo*.

Mis dedos frotan más rápido, presionando más fuerte en mi clitoris mientras algo frota contra mi otra entrada. Yo salto en su agarre, intentando alejarme de la sensación extra mientras él aplica presión lentamente. El agua se mete cuando desliza un dedo en mi culo, el ardor sacando un gruñido de mis labios.

—Rafe —jadeo.

—Jodidamente córrete, Isa —ordena, sacando su dedo y luego deslizándolo dentro de nuevo. Bombea dentro de mí duro, empujándome sobre el borde en un orgasmo cegador mientras mi cuerpo se siente demasiado lleno. Demasiado tomada por él y consumida.

Gruñe detrás de mí, empujando profundo mientras inunda mi cuerpo de semen antes que yo termine mi orgasmo. Gruño mi frustración en la pared de la ducha, intentando empujar y sacarlo. Pero me sostiene quieta con su mano en mi cabeza, manteniéndome atrapada mientras él se desliza a través de mi coño lentamente. Saca su dedo de mi culo mientras finalmente suelta mi cabeza, inclinándose hacia atrás para observar su longitud mientras empuja dentro y fuera de mí dos veces más antes de salir finalmente.

—Creo que hoy gané la primera ronda —murmura con una risa, envolviendo su brazo alrededor de mi pecho y levantándose hasta que mi espalda está presionada contra su pecho—. Más tarde veremos quién gana la segunda ronda.

—Eres un bastardo —gruño, empujándome de su cuerpo y lavándome furiosamente—. Tengo dieciocho años. Al menos podrías darme tiempo.

—¿Tiempo para qué exactamente, *Mi Reina*? —pregunta, alcanzando entre mis piernas con su mano desnuda para ayudarme a limpiarlo de mí. Sus dedos se deslizan dentro de mí mientras observa mi rostro, burlándose de mí como si me quisiera en un constante estado de desearlo.

—¿Para que tú pienses que has encontrado una manera de dejarme?

—¡Para entender qué demonio está pasando!

—Ya te dije exactamente lo que va a pasar. Tú solo eres demasiado testadura para oírlo —dice, saliendo de la ducha y agarrando una toalla del estante. Presiono el botón de la ducha, cerrando el agua mientras él se seca rápidamente y envuelve la toalla alrededor de su cintura. Él agarra otra, sosteniéndola para que yo la use.

—No soy testaruda. Tú eres poco realista —discuto.

—Ya lo veremos —murmura con una risa mientras se mueve al clóset y agarra uno de sus trajes. Observarlo vestirse es observarlo convertirse en un caballero.

Pero si hay una cosa que me enseñó, es que el diablo es un caballero. Él finge ser lo que sea que necesite para poner su trampa, y para el momento en que me di cuenta que fui su presa, era demasiado tarde.

Ya había sido atrapada.

Lanza un vestido en la cama, la tela color albaricoque oscuro con un sutil estampado color blanco sobresale contra las sábanas blancas. Yo suspiro y resisto la tentación de rechazarlo. Escoger mi ropa es un nuevo nivel de control, aún para él. Pero la forma del vestido luce cómoda, y ya que no tengo ninguna intención de caminar a ningún lado durante todo el día con mis pies doliendo, todo lo que quiero es algo cómodo. Me pongo la ropa interior blanca que me lanza, subiendo el vestido sobre mi cabeza y sonriendo cuando él mira enojado al bajo escote donde cae para mostrar la cima del valle entre mis pechos.

—Tal vez deberías cambiarte —murmura, retorciendo sus labios mientras regresa al clóset. Me volteo hacia la puerta, saliendo mientras me persigue con un gruñido de frustración.

—Tú lo escogiste —me burlo. Mientras no me sienta incómoda usándolo, nunca resistiría la oportunidad de atormentarlo. No tengo ningún poder en nuestra relación, -si se puede decir así-.

Tomaré cualquier victoria que pueda por más pequeña que sea cuando lleguen.

Mi confianza flaquea cuando salimos al espacio principal y Rafe me guía a la cocina. Joaquín está en la isleta, bebiendo una taza de café mientras come una tortilla y Regina mueve algo en la estufa. Le doy a Rafael una mirada de condenación mientras él me sienta en una silla al lado de Joaquín. Mis mejillas se enrojecen cuando Regina me da una sonrisa brillante, sintiéndome como si no podría ser posible que ellos no me hayan oído gritar mi orgasmo en la pared de la ducha mientras Rafael me follaba. Ninguno de ellos dice nada de eso, pero su mirada es conocedora mientras le da la vuelta a una tortilla, la pone en un plato y la desliza frente a mí. Mi estómago ruge con hambre, sabiendo que no he comido mucho desde que dejé Ibiza.

No estoy exactamente de humor para comer, pero el plato frente a mí es demasiado apetitoso para resistirlo. Ella desliza un tazón lleno de fruta fresca al lado del plato, sirviendo jugo de naranja en un vaso.

—Joaquín va a vigilarte de ahora en adelante —dice Rafe, poniendo sus labios en la cima de mi cabeza y luego se dirige hacia el otro lado de la isleta. Yo miro a su espalda con una mirada furiosa mientras pasa a mi lado, recogiendo mi tenedor y apuñalándolo en un pedazo de banano antes de meterlo a mi boca y masticarlo.

Rafael se mueve a la cafetera en el mostrador, presionando los botones en la máquina mientras se vuelve para mirarme. Su cara se retuerce en una sonrisa burlona cuando se reúne con mi furia, agarrando el mostrador e inclinando su culo en él.

—No me mires así, *Mi Reina* —murmura, sus manos agarrando la superficie—. Podrías averiguar lo mucho que me gustan tus miradas furiosas.

Me sonrojo, dándole una mirada a Regina y luego a Joaquín a mi lado. El idiota traicionero nunca levanta la mirada de su comida, sin importarle nada a pesar de la indirecta de las palabras de Rafe. Regina solo sonríe, intentando ocultarla mientras aclara su garganta y obliga a su boca de vuelta a una expresión neutral.

—¡Rafael! —reprendo, mi voz un susurro ahogado.

Él saca su taza de café de la máquina, soplando gentilmente el líquido hirviendo y mirándome burlonamente.

—Nunca ocultaré nuestra vida sexual en mi propia casa —dice—. ¿Estás ofendida, Regina? —pregunta.

La mujer mayor sacude su cabeza sonriendo. Rafe camina hacia mí, inclinando mi cabeza hacia arriba y besándome suavemente antes de cruzar la cocina y dirigiéndose por el pasillo que guía hacia su oficina.

—No me preguntaste a mí —dice Joaquín a su espalda.

—Porque no me importa una mierda lo que pienses —grita Rafe, haciendo reír a Joaquín.

—Come tu desayuno, *mi hija* —dice Regina, arrastrando mi atención lejos de Rafael—. Últimamente has pasado hambre, y esta comida es buena para la fertilidad, —agrega.

Yo suelto mi tenedor en el plato haciendo un estruendo, mirándola incrédulamente. Ella sonríe en respuesta, como si no hubiera nada inusual el discutir la fertilidad con una mujer que difícilmente conoce y que ya ha expresado el deseo de no quedar embarazada. Recojo la servilleta del mostrador, limpiando mi boca mientras pienso en una respuesta:

—He perdido el apetito.

—Rafael no estará complacido si no comes —dice ella, una sonrisa burlona en sus labios.

—Creo que voy a arriesgarme con la comida, ya que sospecho que el no estar complacido es más probable que cause el embarazo que simplemente comer un desayuno saludable.

Joaquín resopla a mi lado, cubriendo el sonido tomando un sorbo de su café. No puedo evitar notar que nadie se molestó en ofrecerme café. Ya sea porque no me gusta o por el unánime deseo que me embarace rápidamente, no puedo saberlo.

—¿No tienes ningún problema con el hecho que tengo dieciocho y no quiero tener su hijo? —le pregunto, recogiendo mi tenedor cuando mi estómago ruge. Desearía poder haber dicho que la tortilla con espinaca y hongos está asquerosa, pero para mi estómago hambriento es una de las cosas más deliciosas que he probado.

En segundo lugar solo por la *ensaimada* que Rafael me dio con su mano en *Dalt Vila*.

Ella frunce sus labios.

—Puedo entender por qué a ti te puede parecer raro, de acuerdo a cómo fuiste criada, pero Rafael tiene treinta y tres años. Él necesita considerar el futuro de su legado. Para ser honesta, debió haber empezado a producir herederos hace años, pero para el momento en que él se dio cuenta que estaba interesado en eso, te encontró a ti. Sus planes ya esperaron más tiempo de lo que yo pensé que era capaz.

Dice las palabras como si eso me haría entender. En lugar de eso, solo me confunde más.

—¿Por qué eso debería importar? No puedo imaginar que le hubiera importado si me hubiera traído aquí cuando ya tuviera un hijo. A él no parece importarle una mierda si algo que hace me

afecta —digo, mirándola furiosa antes de volver mi mirada a Joaquín.

—Puedo entender que te puedas sentir así ahora, pero Rafael te ama. Él hará lo que sea para tenerte, pero él no disfruta lastimarte innecesariamente, aparte de lo que tuvo que hacer para traerte aquí y hacerte sentir que no es temporal —dice ella. Sus palabras hacen eco en mi cabeza mientras mi visión se empaña.

Alejo esos pensamientos.

—Él no me ama. Me lo hubiera dicho.

—¿Al igual que tú le dijiste que estás enamorada de él? —pregunta ella con una sonrisa arrogante—. Rafael no entiende las emociones. Su padre se las sacó a golpes cuando era un niño y mató todos los rastros de ellas junto con su madre.

Yo me congelo mientras Joaquín se congela a mi lado. Regina cierra sus ojos cuando se da cuenta que probablemente dijo algo que no debía.

—¿Su padre mató a su madre? Él me dijo que ella murió en un incendio —digo, sacudiendo mi cabeza. De todas sus mentiras, creo que esa ha sido la peor.

—Lo hizo —dice Joaquín a mi lado. Yo volteo mi mirada hacia él, deseando poder deshacer la manera en que su cara me lastima. No debería sentirse tan familiar, no cuando cada palabra que me ha dicho ha sido un juego. Un trabajo. Él podría no haberme lastimado tanto como Hugo, pero quería a Joaquín a mi manera—. La quemó viva, —agrega, sosteniendo mi mirada con profundos ojos marrón que sacan toda la calidez de la habitación.

Regina asiente en confirmación mientras lágrimas arden en sus ojos.

—¿Pero por qué?

—Ese hombre se volvió más trastornado mientras se hacía más viejo. Nunca hubo un diagnóstico oficial porque él no confiaba en los doctores, pero él pensaba que ella era una bruja. Las cosas se pusieron peor cuando Rafael nació y tenía los ojos de ella. Él dijo que era la marca de su brujería.

Regina sacude su cabeza, sus labios moviéndose mientras mi mundo gira. Yo sé más que la mayoría lo prejuiciosas que pueden ser algunas personas aún sobre las diferencias más minúsculas, pero matar a alguien por su color de ojos es...

Perturbador.

Ese fue el hombre que concibió a Rafael. En la eventualidad que él me embarazara, ¿en qué se convertiría mi hijo? ¿En otro monstruo?

—¿Eso es lo que Rafael me hará cuando se canse de mí? —susurro, mirándola en shock. Sin importar lo que Rafe me dice para intentar asegurarme que yo soy una parte permanente en su vida, no puedo imaginar que no haya habido algún momento en que su padre le dijo a su madre las mismas lindas mentiras.

—Él no se cansará de ti, pero aún si lo hiciera, él no es su padre — me asegura Regina—. Él puede ser cruel, pero lo único que causaría que él se convierta así de trastornado sería perderte.

—Todos se cansan de follar a la misma persona todos los días cuando no hay amor involucrado —digo amargamente.

—Rafael te puede decir que él está obsesionado contigo. Él aún no sabe que es amor, pero lo hará —repite Regina, haciendo eco a sus palabras anteriores mientras me mira fijamente y meto una gran cantidad de comida en mi boca para evitar tener que responder.

—Hombres como Rafael tienen dos maneras de desahogarse — dice Joaquín a mi lado—. Matar y follar. Él perdió una de esas

cuando te vio y tú eras demasiado joven para que él pudiera tocarte. Confía en mí cuando te digo que sus hombres pasaron el año anterior poniendo delante de él todo tipo de mujeres tentadoras para tratar de hacerlo follar a alguien, Porque su crueldad no conocía límites cuando no te tenía. Mataba. Castigaba a su gente más brutalmente de lo que lo hubiera hecho si tuviera un cuerpo cálido en su cama, —dice—. Pero ni una vez él mostró el mínimo interés en ninguna de ellas. Los hombres que solo están obsesionados no le dan monogamia a una mujer que no sabe que ellos existen. Él te dio monogamia porque te amaba, aún entonces.

Yo me rio, la sonrisa desvaneciéndose de mi rostro cuando sus ojos sostienen los míos intensamente.

—¿Estás diciendo que Rafael no ha estado con nadie en dieciséis meses?

—Estoy diciendo que él ni siquiera ha *mirado* a otra mujer desde que te vio —dice Joaquín.

—¿Por qué están diciéndome todo esto? —pregunto, mirando entre los dos mientras ellos se inclinan más cerca. Como si lo que fueran a decir, no quieren que Rafael oiga.

—Porque tú estás tan desesperada por ser libre que no te has detenido a considerar algo. Tú miras a Rafael como si él fuera tu captor. Como si él te tomó de tu vida y te hizo su prisionera —dice Regina—. Pero tú lo has tenido a él prisionero mucho antes que siquiera te tocara.

—El juego se acaba cuando se pierde al Rey —dice Joaquín, mirando la tabla de ajedrez que está en el rincón para desayunar mientras el sol brilla en las ventanas. Yo no lo había notado cuando entré, pero las mismas piezas están en el tablero.

Las mismas que me atraparon en las calles de Ibiza.

—Pero la Reina es la pieza más poderosa en el tablero —digo, volteando mi cabeza para enfrentar a Joaquín en confusión.

—Tú tienes todo el poder, *Mi Reina*. Él ya intentó decírtelo.

Muerdo mi labio, considerando sus palabras.

—Todo lo que queda es que tú lo uses.

13

RAFAEL



Cuando el sol empieza a ponerse en el horizonte, Alejandro llama a la puerta lateral de mi despacho, evitando el espacio principal como le he pedido.

Hasta que considere que ella esté preparada, pensé que lo mejor es mantenerla lo más aislada posible. Ciertos acontecimientos impedirán que esté tranquila, pero haría lo posible para que se aclimatara. Poner la mano mutilada de Alejandro y su cojera directamente en su cara, no parecía ser el mejor camino a seguir si quería que se relajara, especialmente con lo que se avecina una vez que el sol se ponga.

—Todo está listo para esta noche —dice, mientras se deja caer en una silla al otro lado de mi escritorio—. ¿Estás seguro que quieres seguir adelante?

No hay ninguna duda en mi respuesta:

—Es la tradición.

—No le va a gustar —dice, moviendo la cabeza en señal de advertencia.

—Es parte de la vida aquí. Al final tendrá que aceptarlo —digo, continuando con la siguiente tarea que tengo para él—. Quiero que encuentres a los hijos de Pavel.

Asiente, frunciendo los labios hacia un lado.

—¿A cuáles?

—Todos, pero empieza por el mayor. —Ensancha los ojos, mordiéndose el labio inferior.

—¿Seguro que es lo más sensato? Ya está inquieto después de tu interacción en Ibiza.

—Pudo haberme costado Isa —adviento—. Con su implacable necesidad de meterse en mis vacaciones con ella, puso en riesgo todo lo que había planeado. Tiene que sufrir por eso. Sus hijos van a morir de todos modos. Saber que me verá matar a todos y cada uno de ellos antes que finalmente vaya por él, será su castigo.

—¿Dejarás a Isa aquí para ir a cazar a los hijos de Pavel? —pregunta, cuestionando mis motivos. Me matará dejar a Isa atrás, pero siempre habrá asuntos que deba atender fuera de la isla. No siempre podrá acompañarme, por mucho que me guste la idea de tenerla esperándome cuando terminara y volviera a nuestra habitación de hotel al final.

Pero la realidad es que está mucho más segura en *El Infierno*.

La mayor parte del tiempo la pasará aquí, sobre todo cuando naciera nuestro hijo. Eso la distraería, porque a *Mi Reina* nunca se le ha dado bien la inactividad. El aburrimiento es su peor enemigo.

—Sí. Permanecerá aquí por ahora. Espero que pronto llegue un momento en el que pueda confiar en ella —digo, despidiéndolo mientras me levanto detrás de mi escritorio. Mientras la noche cae por las ventanas, me dirijo hacia la puerta que da al resto de la casa.

Isa está acurrucada en el rincón del desayunoador, con un libro en el regazo mientras estudia las palabras con atención. La portada me hace sonreír, las piezas de ajedrez me devuelven la mirada cuando ella levanta la vista del libro. Estudiando el tablero y moviendo una pieza con una expresión de profunda reflexión.

En el patio, detrás de la zona de la piscina, arde un fuego en el foso que hay a medio camino entre mi casa y el comienzo del pueblo, donde viven mis personas de mayor confianza. Regina se encuentra con mi mirada mientras me dirijo a las puertas francesas que dan al patio, con Alejandro pisándome los talones. La cara de Isa se tuerce al darse cuenta que pretendo pasar por delante sin saludarla, pero los acontecimientos de la noche requieren cierto distanciamiento.

No me arrepentía de nada de lo que iba a hacer esta noche, pero eso no significa que no me pese la realidad de lo que está por venir. La penitencia es necesaria, una tradición que evitaba que la gente me fallara. Que impedía que traicionaran la lealtad que esperaba de mis hombres.

Hugo me había fallado hace meses, pero su conexión con Isa me había impedido darle la penitencia que se había ganado. Nada se interponía en su camino para que pagara el precio de ese fracaso ahora que Isa es consciente de su relación conmigo. Me quito la chaqueta del traje y la arrojo a uno de los taburetes de la isla mientras miro a Isa por última vez. Aparta su asiento de la mesa, como si fuera a seguirme en la noche.

Pero las mujeres no tienen lugar en la pira, a menos que tengan que pagar la penitencia.

Ese día también llegaría.

Mi camisa sigue, cayendo sobre el taburete, mientras me mira confundida y mira hacia Regina, que sabiamente se mantiene callada.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Isa cuando no me muevo para bajarme los pantalones por las piernas.

—Quédate aquí —le ordeno, mientras Alejandro abre las puertas y sale. Le sigo, cerrándolas tras de mí con una mirada significativa. Dándole finalmente la espalda, me endurecía ante la máscara que veía mi gente.

Solo Isa amenazaba con hacer que esa máscara se desvaneciera, solo ella podía hacer que me diera cuenta que era una máscara.

La pira se acerca a medida que Hugo se aproxima por el otro lado. Gabriel lo acompaña, poniéndose a su lado para ayudarlo a regresar a casa. La primera penitencia de Hugo... no se sabe cómo reaccione ante la piel que se derretirá de su cuerpo.

La marca ya arde en el fuego mientras se despoja de su propia camisa y se arrodilla a mis pies. Le sostengo la mirada mientras algunos de mis hombres de mayor confianza se reúnen a su alrededor para dar testimonio de su penitencia, para ofrecer su apoyo en el hecho que acepta voluntariamente el castigo por el fracaso. Entregarnos al fuego es la única forma verdadera de limpiar nuestros vínculos de las respuestas negativas a tales cosas.

Nunca más volvería a culpar a Hugo por lo que pasó con Isa todos esos meses atrás. Su penitencia borraría sus pecados de su piel.

Será libre de seguir trabajando para mí, sin que la decepción de su fracaso influya en su futuro.

—¿Aceptas tu marca? —pregunto, mirándole fijamente. Se traga su nerviosismo, y sus ojos oscuros brillan en las llamas que a mi lado calientan mi piel. Mis propias marcas arden con el recuerdo de la piel derritiéndose, recordando lo que había sido anticipar la primera marca.

El terror que había sentido al mirar a los ojos de mi padre cuando me había atrevido a llorar mientras mi madre se quemaba. El

mismo fuego que la quemó había sido la llama para dar mi primera penitencia.

—Sí, *El Diablo* —dice Hugo, su voz atravesando el aire de la noche. Las cabezas a mi alrededor asienten, el suave reconocimiento de la formas que habían sido arraigadas en nuestra historia desde que podía recordar. La tradición podía ser bárbara para algunos, pero es nuestra.

Y es un honor continuar con una tradición que mi pueblo mantenía con tanta fuerza.

Recogiendo el guante, me lo pongo en la mano y me acerco al fuego, agarro el mango del hierro de marcar. El grito de Isa atraviesa la noche cuando las puertas de la casa se abren de golpe. Observo con conflicto cómo Joaquín la agarra por la cintura, esforzándose por sujetarla y alejarla de la pira.

Se retuerce en su agarre, gritando mi nombre como si pudiera detener la penitencia de Hugo. Todavía no entiende que es tanto para él como para mí, o que ha venido a recibir la marca por voluntad propia.

Pronto lo entenderá, cuando sea ella quien se arrodille a mis pies para aceptar la penitencia por su traición.

14

ISA



—*¡Suéltame!* —grito, tratando de zafarme del agarre de Joaquín—. ¡Es tu puto hermano!

—Isa, es mejor que no mires —dice Regina, saliendo de la cocina para hablar en voz baja—. Esto es parte de la vida aquí. Rafael hace lo que debe. Pero no es necesario que lo veas —dice.

Empujo los brazos de Joaquín una última vez, cayendo al suelo cuando me suelta de repente. Miro de nuevo hacia el fuego, Rafael se queda observándonos y levanta una mano para Joaquín. La orden es clara.

Me apresuro a ponerme en pie, echando un vistazo a la hoguera mientras me acerco. Mis ojos se abren de par en par al darme cuenta que la mayoría de los hombres que están allí llevan las mismas cicatrices en el pecho que Rafael. Las mismas marcas de conteo estropean sus pieles. Me detengo en el espacio entre Rafael y Hugo, poniéndome entre ellos.

—Isa no —espetta Hugo detrás de mí. No se mueve para tocarme, no cuando Rafael nos mira a los dos con la mandíbula desencajada.

—Muévete, *Mi Reina* —dice Rafael, mientras mis ojos se dirigen a la marca al rojo vivo que tiene en sus manos. A la marca que pronto ocupará espacio en la piel de Hugo si no intervenía.

—No te dejaré hacer esto —digo, moviendo la cabeza de un lado a otro mientras los hombres alrededor del fuego se miran sorprendidos—. ¿Por qué quieres hacerlo? —pregunto.

Su mandíbula se tensa mientras su mano libre me agarra por el brazo, empujándome hacia un lado y alejándome de Hugo.

—No vuelvas a elegir a otro hombre antes que a mí, *Mi Reina*. Si quieres protegerlo de mi ira, elegirlo en vez de mí es un error. En cambio, firmarás su sentencia de muerte. —Hace una pausa, deseando que viera la verdad que arde en sus ojos, que parecen chispear de locura mientras el fuego proyecta sombras en su rostro—. Hugo vino al fuego por voluntad propia. Aceptó su penitencia porque sabe que me ha fallado. ¿Harás lo mismo cuando te toque a ti? —pregunta, haciéndome retroceder ante él.

—¿Cuándo me toque a mí? —pregunto mientras las lágrimas me escocen los ojos—. ¿Me harías eso?

El silencio flota en el aire mientras sus hombres esperan su respuesta con el corazón en la garganta al verle tragar.

—Sí. Te has ganado una marca por tu traición.

—¿Qué traición? —pregunto, mirando fijamente a la cara de un monstruo. La conversación que había tenido con Regina y Joaquín está mañana parece un mundo aparte de la realidad de quién es él.

No es un hombre que pueda amar. No es un hombre en absoluto.

No es más que una pesadilla que espera arrastrarme a las fosas del infierno.

—*¡Me abandonaste!* —ruge, con el sonido de su ira resonando en la casa de fondo. Sus hombres retroceden, con sus rostros sorprendidos por la extrema exhibición mientras Rafael levanta la marca. Me aparto, sacudiendo la cabeza frenéticamente, mientras cambia su agarre de mi brazo a mi barbilla, clavando su pulgar y sus dedos en mis mejillas. Aprieta con fuerza, sosteniendo mi mirada mientras avanza rápidamente y presiona la marca en la carne de Hugo.

Chisporrotea bajo el calor de la marca, crepitando mientras se derrite y el olor a carne quemada llena el aire fresco de la noche.

Con náuseas, y el agarre de Rafael en mi cara, lucho por retroceder cuando arroja el hierro al suelo y a sus pies, una vez que termina con Hugo. Aquellos ojos ardientes no se apartan de los míos, su mirada es intensa, cuando se vuelve hacia mí y me obliga a bajar la cara ante la expresión de dolor de Hugo.

—Permitió que te drogaran. Dejó que casi te violaran. *Esta* es su penitencia por ese fracaso.

—Eso no fue culpa suya —espeto—. ¿Cómo puedes hacer esto a la gente...? —jadeo cuando su agarre se hace más fuerte, subiendo mi mano para tocar las marcas en su pecho y acaricio la piel allí a pesar de la dureza de su agarre en mi cara—. ¿Cuándo te lo hicieron?

—Es nuestra manera —dice, cubriendo mi mano con la suya mientras me hace retroceder hacia la casa.

—No es mi manera —argumento—. Esta *nunca* será mi manera.

Soltándome de repente, se agacha y presiona su hombro contra mi estómago. Me levanta por encima de su hombro para que mi cabeza cuelgue, y la sangre llega a mi cerebro mientras me lleva de vuelta a la casa. No lucho, sabiendo que será totalmente inútil. Tengo que esperar que la pesadilla que he visto en la hoguera ha sido un atisbo de *El Diablo*, de un hombre que no me merece

realmente por haberle dejado. Regina se queda mirando con horror cuando pasa a su lado dirigiéndose a nuestro dormitorio, apresurándose hacia las puertas mientras la veo salir. La casa queda en silencio en su ausencia, después que ella se hiciera a un lado ante la ira de Rafael.

Me da un fuerte golpe en el culo mientras camina.

—*Nunca* vuelvas a cuestionarme delante de mis hombres —gruñe, con una fuerte advertencia en las palabras.

—Entonces será mejor que nunca lo jodas delante de tus hombres. No voy a quedarme sentada en silencio y con un aspecto bonito mientras *torturas* a la gente —argumento, haciendo una mueca de dolor cuando otro fuerte golpe me abrasa la piel. El guante que lleva cae al suelo cuando dobla por el pasillo hacia el dormitorio, girando el pomo y entrando en el espacio privado que debe ser su oasis de las miradas indiscretas.

Para mí no es nada parecido.

Me echa por encima de su hombro, dejándome caer de pie, mientras lucho por encontrar el equilibrio, mientras la sangre sale finalmente de mi cabeza.

—No es una tortura cuando están dispuestos, *Princesa* —dice—. Te daré margen en lo que pueda para encontrar tu lugar en mi vida, pero no toleraré lo que ha ocurrido esta noche. Esos hombres son de mi incumbencia. Son míos para mantenerlos obedientes y así poder *mantenerte a salvo*. Si las consecuencias de la traición son demasiado indulgentes, entonces es cuando los hombres vienen a mi casa y creen que pueden salirse con la suya espiándome. Es cuando tu vida está en peligro.

—¿Esperas que crea que te importa una mierda si me pasa algo? Dijiste que me *marcarías*.

Su cara se tuerce, un momento de arrepentimiento se desliza en su expresión feroz.

—Y lo haré cuando llegue la hora. Hasta *El Diablo* es producto de las expectativas de los demás, *Princesa*. Tengo que hacer contigo lo que haría con otros.

—¿Cuándo? —pregunto mientras las lágrimas me escocen los ojos—. ¿Cuándo vas a...?

Estudia mi rostro, observando mi reacción con una expresión amable.

—Mañana por la noche.

Me quedo boquiabierta mientras se me corta la respiración, y mis ojos se dirigen inmediatamente a las marcas de su pecho. A las marcas que cicatrizan su piel, y el conocimiento que pueda hacerme eso se apodera de mí.

—No —murmuro, sacudiendo la cabeza con furia mientras me rodea con sus brazos y me estrecha contra su pecho—. *¡No puedes!* —grito, empujando contra su cuerpo mientras su cara toca la parte superior de mi cabeza.

Me rodea. Me abruma con su presencia, como si debiera ser un consuelo.

Pero no puede protegerme, no cuando es él quien me haga daño.

—No puedes —repito, las palabras llegan en un susurro.

Me sujeta, enredando mi cabello en su puño e inclinando mi rostro para encontrar sus intensos ojos. Busca mi mirada y suspira en el vacío que nos separa.

—Hay dolores peores que los físicos. Dame una cicatriz diferente. Enséñame las de tu alma —murmura.

—¿De qué estás hablando? —espeto, levantando la mano para secar una de las lágrimas que manchan mis mejillas.

Levanta la mano hacia el espacio que ocupa mi corazón, cuyo latido se amortigua contra su palma.

—¿Por qué Odina te odia tanto, *Princesa*? —pregunta, observando cómo respiro entrecortadamente. La incredulidad me consume por el hecho que me pregunte algo así en este momento.

Reprimo el miedo y apreto los labios mientras lo miro con desprecio. Utilizar mi terror en mi contra, curiosar para meterse en mi cabeza de esa manera es diabólico.

Teniendo en cuenta todo lo que Hugo sabe de mi vida, no me queda mucho que estuviera a salvo de la invasión de Rafael en ella. No queda nada que fuera solo mío.

Pero esta cosa, ¿la vergüenza que siento por mis acciones de niña?

Eso es mío.

Y que me maldigan si renuncio a eso por cualquier cosa. Aunque deba decírselo, así nunca querrá estar con alguien tan jodidamente *estúpida*.

Miro su rostro esperanzado, la confianza que siente en que haré lo que fuera necesario para evitar la marca. Y me alegro de negarle algo que quiere. Algo que no puede saber sin que se lo de. Él podrá ser capaz de tomar todo lo demás.

Estaré condenada si le doy el último pedazo de mí.

—No.

15

RAFAEL



Su boca forma la palabra. Sus ojos me miran fijamente. Pero mi cerebro se esfuerza por comprender la resistencia de su voz.

Me desafía de una forma tan hermosa, incluso sabiendo que no acabará más que con dolor para ella. He conocido a hombres que me prometen la vida de sus hijos para evitar una marca, si no se habían criado en la isla y en la cultura que dominaba nuestra comunidad.

Por un momento me pregunto si piensa que no lo haré.

Si sospechaba que mi obsesión por ella será suficiente para salvarla de la pira. Pero el acero de sus ojos verdes y la postura de su columna vertebral al cuadrar los hombros no dejan lugar a dudas. Sabe que lo haré.

Me cree cuando le digo que le haré daño. Pero simplemente no le importa.

Sus secretos son más importantes que proteger su carne.

Eso confirma algo que siempre había sabido de Isa. Se siente segura dentro de su mente. Por lo que sea que haya pasado en ese

río, sabe que su cuerpo es solo carne, que el núcleo de lo que es se esconde en lo más profundo, y que el lugar donde nada más pueda tocarla es su última defensa.

Supe con repentina claridad que es el lugar al que va cuando nadie la mira. Por qué estaba tan silenciosa en su habitación por la noche. La seguridad de su mente es un refugio al que no puede resistirse cuando no hay distracciones a su alrededor.

—¿No? —pregunto, haciéndola retroceder. No se resiste cuando la dirijo hacia la cama. No hay el más mínimo intento de suavizar la situación o negarme el acceso a su cuerpo.

Su cuerpo es solo una cáscara. *Eso* podía tenerlo. Pero no su mente. No su alma o su corazón.

Ya encontraré la forma de abrirlos, pero hasta que eso ocurra, hay una parte de ella que aún no poseía.

—No —repito, manteniéndose firme a pesar de la furia que siente en mi rostro. Mi piel se siente caliente, como si fuera la pira y pudiera quemarla con mi tacto. La limpiaría con las llamas si pudiera, pero no se cómo hacerlo cuando no quiero hacerle daño.

No así.

Quiero que lleve mi marca, no la marca de un fracaso. Quisiera no tener que hierla, pero ella no puede darme eso. No puede encontrarme a mitad de camino, está tan empeñada en su maldita terquedad de aferrarse a sus secretos. Como si sus pecados fueran horribles, cuando nunca podrán compararse con los míos.

—¿Prefieres aceptar una marca que decirme por qué te odia tu hermana? —pregunto, con mi voz en un gruñido por mi frustración. La subo al borde de la cama, poniéndola de rodillas para que esté más cerca de mi altura. Me inclino hacia delante, acerco mis labios a los suyos y la miro a los ojos. Se mantiene perfectamente inmóvil ante mi beso, sin devolverlo ni resistirse. Entonces, de repente, abre

la boca, agarrando mi labio inferior entre sus dientes y hundiéndolos en mi carne hasta que el sabor metálico de la sangre explota en mis sentidos.

La agarro por el cabello, echando su cabeza hacia atrás tan bruscamente que no tiene más remedio que soltarme. Paso mis labios manchados de sangre por la parte delantera de su garganta, dejando una mancha roja en su delicada piel aceitunada, mientras muerdo su carne con la suficiente intensidad como para marcarla. Sus jadeos me animan a seguir, su intento de negar el hecho de lo que quiero, cae en saco roto antes que murmure una palabra de protesta.

Pero *Mi Reina* está aceptando su apetito sexual, su deseo por la pesadilla que la persigue desde la oscuridad. Alarga la mano para agarrarme del cabello, tirando con firmeza para acercarme en lugar de apartarme.

Arrastro mi lengua por el borde de su cuello, enseñando los dientes por última vez cuando sus uñas bajan hasta mis hombros para arañarme. Tomo su boca con la mía, atrapando su labio inferior entre mis dientes y mordiendo de la misma manera que ella lo hizo conmigo. Sus ojos sostienen los míos, mientras el sabor de su sangre se extiende por mis labios, manchando mis dientes mientras los arrastro lentamente. Su delicada lengua rosada sale para aliviar la herida, haciendo una mueca de dolor cuando paso la palma de mi mano sobre la cicatriz de su muslo.

Con mi petición de información tan presente en su mente, la reacción física que tiene al ser tocada allí es aún más prevalente. La castigaría por su negativa a darme lo que quiero, por su rechazo al no darme las últimas piezas para comprender los fragmentos de su historia.

Pero la forma en que me mira con sus labios manchados de sangre hace aflorar la otra parte de mí. *El Diablo* que quiere adorar

a su *Reina*, porque ni siquiera mi odio a la negación puede acallar la simple verdad de lo que ella ha hecho.

Nadie se atreve a negarme nada.

Nadie más que *Mi Reina*.

Deslizo la tela de su vestido por los muslos, observando la suave extensión de piel que revela su cuerpo a mi mirada. Una vez que la tela se enrolla alrededor de sus caderas, levanta los brazos para mí con una pequeña sonrisa. Confiada en que podrá soportar todo lo que le daré, pero tengo preparada una sorpresa cuando por fin llegue su castigo.

Incluso antes de la marca, hay una parte de ella que no he reclamado. Una parte de ella que aún no es mía.

Lo será antes que termine la noche.

Alzando el vestido por encima de su cabeza, la levanto de la cama en cuanto se queda en sujetador y bragas. Dando zancadas hacia el baño, la llevo a esa habitación y la despojo rápidamente del resto de su ropa, antes de levantarla para dejarla sobre la encimera. Sus hombros se apoyan en el frío cristal del espejo mientras me arrodillo en el suelo de baldosas.

Del mismo modo que ella se arrodilló a mis pies al día siguiente para recibir su penitencia. Me inclino, lamiendo desde su entrada hasta su clítoris y sellando mi boca sobre su coño. Gime y se estira para tirar de mi cabello mientras la acaricio con lentos movimientos de mi lengua. Saboreando y lamiendo con mi boca, la observo con los ojos entrecerrados mientras sus pechos se agitan.

Me sostiene la mirada, observando cómo la adoro de rodillas. Ella no entiende la importancia del momento, porque me había hecho una promesa mientras veía a mi padre arder vivo.

No me arrodillaría por nadie.

Excepto por ella.

Empujando mis manos detrás de sus rodillas, las impulso hacia arriba y las separo ampliamente mientras aparto mi boca y la miro fijamente. Me pongo de pie mientras se aferra a mí, ignoro su gemido de frustración mientras me quito los bóxer y me deslizo en su interior. Trabajo con bombeos lentos para provocarla. Para acercarla cada vez más a un orgasmo que solo le permitiré tener cuando le abra el culo.

Lamo el borde de su boca juguetonamente, untando su esencia por toda su boca y la herida que dejé con mis dientes. Abriéndose para mí, me deja enredar mi lengua con la suya en un duelo de voluntades. Sus caderas se elevan sobre la encimera lo mejor que puede, presionando más su apretado coño sobre mi polla mientras busca su propio orgasmo.

Me retiro, abandonando su boca para atraer un pezón entre mis dientes y pellizcar su carne sensible con fuerza. Gime mientras mis dedos se deslizan entre sus piernas, entrando y saliendo de su interior y atormentando su punto G. La mojo lo suficiente para lo que voy a necesitar a continuación. La libero, mirando su coño hinchado y necesitado mientras mi dedo baja.

Sus ojos se abren de par en par cuando toco con un dedo húmedo su agujero arrugado, presiono contra el con firmeza y persistencia hasta que su carne se separa para dejarme entrar. Gime cuando el dedo se desliza dentro, encontrando la resistencia de su cuerpo mientras se tensa. Me acerco, abro uno de los cajones y saco el frasco de lubricante que esperaba exactamente para este propósito.

No se me había ocurrido hacerlo cuando estaba enfadado con ella, cuando mi frustración hace que mi cuerpo se tense por la necesidad de hacerle entrar en razón. Pero a Isa le encanta todo lo que le hago. Me corresponde golpe a golpe, incluso cuando el dolor se apodera de ella, cuando la follo con demasiada brusquedad.

Una vez superada la conmoción de la adaptación, le encantará recibir mi polla en lo más profundo de su apretado culo en forma de corazón.

Echo un chorro de lubricante sobre mi segundo dedo antes de deslizarlo junto al primero.

—Rafe —gime—. No puedo.

—Puedes y lo harás, *Mi Reina*. ¿Crees que puedes negarme y decidir tus propias consecuencias? Me tomarás por el culo esta noche, y mañana te arrodillarás a mis pies y dejarás que te marque. Habría sido mucho más sencillo darme la respuesta que quería —digo, enroscando mis dedos dentro de su culo y separándolos como una tijera. La estiro mientras intenta retorcerse para escapar de mi asalto. La tranquilizo con mi mano libre en su garganta, rodeando su mandíbula.

—Me duele —gime, intenta bajar los muslos para restringir mi acceso. Libero mis dedos, tirando de ella hacia abajo de la encimera y dándole la vuelta. Levanto una de sus piernas, apoyándola en la encimera para abrirla para mí, mientras le penetro el coño y vuelvo a mover los dedos en su culo mientras la follo lentamente. Gruñe cuando la estiro, mientras siento cómo mi polla se mueve al otro lado de la delgada barrera de su interior. Entro y salgo con movimientos opuestos a la forma en que mis dedos la trabajan, deslizándome sobre el tierno tejido hasta el momento en que sus jadeos de dolor se convierten en gemidos reacios.

—¡Rafael, espera! —suplica mientras saco mi polla de su apretado coño y la cubro de lubricante. La bombeo en mi agarre, presionando la cabeza contra su agujero mientras intenta subirse a la encimera para escapar. Agarro un puñado de su cabello con la otra mano mientras la presiono, a la vez que ella apreta.

—Relájate, *Mi Reina* —le digo—. Dolerá menos. —Gime cuando mi cabeza se introduce en su interior, sus manos arañando la

superficie de la encimera. Agarra mi polla como un vicio mientras lucha por entrar en ella. Su espalda se tensa mientras respira profundamente, incapaz de moverse mientras entra y sale de ella con pequeños empujones. Al ver que su cuerpo se estira para acomodarse a mi invasión, la agarro del cabello para levantarla hasta que tiene que estirarse para apoyarse en el espejo. Observando su reflejo, empujo a través de su hinchado tejido hasta que mi ingle toca su culo y ella grita—.Tócate —le ordeno, mirándola a los ojos en el reflejo.

Su mano se desliza lentamente fuera del espejo, hacia el espacio entre sus piernas para tocar su clítoris con dedos firmes. Lo rodea rápidamente mientras gime, y su respiración se entrecorta cuando retiro mis caderas hasta que solo la cabeza de mi polla está dentro. Vuelvo a introducirla con un suave empuje y observo cómo se le cierran los ojos, cómo intenta negar lo mucho que le gusta el placer prohibido que se acumulaba en su interior.

—¿Te gusta que te folle el culo, *Mi Reina*? —pregunto, repitiendo el movimiento. Lucha mientras la toma implacablemente, retorciéndose en mi agarre, pero esos decididos dedos suyos no dejan de trabajar su clítoris para mí.

—Sí —susurra, la admisión vibrando a través de mi cuerpo y directamente en mi polla. La penetro con más fuerza, obligándola a aguantar aunque sea demasiado duro. Con su apretado calor estrangulándome, no tengo ninguna posibilidad de durar mucho.

—Quiero que veas cómo te corres conmigo en tu culo —le ordeno, hundiendo mis dientes en su hombro con la suficiente violencia como para romper la piel. Se corre, su culo se apreta a mí alrededor mientras grita su liberación y me lleva al límite con ella.

Gimo como un animal mientras empujo profundamente y la lleno. No es hasta que me corro que pruebo su sangre en mi boca, pasando mi lengua por las marcas de mordiscos que le hice. La ayudo a bajar su pierna acalambrada de la encimera. Al soltarla,

me dirijo a la bañera que hay en un rincón del cuarto de baño y abro el grifo de agua caliente.

Me mira fijamente, haciendo una mueca de dolor mientras se acerca a la bañera. Me compadezco de ella, sabiendo que he sido demasiado brusco en mi necesidad de consumirla y recordarle a quién pertenece. La levanto en brazos y nos meto a los dos en la bañera. Se estremece cuando el agua caliente toca su carne maltratada, y se sacude de mi agarre mientras la obligo a acomodarse.

Nos sentamos en silencio mientras medito mis opciones, tratando de encontrar la manera de meterme en su cabeza hasta que me diga la verdad.

Hasta que me de todo.

16

RAFAEL



Isa pasa la mayor parte del día siguiente encerrada en el dormitorio, tratando de prepararse para lo que sabe qué va a suceder. Normalmente, habría odiado esta separación. Habría detestado la distancia que intenta poner entre nosotros. Pero sabiendo lo que tenía que hacer, no quiero mirarla a los ojos y alimentar sus mentiras.

Sería agonizante para ella. La primera vez siempre lo es.

Quisiera poder abrazarla durante el dolor, consolarla mientras sufre su penitencia. Pero el espectáculo público lo impide. No puedo ser visto como débil delante de mis hombres, y tendría que ser *El Diablo* que todos esperaban que fuera, para demostrar que mi relación con Isa no me hará más indulgente con sus transgresiones.

Mi móvil vibra en mi bolsillo mientras veo el sol ponerse en el horizonte, los fuegos de la pira ya arden mientras mi gente se prepara para la penitencia de Isa.

—¿Sí? —gruño, acercando el móvil a mi oído.

—He encontrado a tu policía —espeta Ryker al otro lado de la línea—. No te va a gustar esto.



#2 Until Forever Ends

Beauty in Lies

Me alejo de la ventana y me dirijo a mi escritorio para anotar su nombre.

—¿Qué tiene que decir? —pregunto.

—Ni una maldita cosa, porque está jodidamente muerto. Se suicidó misteriosamente una semana después del accidente. Nadie hizo un seguimiento de su informe, ya que solo fue un accidente de ahogamiento y nadie murió.... —su voz se apaga mientras piensa en las implicaciones. Sacudiendo la cabeza, me concentro en el resto de lo que tengo que decir aunque quiera estrangular a Isa.

Un asesinato disfrazado de suicidio significa que alguien más está involucrado. Alguien que quiere mantener la verdad en secreto.

—Su mujer dice que nunca estuvo deprimido hasta la semana anterior a su suicidio. Cree que se vio envuelto en algo que no debía, y que la culpa lo consumió hasta el punto de tener que acabar con eso.

—¿Investigaste el suicidio? —pregunto, levantando un pisapapeles de mi escritorio. Lo último que necesito en los momentos previos a la marca de Isa, es volver a estar así de enfadado con ella por sus secretos.

—Sí, un solo disparo en la sien. Pero ni una pizca de residuos en sus manos. No hay manera que lo hiciera, Rafe —dice Ryker—. Le dispararon en la sien derecha, pero este tipo era zurdo.

—Maldito Jesús —murmuro—. Ni siquiera intentaron que pareciera legítimo.

—Ni un poco. Encontré a los policías que firmaron el suicidio. Los dos se retiraron hace un par de años y se fueron de Chicago, pero los cazaré y pondré a nuestros contactos al tanto. ¿Sigue sin hablar de eso?

—Ni una palabra —gruño—. Ni siquiera bajo presión.

Ryker hace una pausa, su suspiro hace vibrar el móvil con estática.

—Ve con cuidado. Esto está jodido, Rafe. Creía que se había caído al río, ¿pero esto?

—Alguien la tiró —digo, expresando las palabras que no se atreve a decir—. Alguien ha intentado matarla, joder, y ni siquiera me dice que ha pasado. Y mucho menos quién —grito—. Consigue. Ese. Nombre.

Clavo el dedo en el botón rojo del móvil y lo arrojo sobre el escritorio. Gruño mi frustración mientras lanzo el pisapapeles contra la pared, mi temperamento inmediato solo se aplaca un poco cuando el cristal se hace añicos y el sonido resuena por toda la casa. Regina se apresura a entrar en la habitación, abriendo la puerta de golpe por la preocupación y mirando el desorden.

Su rostro se tuerce de simpatía al suponer erróneamente que conoce la causa.

—No tienes que hacer esto. Nadie te culpará por dejarla libre esta vez, cuando no conocía las reglas hasta anoche.

La miro fijamente, deseando que fuera cierto. Si no le hubiera dado la oportunidad de una alternativa la noche anterior, podría haber sido. Pero Isa había tomado su decisión.

Y la mía también.

—Hay que hacerlo —gruño, pasándome la mano por la boca e intentando abrazar el frío familiar de ser indiferente. Que me importe una mierda a quién le hago daño.

Los ojos doloridos de Isa me persiguen como si ya estuviera arrodillada frente a mí.

La traición la conozco demasiado bien, porque la había visto en los ojos de mi madre el día que mi padre la mató.

—Los hombres que aman a sus esposas no hacen esas cosas —dice Regina, rogándome que viera la razón en sus palabras.

No me atrevo a negar de nuevo mis sentimientos por Isa, no después de haber empezado a aceptar la forma en que ella ha consumido todos mis pensamientos desde que la había visto.

Obsesión no es una palabra lo suficientemente fuerte para lo que siento por *Mi Reina*. El amor tampoco me parece suficiente.

Ella es solo mía.

—Tienes que aceptar tus sentimientos por ella si esperas que haga lo mismo —dice Regina, acercándose para tocar mi mejilla suavemente.

—¿Está preparada? —pregunto, apartándome de su mano. Cierra los ojos y lanza un suspiro mientras asiente.

Cuando abre los ojos, me encuentro por primera vez, con una mirada de decepción. Me trago el conflicto que siento al verla, la rodeo y salgo del despacho.

Ha llegado el momento para que Isa entienda exactamente quién va a ser su marido.

No puede tenerme sin *El Diablo*. No puede ser mía sin abrazar *El Diablo*.

Solo espero que sea lo suficientemente fuerte como para soportar las llamas.

17

ISA



Miro por la ventana, y observo cómo arde el fuego, con el corazón en la garganta y lágrimas en los ojos. Regina ha prometido que intentará hacerle entrar en razón, acudiendo a toda prisa cuando oyó los cristales romperse en su despacho.

No, me molesté en ir a verlo, sabiendo que razonar con él sería inútil.

Cualquier hombre que pueda mirarme a los ojos y hablar de marcarme de por vida no sabe nada de remordimientos. No sabe nada del amor. Fuera lo que fuera lo que sienta por mí, no quiero participar en eso. Bajo la mirada hacia la foto que tengo en mis manos. El rostro de la madre de Rafael me mira fijamente, demasiado joven para haber muerto, especialmente de una forma tan brutal. Sus ojos eran similares a los de Rafe, uno azul y el otro gris claro comparado con el verde de él.

Se parece a su madre. Posee el mismo tipo de belleza etérea que oculta su oscuridad cuando quiere.

Rafael se coloca detrás de mí. Me quita el cabello del cuello, tocando brevemente con sus labios la marca de la mordida en mi hombro.

—Era preciosa —murmuro, sintiendo que se queda quieto mientras su mirada se posa en la foto de su madre.

—¿De dónde sacaste eso? —pregunta, tomándola de mis manos con suavidad y poniéndola sobre la cama.

—Me la regaló Regina —respondo, observando cómo le da la espalda a la foto, como si no pudiera soportar mirarla.

—¿Estás lista? —pregunta, cambiando su enfoque de nuevo hacia mí.

—¿Importa que te ruegue que no lo hagas? —pregunto, girando la cabeza para mirarlo por encima del hombro. Su mirada brillante se encuentra con la mía, pero carece de algo en la forma en que me mira.

Todo indicio de calidez ha desaparecido, sustituido por un frío adormecedor que me hiela hasta los huesos.

—¿Tienes algo que quieras decirme? —pregunta, adelantándose para poner la mano en las puertas que dan a la piscina y al fuego.

Cerrando los ojos los aprieto, mientras mi labio inferior tiembla brevemente. Cuando abro los ojos y lo encuentro esperando, ya sabe mi respuesta. Asintiendo, abre la puerta de un tirón y agarra mi mano con la suya cuando intento retroceder.

—Ven, Isa —me ordena, arrastrándome a través de la puerta. Me tropiezo con mis pies mientras establezco un ritmo rápido, sus pasos son demasiado largos para poder seguirlos. Las llamas bailan en la noche mientras mi corazón late con fuerza en mi pecho.

—Rafe —digo, tratando de apelar al hombre que me había sostenido mientras lloraba. El hombre que me mostró ternura mientras me quitaba la virginidad y me enseñaba Ibiza. Pero todo rastro de él ha desaparecido y no hace caso de mis ruegos.

Joaquín se interpone en nuestro camino, bloqueando el fuego mientras los dos hombres liberan una guerra silenciosa. Observo impotente cómo Hugo se cierne en la distancia, con el pecho desnudo para la ceremonia, el rojo furioso de su marca haciendo eco de las llamas. Me trago las náuseas, sabiendo que mi piel tendrá ese aspecto en unos instantes.

Joaquín lanza un suspiro conflictivo cuando sus labios se tuercen y sus ojos se acercan a los míos, pero se aparta para permitir que Rafael me guíe junto a él.

El calor del fuego besa mi piel mientras nos guía justo al frente. Observo cómo el humo se extiende hacia el cielo nocturno, mezclándose con las estrellas, mientras lleva mensajes a los ancestros. Rafael me gira hacia él, deteniéndose para darme una última oportunidad de darle lo que quiere.

Pero su determinación de saber la verdad solo me hace estar más decidida a guardar mi secreto. Si *este* es el hombre que es, si este es el tipo de monstruo que es, entonces haré todo lo posible para mantener esa parte mía solo para mí.

No es menos monstruo que un hombre que tira a un niño a un río.

Rompiendo el tirante de mi vestido para dejarme el hombro al descubierto, me empuja hasta ponerme de rodillas mientras las lágrimas caen por mis mejillas, con la respiración agitada por el miedo. Sus fosas nasales se dilatan, mientras me mira fijamente apretando los dientes, mientras se prepara para marcarme permanentemente.

—Por favor, no —le suplico por última vez, sin encontrar nada más que una brutal determinación en su mirada, mientras levantaba la marca de las llamas.

Cierro los ojos lentamente, escuchando la voz de mi abuela. El sonido tranquilizador de ella contándome sobre nuestra tradición

junto al fuego en nuestro patio, llevando el paso de nuestra herencia hasta los ancestros, para que pudieran saber que sus historias vivían en nosotros.

El fuego limpia. El fuego cura todas las heridas.

Abro los ojos y miro a *El Diablo* a la cara mientras espero el dolor. A pesar de mi miedo, lo único en lo que puedo concentrarme es en la determinación de mirarle a los ojos mientras me hace daño. Hacerle ver lo que me a hecho. Sus ojos brillan de arrepentimiento al verme llorar, mostrando por fin *algo* por un momento.

Su boca se tuerce con su ceño fruncido, mientras grita su furia al cielo nocturno. Mueve el brazo con tanta rapidez que me echa hacia atrás. Espero el dolor cegador de mi piel ardiendo.

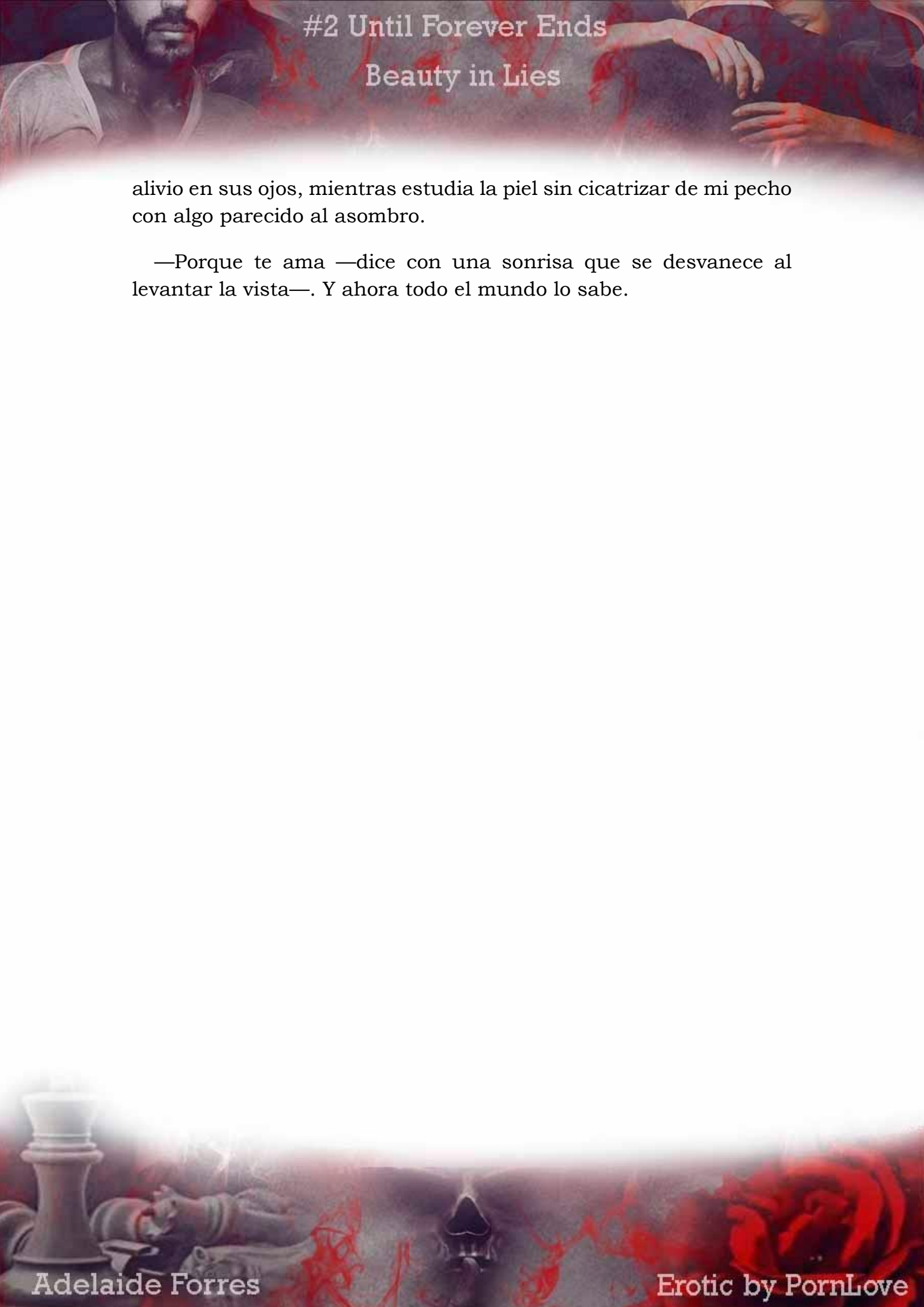
Pero nunca llega.

Los troncos de la hoguera se mueven y lanzan ascuas al aire, mientras arroja la marca a las llamas. Rafael gira, desapareciendo en la noche mientras se aleja y me deja hiperventilando junto al fuego. Regina sale corriendo de la casa a mi lado mientras ve a Rafe desvanecerse en la oscuridad. Me envuelve en sus brazos mientras me toca el pecho frenéticamente.

—No lo hizo —susurro, mirándola desconcertada.

—No, *mi hija*. No lo hizo —susurra, arropándome en su pecho mientras los sollozos me sacuden el cuerpo. Se arrodilla a mi lado, apartándome del borde del fuego y estrechándome más firmemente en su abrazo, mientras los demás se dispersan entre susurros sorprendidos. Los hermanos acortan la distancia entre nosotras, revoloteando a mi alrededor y negándose a marcharse a pesar que, no deseo hablar con ellos.

—¿Por qué no lo hizo? —pregunto a Regina, mi voz suena demasiado fuerte ya que el crepitar del fuego es el único ruido a nuestro alrededor. La mano de Joaquín baja sobre mi cabeza con



#2 Until Forever Ends

Beauty in Lies

alivio en sus ojos, mientras estudia la piel sin cicatrizar de mi pecho con algo parecido al asombro.

—Porque te ama —dice con una sonrisa que se desvanece al levantar la vista—. Y ahora todo el mundo lo sabe.

18

RAFAEL



Me quedo en la cima de la isla, mirando a la gente que confía en mí. La gente que cuenta conmigo para mantener el orden en un mundo lleno de caos. Nunca les había fallado antes de esta noche.

Alejandro me sigue, acercándose a mí en un casi silencio. No habla, pero puedo sentir la intensidad de su mirada. El juicio de que nunca antes había dudado en marcar a una mujer por su traición.

—Isa nunca traicionó a *El Diablo* —dice—. Nunca puso en peligro la operación. Marcarla nunca fue algo que debiera haberse hecho de la misma manera —añade, haciéndome girar para mirarle con ojos incrédulos—. La penitencia es para la gente que falla a *El Diablo*. Es para la gente que pone en riesgo nuestra seguridad con sus acciones. Nunca estuvimos en peligro porque Isa intentara dejarte, Rafael.

Asiento, mirando más allá de él para ver cómo Regina se arrodilla junto a Isa debajo de nosotros. Iluminadas por las luces de las llamas, las sombras bailan sobre la piel aceitunada de *Mi Reina*.

—Te abandonó —añade Alejandro—. Lo que sea que tengas que hacer para enmendar con ella esa elección, debe ser entre los dos. No debería ser un espectáculo.

—Eso habría estado bien escucharlo hace unas horas. —Suelto una carcajada incrédula—. Ahora todo el mundo conoce mi debilidad.

—¿Habías escuchado? Es algo que tenías que descubrir por ti mismo. No es una debilidad evitar el daño a alguien cuando lo amas, Rafael. Se necesita fuerza para reconocer el amor por lo que es, porque es mucho más fácil negarlo y rechazar esos sentimientos. Sobre todo cuando lo único que has conocido es el dolor y el arrepentimiento. —Alejandro había crecido como hijo de uno de los asesores de mi padre. Había estado en el extremo receptor de su crueldad tan a menudo como yo. Entendía lo que era ser criado por un monstruo—. Me gusta pensar que si alguna vez encuentro a *mi* Isa, tendré el valor de decirle lo que siento.

—Ella lo sabe —digo, expresando el hecho que habría que ser un tonto para no ver lo obsesionado que estoy con ella.

—Sabe de tu encaprichamiento, pero eso no significa que sabe que la amas. Creo que ni siquiera te lo has admitido a ti mismo. Podrías empezar por ahí. —Mientras se retira colina abajo hacia el pueblo, me giro para ver cómo Regina guía a Isa hacia la casa principal.

Se tambalea sobre sus piernas, la caída de semejante subidón de adrenalina, hace mella en su cuerpo, sin el escape que la marca le hubiera proporcionado. Incluso a pesar de los temblores de su cuerpo, que es tan evidente que puede verse incluso desde mi distancia, mantiene la cabeza alta. Joaquín mira hacia mí y, aunque sabe que no puede verme por la luz del fuego, asiente una vez.

Isa se gira para buscarme una vez que llega a la casa, con su llamativa mirada buscando al fantasma que parece no encontrar. La fuerza en las líneas de su rostro provoca una sonrisa en el mío. Puede que se arrodille a mis pies con lágrimas en los ojos, pero la inconfundible corona de una reina descansa sobre su cabeza. Acepta su destino. No se comporta como una tonta.

No cierra los ojos, temerosa de mirar al demonio a los ojos mientras le impone su castigo. Se enfrenta a mi mirada con fuerza y tranquila determinación. Me desafía.

Sin decir nunca una palabra.

Fue en esos breves e impresionantes momentos cuando acepté mi verdad. La que late en mi interior, exigiendo que le diera voz a pesar de todas mis negativas.

Amor no es una palabra lo suficientemente fuerte para lo que siento por Isa, pero es la única que existe. Es mi debilidad. Mi todo. Es la heroína que me inyecta voluntariamente en las venas, aun sabiendo que un día será mi fin. Me posee, en cuerpo y en lo que queda de alma dentro de mí. Este sentimiento crece con cada día que pasa en la isla, convirtiéndose en la mujer que sabía que podía ser.

No puedo tenerla sin la oscuridad que acecha en su alma. No puede tener solo las partes de mí que puede manejar, no sin abrazar también a *El Diablo*. El único camino hacia adelante es que nuestros demonios bailen juntos, que se entrelacen hasta ser una sola pesadilla moviéndose a través de la oscuridad.

Nos uniremos bajo la luz de la luna. Nos amaremos bajo las estrellas si sobrevivíamos a la noche.

19

ISA



Me siento en el borde de la cama, mirando por la ventana y esperando que Rafael aparezca. Joaquín y Regina me habían ayudado a llegar a la habitación con las piernas tambaleantes, dejándome aquí para esperar sola. No hubo nada que decir en el momento en que todos tratamos de asimilar lo sucedido. Parecen a la vez aliviados y sorprendidos por la decisión de Rafael de no marcarme.

Todavía estoy aturdida por lo cerca que estuvo de cumplir. El hecho que había estado tan cerca de marcar mi carne permanentemente, simplemente porque no elegí a un hombre que apenas conocía por encima de la familia que me había criado.

Han pasado horas desde que se alejó de la pira y me dejó en el suelo. Horas desde que me dejó llorando en los brazos de Regina mientras bajaba de la abrumadora descarga de adrenalina para la que me había preparado. Después de todo un día anticipando la marca, mi cuerpo aún tiembla con la energía de lo que no sucedió.

En ausencia de la marca, sin la presencia de Rafael para que pueda arremeter contra él por haberme asustado, o abrazarlo por no haber cumplido, no se ni qué hacer conmigo misma.

Así que me siento, intentando refugiarme en mi cabeza para poder procesar lo que había pasado, pero el vacío normal que me acogía se ha esfumado. Desapareció como si hubiera ardido en llamas en lugar de mi piel.

Mi mirada recorre la habitación mientras pienso en las palabras de Regina. El hecho que pareciera pensar que sería negativo que la gente supiera que Rafe se preocupaba por mí, no auguraba nada bueno para mi seguridad. Aprieto los dientes, tratando de asimilar las implicaciones de que un jefe de la mafia me ame.

Todavía no lo creía, pero había *algo* ahí. Algo había impedido que Rafael me marcara, cuando no había mostrado ningún remordimiento por lo que le había hecho a Hugo.

La puerta de la habitación se abre de repente y entra, sin apenas mirarme mientras se dirige directamente al baño.

Me levanto de la cama y lo sigo con la mirada llena de furia e incredulidad. Después de todo lo que me había hecho pasar, ¿cree que puede *ignorar*me? Sale un momento después, mirándome fijamente a través de la habitación. Acorta la distancia entre nosotros lentamente y levanta una mano para acariciar mi mejilla con suavidad. Lo aparto de un manotazo, mirándolo con desprecio, cuando se atreve a mirarme con todo el afecto que había necesitado horas atrás.

—¡Ibas a marcarme! —le grito en la cara. Golpeo mi puño contra su pecho desnudo una vez. Repitiendo el movimiento una y otra vez, no quería otra cosa que marcarle por lo que me había hecho pasar. Hacerle sentir aunque fuera una pizca del terror de lo que había sentido al saber que me haría daño.

Acepta el asalto, sin mover un músculo mientras deja que descargue mis frustraciones en su piel. Solo cuando las lágrimas caen por mis mejillas, levanta ambas manos y me agarra la cara. Rodeo sus caderas con las manos y lo miro fijamente.

—No lo hice —murmura suavemente, presionando sus labios sobre mi frente. El sonido tranquilizador de su voz no debiera reconfortarme, no cuando había sido quien quiso marcarme, pero la ausencia de toda dureza en ella me recuerda los indicios del hombre que había amado en Ibiza.

El hombre que había debajo del monstruo.

Lleva una mano a mi cuello, presionando allí y manteniéndome firme mientras su otra mano baja al bolsillo de su pantalón. Saca una navaja negra y pulsa el botón para liberar el cuchillo mientras me aleja de su agarre. Pero se niega a soltarme, haciéndola girar en su mano hasta que la punta queda frente a él.

—Muéstrame tu oscuridad —murmura, presionando la empuñadura del cuchillo en mis manos. Lo arrastra hacia arriba y por encima de su torso desnudo, la hoja deja un fino y elevado rastro rosado mientras se desliza por su piel. Se detiene cuando la punta del cuchillo se posa justo sobre su corazón, sus manos se aprietan firmemente contra las mías mientras lo acerca. La punta le atraviesa el pecho, y la piel se corta, vibra por el filo y por la empuñadura en mi mano.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto, mi horror aumentando mientras aguanta mi agarre con firmeza.

—¿Quieres tu libertad? La única manera es si estoy muerto, *Mi Reina* —dice, clavando el cuchillo con más firmeza. Me estremezco cuando la sangre cubre los bordes del cuchillo donde sobresale de su piel. Sus ojos se posan suavemente en los míos, intensos y penetrantes, mientras levanta una de sus manos de las mías y ahuecaba mi mejilla con la suya—. Te pertenece. Tanto si late como si no.

—Detente —jadeo, tirando de mi mano. Me sujeta firmemente al cuchillo, negándose a que lo suelte hasta que esté lista. Mi libertad está literalmente en mis manos, pero las lágrimas me escocen los

Beauty in Lies

ojos mientras trato de imaginarme hundiendo ese cuchillo en su carne. Al pensar en lo que supondría ver la vida desvanecerse de sus impresionantes ojos. Una lágrima se escapa, deslizándose por mi mejilla mientras me observa atentamente.

—*Eres el amor de mi vida, Mi Reina* —murmura mientras mi mano tiembla sobre el cuchillo. Su mirada es confiada y resignada a la vez, como si no le importara que lo matara—. No viviré sin ti.

Su mano mueve el cuchillo, tallando su piel mientras miro su pecho con un sollozo estrangulado. No se inmuta por el dolor, aceptándolo con nada más que afecto en sus ojos, mientras me mira fijamente. Cierro los ojos con fuerza al ver la primera letra cuando aparta nuestras manos, moviéndose ligeramente hacia un lado para poder continuar.

—Detente —lloriqueo, viéndole cortar la curva de la segunda letra. La última letra me lleva más tiempo mientras lucho contra su agarre, intentando que se detenga.

Solo cuando termina de tallar mi nombre en el centro de su pecho, levanta el cuchillo por última vez, centrándolo de nuevo en el espacio justo debajo de la palabra y presionándolo en su carne una vez más.

—No soy un buen hombre. Te haré daño. Te exigiré cosas que no tengo derecho a pedir, pero soy tuyo. Si no me atraviesas ahora el corazón con este cuchillo, entiende que estás aceptando todo de mí, *Mi Reina*. Mi forma de vida, mi hogar, mi crueldad. No volverás a tener esta oportunidad. Así que piénsalo muy bien antes de hacer tu elección. —Se inclina para besarme suavemente, el cuchillo presionando más profundamente en su carne mientras se mueve sin cuidado—. Si vivo, serás mi esposa. Nunca volverás a estar sola en el espacio dentro de tu cabeza.

Mis labios tiemblan mientras me besa para quitarme las lágrimas. Miro fijamente el cuchillo en mi mano mientras observa

mi rostro, sin importarle el hecho que su vida podría terminar en un momento.

—¿No tienes miedo? —susurro, levantando la mirada hacia sus ojos.

—¿Por qué querría vivir si no te tengo a ti? —Sonríe con tristeza, dejando caer su segunda mano del cuchillo y levantando la mía vacía para envolverla. Cierro los ojos, mis palmas se aprietan alrededor de la empuñadura mientras intenta obligarme a terminar con todo.

Para recuperar la libertad que me había robado.

—Encuéntrame a la luz de la luna —murmura en voz baja, haciéndose eco de las palabras que habían iniciado todo. Las palabras que creí que me habían llevado a él. Los recuerdos de nuestra estancia en Ibiza revolotean por mi mente. Desde nuestro primer encuentro hasta los paseos por la playa después de la cena.

Y comprendo que no puedo hacerlo. No puedo matar al único hombre al que he amado, sin importar lo que me hubiera hecho o seguirá haciendo.

El cuchillo cae al suelo cuando lo suelto, aterrizando a centímetros de mi pie mientras retrocedo apresuradamente. Sus pulmones se agitan con alivio, mientras me observa a través del espacio que nos separa.

—Has cometido un error, *Mi Reina* —dice—. Te enamoraste de tu pesadilla.

No niego las palabras mientras cierra la distancia entre nosotros y aplasta sus labios contra los míos.

¿Cómo iba a hacerlo, si le había elegido a él antes que a mi libertad?

20

ISA



Rafael pasa el día alejado de mí, dejándome reflexionar sobre mi elección y estresándome sin descanso por el resultado, mientras Regina intenta que me concentre en cualquier cosa que no sea el vacío dentro de mi cabeza.

La libertad había estado a mi alcance. Mi familia casi había conseguido la paz que se merecía volviendo a casa con ellos, donde debía estar.

Salgo a la terraza privada, mis pies descalzos se empapan del calor de las baldosas aunque el sol se ha puesto ya hace rato. Los negocios de Rafael lo habían obligado a trabajar durante la cena, y no pudo convencerme que sería bienvenida en su despacho. Puede que piense que mi lugar en su vida está claramente definido por las expectativas poco realistas que tiene de lo que somos, pero estoy menos que convencida.

No pude matarlo, pero eso no significa que deba quedarme. Eso no significa que pueda permitirme disfrutar de mi vida con él.

El cielo se desvanece en profundos púrpuras mientras el sol desaparece detrás de mí, dejándome considerar las decisiones imposibles que tengo que tomar. ¿Qué mierda le diré a mi familia?

¿Me dejará decirles algo?

El hecho que no hubiera sido capaz de seguir con la marca, significaba que había algo ahí, y puede que no hablara mucho español, pero sé lo que significa *amor*. De alguna manera, Rafael había admitido que me amaba.

No le había devuelto las palabras, y no sabía si alguna vez sería capaz de hacerlo.

Sus brazos me rodean la cintura cuando aparece de repente detrás de mí, moviéndose por el dormitorio con un sigilo que nunca dejará de sorprenderme. Como si fuera uno con la oscuridad y la reclamara.

Su boca toca la marca en mi hombro donde había extraído sangre, y la herida cobra nuevamente vida bajo la suave presión. Su lengua recorre la carne en proceso de cicatrización de alguna manera erótica, cuando debería haber sido nada menos que asquerosa.

Cuando se aparta, se desabrocha la camisa de vestir y me sostiene la mirada mientras revela los centímetros de su impecable piel. En el momento en que mis ojos se posan en las marcas rojas donde está grabado mi nombre en su pecho, no puedo evitar la oleada de posesividad que me invade. La satisfacción de saber que es *mi* nombre en su piel.

Es un hermoso enigma, un demonio que nadie puede controlar. Y sin embargo, había grabado voluntariamente mi nombre en su piel para que todo el mundo lo viera, sin preocuparse por el hecho que otras mujeres puedan verlo.

Porque él es mío. Igual que yo soy suya.

Sus manos se dirigen a sus pantalones, desabrochándolos con una sonrisa arrogante mientras lo observo.

—Quítate el vestido —ordena.

Reprimo mis nervios, sabiendo instintivamente que Rafael planea llevarme a la piscina. Aunque sabe nadar, nunca me libero del pánico que siento con solo pensarlo.

Al recordar lo que el agua puede hacer.

—¿Vas a ser fiel? —pregunto, quitándome el vestido por la cabeza mientras Rafael se baja los pantalones por las piernas y se quita los calcetines y los zapatos. Se queda desnudo, sin importarle que estemos en el exterior. Totalmente confiado en la intimidad de su pequeño refugio dentro de su casa.

Sonríe mientras se acerca a mí, extendiendo la mano por mi espalda para desabrochar mi sujetador y ayudarme a bajarlo por mis brazos. Es meticuloso con la forma en que me toca, controlando cuidadosamente y asegurándose que sus dedos pasen por mis brazos con la suficiente ligereza para que la piel se ponga de gallina a su paso.

Su cuerpo se mantiene a ras con el mío, el calor de su cuerpo besando mi carne mientras levanta la mano para tocar mi nombre.

—Siempre lo he sido —murmura, su oscura sonrisa insinúa la verdad de lo que Joaquín y Regina me habían dicho.

Rafael no había estado con nadie más desde la primera vez que me vio. Es jodido. Es desconcertante. Es mucho más dulce de lo que le hubiera creído capaz de ser.

—Me pondré tu nombre permanentemente si eso ayuda a convencerte —dice, cayendo de rodillas frente a mí. Me baja las bragas por los muslos mientras me mira fijamente, tirándolas a un lado y poniéndose de pie para poder tomar mi mano y guiarme al agua.



#2 Until Forever Ends

Beauty in Lies

Dudo un poco antes de bajar los escalones, disfrutando del agua fría contra mi piel aunque me haga sentir un momento de pánico al primer contacto. Pero de alguna manera, en el momento en que me rodea con sus brazos y me atrae hacia su pecho, todos los recuerdos se desvanecen.

—Te amo, *Mi Reina* —murmura suavemente, tocando con sus labios la parte superior de mi cabeza mientras nos movemos por el agua bajo las estrellas—. Solo hoy se me ocurrió el hecho que nunca lo dije en inglés, y puede que no lo hayas entendido. No habrá otras mujeres para mí. Todo lo que soy es tuyo, para bien o para mal.

Miro a sus ojos, deslizando mis manos sobre su pecho y la herida que medio esperaba que estuviera cicatrizando.

—¿Cómo sabes que no te cansarás de mí?

—Nunca, Isa. Soy tuyo —dice con firmeza, levantando una mano para acariciar mi mejilla—. Hasta que se acabe la eternidad.

21

RAFAEL



La máquina de tatuar zumba mientras Elías trabaja. Con el brazo izquierdo extendido y apoyado en el borde de la silla que había arrastrado al despacho, no me molestó en mirar lo que me está entintado en la piel.

Lo había diseñado a mano conmigo en su tienda la noche anterior, poniendo todo en marcha antes que volviera con Isa y pusiera el cuchillo en su mano. Podría haber parecido una pérdida de tiempo innecesaria, pero conocía demasiado bien a *Mi Reina*.

Ella me ama, y ahora ni siquiera puede negarlo a pesar que no me ha dicho las palabras. Ya llegarán con el tiempo. La dejé en mi cama a primera hora de la mañana, dirigiéndome a las puertas cerradas de mi despacho para que Elías pudiera empezar con el tatuaje que le llevará horas completar.

Tenía que quedar tiempo para que hiciera el de Isa el mismo día. Antes que pudiera ver mi tatuaje y hacer preguntas.

Recojo la plantilla de ella donde descansa en el escritorio, mirando el intrincado diseño que coincide perfectamente con el mío. La pieza de ajedrez del rey negro, rodeada de flores y llamas que se confunden con las sombras y la oscuridad, envolverá todo su

antebrazo izquierdo, encajando con el mío como una pieza de puzzle. Las palabras *El Diablo* quedarán grabadas en su piel con tinta permanente, marcándola como mía de una manera que, una marca genérica no habría hecho.

Una penitencia y una promesa, todo en uno.

—¿Estás seguro que quieres hacer esto? —pregunta Elías, alzando una ceja hacia mí mientras da los últimos toques a la reina blanca envuelta en alambre de espino y rodeada de ondas negras que se desvanecen en las mismas sombras que el tatuaje de Isa. Se dirige a la posición de las palabras *Mi Reina* debajo de la pieza de ajedrez de la reina, haciendo una pausa mientras espera mi respuesta. Sin duda, parece inusual que un hombre como yo marque su cuerpo como la propiedad de una mujer.

Pero Isa no es cualquier mujer.

—Lo prometo —digo con una sonrisa sarcástica. Pone la máquina de tatuajes sobre mi piel, grabando su reclamo sobre mí de forma permanente.

Pronto ella llevará mi nombre a cambio, en más de un sentido.

Solo que ella aún no lo sabe.

22

ISA



Regina me llena de comida para tratar de sacarme del estado de ánimo que me consume desde que me había despertado sola esta mañana. Rafael y yo no habíamos hablado desde que nos acostamos la noche anterior, y me quedé con la sensación de haber cometido un grave error.

¿Qué podía hacer con una vida que no quería, pero de la que no había elegido escapar? Lo que comparto con Rafael es demasiado oscuro y retorcido para explicarlo, pero tampoco puedo matarlo.

Mi pobre familia probablemente está muy preocupada por mí, y aquí estoy almorzando en una cocina glamurosa mientras ellos piensan que yazco muerta en una zanja en algún lugar. Incluso con un día para considerar mi elección, no estaba cerca de tomar una decisión real. No ayudaba que pasara más tiempo lejos de él que con él. ¿Así sería mi vida a su lado?

Me había ofrecido mi libertad. Me había quedado, a pesar de todo lo que me espera en casa. Habíamos tenido sexo en la piscina, llevándome más allá de todos los límites que creía tener para mí. Y a pesar de todo eso y de sus palabras que me será fiel, en algún momento en medio de la noche, se había escabullido de la cama que compartíamos para ir a hacer Dios sabe qué en su oficina. La

música suena por los altavoces, ahogando cualquier sonido que pudiera haber escuchado cuando me atreví a ir a buscarlo.

Eso no hace más que aumentar mis sospechas, preguntándome qué puede estar tan empeñado en ocultarme.

—No es una mujer —me asegura Regina, leyendo la expresión de mi cara mientras mira por el pasillo hacia su despacho.

—¿Qué? —Me obligo a meterme en la boca otra brocheta de *melón con jamón*. El salado del jamón serrano complementa perfectamente el dulce del melón, mientras Regina vuelve a la estufa para remover una sopa mientras como. Joaquín está al acecho en el rincón, con una sonrisa de satisfacción en la cara ante las palabras de Regina—. ¿Qué es tan gracioso?

—Rafe con otra mujer. —Se ríe, llevándose un bocado de comida a la boca—. Aunque estuviera tentado, es lo suficientemente inteligente como para saber que lo cortarás antes de compartirlo.

—¡Eso no es cierto! No soy violenta —argumento.

—*Mi Reina*, ¿sabes que Rafael permite a los hombres usar su gimnasio personal en el sótano? —pregunta Joaquín con una amplia sonrisa—. Regularmente exhibe tus marcas de garras y mordidas para que todos las vean. Es un punto de orgullo que su mujer lo marque así.

Me sonrojo mientras mis ojos se desvían hacia mi plato. Si esas marcas han sido suficientemente escandalosas, mi nombre grabado en su pecho es diez veces peor.

—Mierda —murmuro, negándome a encontrar los ojos de Regina mientras mira entre nosotros.

—Las marcas de amor no son tan malas —dice con simpatía—. Las mujeres españolas son apasionadas, y tu madre es latina ¿no?

—¿Suelen grabar su nombre en el corazón de su amante? —le pregunta Joaquín, sonriendo ampliamente mientras trato de hundirme en el taburete. El estómago se me revuelve de repente, el melón y el jamón ya no me parecen apetecibles al pensar en lo que me había obligado a hacer.

—¡Me obligó a hacerlo! —digo avergonzada, moviendo la cabeza para protestar por la insinuación que ha sido mi idea—. Podría haberlo matado, pero no lo hice. Seguramente eso dice que soy todo lo contrario a la violencia.

—Ah, pero si estuvieras tan en contra de la violencia, ¿no habrías querido matar al criminal que asesina sin pensar? Tuviste la oportunidad de librar al mundo de un monstruo, pero en lugar de eso lo dejaste vivir. Porque no lo culpas de sus impulsos violentos. Supongo que los mismos corren por ti —dice Joaquín.

Me meto otro bocado en la boca, sabiendo que sus palabras son ciertas. Quería librarme de Rafael porque es lo que *debía* querer, pero no porque sienta algún nivel de asco cuando me toca. No porque quisiera entregarlo a la policía o verlo caer bajo una lluvia de disparos.

Podría asesinar a alguien en este mismo momento y volver a mí con la sangre de sus enemigos manchando sus manos. Aun así, le daría la bienvenida a mi cama, y eso estaba *mal*. Me convertía en un producto de lo que él me hizo, un demonio a la altura de su diablo. Pero no puedo cruzar esa línea y ser violenta.

Aceptarlo como parte de él es una cosa, convertirme en eso yo misma es otra.

¿No es así?

El Diablo en persona aparece en la entrada de la cocina, apoyado en la pared con una sonrisa, como si no me hubiera abandonado durante todo un día y hubiera dejado nuestra cama durante la noche.

La inseguridad que hay en mí me impulsa a hacer la pregunta que arde en mi mente mientras lo miro fijamente:

—¿Dónde has estado?

Cruza los brazos sobre el pecho, sonriendo como si pudiera sentir los celos en mis palabras. Es el tipo de persona que me quiere así, que quiere volverme loca con eso, hasta que no tenga más remedio que confesarle verbalmente las palabras que le he ocultado. No me atrevo a decirlas, no cuando hay tantas cosas indecisas y en el aire entre nosotros. No tengo ni idea de cómo pueda funcionar nuestra relación, pero no parecía posible que tuviera un final feliz, teniendo en cuenta cómo habíamos empezado.

Mis ojos se estrechan en la piel de su antebrazo y la tinta negra que se arremolina y cubre su carne en un intrincado diseño. La pieza de ajedrez de la reina destaca, el espacio negativo del mismo no esta relleno y destaca en contraste con la tinta oscura. El alambre de púas que la envuelve hace que mis ojos se abran de par en par mientras mi mano baja para tocar mi muslo con un fuerte trago.

Había grabado permanentemente mi mayor vergüenza en su piel.

—Tengo algo que enseñarte —dice Rafael, tendiéndome una mano mientras entra en la cocina. Miro a Regina, nerviosa por ir a algún sitio a solas con él.

—Quieres decir, aparte de eso —digo, el aliento me abandona en un repentino jadeo mientras me levanta del taburete y coloca mi mano en la suya. El tatuaje sangra ligeramente en las zonas más oscuras mientras lo miro.

—Sí —dice con una leve risa, guiándome por el pasillo. Al doblar la esquina de su despacho, miro por primera vez la habitación. Si esperaba que las paredes estuvieran recubiertas de trofeos de sus víctimas, la verdad es que me decepcionó.

El espacio es claramente masculino, con una estantería negra empotrada en una pared y otra pintada de color ébano que contrasta con la pintura blanca de las otras tres. La luz natural inunda la habitación, desde un extremo, donde se encuentra el escritorio de Rafael hasta el otro, donde hay un sofá de cuero marrón frente al mueble empotrado. Dos sillas negras tapizadas y una mesa redonda completan la zona de estar, aunque no pueda imaginar que mucha gente pase su tiempo libre en su espacio de trabajo.

Justo delante de su escritorio, un hombre español está de pie frente a la silla de cuero para tatuajes que presumiblemente habían traído para la tinta de Rafe. Trabaja para quitar el respaldo de la silla, aflojando los tornillos que la unen a la base. Me trago mi aprensión, viendo cómo termina con eso y toma una venda del escritorio. La coloca en el antebrazo de Rafe, ahora que ha visto la obra de arte, y ni siquiera me mira a pesar de mi presencia. En instante me acuerdo del día en el penthouse cuando Rafael había prohibido mirarme cuando nos entregaron el desayuno.

—¿Qué querías enseñarme? —pregunto, adentrándome en la habitación. Rafe toma algo de su escritorio y lo gira para mostrarme un boceto de su tatuaje. Lo miro, y se me cae la mandíbula del susto cuando reconozco las diferencias con lo que ya cubre su brazo—. No —digo, negando con la cabeza.

—Sí —dice Rafael simplemente. Empuja la silla del tatuaje contra el escritorio mientras el otro hombre coloca un tablón de madera encima del escritorio junto con dos cuerdas.

—No quiero un tatuaje —protesto, aunque tengo que admitir que el boceto en sí es impresionante. No puedo justificar el hecho de poner algo permanente en mi piel, no cuando está relacionado con una de las noches más aterradoras de mi vida. El rey me mira fijamente, con horror, aunque solo fuera por mi recuerdo de haber encontrado esa última pieza de ajedrez, y saber que la partida había terminado antes que tuviera la oportunidad de empezar.

—Considéralo como el reemplazo de tu marca —dice Rafael, guiándome a la silla para tatuar. Me levanta mientras me retuerzo, dejándome caer sobre el asiento de rodillas—. La penitencia hay que pagarla de alguna forma. Yo he pagado la mía —dice, señalando el tatuaje de su brazo.

—¿Cuál es tu penitencia? —le pregunto.

—Por engañarte —responde, como si fuera obvio. Podría haberlo sido para mí o para cualquier persona normal, pero Rafael no se arrepentía. No cree que hubiera nada malo en sus acciones cuando el fin justifica los medios según su retorcido sentido de la lógica. Agarrando mi brazo derecho, me mantiene inmóvil mientras el otro hombre lleva una navaja a mi piel y con cuidado lo pasa por la piel de todo mi antebrazo. Luego frota una especie de solución sobre la zona mientras Rafael me sostiene la mirada.

—No puedes hablar en serio —protesto, mientras le entrega al otro hombre la plantilla que tiene en la mano izquierda. Se esfuerza por aplicarla y alisarla con cuidado mientras lo observo congelada en el lugar, y sabiendo que aunque luche será inútil.

No hay nada más que esa familiar y férrea determinación en la mirada de Rafael cuando dirijo mis ojos hacia los suyos.

—Hablo muy en serio —dice Rafael. Una vez colocada la plantilla, me pone una mano entre los omóplatos y presiona hacia abajo hasta que mi torso queda plano contra la superficie del escritorio. Levanta con cuidado mi brazo derecho en su agarre, colocándolo sobre la tabla de madera y rodeando el borde con mi mano.

Mientras su amigo ata la cuerda alrededor de la parte superior de mi mano y alrededor del bíceps, asegurándome a la tabla por completo, Rafael me recoge el cabello en una coleta en la nuca y lo asegura con un lazo para el cabello.

—Tiene que mantenerse perfectamente quieta —dice el otro hombre a modo de advertencia. Lo miro confundida, la posición del

tatuaje me parece increíblemente poco ortodoxa. ¿Por qué no me colocan en la silla?

—Lo hará. Preocúpate de mantener tus putos ojos en su brazo, Elías —lo regaña Rafael—. Si te sorprendo mirando a otro lado, te los arrancaré y se los daré de cenar a tus hijos esta noche.

Elías se ríe, asintiendo mientras toma la máquina de tatuar y abre un nuevo paquete de agujas mientras se prepara.

—¡No puedes tatuarme tu maldito nombre! —grito, mirando a Rafael mientras giro la cabeza para apartar mi mirada de Elías.

—Técnicamente te está tatuando *mi* maldito nombre. —Rafael se encoge de hombros. Se inclina para besarme mientras la máquina zumba y saca un gemido de mis labios.

—Rafe, por favor —le suplico. Ni siquiera es que tenga miedo del tatuaje en sí, sino de las repercusiones del mismo. Un día volveré a ver a mi familia aunque tenga que hacerlo con Rafael a mi lado.

¿Qué pensarán ellos?

—Tu nombre está sobre mí dos veces, *Mi Reina* —dice, posando su mano sobre mis omóplatos para ayudar a mantenerme quieta mientras Elías toca la aguja en mi piel por primera vez. La vibración sube por mi brazo, el ligero escozor se apodera de mis sentidos mientras giro la cabeza para mirarlo fijamente.

—Imbécil —siseo. No levanta la vista de mi brazo, obedeciendo las órdenes de Rafael mientras sigo maldiciendo en voz baja—. ¿Sueles atar a las mujeres para otros hombres?

—Basta, Isa —advierde Rafael, deslizando su mano por mi columna vertebral hasta tocar el dobladillo de mi vestido. El que me había tendido en una silla antes de marcharse en mitad de la noche. No había pensado mucho en ponérmelo debido a las prisas por encontrar dónde se había ido antes, pero cuando desliza el

dobládillo por mis muslos, me estremezco y deseé haberme puesto pantalones cortos.

Agito el brazo libre mientras me giro para mirarlo. El bastardo me ignora con esa fría sonrisa en la cara, desapareciendo detrás de mí hasta que no puedo verlo.

—¿Qué estás haciendo? —jadeo, apartándome cuando me sube el vestido a la espalda y roza con sus dientes mi culo.

—Distrayéndote del dolor —murmura suavemente—. Elías no mirará. Valora demasiado su visión. —Agarra la cintura de mis bragas, arrastrándolas hacia abajo sobre mis muslos hasta que se amontonan alrededor de mis rodillas. Desliza dos dedos entre mis piernas, acariciándome lentamente y aumentando el deseo dentro de mí. El dolor del tatuaje no hace más que elevarme, contradiciendo el placer que él genera en mi interior.

—Detente —siseo, cerrando los ojos mientras resisto el impulso de gemir. No puedo excitarme con otro hombre en la habitación. Aunque no me mire, me *oír*á.

—Ponte los auriculares —ordena a Elías, que se mueve de mi lado cuando la máquina abandona mi brazo—. Sus gemidos son solo míos. —El silencioso murmullo del metal proviene de la dirección de Elías mientras sigue la orden de Rafe sin palabras. Rafe desliza sus dedos dentro de mí, bombeándolos lentamente y arrancando un gemido desgarrado de mis labios—. No está tan mal, ¿verdad? —pregunta, burlándose de mí, tanto con sus palabras como con su tacto.

—Tú eres la razón por la que Dios creó el dedo corazón —gruño, ganándome una profunda carcajada como respuesta.

—Dios no tiene cabida en mi isla, *Mi Reina* —dice, apartando sus dedos. En ausencia de ellos, resisto el impulso de retorcerme. Quiero que me toque de nuevo, aunque sé que no deba hacerlo. Aunque sé qué lo que hizo está mal—. Hacerse un tatuaje como este



#2 Until Forever Ends

Beauty in Lies

es un proceso largo —digo mientras el calor de su aliento golpea mi carne necesitada.

—¿Cómo te gustaría pasar ese tiempo? —Pasa su lengua por mi coño, deslizándola a través de mí hasta que la presiona firmemente contra mi clitoris—. ¿Con mis dedos en este bonito coñito mío? ¿O con mi lengua? —Hace una pausa, gimiendo en mi carne mientras me lame de nuevo—. ¿O es mi polla lo que quieres, *Mi Reina*?

—Quiero que no me hagan un puto tatuaje —gimo, y me gustaría afirmar que el sonido es por frustración. Pero es el sonido que solo Rafael puede sacar de mí. El de pura felicidad mientras su lengua perversa me explora, acumulando la tentación en mis venas.

—Será mi lengua —dice, inclinándose hacia atrás para comerme el coño. Con golpes meticulosos y bien planificados de su lengua sobre mí, me mantiene en un nivel de excitación mientras me trabajan.

Será el tatuaje más largo de la historia si sigue así.

23

RAFAEL



Elías frunce el ceño en señal de concentración mientras se inclina sobre el brazo de Isa. Terminando los últimos detalles del dorso, se ve tan agotado como debe sentirse. Cinco horas con los auriculares puestos son suficientes para provocar una migraña a cualquiera, por no hablar de la vibración de la máquina de tatuar en su mano y de la concentración necesaria para ejecutar perfectamente la tinta de Isa. Si la cagaba, podía perder la mano.

Isa hace tiempo que dejó de retorcerse, cerrando los ojos para luchar contra las oleadas de excitación mientras la mantengo en un estado constante de necesidad de correrse. Nunca había pensado en jugar con la negación del orgasmo, nunca había dado a una mujer el tiempo suficiente en mi cama para que fuera siquiera una posibilidad remota, hasta *Mi Reina*, pero la desesperación en las líneas de su cara me atrae de una manera similar a la de ver a un hombre suplicando por su vida.

Llama a la pesadilla que hay dentro de mí y que ansia el control en todas las cosas, la parte de mí que quiere ver a Isa suplicando de rodillas por mi semen.

Se inclina sobre el escritorio, desplomándose hacia delante con la cara pegada a la superficie mientras acaricio con los dedos su

coño empapado y ve cómo Elías retira la máquina de tatuar de su brazo. La apaga, mirando concentrado la piel recién tatuada y dándole un último vistazo después de limpiar la sangre y el exceso de tinta de la pieza final. Satisfecho con lo que ve, deja la máquina de tatuar a un lado y le desata el brazo por el hombro. Isa no se mueve a pesar que está libre, y tengo que suponer que *no puede* moverse. Obligarla a permanecer arrodillada durante tanto tiempo es cruel, una parte aún mayor de la penitencia que tiene que pagar para compensar la falta de la *marca*.

El tatuaje es su marca, pero se trata más de mi reclamo hacia ella que del dolor. La gente elige voluntariamente hacerse tatuajes todos los días, y aunque el escozor del proceso puede parecer incómodo a Isa, no es nada comparado con el calor abrasador de una marca.

Ser obligada a arrodillarse durante cinco horas, eso es otra historia.

Sus rodillas están de un rojo furioso donde sobresalen de la silla cada vez que se mueve, y el dolor interno que siente debe ser suficiente para que al día siguiente camine raro. No puedo decidir si me dará placer o pena saber que caminará por el pasillo con el dolor de mi reclamo por todo su cuerpo.

Pronto lo sabremos.

Saco la mano del coño de Isa, le bajo el vestido para cubrirle el culo y le doy un golpecito a Elías en el hombro. No la mira mientras se quita los auriculares y gira los hombros mientras le desata la muñeca y la levanta para mostrarme el diseño con más claridad, asiento, tratando de reprimir lo que la visión de mi marca en su piel me hace, al tiempo suficiente para que Elías salga de la habitación.

Inmediatamente se pone a envolver el brazo con una venda. Observo el movimiento, viendo cómo Isa no responde a su tacto en lo más mínimo, incluso cuando él levanta su brazo de la tabla y la

acuna con toda la delicadeza que esperaría de un hombre que maneja a su *Reina*. Está totalmente perdida en su entorno, oculta en la bruma de la lujuria que la consume.

Una vez que Elías vuelve a colocar suavemente su brazo sobre el escritorio, lo mira con la tormenta que siente en los ojos. Jugar con ella durante horas no solo atormenta a *Mi Reina*. Mi polla es como el acero dentro de mis pantalones, doloroso, mientras palpita con mi propia necesidad y mis pelotas tensas.

—Vete a la mierda —le ordeno a Elías. Asiente, dándose la vuelta y saliendo a toda prisa de la habitación. Tendrá que recoger sus herramientas más tarde, pero no me importa una mierda en éste momento. Y sospecho que después de diez horas de trabajo tras una noche casi sin dormir, a él tampoco le importa.

En el momento en que la puerta se cierra tras de mí, empujo el vestido de Isa por encima de su espalda y saco mi polla del pantalón. Me introduzco en su interior de una sola vez, y mi gemido resuena en las paredes mientras mi cuerpo se relaja al sentir su apretado coño rodeándome.

—Joder —gruño, tirando hacia atrás y haciendo saltar mis caderas hacia delante.

Ella gime cuando sus ojos se abren por fin, quedándose colgada sobre el escritorio como la había dejado. Con el dolor en su cuerpo, es una participante completamente pasiva. La tomo con fuerza. La tomo rápido. Conduciéndola hacia la liberación, que tan desesperadamente necesita con cada impulso de mi polla en su interior.

—¡Rafe! —grita, con su coño apretándose a mi alrededor mientras el primero de sus orgasmos la golpea. Sus manos arañan la superficie del escritorio mientras la follo, y decido follarla una segunda vez por todo lo que le hice pasar.

—Te ves tan jodidamente bien con mi nombre en ti —gruño, aunque no pueda ver la tinta más allá de la venda. Sabe que está ahí.

Había observado con gran atención cómo Elías marcaba cada línea de *El Diablo* en su piel. Es mejor de lo que podría haber sido su marca, más específica de lo que es para mí.

—Te dejé libre una vez —digo, agarrándola por la coleta y levantándola lentamente del escritorio.

Gime cuando su cuerpo se mueve, el cambio hace que todas sus doloridas articulaciones ardan con una nueva ola de dolor.

—Duele —gime mientras la rodeo con mi mano libre y le acaricio el clítoris, mientras empujo mis caderas hacia ella con fuerza. Golpeando su interior y reclamando mi coño mientras me ruega que pare el dolor.

—No vuelvas a desobedecerme, Isa. No seré tan amable una segunda vez —le advierto. No ansiaba el día en que pusiera a prueba esos límites, pero sabía que llegaría.

Mi Reina no es de las que acepta mi tipo de propiedad, y al final no tendré más remedio que demostrarle que voy en serio. Pero mi conciencia estará más tranquila sabiendo que ahora conoce las reglas. Que entiende que sus elecciones tendrán consecuencias.

—Te pondré una maldita *marca* con mi nombre la próxima vez —gruño, trabajando mi coño mientras la follo.

Gime con su segundo orgasmo, su peso se hunde en mi agarre. Con su segunda descarga fuera del camino, me apiado de ella y me corro adentro. Parece interminable, acumulado por cinco horas de privación junto a su tormento.

Para cuando me retiro y me meto de nuevo en los pantalones, está desplomada en la silla. A pesar que ya no está atada, se queja.

Como no puede moverse, la agarro por la cintura y la levanto de sus doloridas rodillas. La giro para que se siente en la silla y me arrodillo a sus pies.

Le estiro las piernas y las muevo lentamente hacia delante y hacia atrás, mientras sus rodillas crujen y resuenan mientras me mira con ojos llenos de odio. Arrastro mis labios sobre su rodilla derecha, deseando que la carne roja y dolorida deje de cosquillear de dolor, antes de pasar a la izquierda.

La levanto en mis brazos con cuidado y la llevo al dormitorio, al baño caliente que le prepararé.

Mi Reina lo necesitará para sobrevivir a la noche que viene.



A pesar que mi casa es conocida como *El Infierno*, y que es literalmente el infierno en la tierra para mis enemigos. Mi bisabuelo había sido un hombre muy religioso.

Al igual que mi abuelo y mi padre después de él. Era quizás el único heredero de Ibarra que habría permitido que la capilla cayera en desuso, si no fuera por los religiosos de mi pueblo que buscan consuelo en la promesa de una vida después de la muerte. De un Dios que les permitirá arrepentirse de sus pecados y obtener un billete mágico al cielo.

La fe de Isa es una mezcla ecléctica de la educación católica romana de su madre y de la iglesia nativa americana que practica su abuela. No parece del todo apropiado para ella, dada la conexión

que siente con la tierra. Puede que mi isla no sea su hogar ancestral, pero es la Tierra.

Es la tierra en la que será enterrada a mi lado cuando finalmente fallezcamos. Es la tierra en la que se criarán nuestros hijos.

A Isa le parecerá adecuado que me casará con ella en la tierra, pero para apaciguar a los católicos de mi pueblo, dispuse que la ceremonia se celebre en el patio trasero de la iglesia. Esta se encuentra en la parte trasera de la isla, un edificio bastante modesto en sí mismo, pero que ofrece unas vistas encantadoras del Mediterráneo.

Me quedo mirando el agua mientras las mujeres corren detrás de mí, colocando flores en el arco que los hombres habían tallado para Isa. Para la reina a la que planean dar la bienvenida como propia este día, cuando Isa esté finalmente lista. Se había quedado dormida después de la terrible experiencia del día anterior. Fui un bastardo cruel por no darle un día para recuperarse, pero la necesito atada a mí en todos los sentidos.

Mi gente ya sabe que es especial para mí. Ella ya sabe que la amo, y había tomado la decisión de quedarse cuando pudo haberme matado y tomado su libertad. En lugar de eso, durmió en mi cama hasta que Regina la despertó y la ayudó a prepararse sin dar detalles hasta el momento en que llegara con su vestido blanco en la mano.

Mientras las mujeres terminan con las flores, los hombres arrastran el arco hasta su lugar y lo levantan, asegurándolo al suelo con estacas para que se mantenga firme durante el día. Las mujeres me sonríen alentadoramente y colocan una tela de color beige claro sobre el arco.

Giro sobre mis talones, dirigiéndome al todoterreno y subiendo al lado de Alejandro. Me sonrío, una sonrisa oscura que rivaliza con

la mía. Sabe la pelea que me espera. Puede que Isa haya aceptado quedarse conmigo, y le había dicho que sería mi esposa.

Pero creo que no entendió que me refería a inmediatamente.

—Vamos a buscar a tu mujer —dice Alejandro, mientras Santiago pone en marcha el todoterreno y gira por el camino de tierra que nos llevará a la parte delantera de la isla, donde esta la casa principal. El viaje no es largo, pero me quedo mirando por la ventanilla mientras la casa pasa a nuestro lado. La belleza de los bosques y los pinos de la parte trasera contrasta con las playas de arena de abajo. Realmente creo que mi isla ofrece lo mejor de la naturaleza que el mundo puede brindar.

—¿Puedes dejar de moverte? —pregunta Alejandro mientras el todoterreno avanza por el camino que lleva a la casa. Le devuelvo la mirada, relajando los dedos de los puños en los que se han cerrado—. Ya sabes que va a decir que no, entonces, ¿qué te tiene tan inquieto?

—¿Quieres decir que, *aparte* del hecho que la mujer con la que voy a casarme tendrá que ser amenazada para que diga que sí? Nada —gruño, dirigiendo mi mirada hacia la casa mientras llegamos a la entrada. Me quedo en el asiento del copiloto unos instantes más, hasta que Alejandro suspira detrás de mí:

—Nunca te ha importado antes. ¿Qué diferencia hay ahora? —pregunta.

—No importa —digo finalmente, abriendo de un empujón la puerta de la camioneta y saliendo de ella. Agarro la bolsa del vestido del asiento trasero antes de entrar. Regina no está en su puesto habitual en la cocina, la única confirmación que ha hecho lo que le pedí y empujó a Isa a prepararse.

La puerta del dormitorio está abierta, cuando giro en la esquina y entro en la habitación. Isa está sentada en el tocador que los hermanos habían traído para ella cuando la tatuaron el día

anterior, con su impresionante rostro mirándose en el espejo mientras se aplica una capa de rímel en las pestañas. Vuelve su mirada incierta hacia mí a través del espejo, el verde de sus ojos destacando sobre el aspecto suave y sedoso que le da el maquillaje.

Se levanta lentamente con una leve mueca cuando Regina se acerca para ofrecerle una mano y ayudarla, tambaleándose sobre sus pies descalzos mientras sus rodillas protestan por el movimiento.

—¿Qué es todo esto? —pregunta, mirando la bolsa con el vestido en mis manos.

Regina me mira mientras guía a Isa hacia mí, colocando su mano en la mía para que pueda apoyarla mientras deja caer la bolsa del vestido sobre la cama. Le devuelvo el saludo con la cabeza y sonrío con lágrimas en los ojos, antes de salir de la habitación y cerrar la puerta.

—¿Rafael? —pregunta Isa, tragándose los nervios mientras sus ojos se posan en la bolsa—. Me estás asustando.

—No hay que tener miedo, *Princesa* —murmuro, inclinándome hacia delante para tocar su frente con mis labios. Se inclina hacia el contacto, con el cansancio escrito en las líneas de su rostro, mientras sus ojos se cierran. Con todo lo que le he lanzado desde que la traje a *El Infierno*, sabía que este sería el último golpe durante un tiempo.

Necesita descansar. Necesita aceptar el lugar que ocupa en mi vida, y solo queda una pieza más que colocar en su sitio antes que pueda hacerlo.

—Entonces, ¿qué pasa? —pregunta—. ¿Vamos a dejar la isla?

La suelto lentamente, dándole la oportunidad de encontrar el equilibrio para mantenerse en pie por sí misma. Se tambalea un poco sin mi apoyo, pero persevera para mirar la bolsa del vestido y

ver cómo la abre con cuidado. El sencillo vestido blanco ha sido confeccionado por la madre de Alejandro. Con finos tirantes que cuelgan de sus hombros y un busto ajustado que cae hasta delicadas capas de encaje cosidas a mano, que se deslizan ligeramente por detrás.

Es discreto, pero se adapta a *Mi Reina* de una forma que sabía que le sentaría bien. Lo mira fijamente y sacude rápidamente la cabeza en señal de protesta mientras intenta retroceder un paso.

—Es demasiado pronto —argumenta, sin molestarse en negar que algún día se casaría conmigo. Había accedido a eso al no matarme cuando tuvo la oportunidad.

—Ya he esperado bastante —le digo, dando un paso adelante para agarrar la cinta de su bata. Me da un manotazo, tratando de apartarme mientras la desato y descubro su cuerpo ante mi mirada. Con solo un sujetador sin tirantes y unas bragas a juego para cubrirla, necesito cada gramo de control de mi cuerpo para no tomarla en este momento.

Así es la visión de *Mi Reina* en todo su esplendor.

Pero la próxima vez que me corra dentro de ella, será mi maldita esposa.

—Rafael, esto no es justo. No estoy preparada para esto. —Se estremece cuando le quito la bata de los hombros y la dejo a sus pies. No está en condiciones de luchar contra mí, quizá una de las ventajas de ser cruel y casarse con ella cuando está dolorida—. Me conoces desde hace más de un año, y eres mayor. Pero solo tengo dieciocho años, y todo esto es tan nuevo para mí. Por favor, dame algo de *tiempo* —suplica, observando con aprensión cómo saco el vestido de la bolsa y abro la cremallera de la espalda.

—El tiempo no cambiará nada para ti —murmuro, tratando de mantener mi voz paciente mientras aprieto la tela en mis manos. Se la paso por la cabeza, tirando de ella hacia abajo y teniendo cuidado

de no despeinar su cabello cuidadosamente arreglado con ondas. Le acomodo los brazos en los tirantes, mientras me mira fijamente. Su cerebro trabaja detrás de su mirada, intentando desesperadamente inventar una excusa que acepte.

Llora, el labio inferior le tiembla mientras lucha contra las lágrimas. Una pizca de culpabilidad se desliza, no quiero que llore el día de nuestra boda. Con el vestido aún desabrochado, le sujeto la cara con las manos y me inclino para pasarle la nariz por un lado. Con cuidado de no estropear su maquillaje, la beso suavemente. La convenzo que recuerde la razón por la que necesito casarme con ella con tanta urgencia.

La amo. Siempre la amaré.

No perderé otro día sin ella como esposa.

—¿Siempre será así? —pregunta, encogiéndose de hombros mientras su rostro se retuerce de dolor—. ¿Tú decides las cosas por mí? ¿Obligándome a hacer cosas para las que no estoy preparada?

La rodeo, le subo la cremallera del vestido y le aparto el cabello. Le toco el hombro con los labios mientras mi mano baja hasta el vendaje de su brazo. Tirando lentamente, miro la tinta que la reclama como mía. Saber que pronto mis anillos también descansarán en sus dedos, apacigua a la bestia que hay en mí, permitiéndome ser más suave con ella en nuestros momentos privados de lo que sería si me desafiara en la propia ceremonia.

No me cabe duda que lo hará, y he tomado precauciones para asegurar su completa cooperación. Aunque me moleste que las necesite.

—No siempre será así —digo—. Las cosas se asentarán. Te adaptarás a tu vida a mi lado, y con el tiempo llegarás a aceptar quién eres cuando estás conmigo. Será más fácil si no te resistes a cada paso, pero entonces no serías tú —digo, sonriendo en su piel mientras ella suspira.



#2 Until Forever Ends

Beauty in Lies

Asiente distraídamente, mientras le subo la cremallera del vestido, pero el movimiento es cualquier cosa menos un acuerdo.

Ambos sabemos que la verdadera lucha está por llegar.

24

ISA



Hay una iglesia abandonada en la isla del infierno. Un lugar que debió haber sido olvidado por Dios o por los antepasados, una burla a todo lo que mi madre consideraría sagrado.

Y sin embargo, es una de las iglesias más modestas que había visto nunca, como si la gente la utilizara de verdad como un lugar para conectar con Dios, a pesar de la riqueza del pueblo en la isla, y de las riquezas que daba Rafael. Está claro que no le importa ni la iglesia ni sus enseñanzas, y que ha adoptado el nombre del diablo como su seudónimo, hasta el punto que lo había marcado en mi piel de forma permanente. Me quedo mirando la tinta fresca que mancha mi piel, el negro tan opuesto al delicado encaje blanco del vestido que me ha puesto Rafael.

Mientras abre la puerta del todoterreno y me guía hacia afuera con cuidado, a pesar de mis zapatos. No puedo evitar notar que el interior del edificio está vacío. No habría considerado a Rafael como el tipo de persona que celebra una ceremonia de lujo, pero habría pensado que su gente querría apoyarlo si eran tan leales.

Solo cuando me guía a la vuelta de la esquina con su mano en la cintura, me doy cuenta que en realidad no íbamos a entrar.

—¿Vas a estallar en llamas? —pregunto, con el sarcasmo de mi incomodidad tranquilizándome. Mi voz es todo lo que me queda en la situación que Rafael me había empujado. Mi capacidad para rechazarlo, aunque fuera inevitable, es mi único poder.

Podía privarle de mi voluntad. Conservarla para mí, para poder seguir aferrándome a ese último trozo que él no había reclamado para sí. Sonaba estúpido incluso para mí, pero lucharía hasta mi último aliento antes de ir en silencio con todo lo que planeaba.

Nunca me quedaría sin voz.

—No, *Mi Reina*, pero pensé que te gustaría tener una boda al aire libre —murmura, cuando el patio trasero se hace visible. Las sencillas sillas a ambos lados del pasillo forrado de flores están llenas de gente que no reconozco, las únicas excepciones son los hermanos, Regina y Alejandro, a quién había visto de pasada. Nunca se había molestado en presentarse, desviando la mirada cada vez que me acercaba como si no fuera nada importante para él.

Suponía que no lo era.

El arco decorado con flores y telas al final del pasillo es algo propio de una boda de villa, impresionante a pesar de su sencillez. Un sacerdote ya está de pie al final del pasillo con una sonrisa en la cara mientras espera. Rafael se adelanta y se detiene cuando mis pies no se mueven para seguirlo.

Sus ojos son sabios cuando me miran, y supe que había esperado este momento.

No lo había previsto. No pensé que me molestaría en resistirme, aparte de expresar mi descontento, pero al ver el montaje que se acerca tanto a lo que podría haber elegido para mí, si hubiera podido opinar, me golpea demasiado. Nunca me atreví a soñar con casarme. Con formar mi propia familia, cuando soy la causa de la disfunción de la que tenía.

Pero en este momento me doy cuenta que quería eso. Quería la valla blanca y el marido que me adora. Quería al hombre que me tratara como una reina y los hijos que me volvieran loca a pesar del amor abrumador que sentiría por ellos.

Cuando intento rellenar los espacios vacíos de la imagen, es un hombre sin rostro. Rafael Ibarra no encajaría en esa imagen, porque nunca sería un hombre normal. Nunca me daría una valla blanca, sino una isla tan atrincherada en la seguridad, que no podría salir sin su permiso. No me trataría como a una reina de la manera que creía que debía ser, pero me volvería loca con el alcance de su obsesión y las medidas que tomaría, para asegurarse que me mantenga como suya.

—Es la hora, Isa —advierte Rafael, bajando la voz hasta convertirse en un gruñido que vibra en mi oído. Se inclina hacia mi lado, diciendo las palabras que no sabía que necesitaba escuchar—. Te obligaré.

Supe con una claridad repentina que es lo que necesitaba. Él también lo sabía, su mirada decepcionada pero no enfadada, cuando vuelvo la cara para estudiarlo. No podía ir por voluntad propia al altar, no con Rafael cuando no es lo que habría elegido para mí si tuviera la oportunidad. Lo amo, pero no debería hacerlo. Debería haber querido a alguien seguro, alguien que apoyara mi relación con mi familia y fomentara mi independencia.

En cambio, amé a Rafael. Un diablo sin conciencia que cobraba vidas. Un diablo que me mintió, me acosó y me drogó para llevarme a su isla paradisíaca. Estaba mal en todos los niveles, y a diferencia de él, mi culpa no me permitirá ir voluntariamente con él hacia el sol poniente en el horizonte.

Asiente y Alejandro suspira antes de ponerse en pie. Levanta a Hugo de su silla por la camisa, empujándolo hacia donde estamos al final del pasillo. Hugo lo acompaña de buena gana, con los hombros caídos mientras sus hermanos lo observan sin intervenir.

Rafael suelta su mano de mi cintura, y mete la mano en la parte trasera de sus pantalones bajo la chaqueta del traje, y saca un arma. Parpadeo al verla, mis ojos se abren de par en par mientras pienso en las posibilidades de lo que podría querer hacer.

Hacerle daño a Hugo porque no me quiera casar con él es una locura a otro nivel, pero está lejos de estar más allá de la posibilidad cuando se trata de *El Diablo*.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto, con mi voz con un áspero susurro, mientras Alejandro empuja a Hugo a sus rodillas. En la misma posición en la que había estado unas noches antes y me había interpuesto entre ellos. El arma de Rafael se aprieta contra su frente mientras sus ojos se dirigen a mí.

—¿Me obligarás a matarlo, *Mi Reina*? —pregunta mientras mis pulmones se agitan. Bajo la mirada para observar a Hugo, el nerviosismo en su rostro. No es una actuación, o si lo era, no le habrían contado el secreto. Joaquín se levanta de su asiento en el fondo, sus ojos suplicantes conectan con los míos—. ¿O debería encontrar a Chloe y hacerla sufrir por lo que te dijo, después de todo? —pregunta Rafael, atrayendo de nuevo mi atención hacia él. *El Diablo* baila en sus ojos, su furia aumenta con cada segundo que dudo.

Una parte de mí casi puede justificar el dejar morir a Hugo. La parte más oscura de mí, intenta decir que se lo merece por lo que me había hecho. Pero Chloe es una inocente. La amiga que lo había arriesgado todo para decirme la verdad que había sido demasiado ingenua para ver por mí misma. No había justificación para que sufriera por mis problemas, pero aún así, no podía obligarme a decir las palabras para acabar con todo.

Rafael saca su arma y la estampa brutalmente en la cara de Hugo, mientras veo cómo la piel se rompe ante mis ojos.

—Toma tu decisión, Isa —gruñe, con una furia que crece aún más mientras cierro los ojos y me separo de él de esa manera final. No le daría la victoria de mis ojos cuando cediera a sus demandas, sabiendo que no había otra opción.

Incluso si no me hubiera resistido en absoluto, nunca había existido una opción.

—De acuerdo —susurro, mis ojos se abren de golpe cuando Alejandro agarra a Hugo y lo saca del camino. Rafael me toma de la mano y se apresura avanzar por el pasillo, mientras me esfuerzo por mantener el ritmo con mis piernas doloridas.

En el momento en que Rafael y yo estamos ante el sacerdote, empieza a hablar:

—Nos hemos reunido hoy aquí para celebrar uno de los mejores momentos de la vida, la unión de dos corazones. En esta ceremonia de hoy seremos testigos de la unión de Rafael Ibarra Vásquez e Isabel Alawa Adamik en matrimonio. —El apellido de soltera de la madre de Rafael es otro dato que nunca había conocido, que cuelga al final de su nombre como una señal de todo lo que aún desconozco.

El corazón se me sube a la garganta, y se me atasca en el pecho mientras miro fijamente al sacerdote que tengo delante. La multitud de personas que están detrás de nosotros guardan un silencio inquietante, y el peso de su mirada sobre mi columna vertebral hace que las lágrimas me escosan. Una isla llena de gente, y nadie interviene.

Una isla llena de gente, y verán felizmente cómo Rafael me obliga a ser su esposa.

—Rafe —murmuro, girándome para mirarle. No puedo hacerlo. No puedo condenarme a esto por el resto de mi vida. Desliza su enorme mano por debajo de mi cabello, agarrándome por la nuca y

girando bruscamente mi cabeza hasta que quedo de cara al sacerdote.

—Sigue de una puta vez —me ordena. El gran peso de su mano no me abandona, manteniéndome quieta mientras reprimo el sollozo estrangulado que intenta abrirse paso por mi garganta.

—¿Por qué haces esto? —susurro, cerrando los ojos—. Me quedé. ¿Cuándo será suficiente?

—Cuando seas mi esposa —gruñe, sus dedos agarran mi carne con tanta dureza que casi caigo de rodillas a su lado—. Cuando estés embarazada de mi hijo. Cuando esté grabado en tu puta alma —dice—. Solo entonces será suficiente, *Mi Reina*.

—¿Aceptas, Rafael, a Isabel como tu legítima esposa y prometes serle fiel en lo próspero y en lo adverso, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, amarla y respetarla todos los días de tu vida hasta que la muerte los separe? —Las palabras del sacerdote me erizan la piel, el significado es algo totalmente diferente para la mayoría de la gente, de lo que es para mí.

No habrá divorcio. No importa lo que haga, Rafael nunca me dejará ir.

—Sí, acepto —dice, y las palabras resuenan contra el aire de la noche. Le miro con el rabillo del ojo y descubro que su brillante mirada se dirige a mí. Me muerdo el labio inferior mientras espero, sin mirar al hombre que ayudará a Rafael a condenarme a mi destino mientras habla.

—¿Aceptas, Isabel, a Rafael como tu legítimo esposo y prometes serle fiel en lo próspero y en lo adverso, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, amarlo y respetarlo todos los días de tu vida hasta que la muerte los separe? —pregunta el sacerdote.

—No puedo —murmuro, retrocediendo ante el agarre de Rafael.

—Di las putas palabras, Isa —ordena Rafael, levantando el arma que aún tiene en la mano. La levanta en mi dirección, tocando el cañón a un lado de mi cabeza mientras lo miro de reajo.

El grito ahogado queda atrapado en mis pulmones, con el eco del sonido de la gente que está detrás de nosotros.

—Rafael —protesta el sacerdote. La sangre rugue en mi cabeza, el impacto de su arma tocando mi cara, hace que todo lo que está más allá de nosotros dos parezca borroso.

—Esta es la única manera que te vayas de aquí sin mis anillos en el dedo, *Mi Reina* —dice con dureza.

—Rafael —susurro, las lágrimas cayendo mientras lo miro con traición. Lo había creído incapaz de sorprenderme, había creído saber exactamente de qué es capaz, pero la violenta tormenta en sus ojos me reta a ponerlo a prueba. No hay duda que seguirá adelante si lo empujo.

—No viviré sin ti como esposa. Así que di las malditas palabras, o ambos mancharemos el suelo con nuestra sangre —ordena.

Aprieto los ojos, el vacío de mi vida se asienta sobre mí. Rafael es un infierno que destruye todo lo que toca. Había sido una tonta al pensar que podría sobrevivir a las llamas.

—Sí acepto —susurro, sellando mi destino.

Rafael me quita la mano del cuello y me gira para mirarlo mientras se mete el arma en los pantalones. Alejandro se acerca a su lado y deposita dos anillos en la mano extendida de Rafael, mientras agarra mi mano izquierda y la levanta. Alinea los anillos de oro rosa, deslizando el anillo de compromiso con una gran piedra lunar redonda en el centro, acompañado del anillo de boda de doble banda. La parte superior del anillo está salpicada de diamantes, como la corona de la *Reina*, y las palabras “*hasta que la muerte*”

están grabadas en la parte inferior del anillo mientras lo desliza en mi dedo anular.

La piedra lunar me mira fijamente, brillando bajo el sol poniente mientras el cielo se tiñe de naranja.

Alejandro me tiende un anillo, el negro pulido que brilla con las palabras doradas “*nos separe*” grabada en la superficie, mientras Rafael levanta una mano. Aspiro las lágrimas, lo tomo de la palma de su mano con cuidado, lo deslizo por su dedo y lo acepto como esposo.

—Por el poder que me ha sido conferido, los declaro marido y mujer. Puedes besar a la novia.

El rostro de Rafael se acerca, el fuego de sus ojos se reduce a una brasa ardiente cuando me toma la cara con la palma de la mano. Sus labios tocan los míos en nuestro primer beso como marido y mujer, un toque aplastante y reivindicativo que se hace eco de todo lo que ya ha dejado claro.

Nunca seré libre.

El frío metal de su anillo toca mi piel mientras me devora, un recordatorio físico que ya no soy solo una persona.

Soy la esposa de *El Diablo*.

25

ISA



El camino de vuelta a la casa fue silencioso mientras miro por la ventana.

Firmé el contrato de matrimonio que Rafael me puso delante, me di cuenta que sería la última vez que firmaba como Isabel Adamik.

Algo me dice que Rafael nunca me dejará conservar mi apellido de soltera, aun sabiendo que me da una conexión con mi herencia, cuando ya me ha quitado todo lo demás. En cuando llegamos a la casa, antes que pueda entrar, me levanta en sus brazos, llevándome a través del umbral al hogar del que nunca escaparía.

Debí haberlo apuñalado cuando tuve la oportunidad.

La ira vibra en mi cuerpo, hierve mi sangre de una manera que nunca lo había sentido antes. Creía haber sentido ira antes. Había creído que sabía lo que era odiar a alguien completamente.

No sabía nada.

Me deja de pie en la cocina. Camina hacia el impresionante pastel blanco que no estaba allí cuando nos fuimos. Observo como toma

el cuchillo, me mira como si supiera que si me lo entrega lo apuñalare. Y tiene razón.

De repente, la idea de ser viuda tan joven me parece una bendición.

Pone mi mano en la empuñadura del cuchillo, e inmediatamente la cubre con la suya y la guía hacia el pastel. Como todo lo demás en nuestra relación, no sé por qué requiere mi participación. En cualquier caso, no es como si tenga elección. Cortamos el primer trozo, la falta de gente en la habitación se hace cada vez más evidente a medida que colocamos el trozo en un plato.

Antes de tomar un tenedor, deja el cuchillo a un lado, colocándolo tan lejos de mi alcance como puede. Al cortar un trozo, me acerca el pastel red velvet¹ con glaseado blanco a la boca. Me roza los labios y los separo para dejar que me de comer, aunque en este momento preferiría darle una mordida en el dedo.

Tengo la sospecha que esa es la razón por la que no me da de comer con la mano, como dicta la tradición.

Me sonríe como si viera el camino por el que gravitan mis pensamientos, y gira el tenedor para ofrecerme el mango. Se lo arrebato, cortando un trozo de la rebanada de pastel y se lo acerco a la boca. Abre la boca y deja que deslice el trozo rojo sobre su lengua. Retiro el tenedor, odiando la sonrisa que transforma su rostro mientras mastica.

Odio todo de él.

Mi agarre se desplaza sobre el tenedor, lo sujeto firmemente como si mi vida dependiera de ello. Por lo que sé, así es.

Él sigue masticando pensativo cuando levanto el plato y le estampo el pastel que sobraba en la cara. La cerámica se hace

¹ También conocido en español como pastel "Terciopelo Rojo"

añicos en mi agarre, levanto el tenedor que tengo en la mano y lo dirijo hacia su cuerpo.

Al apuñalarlo en el hombro, me estremezco cuando su piel se abre, ofrece resistencia cuando las puntas del tenedor atraviesan su traje y su piel. Como si se tratara de una puñalada en carne cruda, lucho contra las ganas de vomitar y suelto el tenedor. Él maldice, se limpia la torta de los ojos con furia y se agarra a mí mientras trato de retroceder y por poco evito su agarre.

No necesito un cuchillo para apuñalar al maldito, y hará bien en recordarlo.

—Ahí tienes tu puta penitencia —gruño, mirando el lugar donde lo había apuñalado. Sus ojos me siguen, y dirige su vista hacia el tenedor que sobresale de su hombro mientras su camisa se mancha de rojo. En la misma zona de sus marcas, solo tengo que esperar que sea lo suficientemente memorable.

Es todo lo que tengo.

—¿Mi penitencia? —pregunta, levantando una ceja hacia mí y acercándose lentamente.

Me agarro frenéticamente a mi vestido, tirando de la pequeña cola hacia arriba y fuera de mi camino para poder retroceder mientras le miro. Sé que es inútil correr, pero, el impulso me consume. No quiero sufrir el castigo que prometen sus ojos ardientes.

—¡Me pusiste una puta arma en la cabeza! —grito, horrorizada al descubrir que las lágrimas están quemando mi garganta. No debería haberme sorprendido, pero lo hace.

—Lo hice —acepta—, y lo haría todo de nuevo para tenerte como mi esposa.

Le miro fijamente, viendo cómo agarra el mango del tenedor y se lo saca del hombro lentamente. Lo tira a un lado y observo cómo

cae sobre la isla. Con la mancha roja en las puntas, me pregunto si Regina se dará cuenta que es sangre, o si asumirá que es por el red velvet del pastel.

—Me has dicho que me amas —susurro, obligando a mis pies a mantenerse quietos a pesar de las ganas de huir—. No se asesina a la gente que se ama, *El Diablo* —siseo.

—¿Es ese tu problema? ¿Crees que por amarte no te mataría? —pregunta, acercándose a mi espacio. Sus dedos recorren mi cabello con suavidad, apartando las ondas de mi cara con delicadeza. Suspira, agarra un puñado con la mano y me echa el cuello hacia atrás para poder aplastar su boca contra la mía. En una furiosa maraña de dientes y lengua, se introduce y me reclama. Se echa hacia atrás para mirarme fijamente y gira mi cuerpo agarrando mi cabello. No me deja otra opción que caminar hacia atrás en dirección a nuestro dormitorio bajo su dirección, tropiezo con mi vestido y solo su apoyo me mantiene erguida.

—No lo haces —jadeo.

—Mi amor por ti es tan intenso que moriría antes de permitir que me dejes —murmura, inclinándose hacia delante para pellizcarme la punta de la nariz—. Las palabras para describir lo que siento por ti no existen. No pongas en duda mi amor por ti, *Mi Reina*. No soy yo quien está negando sus sentimientos, —dice, guiándome finalmente a través de la puerta abierta del dormitorio.

—No puedo negar unos sentimientos que no existen —miento, mirándole fijamente.

—Que boca tan bonita para decir mentiras tan feas. —Se ríe, soltándome el cabello para girarme. Sus dedos bajan la cremallera de mi vestido de novia, su boca muerde la carne de mi hombro donde su marca aún mancha mi piel.

—Después de hoy ¿Cómo puedo sentir *algo* sino es odio hacia ti?
—pregunto. Me giro para mirarlo, obligándolo a sentir mi odio en estos momentos, antes de saber que tomará lo que quiera de mí.

Siempre lo hace, y por alguna razón me siento impotente para detenerlo. Logra que ni siquiera *quiera* hacerlo.

Sonríe y se quita la chaqueta del traje. Le sigue la camisa, luego los pantalones y los zapatos, hasta que se queda desnudo delante de mí.

—Entonces ven a montarme la cara y dime cuánto me odias, *Mi Reina*. —Se ríe. Mis muslos se aprietan involuntariamente, la idea de esa perversa lengua, casi impregna la bruma de mi rabia.

Pero me mantengo firme, despojándome del vestido de novia que no quería llevar. Me quedo de pie un momento frente a él, permitiéndole un breve instante ver mi cuerpo vestido con lencería, antes de pasarle por encima y dirigirme al armario para tomar ropa de verdad. Me agarra por la cintura y me tira a la cama mientras grito mi frustración.

—¡*Suéltame!*

Me baja la ropa interior por las piernas y se tumba de espaldas mientras intento bajarme de la cama. Extiende sus musculosos brazos, me agarra por la cintura y me levanta mientras me agito.

De algún modo, consigue separar mis piernas para que me siente a horcajadas sobre su pecho, y me sonríe victorioso antes de rodear con sus brazos la parte posterior de mis muslos y desplazarme hacia su cuerpo.

El agarre de su mano en la parte superior de mi muslo me hace mella en la piel, manteniéndome firme a pesar que intento alejarme de su contacto. Una vez que me desplaza lo suficiente como para que mi coño quede por encima de su boca, utiliza su agarre para tirar de mis caderas hacia él. Me devora sin preámbulos, con la

humedad de su lengua explorándome para preparar la intensidad de su embestida.

Solo su lengua deslizándose dentro de mí mientras me folla con ella. Me agarro a un puñado de cabello y tiro como si pudiera hacer que parara. Pero él solo gime contra mí, tirando más fuerte hacia abajo hasta que lo único que se asoma entre mis muslos, son sus intensos ojos que mantiene fijos en los míos. Desvío mi mirada mientras el placer me consume, tratando de contener el creciente orgasmo que desafía toda lógica.

Mi cuerpo contradice mi ira, y me siento tan jodidamente estúpida mientras mis caderas intentan moverse. Afloja ligeramente su agarre, dejando que mi cuerpo tome el control mientras me mueve ligeramente sobre su cara. Dándole más capacidad para tocar otras partes de mí con esa boca pecaminosa, deslizo mis caderas hacia adelante y hacia atrás sobre su lengua.

Cabalgando sobre su cara, a pesar de mis mejores intenciones, me deshago de la culpa que siento. Rafael es todo lo que he conocido.

Me enseñó sobre el sexo. Me convirtió en una pesadilla como él.

Justo cuando mi orgasmo está a punto de llegar, me levanta de su cara y me tira en la cama boca arriba. Sellando su cuerpo sobre el mío, se desliza dentro de mí en una suave embestida con una sonrisa arrogante en su rostro mientras gimo.

—No me fío que no me muerdas la polla. —Se ríe, follándome en lentas y profundas embestidas mientras me mira fijamente— ¿La echarías de menos, *esposa*? —pregunta.

—Vete a la mierda —gruño, enseñando los dientes. Se inclina hacia adelante, dándome más peso y toma mi labio inferior entre sus dientes.

—Ambos sabemos que lo harás. Me necesitas tanto como yo a ti. Así que admítelo de una puta vez y deja de pelear conmigo —gruñe. Mis ojos se posan en las cuatro heridas punzantes donde lo había apuñalado, y un momento de fugaz arrepentimiento amenaza los límites de mi conciencia.

Sentirme culpable por haberle hecho daño es ridículo después de todo lo que él me ha hecho.

Me besa, cesando por fin su tormento verbal para tomarme como quiere. Con su fuerza, sus impulsos dentro de mí nos desplazan más arriba de la cama, hasta que la parte superior de mi cabeza golpea el cabecero. Aun así, me besa, consumiéndome hasta que exploto debajo de él. Odiándome a mí misma, odiándole a él.

Me sigue poco después, corriéndose dentro de mí y dejando caer su peso.

—Podemos ser felices —murmura—. Y lo seremos, una vez que admitas que me amas.

Aparta su peso de encima mío y me deja entrar en el baño para limpiarme y recomponerme. Al mirarme en el espejo, me pregunto si tiene razón.

No debería amarlo.

Pero lo hago.

¿Y en qué momento se volvió inútil luchar contra esos sentimientos? ¿En qué momento me rendí y acepté mi nueva vida?

No sé si alguna vez tendré la respuesta a esa pregunta.

26

ISA



Mi estómago se revuelve cuando me siento en la cama, el sol que entra por las ventanas me parece especialmente cegador mientras lucho contra el cansancio que golpea mi cuerpo. Me duelen las piernas y las articulaciones, mientras giro las piernas sobre el borde de la cama y me agarro desesperadamente al colchón, mientras intento reunir fuerzas para ponerme en pie.

Con gusto dormiría durante una semana, me tumbaría y dejaría que mi cuerpo se recuperara, mientras descanso para no tener que forzarlo a moverse o sentir cada lugar que me duele.

—Deberías quedarte en la cama y descansar —me reprende Rafe mientras sale del baño en una nube de vapor.

Sacudo la cabeza, poniéndome en pie y tragando mi mareo.

—Dijiste que podía llamar a mi familia —le recuerdo, avanzando hacia el baño—. Por favor, no me digas que es mentira.

—Puedes llamarlos hoy, pero, más tarde —dice Rafe cuando entro en el baño para echarme agua fría en la cara y lavarme los dientes. Cuando salgo envuelta en mi bata de satén color orquídea, Rafe ya está vestido. Se sienta en la silla junto a la cama, con el móvil en

las manos. Lo hace girar distraídamente y espera a que me siente en la cama frente a él—. Deberías pasar la mañana pensando en lo que piensas decirles. Es media noche para ellos.

—¿Qué puedo decirles? —pregunto—. ¿Pueden saber dónde estoy? ¿Puedo decirles tu nombre?

—Puedes decirles lo que quieras, *Mi Reina* —murmura, acomodándose el cabello detrás de la oreja mientras estudia las líneas de cansancio de mi rostro—. Puedes decirles que te secuestré, si eso es lo que quieres hacer. A mí me da igual, pero si quieres que podamos tener una relación con ellos en el futuro, te sugiero que te abstengas de decirles toda la verdad.

—¿Quieres decir que debo mentirles? —pregunto.

—Sí —dice—. ¿De qué les servirá conocer todos los detalles de nuestro matrimonio? No pueden cambiarlo más de lo que tú puedes, y no importa cómo hayamos llegado hasta aquí, tuviste la oportunidad de marcharte.

Me burlo:

—Solo tenía que matarte para hacerlo.

Me agarra la barbilla y una suave sonrisa transforma su rostro. La hostilidad del día anterior ha desaparecido, se ha desvanecido de su rostro, y parece casi sereno mientras mira el tatuaje de mi brazo y los anillos en el dedo de mi mano contraria.

—Quise decir cada palabra cuando dije que no viviría sin ti, *mi esposa*. Puede que sea tóxico. Puede que eso sea desquiciado, pero nunca va a cambiar. La mayor bondad que puedes hacer por tu familia es protegerla de la realidad de nuestra vida en común.

Asiento con la cabeza, sabiendo que sus palabras son ciertas. Mi abuela estará destrozada al saber que no volveré a casa para vivir en Chicago y continuar nuestro legado con la comunidad

Menominee, tal y como ella quería. Saber que es por un crimen y que ella no puede ayudarme solo la destrozaría más.

No puedo arriesgar su vida, no cuando las consecuencias de ello podrían significar no volver a ver a mi familia. Por mucho que me duela admitirlo, solo los veré cuando Rafael lo determine como aceptable.

—¿Cuándo podré verlos?

—Quieres decir, ¿cuándo te llevaré a su casa a visitarlos? No estoy seguro de poder ponerle un sello de tiempo a eso. Depende de demasiados factores —dice mientras se levanta de la silla. Le sigo, vistiéndome para el día mientras me observa.

En cuanto me paso el vestido por la cabeza, se mete en mi espacio y reclama mis labios con los suyos. El recuerdo de la sensación del cañón de un arma contra mi sien pasa por mi mente, un recuerdo vívido de toda la toxicidad que es nuestra relación.

Debería haberle lanzado algo. Debería haber luchado contra su abrazo. En cambio, me hundo en la sensación de su boca moviéndose contra la mía. La carne de su labio inferior se tensa ligeramente mientras sonrío al sentir mi inquebrantable devoción de la intimidad entre nosotros. No es nada comparable, ya que está demasiado confiado en la conexión que compartimos.

A Rafael no le importa que todavía no le haya dicho palabras de amor, o que le diga que lo amo. No necesita oírlas, porque las siente cada vez que mi cuerpo cede a su contacto.

Aun así, protejo las palabras en lo más profundo de mi ser. Las metí en el lugar donde escondo los secretos que guardo. Con los demonios de mi pasado que me acechan.

—Tengo que ir a trabajar —dice con pesar mientras aparta su boca de la mía. Con nuestras frentes tocándose y sus ojos cerrados pacíficamente, miro fijamente al mismísimo Diablo. Estudio la paz

de su rostro, preguntándome si de repente parece tan tranquilo, porque me ha reclamado tan plenamente como siempre había querido.

Con su nombre en mi piel y sus anillos en mi dedo, la última forma de hacerme suya sería impregnándome. *Preñarme*. Y dada su insistencia en no usar preservativos, incluso eso será inevitable.

—Entonces, vete —digo, con un tono burlón que me sorprende incluso a mí, mientras abre los ojos de golpe y me mira divertido.

—No quiero estar lejos de ti —murmura, las palabras acariciando mi piel con la frescura de su aliento a menta.

Le sonrío, la parte demente de mí disfruta del recuerdo del Rafe más suave y dulce, ese que me había mostrado en Ibiza antes que la realidad se estrellara a nuestro alrededor.

—Creo que lo lleva mal, señor Ibarra —bromeo.

Él me sonríe, pasando su nariz por el costado de la mía con dulzura antes de atrapar mi labio inferior entre sus dientes y mordiscarme ligeramente.

—Creo que usted también, señora Ibarra —me responde, haciendo que mi corazón se detenga en mi pecho al oír el apellido. Saberlo y oírlo son dos cosas muy diferentes, y no creo acostumbrarme nunca al sonido del apellido de Rafael en referencia hacia mí.

No tendría por qué ser su esposa. Debería estar soltera, esperando a que un aburrido contable llegara y me arrastrara a una vida normal en la que no tuviera que preguntarme si mi esposo me pondrá un arma en la cabeza la próxima vez que le dijera que no.

Rafael es un sociópata, al que no le importa cómo afectan sus acciones a las personas que le rodean, y menos a mí. Es inestable, se mueve por la rabia, la violencia y por su propio egoísmo. ¿Pero

qué dice eso sobre mí? ¿Qué mire a los ojos de una pesadilla y la ame?

Yo también soy inestable.

—Tal vez —murmuro, negándome a admitir las emociones que se agolpan en mi interior cuando se aparta vacilante y me tiende una mano. Intento hacer subir mi ira, volver al lugar donde no quería más que vengarme por la forma en que me ha aterrorizado. En lugar de eso, lo único en lo que puedo pensar es en el cálido confort de su mano rodeando la mía. En la forma en que la envuelve con tanta firmeza.

Entendí por qué no quiere vivir sin mí. Puede que no lo hubiera matado, si no hubiese querido casarse conmigo tan pronto, pero se lo que es estar aterrorizada por volver a mi vida anterior a Rafael. Nunca quise estar sin él, aunque me pase la mayor parte del tiempo queriendo estrangularlo por las cosas que ha hecho.

Me guía por el laberinto de un pasillo, llevándome a la cocina donde Regina nos espera con la *ensaimada* ya preparada. Tomo asiento en la isla con Joaquín en el asiento de al lado, pero lo suficientemente alejados como para que estemos en extremos opuestos del gran mostrador. Rafe va por su café mientras Regina me coloca un vaso de zumo delante con una amplia sonrisa.

—Señora Ibarra. —saluda Joaquín desde mi lado, haciendo que me atragante con mi zumo de naranja, al sentir los intensos ojos de Rafael sobre mí. Él sonríe, levantando su café a la boca e inclinándose hacia adelante para arrebatarme una *ensaimada* del mostrador y darle un mordisco. Con el azúcar en polvo en los labios, me besa brevemente antes de retirarse por el pasillo lateral hasta su despacho y cerrar la puerta.

Una parte de mí quiere existir con él. Ir a la oficina y simplemente estar en su presencia, pero sé que si me voy a quedar en la isla tengo que encontrar mi propia manera de pasar el tiempo. En el

momento en que su presencia se marcha, vuelvo a mirar la cocina y me fijo en el tenedor manchado de sangre que está en la encimera junto al fregadero.

—Debo suponer, basándome en el plato destrozado que encontré esta mañana, que anoche fue todo lo bien que se podía esperar después de lo que hizo —dice Regina, cortando un trozo de su propio pastel—. Pero pareces bastante tranquila.

Cuelgo la cabeza entre las manos, pensando en todo lo que ha pasado en las últimas veinticuatro horas. Sacudo la cabeza para intentar despejarla de todo lo que está pasando.

—Siento que estoy perdiendo la cabeza —susurro, dirigiendo una mueca a Regina—. ¿Qué me pasa?

—¿Por qué tiene que pasarte algo, *Reinita*? —pregunta ella, inclinando la cabeza hacia un lado y acercándose a la isla para acariciar mi mano con la suya.

—Me apuntó con un arma en la cabeza y dejé que me follara, me apuntó con un arma en la cabeza, y yo le sonrío, actúo como si todo estuviera bien. Y entonces se va y recuerdo quién se supone que soy. Recuerdo quién era. Mi familia probablemente está aterrorizada que me haya pasado algo, y estoy sentada aquí bebiendo zumo de naranja.

—Estás sobreviviendo, *Mi Reina* —dice Joaquín—. Las personas más fuertes se adaptan cuando la vida les lanza una bola en curva. Tú lo estás haciendo.

Sacudo la cabeza:

—Apenas me acuerdo de la chica que solía ser.

—Entonces no lo hagas —dice Regina—. ¿Por qué querías ser esa chica? ¿Eras feliz? —Hace una pausa cuando no contesto,

demasiado asustada para dar voz a la respuesta que late por mis venas.

No sabía lo que era ser feliz hasta que conocí a Rafael. No tenía idea de lo que era sentir *nada*. Ahora tengo toda una vida llena de emociones que me desgarran cada segundo del día, pero con él, no hay complacencia en mi vida. Nunca un momento aburrido, nunca una instancia en la que no sintiera *algo*. Y no sé cómo afrontarlo.

—¿Qué tiene de malo abrazar a la mujer que todos vemos arañar para escapar de la jaula en la que la has metido? —pregunta Regina, acercándose al fregadero y agarrando el tenedor ensangrentado en su mano—. Esta es la mujer que estás destinada a ser —dice, arrojando el tenedor sobre la encimera para que no tenga más remedio que mirar la mancha roja—. Estás destinada a ser la mujer que hace sangrar al hombre que le hace daño. Estás destinada a ser la mujer que lo desafía a ser mejor y que lo haga mejor por ti. Pero más que nada... —susurra Regina mientras se le llenan los ojos de lágrimas—. Estás destinada a ser quienquiera que tu quieras ser. Tu familia no puede tomar esa decisión por ti. Rafael no puede elegir por ti. Así que sé la mujer que apuñala a Rafael Ibarra con un tenedor y no teme las consecuencias. Sé la mujer que mira a *El Diablo* a los ojos y dice *jódete*. —Se sorbe las lágrimas y se limpia la cara mientras deja caer el delantal sobre el mostrador—. Sé la mujer que yo no fui; lo suficientemente fuerte para ser.

Huye de la cocina, dejándome ahí, mirando el tenedor durante lo que parecen horas.

—Nunca volverás a ser esa chica —dice Joaquín, murmurando el que está de acuerdo con todo lo que ya he comprendido. Después de eso, permanece en silencio a mi lado, cuidando de mí mientras estoy trabajando con los lados de mi personalidad en duelo. Nunca podría dejar a Rafael. Él lo ha dejado dolorosamente claro, y la Isa que yo había sido no tiene cabida en su vida. No podía sobrevivir en su mundo.

Pero el pequeño demonio que quería bailar con *El Diablo* a la luz de la luna prosperará allí.



Regina se había recompuesto antes que Rafael saliera de su despacho a media tarde. Su rostro está libre de expresión y serio cuando me mira a los ojos y asiente, con algo rondándole la cabeza. Tengo que esperar que no se trate de mi familia, porque quiero esa llamada. Aunque me aterra hablar con ellos. Aunque todavía no tenga ni idea de lo que diré para explicar mi ausencia. No les quiero mentir, pero la verdad es tan inverosímil y demasiado dolorosa para admitirla:

Me había enamorado de mi captor.

Rafael me guía hasta nuestro dormitorio, sentándose en la silla que esta junto a la cama y dejándome doblar las piernas bajo el colchón. Marca el número de teléfono de mi madre por mí, entregándome el móvil mientras me trago los nervios. Lo tomo con manos temblorosas, lo acerco a mi oído mientras suena. Hay un breve momento en el que me pregunto si ella contestará. Si me salvará de tener que decidir qué decirle, por su indudable agenda agitada con dos de sus hijas desaparecidas.

—¿Hola? —la voz de mi madre suena débil, como si no hubiera podido dormir desde mi desaparición. Desde que había dejado de devolver las llamadas y no había vuelto a casa con Chloe como estaba previsto.

—Hola, mamá —susurro, con la voz entrecortada mientras intento contener la tristeza que me invade. En el fondo de mi

corazón sé que los primeros momentos de esta llamada telefónica serán la última vez que mi madre piense en mí como su niña buena. Serán los últimos segundos de mi vida en los que haría lo que mis padres me pedían, y perder esa parte de mí misma es como arrancar una parte de mi alma.

Había sido la hija obediente durante muchos años. Había hecho lo que se esperaba de mí sin falta. Deshacerme de esas expectativas es como astillar mi alma.

—¿Isa? —pregunta, con la voz temblorosa, mientras un sollozo atrapa el aliento en sus pulmones. Ya había tenido que ver morir a sus hijas una vez. Revivir esa posibilidad trece años después parece un cruel giro del destino.

—Soy yo —acepto, con voz vacilante, mientras Rafael tiende una mano y me limpia las lágrimas de la cara. Me estudia como si no pudiera relacionarse, y esperaba que no lo hiciera. Su padre había sido un hombre cruel y su madre murió cuando él era joven.

¿Cuándo fue la última vez que Rafael se preocupó por alguien que no fuera él mismo, antes de mí? ¿Eso es parte de la razón por la que se aferra a mí con tanta fuerza?

—Dios mío, Isa —solloza, provocando más lágrimas en mis ojos. Diez días. Han pasado diez días conmigo desaparecida en otro país, después que Chloe volviera a casa con historias de horror sobre la clase de hombre con el que había pasado mi tiempo pecando—. ¡Waban! —llama, el nombre de mi padre resuena tan fuerte en el teléfono que tengo que apartarlo de mi oído—. ¡Es Isa!

—¿Isa? —dice la voz de mi padre mientras mi madre pone el altavoz—. ¿Niña?

—Hola —digo con un resoplido.

—¿Estás bien? Cariño, ¿dónde estás? —pregunta mi madre—. La embajada ha dicho que han hablado contigo y que has elegido quedarte en España. Pero Chloe dijo que no les creyera.

Lanzo una mirada hacia Rafael, reprendiéndolo por hacer que pareciera que no se había cometido ningún delito.

—La embajada tiene razón. Decidí quedarme —acepto, odiando la mentira que sale de mi boca.

Pero podía cambiar la realidad que nunca iba a volver a casa, al menos no para algo más que una visita. Mi familia necesita creer que soy feliz en mi nueva vida.

Es el mejor regalo que puedo hacerles. La paz de creer que su hija está a salvo.

—¿Por qué hiciste eso? ¿Y por qué no llamaste? —pregunta mi madre, subiendo la voz mientras intenta asimilar lo que he hecho.

—No sabía qué decir —admito. Esa parte se siente como la verdad, porque todavía no sé qué puedo decirles para explicar el drástico cambio en mi vida. No creo que nadie pueda entender nunca lo que existe entre Rafael y yo.

No cuando ni yo misma lo comprendo.

—Solo ven a casa, Isa —dice mi padre, con la voz quebrada por las palabras—. Podemos darle sentido a todo esto cuando estés en casa.

—No voy a volver a casa, papá. Necesito instalar mi vida aquí. Iré de visita cuando pueda —digo.

—¡Isabel! ¡Vas a poner tu culo en un avión ahora mismo y vas a venir a casa! —espeta—. Tu vida está aquí. Tu familia está aquí.

El rostro de Rafael se ensombrece de ira cuando mi padre me levanta la voz, y sé que tengo que hacer lo que sea para calmar la

situación antes que se involucre. Aun así, las palabras se me atascan en la garganta.

—Rafael es mi familia ahora —digo, tragando bilis por la dureza de mis palabras—. Nunca me he sentido así por nadie. —Tanto si amo a Rafael como si no, él hacía aflorar todas las partes de mí que creía muertas desde hacía tiempo.

—No lo entiendo —dice—. Has estado fuera menos de tres semanas, Isa. No es propio de ti actuar tan precipitadamente.

—Por favor, intenta darme el beneficio de la duda. No tomo decisiones impulsivas, así que confía en que he tomado esta de la misma manera. Tomé la decisión con mucho cuidado —susurro, viendo que la postura de Rafael se relaja ligeramente—. ¿Está la abuela? —pregunto.

—Está en el centro. No puede soportar estar aquí sabiendo que te has ido —dice mi madre, interrumpiendo mientras lucho por encontrar qué más puedo decir.

—¡Mamá! —dice de fondo una voz tan parecida a la mía, mientras oigo cerrarse la puerta principal.

—¡Estamos aquí, cariño! —llama mi madre a mi hermana.

—¿Odina está en casa? —pregunto, con la cara caída por el abatimiento.

—Llegó a casa poco después que te fueras a Ibiza. Parece... mejor —dice mi madre titubeando—. Isa, por favor, vuelve a casa. Podemos resolver esto.

—Quizá sea lo mejor. Tal vez, sin que esté en medio, puedas arreglar tu relación con ella —digo, tratando de combatir el dolor. Pero siempre había estado en el camino de Odina. Siempre había sido un recordatorio para ella del día en que murió—. Todo sucede por una razón, ¿verdad? —pregunto, tratando de contener la

amargura que siento al saber que Odina había regresado en el momento en que me había ido. Que se había movido para reclamar nuestra familia como solo suya, sin mí.

Miro a Rafael, preguntándome si ella sabía de alguna manera, que no volvería a casa. Su rostro es una cuidadosa máscara, diseñada para mantener sus secretos lejos de mí.

—Isa, eso no es justo —dice mi madre.

—La vida no es justa —le respondo, sonriendo a pesar de las duras palabras—. Te llamaré pronto. Te amo —digo, terminando la llamada con una puñalada en la pantalla del móvil. En mi frustración, ni siquiera esperé a que se despidieran.

Quizá Rafael es mi penitencia por lo que había hecho. El precio que tendría que pagar para compensar a Odina.

Lo pagaré con gusto.

Pero primero, necesito saber por qué ella había creído que era seguro volver a casa.

27

RAFAEL



Los ojos sospechosos de Isa se posan en los míos en el momento en que termina la llamada. La mirada cómplice que hay en ellos solo sirve para ponerme la polla dura, y llevarme más al límite de mi propia inquietud. En unos momentos, tendré que dejarla.

En unos instantes, no tendré más remedio que subir a mi helicóptero y dirigirme al avión que aguarda en tierra firme. El hijo mayor de Pavel había mostrado su cara en Roma, y mis aliados allí habían estado muy dispuestos a compartir esa información con mis contactos. Podía desaparecer en un abrir y cerrar de ojos, y ni siquiera me daría tiempo a follarme a mi esposa una última vez antes de irme, si quería tener la mejor oportunidad posible de atraparlo.

—Hiciste la elección correcta, diciéndoles lo que hiciste —digo, intentando calmar las guerras que se libran en sus ojos.

Ella tira mi teléfono a la superficie de la cama, ladeando la cabeza mientras me mira fijamente. Se levanta lentamente, desplegando sus extremidades con cuidado, hasta que sus pies tocan el suelo entre nosotros. Recoge el dobladillo de su vestido con las manos y lo sube con cuidado por las piernas, mientras veo cómo sus bragas rosas se asoman entre sus muslos.

Colocando una rodilla en la silla junto a mí, se levanta hasta colocarse a horcajadas sobre mi regazo y me mira fijamente con el cabello cayendo en una cortina a su alrededor. Otros hombres podrán haber descrito a *Mi Reina* como un ángel en este momento, con el sol brillando en el lado derecho de su cara.

Esos hombres no saben nada sobre Isa.

La oscuridad se arremolina en sus ojos verdes, la venganza baila en un tentador juego de aristas contra las dulces líneas de su rostro. Cuando la miran, nadie sospecharía jamás el demonio que se esconde dentro de ella. Nadie la creería capaz de las cosas que sé que la empujaría a hacer a mi lado.

Ella toca con un dedo la línea de mi mandíbula, arrastrando su uña sobre la barba incipiente de mi cara y bajando hasta mi garganta. Mis manos la agarran por la cintura mientras la bajo a mi regazo con más firmeza, desesperado por sentir el calor de su coño envolviendo mi polla.

Me acomoda con una sonrisa traviesa mientras rodea con su mano la parte delantera de mi garganta. Apoya su peso en ella, presionando contra mi nuez de Adán mientras me mira fijamente. La sensación de su delicada mano contra una de las partes más vulnerables de mi cuerpo, debería haber puesto en marcha todos mis mecanismos de defensa.

En cambio, mi polla se mueve entre nosotros, buscando el calor de su apretado coño mientras se inclina hacia delante y toca su frente con la mía mientras me aprieta la garganta.

—¿Sabía Odina que no iba a volver a casa? —pregunta, con la voz firme y fuerte a pesar de la conversación que podría haberla roto solo unos días antes.

Pero Isa ya está rota, y no es de las que se quedan de brazos cruzados.

—No estoy seguro —admito—. Tendrías que preguntarle a Hugo. Él fue el que se ocupó de ella después que te drogaron.

—¿Y qué le hizo él exactamente a mi hermana? —pregunta Isa, inclinándose hacia delante para rozar sus labios con los míos suavemente.

—Le dije que cerrara la puta boca, que yo sepa —digo con una profunda risa cuando ella aprieta más su mano—. Ella aceptó, siempre y cuando salieras perjudicada al final. Creo que se sentirá decepcionada, ¿no crees? —murmuro las palabras contra su boca, sacando mi lengua para lamer la comisura de sus labios juguetonamente—. Puede que te hayan herido, pero aquí estás con la mano en la garganta de *El Diablo*.

—¿Y no tuviste nada más que ver con ella? —pregunta Isa, mirándome fijamente. De repente, entiendo la oscuridad que se arremolina en su visión.

Celos. Posesión.

Mi Reina se pregunta si su hermana había jugado con su juguete favorito antes que ella tuviera la oportunidad.

Me rio, las vibraciones de mi risa sacuden su palma en mi garganta.

—¿Es eso lo que te preocupa, *Princesa*? ¿Que haya tocado a tu hermana?

—No sería la primera vez que Odina se folla a mi novio —gruñe. Deslizo mi mano por su cuerpo, rodeando su garganta con mi propia mano para igualar su agarre con el mío. Ella jadea contra el contacto, y sus caderas se aprietan involuntariamente contra mí al aceptar la violencia de mi agarre. Me levanto lentamente de la silla y la pongo de pie con mi agarre en el cuello, hasta que retrocede unos pasos hasta la cama.

La tumbo de espaldas sobre la cama, mientras me pongo encima de ella a horcajadas sobre sus caderas, e invierto las posiciones. Ella se retuerce, soltando mi garganta para fingir que es tan suave como un gatito debajo de mí.

Los dos sabemos que es más bien una leona, dispuesta a sacarme los ojos si admito haber estado con su gemela antes que ella.

—Nunca toqué a Odina, para su desgracia —digo, observando cómo las fosas nasales de Isa se encienden.

—¿Por qué no? Se parece a mí, así que ¿Por qué no ibas a querer tomarla si estaba dispuesta? —pregunta mientras inclina su cabeza hacia atrás con mi agarre en la base de su mandíbula.

Inclinándome para recorrer con mis labios la delicada piel del lateral de su cuello, murmuro la verdad que Isa no ha llegado a aceptar.

—No me acuesto con menores de edad, pero, aunque hubiera tenido dieciocho años, no la habría tocado. Porque ella no eres tú.

Empuja contra mi mano a pesar de la forma en que se restringe aún más su respiración. Con sus pulmones vacíos de aire a cada segundo que me desafía, gruñe su frustración en mi oído cuando muerdo la sensible piel de su cuello.

Incluso con todas las pruebas físicas de mi posesión en su cuerpo, sigo sintiendo la desesperada necesidad de marcarla. La marca de la mordedura en su hombro puede ocultarse, pero el hematoma que dejé en su cuello al chupar su carne entre los dientes, será una tarea mucho más difícil de ocultar al mundo.

Con mi ausencia en principio, es lo único que por el momento me ofrece algún consuelo.

—¿Te gustaría saber que tu hermano intentó seducirme? —pregunta Isa, bajando la voz cuando se relaja de nuevo en la cama y deja de desafiar mi agarre sobre ella.

—Afortunadamente para mí, no tengo un hermano. Porque si me enterara que te ha puesto una sola mano encima, lo mataría. ¿Es eso lo que quieres oír, *Mi Reina*? ¿Que entienda lo sedienta de sangre que te sientes ahora mismo?

—Siempre estás sediento de sangre, psicópata —dice ella, dibujando una sonrisa en mis labios. Me inclino hacia atrás para mirarla fijamente, observando cómo toca con sus manos mi antebrazo y clava sus uñas en la piel donde está remangada la manga de mi camisa. La sensación de sus uñas hundiéndose en mi carne, y marcándome de la forma en que la tengo, me lleva al nivel más primitivo—. No creo que deba juzgar mi mal comportamiento usándote como guía.

—¿Por qué no? —murmuro, inclinándome para tocar mis labios con los suyos. Con sus ojos sosteniendo los míos firmemente, me muerde el labio inferior juguetonamente, antes que su pequeña lengua rosa calme la herida que dejó—. ¿Por qué ser sanguinario es algo malo cuando tu hermana ayudó a drogarte para que te violaran? Ella quería que te hiciera daño. Que te matara o te rompiera tan gravemente que te apartara de su camino y de su vida. Se merece tu ira.

—No creo que estés en condiciones de juzgar a Odina por sus pecados contra mí, cuando no sabes lo que le hice primero —dice, bajando la voz.

La seriedad de la conversación ahuyenta la parte divertida de ella que había salido a jugar en los momentos posteriores a la llamada telefónica con sus padres.

Su agotamiento hace que su estado de ánimo sea tumultuoso, incluso imprevisible. Nunca se sabe cuándo va a llorar o cuándo me

va a apuñalar con un puto tenedor. Por mucho que odie estar lejos de ella, el sueño que obtendrá sin que la despierte a todas horas de la noche, será un beneficio para Isa.

—Así que dime, entonces podré entenderlo —digo, apoyando mi peso de nuevo en sus caderas, mientras me siento con la espalda recta. Suelto mi agarre en su garganta, bajando la mirada y esperando la confesión que por fin me hará entender todas las piezas de lo que la hace como es.

Ella sonríe, sacudiendo la cabeza hacia mí. Solo habían dos cosas que me negaba, y ambas son solo palabras. La confesión de su amor y la realidad de su secreto.

No sé cuál de las dos cosas me pone más nervioso.

Apoya uno de sus codos debajo de ella, inclinándose más hacia mi espacio, mientras que con la mano contraria toca mi mejilla con delicadeza. Me provoca a sabiendas de lo que quiero saber, y comprendo con repentina claridad que, nunca me dará de buena gana las respuestas que busco.

Tendré que forzarlas de otra manera, y mi mente da vueltas a las posibilidades de cómo podría hacerlo.

—No quiero ser débil —dice en lugar de responder a mi pregunta, tocando su nariz al lado de la mía y burlándose de mi cara con una suave caricia mientras imita lo que le hago tan a menudo, cuando quiero algo de ella.

—¿Y crees que lo serás si me dices la verdad? —pregunto, estrechando los ojos en una mirada.

—No —se burla—. Creo que soy débil porque no tengo defensa contra ti ni contra nadie. Regina me dijo que debería aceptar en lo qué me estoy convirtiendo. Tú dijiste algo parecido. Quiero aprender a defenderme.

—¿Así puedes apuñalarme más seguido? —pregunto con una risita—. No lo creo.

—Para poder apuñalar a la gente que quiera hacerme daño. Me enviaste lejos cuando ese hombre mostró su cara en Ibiza, así que me inclino a creer que hay gente que quiere hacerme daño. No quiero estar indefensa —suplica.

La miro fijamente, con la rabia agitando las jaulas de mi alma, mientras contemplo lo que dice sin llegar a expresar las palabras.

Isa no confía en mí para mantenerla a salvo.

—Nunca dejaré que nadie te toque, *Princesa* —murmuro. Por mucho que me guste que la *Reina* salga cada vez más a la superficie, no puedo negar el hecho que será más difícil de controlar. Que ella será más de una lucha para mí y tendré que luchar contra ella para recordarle su lugar.

El lugar donde ella es mía.

—Me has puesto un arma en la cabeza —me espeta, levantando la ceja como si me retara a contradecirla—. No puedes protegerme cuando eres parte de lo que necesito protegerme.

—Ah, pero ahora eres mi esposa —digo, con la rabia filtrándose en mi voz mientras la bajo y extendiendo una mano para estrecharla alrededor de su nuca—. Tengo todo lo que quiero en mis brazos. No tengo ningún deseo de morir, y si te matara, tendría que seguirte a las fosas del infierno.

—*Qué romántico* —sisea con sarcasmo—. Estás jodido de la cabeza, *El Diablo*. Independientemente que quieras matarme o no, quiero saber cómo alejarme de un hombre si quiere hacerme daño. Debería pensar que tú también querías eso, ya que no estoy segura que te guste que otra persona toque tu juguete favorito.

—Te lo prohíbo —gruño, viendo como sus ojos se abren de par en par por la extrema reacción. Cada palabra que dice es un clavo en el ataúd, otro insulto a mi capacidad de proteger a *mi maldita esposa*—. Joaquín está ahí para mantenerte a salvo cuando no esté, y hay procedimientos de emergencia para asegurarse que estás protegida a toda costa. —La suelto, bajando de la cama y de pie junto a ella. Incluso cuando desprecio la distancia que nos separa en los momentos previos a dejarla, la inevitable realidad de la conversación es innegable.

Isa siempre se opondrá a depender de mí, y su deseo de protegerse es solo una consecuencia de ese cambio en su vida. Su independencia ya no importa, porque como esposa de *El Diablo*, su única responsabilidad es mantenerme contento.

Tomar lo que le de cuando necesite descargar mis frustraciones en su cuerpo, para no asesinar a quienes me decepcionan. Calmar la pesadilla que llevo dentro para que pueda funcionar sin quemar el mundo en un arrebato.

—¿Me lo prohíbes? —pregunta ella, levantando una ceja mientras enciende las fosas nasales y se sienta recta. Hay algo en esas palabras que parecen un desafío, como si quisiera que entendiera que la orden había sido un error muy grave.

—Sí. Te lo prohíbo. No te enseñaré a pelear. Si descubro que alguien más me ha desobedecido en esto, no creo que a ninguno de los dos les gusten las consecuencias —digo con tono firme, tocando mi mano en su hombro. Mi pulgar se arrastra sobre el lugar donde tendría una marca si no hubiera sido amable con ella, recordándole exactamente lo que está en juego si desobedece a su marido.

Me mira con desprecio, retirando mi mano del hombro antes de situarse en el pequeño espacio que hay entre la cama y yo.

—Espero que te guste follarte la mano entonces, ya que te *prohíbo* que me toques.

Se aleja, rodeando los pies de la cama para dirigirse a la terraza. La agarro por la nuca y la mantengo quieta con el peso de mi mano mientras el pulgar y el índice se clavan en la piel. Me acerco a ella por detrás y le toco el cabello con la cara mientras tiembla de furia.

—Es lindo que creas que puedes negarme algo, *Mi Reina* — murmuro—. Sé lo mucho que te gustan mis manos sobre ti. Lo mucho que te encanta sentir mi polla moviéndose dentro de ti. — Inclino la cabeza hacia delante, recogiendo su espeso cabello en mis manos y pasándolo alrededor de su hombro derecho.

—Te odio —advierde.

Tocando con mis labios el lado que había desnudado para mi asalto, recorro con mis labios su suave cuello. En desacuerdo con la dureza de las palabras que seguirán, mantengo mi toque suave como una pluma y disfruto de la forma en que su piel se llena de piel de gallina a medida que aumenta su deseo.

—¿Me seguirás odiando si te tiro a la cama y te entierro la polla en la garganta?

—Te la arrancaría de un mordisco —gruñe, y me lo creo de ella en estos momentos.

—Supongo que es una suerte que mi coño no tenga dientes entonces —Me rio sombríamente, acercándome a su cuerpo para subirle el vestido por las piernas. Ella me empuja la mano, obligándome a tomar sus dos manos en mi agarre y sujetarlas a su espalda. Una de mis manos es lo suficientemente fuerte como para sujetarla mientras lucha contra mi toque invasor, empujando su culo hacia mí cuando la toco a través de sus bragas.

—Suéltame —dice, su voz sale más entrecortada de lo que quiere, mientras separo sus piernas y la acaricio a través de la tela de sus bragas.

—No puedes negar lo que es mío —gruño la advertencia, deslizando mis dedos hacia arriba para introducirlos en sus bragas.

El teléfono suena en mi bolsillo, recordándome que mi tiempo con Isa ha llegado a su fin y que tengo que ir al helicóptero. Lo ignoro, acariciando mis dedos sobre su clitoris mientras ella deja caer la cabeza hacia delante en su intento de negar el deseo que inunda su cuerpo.

—Tu cuerpo me pertenece, *Princesa*, y me lo follaré cuando me apetezca. No seremos una de esas parejas que se niegan el uno al otro el acceso a su cuerpo por un desacuerdo. ¿Estás enfadada conmigo? Pues hazme sangrar mientras montas mi polla —digo metiendo dos dedos dentro de ella mientras se estremece en mi agarre. Cuando su coño se estrecha en torno a mí y su orgasmo se acerca, libero mis dedos y los saco de sus bragas.

Ella jadea su sorpresa, con horror que me detuviera, con ella tan cerca del borde mientras chupo el sabor de ella de mis dedos. Con la polla tan dura como el acero en mis pantalones, la suelto mientras se gira para mirarme. Agarro su cara entre mis manos, la beso suavemente a pesar de sus desesperados intentos de convertir el abrazo en algo carnal.

Cuando me aparto de ella y me dirijo al armario, se queda boquiabierta mientras aviento a la cama la bolsa que Regina me había preparado.

—¿Adónde vas? —pregunta.

—Tengo que ir a Roma a matar a un hombre —le digo, observando cómo se estremece ante el duro recordatorio de quién y qué soy—. Es parte de tu protección, aunque no me creas capaz —gruño.

—¡Eso no es lo que he dicho! —grita ella, con las piernas retorciéndose mientras se mantiene en su sitio.

—Es exactamente lo que has dicho, *Princesa* —argumento, ignorando su necesidad, aunque me mate algo dentro de mí, el alejarme cuando ella quiere mi polla.

A Isa le vendrá bien pasar un par de días pensando en lo mucho que la echa de menos. Señalo la esquina de la habitación y las cámaras que están escondidas discretamente. Sus ojos se entrecerraron al verlas mientras traga, sin duda pensando en todas las películas caseras que tengo de nosotros dos, cuando ella ha estado demasiado absorta para recordar que están allí.

—Si tocas mi coño mientras no estoy, lo sabré. No te corres si no es conmigo —ordeno, tomando el pequeño equipaje en mi mano.

—¿Y qué pasa si lo hago? —pregunta, cruzando los brazos sobre el pecho.

—No querrás averiguarlo —gruño, girando sobre mis talones y dejándola con eso para que lo considere. No puedo evitar la sensación que Isa me desobedecerá en mi ausencia, solo para fastidiarme.

Las mujeres rebeldes son un dolor de cabeza.



Camino por las estrechas calles de Roma con las manos metidas en el bolsillo del traje. Con las calles empedradas y los impresionantes edificios a ambos lados de mí, disfruto de la tenue iluminación mientras el sol se pone.

Roma es una belleza única, una ciudad extraordinaria que sé que a Isa le habría encantado visitar si hubiera tenido la oportunidad. Con su amor por la historia, no podría hacer otra cosa que admirar el hogar del Imperio Romano. Incluso estando enfadado con ella, no puedo negar el deseo desesperado que siento de mostrarle todo lo que la ciudad tiene que ofrecer.

Un día, podré llevarla a las ciudades de mis aliados y mostrarle el mundo. Un día, podre confiar en que ella no se adentrará en la noche y tratará de escapar de las garras del Diablo que la tiene secuestrada.

Saco el móvil del bolsillo y miro la pantalla mientras marco el número de Regina. Suena un par de veces antes que ella finalmente conteste, sacándome de dudas.

—La casa *Del Diablo* —dice—. ¿Quieres las pelotas asadas o fritas?

—¿Supongo que Isa se está tomando bien mi ausencia? —pregunto, con los labios levantados a pesar de la respuesta sarcástica de mi ama de llaves.

—Está haciendo lo que hace una verdadera *Reina* —responde Regina mientras los platos tintinean. Dada la hora, sospecho que debe estar limpiando después de la cena.

Ya siento la necesidad de ir a casa para estar con *Mi Princesa*, pero que me restrieguen por la cara la comida de Regina y saber que no podré comerla solo empeora mi mal humor.

—¿Y qué hace una verdadera *Reina*? —pregunto, siguiendo la corriente a la mujer mientras me dirijo a la zona de la ciudad donde Leonid había sido visto por última vez por mis aliados.

—Planeando su venganza —dice Regina, con una sonrisa en la voz. Una risita masculina llega desde el fondo, la voz familiar de

Joaquín, que encuentra la respuesta de Regina especialmente graciosa.

—¿Y cómo está tramando la venganza? —pregunto, sabiendo muy bien que no obtendré respuesta. Isa no lleva mucho tiempo conmigo, pero ya había puesto a Regina en mi contra. Las mujeres se mantienen unidas, y me gustaría poder decir que Joaquín o Alejandro se pondrán de mi lado ante Isa. Pero tampoco lo harán.

—Los dos sabemos que no te lo diré, aunque lo supiera —dice Regina—. Pero no lo sé. Ha estado callada. Metida en su propia cabeza. ¿Debería esperar más cubiertos ensangrentados cuando vuelvas a casa?

—Intentaré mantenerla aislada en el dormitorio cuando me haga sangrar a partir de ahora —digo secamente. Su preocupación por mi bienestar es conmovedora, y descubro que mi mano se dirige a tocar la herida donde Isa me había apuñalado.

En cierto modo, odiaba las marcas de mis cicatrices, detestaba al hombre que me las había hecho cuando era un niño. Pero las marcas de Isa son una historia completamente diferente, una compulsión que me recuerda que me posee tanto como yo a ella.

Si me marcaba cuando volviera a casa, me encantaría cada segundo. Llevaría sus cicatrices con orgullo al igual que llevo su nombre en mi piel.

—Mantenla alejada de los problemas —le recuerdo a Regina.

—¿Quieres hablar con ella? —pregunta Regina, y niego con la cabeza antes de darme cuenta que no puede verme—. Todavía no. Hablaré con ella mañana.

—Una decisión inteligente. —Estuvo de acuerdo Regina—. Debes darle la oportunidad de echarse de menos.

—¡Maldita oportunidad! —grita Isa en el fondo, haciendo que Regina suelte una risa aguda. Cuelgo el móvil con un gemido. Mi mujer será mi muerte.

Y me encantará cada segundo de esta.

Me pongo de pie con la espalda apoyada en la pared, levantando una pierna para acomodarme y esperar a que pasen las horas. En algún momento, Leonid saldrá del bar en el que había decidido pasar la noche para beber sus problemas.

Solo un insensato se emborrachaba, sobre todo en un territorio que no era el suyo, pero la familia Kuznetsov se creía por encima de todos sus rivales. Se creían la familia más fuerte y poderosa por la historia.

Los rusos habían estado al frente del crimen organizado junto a los italianos y los irlandeses durante muchos años. Pero a medida que el crimen se moderniza y se formaban nuevas alianzas sin lealtades culturales y familiares, surgían nuevos poderes.

Los viejos poderes caerán. Hasta que todo lo que quede sea un solo poder.

El mío.

28

ISA



Pasé la mayor parte de la noche tramando formas de matarlo. Tanto es así que mis sueños estaban llenos de sangre y odio. Cuando me desperté a la mañana siguiente, me odié a mí misma por el giro violento de mi sueño.

No quiero ser como Rafael. No quiero que la violencia me consuma solo por estar dominada por la presencia de un demonio. Solo le estaría dejando ganar si le permito cambiar lo que soy.

Pero hay algo brutal dentro de mí. Una parte de mí que anhela encontrar justicia donde no la hay.

Me habían arrojado a un río sin consecuencias. Había visto una y otra vez cómo los crímenes contra mi pueblo eran ignorados. Me habían mentido. Me habían despojado de todas mis opciones. Me habían drogado y secuestrado.

Toda mi vida fue una serie de pagos por los crímenes de otras personas. Por una vez, estaría bien ser el que los comete.

Será un placer ganarme el castigo yo misma.

Todo se cocina a fuego lento dentro de mí, sintiéndome como si estuviera al borde de un ajuste de cuentas. Como si la parte de mí que pareciera salir a la superficie después de la introducción de Rafael en mi vida, siempre hubiera estado ahí, y supuse que así es.

La oscuridad siempre ha sido una parte de mí. Siempre me he sentido más a gusto en ella que con la luz del sol.

La cama me parece extraña sin la presencia de Rafael. Sin su calor a mi espalda y su mano ahuecando mi pecho en su enorme agarre mientras duermo, me parece una cama vacía más. Un mueble. Debería haberme sentido más libre sin él; en cambio, me siento sola.

Estiro los brazos por encima de la cabeza lánguidamente, pulsando el botón de la mesita de noche para abrir las cortinas. Me fui a la cama con el pijama puesto por primera vez desde que llegué a la isla de Rafael, ya que insiste en que duerma desnuda con él.

Pero en algún momento de las últimas dos semanas con él, me había sentido más cómoda en mi propia piel. No puedo soportar la aspereza del satén y los mejores algodones contra mi piel, mientras duermo, especialmente contra mi núcleo que palpita de necesidad después de su mierda de la tarde anterior.

Mis ojos se dirigen a las cámaras mientras me debato en desafiarlo a él y a su autoridad sobre mí, tocándome, pero aprieto los labios y me levanto de la cama.

Esperaré hasta la noche para atormentarlo. Para distraerlo de la verdadera rebelión.

Con suerte, nunca la verá venir.



Me siento en el sofá cama con un libro a mi lado después de comer uno de los desayunos de Regina que inducen al embarazo. Si la ausencia de Rafe tiene una ventaja, es que no me quedaré embarazada mientras no esté.

Habíamos tenido relaciones sexuales sin protección con demasiada frecuencia para mi comodidad. Me llevo una mano a mi estómago con cautela antes de sacudirla. Miro a Joaquín, frunciendo los labios mientras pienso cómo pedirle lo que quiero de él.

—¿Sigues pensando que las chicas como yo no necesitamos aprender kickboxing? —pregunto.

Se pasa una mano por la cara.

—Eso no es realmente de mi incumbencia. Te sugiero que lo hables con tu esposo, *Mi Reina* —dice, claramente incómodo con la sugerencia. Parece que tal vez Rafe ha sido determinante sobre su interés en mantenerme protegida como si fuera de cristal.

No lo soy, y estoy harta que me traten como tal.

—Lo hice. Me lo prohibió —digo encogiéndome de hombros.

—Como era de esperar. Te puedes hacer daño haciendo kickboxing —dice Joaquín a modo de reprimenda—. No olvidemos que es cuestión de tiempo que te quedes embarazada y tengas que pensar en esas cosas.

—Bueno, en realidad no estaba pidiendo clases de kickboxing. Solo que me enseñaras a defenderme un poco en caso de emergencia.

Cuelga la cabeza, pellizcándose la nariz con el pulgar y el dedo de señal de agravio.

—Sugeriste que Rafael no puede mantenerte a salvo. No es de extrañar que saliera de aquí como si tuviera fuego en el culo. —Se ríe—. Insultaste la hombría de *El Diablo* y viviste para contarlo. Enhorabuena, *Mi Reina*. Creo que puede ser la primera vez.

Le saco la lengua, sin molestarme en argumentar que no lo había insultado. Los hombres son estúpidos y poco prácticos y, al parecer, sus egos son más importantes que el sentido común.

—¿Tú qué crees? —recalco, buscando que me de su opinión en lugar que Rafael hablara por su boca, como el titiritero que le gusta fingir.

—Creo que me gusta tener la lengua dentro de la boca, así que no voy a hablar en contra de Rafael —dice.

—Así que no estás de acuerdo. Crees que deba poder protegerme por si acaso, ¡porque eso es lo más sensato! ¿Por qué no querría que esté a salvo? —pregunto, levantando una ceja hacia él.

—Puede que tenga que ver con el hecho que ya le has apuñalado una vez. Solo es una idea —argumenta Joaquín, pero tuerce los labios hacia un lado y va a sentarse directamente al lado del sofá cama. Sus ojos se desvían hacia la casa en la distancia de la que había visto salir a los hermanos, el día que los divisé por primera vez, el corazón se me aprieta en el pecho al recordar la traición de mi amigo.

Bueno, supuse que al final nunca había sido realmente mi amigo.

—No lo está llevando bien, Isa —dice Joaquín, rodeando con su mano el poste que sostiene el toldo del sofá—. Te echa de menos.

—No tiene derecho a echarme de menos cuando me ha mentido durante todo el tiempo que le conozco —espeto, cruzando los brazos sobre el pecho en señal de desafío. Me siento infantil incluso mientras lo hago, pero no puedo controlar la amargura que siento ante la sola mención de Hugo. Todo el tiempo que había fingido estar tan indignado por la traición de mi hermana, y el hecho que hubiera roto mi confianza de una manera tan profunda, me había estado mintiendo como un imbécil.

Utilizándome para un trabajo.

—Yo también —señala Joaquín, encaramándose en el borde del sofá cama—. Tienes que entender que Hugo, Gabriel y yo no tuvimos nada que ver con lo que pasó contigo. Rafael nos convocó a Chicago porque había un asunto de seguridad que necesitaba que manejáramos por él a largo plazo. Ni siquiera sabíamos que existías, hasta que ya estábamos en el avión.

—¿Se supone que eso me tiene que hacer sentir mejor? —pregunto, mirándolo con odio, mientras mi garganta pica con las lágrimas de la traición. Quisiera odiarlos. Quisiera aferrarme al hecho que todos ellos me habían hecho daño, porque necesitaba rabiar contra *algo*.

Rafe es el objeto apropiado para mi ira, pero los sentimientos que tengo por él lo complican. Había traicionado mi confianza antes que lo conociera y, sin embargo, no podía retener la rabia que debía haber sentido con él por lo que hizo.

—¿Qué hubieras querido que hiciéramos, Isa? —pregunta Joaquín, mirándome fijamente mientras me empuja a admitir la verdad. Lo sé hasta los huesos, aunque no quiero reconocerlo.

Ellos habían estado tan atrapados por las circunstancias del plan de Rafael como yo. Habían sido enviados a una ciudad extraña para

vigilar a una chica que no conocían, todo por su retorcida obsesión por mí.

—Pudieron haber dicho la verdad —digo.

—¿Qué habría logrado eso? Habrías luchado. Habrías intentado encontrar una salida y solo habrías puesto a tu familia en peligro en el proceso. Este camino le dio tiempo. Esperaba que su interés por ti se desvaneciera después de salir de Chicago, y no tener que vivir con el conocimiento que existías en la misma ciudad que él, pero nunca se rindió. Así que todos esperamos. Te mantuvimos a salvo. Era todo lo que podíamos hacer.

—No sé si hay mucha diferencia —suspiro, acurrucando las rodillas en mi pecho—. Estoy aquí. No voy a ninguna parte, pero no tengo interés en confiar en la gente que me hizo daño.

—Solo habla con él, Isa —suplica Joaquín—. Deja que te explique su versión de las cosas. Si puedes hacerlo, entonces en los ratos en que Rafael esté fuera de la isla y tengamos la oportunidad, te llevaré a un claro cercano y te enseñaré algunos movimientos muy básicos para protegerte.

—¿Qué pasa con Rafael? ¿No te castigará si se entera? —pregunto, mirándolo fijamente con asombro.

—Nos castigará a los dos *cuando* lo descubra, así que tienes que estar segura que estás preparada para afrontar lo que sea. Puedo soportar el dolor. ¿Puedes tú? —pregunta Joaquín, poniéndose de pie y tendiéndome una mano para que la tome.

Es tan parecido a la noche en que Rafael me había pedido que fuera a la cama con él, el primer momento en que acepté que *El Diablo* fuera mío, aunque fuera por un momento. El corazón se me atasca en la garganta. Pero la necesidad de hacer algo solo porque quiero es tangible, y a pesar de conocer las posibles consecuencias, acepto la mano de Joaquín y dejo que me ponga en pie.

Me suelta en cuanto me pone de pie, girando sobre sus talones y dirigiéndose al claro entre el patio de Rafael y el pueblo en la distancia. Sigo su espalda con el corazón en la garganta, y no puedo decidir qué temo más:

Mirar a Hugo a los ojos, o el castigo que Rafael decidirá cuando sepa la verdad. Las palabras de Joaquín, el *cuándo* y no el *sí*, me parecen verdades. No puedo imaginar que algo suceda en la isla sin su conocimiento.

Arrastro los pies mientras caminamos, sintiendo que estoy más cerca de marchar hacia mi muerte, que de ir a tener una conversación con un amigo. Mi corazón bombea en mi garganta, las lágrimas queman como ácido mientras lucho por contenerlas.

La casa en la que viven los hermanos es preciosa. Un edificio amarillo que está bien cuidado y tiene flores que crecen en macetas en cada una de las ventanas. Se mezcla con el resto de las casas del pueblo que en realidad, no es un pueblo, sino una pequeña ciudad que me recuerda a Dalt Vila en la ciudad de Ibiza.

Pequeño. Antiguo. Pero hay toques de lujo allá donde mire.

Joaquín empuja la puerta principal, guiando el camino hacia el interior, mientras miro por encima de mi hombro a la gente que me observa con labios susurrantes. Reunidos, los suaves murmullos de *Reina* resuenan en el espacio entre nosotros hasta que Joaquín cierra la puerta y nos separa de ellos.

—Ya se acostumbrarán a ti —dice en un intento de tranquilizarme, guiándome hacia la parte trasera de la casa. Gabriel y Hugo están sentados en un juego de patio en la terraza, con una jarra de sangría en el centro a pesar de lo temprano que es.

Joaquín se aclara la garganta para llamar su atención, y los hermanos se giran para mirarle. Los ojos de Hugo se abren brevemente antes de ponerse en pie al verme.

—Isa —dice, acercándose a mí como si fuera a abrazarme.

Levanto ambas manos y cierro los ojos, advirtiéndole lo mejor que puedo sin palabras. No estoy segura que mi voz funcione.

De repente, no puedo soportar decir ninguno de los pensamientos que han pasado por mi cabeza desde que supe la verdad. No creía que nada pudiera calmar la herida que su engaño ha dejado.

Espera, observándome con cautela y con las manos cerradas en puños apretados a su lado.

—¿Por qué? —pregunto, aunque ya sé la respuesta—. ¿Por qué tenías que hacer que me importaras? ¿Era parte de tu trabajo? —pregunto finalmente.

Niega con la cabeza, restregándose las manos por la cara.

—No. Necesitaba ser tu amigo y necesitábamos vigilarte. Eso era todo.

—¿Entonces por qué? —susurro—. ¿Cuál era el objetivo?

—Te preocupabas por mí porque tienes un corazón enorme. Porque no das tu amor a menudo, ¿pero cuando lo haces? Lo das *todo*. Como yo —suspira, avanzando para tomar mis manos entre las suyas a pesar de mi resistencia—. Y yo te quiero. Eres mi mejor amiga, Isa. No quería esto para ti. Por favor, créeme —me suplica. No se mueve para tocarme más que el contacto de mis manos, donde no dudo que alguna vez me hubiera abrazado y estrechado.

Su miedo a Rafael es demasiado fuerte, incluso con él ausente.

—¿Cómo puedes decir eso? No se miente a la gente que se quiere —le acuso.

—Te mentí sobre por qué estaba en Chicago, pero la amistad que construimos es real. Eres una parte de mí. Ahora eres parte de

todos nosotros. Te conocimos antes que fueras la *señora* Ibarra, y siempre recordaremos a esa chica —dice Hugo.

—Pero la mujer se está convirtiendo en una fuerza que hay que tener en cuenta, y tenemos muchas ganas de ver ese viaje —dice Gabriel desde la mesa. Hugo tira de mis manos, atrayéndome y sentándome en uno de los asientos mientras lloro.

—Está bien que llores —dice Hugo, limpiando algunas de las lágrimas de mis ojos.

—Ya no sé quién soy —admito, viendo cómo se le tuerce la cara. Sé que él lo entenderá mejor que nadie, porque me había conocido antes que Rafael.

—Eres *Mi Reina*. Eres exactamente lo que tienes que ser para sobrevivir a *El Diablo* —dice Hugo, tomando asiento a mi lado.

No dejaba entrar a la gente a menudo. No aceptaba que necesitaba a los demás, porque sabía que al final los demás solo me hacían daño.

Utilizan. Toman.

Pero a veces, valía la pena amarlos a pesar de todo eso. A veces valía la pena perdonarles, incluso en la más pequeña porción de mi corazón.

Solo tenía que esperar que no me quemaran por segunda vez, porque no sobreviviría a las cenizas de nuevo.

29

RAFAEL



Hacía demasiado tiempo que no acechaba por las calles de una ciudad que no era la mía. Desde que me movía por la noche como si la oscuridad fuera mía. No había ningún guardaespaldas conmigo, nadie que me protegiera si algo sale mal.

No lo haría, porque nadie puede vencer a *El Diablo* cuando el sol se pone.

Leonid tropieza por las calles de Roma a ciegas y medio borracho, totalmente inconsciente de la pesadilla que le pisa los talones y se prepara para matarlo lentamente.

Para hacerle sufrir por los pecados de su padre.

El apartamento al que accedió habría sido una fortaleza segura con la que pocos podrían competir al intentar entrar. Pero esas cosas no importan para hombres como yo.

Todos sus hombres están medio borrachos de su propia arrogancia y vodka, y me dejaron entrar en el edificio como si fuera mi sitio. Le sigo por las escaleras a paso lento, dejando que Leonid me guíe hasta el espacio que sería el último que vería.

Le grabaría el recuerdo en los ojos mucho después que dejaran de ver, dejando que el recuerdo de su muerte lo persiguiera al más allá. El hombre tantea con las llaves que saca del bolsillo, rozando el pomo de la puerta con sus manos inestables.

Me acerco a él y le quito las llaves.

—Deja que te ayude —digo, fingiendo amabilidad. Girando la llave dentro de la cerradura, giro el pomo y empujo la puerta para abrirla, mientras la mirada atónita de Leonid se posa en un lado de mi cara.

Justo cuando se mueve para gritar, lo empujo al interior del apartamento con una mano áspera en la nuca. Cae al suelo en su estado de embriaguez, tropezando con las piernas hasta arrastrarse en un charco de miembros torpes. Cierro la puerta tras de mi y giro la cerradura, mis ojos se posan en la mujer atada a una silla en la mesa del comedor. Se retuerce y grita contra la cinta adhesiva que le cubre la boca. Suelto un suspiro de disgusto mientras vuelvo a mirar a Leonid.

La cinta adhesiva resultará muy práctica, así que tomo el rollo de la mesa y arranco un trozo con los dientes.

—¡Ayuda! —grita finalmente Leonid cuando me acerco a él. Suspirando, saco el arma de mis pantalones y me preparo para la estampida de seguridad que seguirá a su patético intento de salvación.

La puerta estalla de las bisagras, cuando sus hombres entran a ciegas. Mi arma vibra en mi mano cuando el primer disparo alcanza a su hombre de confianza entre los ojos. Cae al suelo como un saco de carne, dejando a los otros dos detrás de él vulnerables mientras les disparo en rápida sucesión.

Tres disparos, tres hombres. Una vez muertos y sin preocuparme por ellos, vuelvo a centrar mi atención en Leonid, que está encogido de espaldas a la pared. No se ha molestado en ponerse de pie, solo

en extender las dos manos como si creyera que puede razonar con *El Diablo*. Pero no habrá absolución del *Diablo*.

Solo una eternidad de sufrimiento.

Agarro los cuerpos uno por uno, arrastrándolos al interior del apartamento para poder cerrar la puerta. No esperaba que ninguno de los hombres de Leonid o Pavel viniera tan rápido, pero solo un tonto se dejaría completamente vulnerable. Aunque la puerta no tenga pestillo, me permite ganar un tiempo inestimable si alguien se las arregla para venir e intentar interferir en mi diversión.

—Ibarra —dice Leonid—. ¿Qué haces en Roma?

—Creo que eso es obvio —adviento—. Nunca he apreciado la afición de tu padre por los juegos y las charlas, Leonid. No voy a empezar contigo.

—¿Qué quieres? —pregunta con una mueca—. Ya has matado a mis hombres. Seguramente eso es suficiente represalia por lo que crees que te hizo mi padre.

—No, apenas. Tu padre no echará de menos a tus hombres en lo más mínimo. Sin embargo, te echará de menos a ti —digo con una oscura sonrisa.

Dirijo mi atención a la chica atada en la mesa. Arranco la cinta adhesiva de su boca y la desato rápidamente. Se mueve para estirar sus extremidades, mirándome con esperanza mientras dejo caer un fajo de billetes de mi bolsillo sobre la mesa.

—Sal de Roma por un tiempo —ordeno, señalando con la cabeza la puerta, y despidiéndola mientras vuelvo a centrar mi atención en Leonid. Intenta acercarse a la puerta cuando me cree distraído, y trata de tomar de los hombres tirados en el piso, armas para defenderse.

Me choca pensar que el hijo de Pavel no lleve siempre su pieza encima, pero su descendencia nunca había sido el equipo más brillante. A menudo dependían demasiado de la lealtad de hombres que podían ser fácilmente comprados, o influenciados con una amenaza a las personas que les importaban.

No confiaba en nadie más que en mí mismo.

La mujer se pone de pie sobre piernas temblorosas, con los moretones de su piel de un color púrpura intenso, mientras parpadea con sus ojos hinchados hacia mí.

—Gracias —murmura cuando no le presto atención.

Por mucho que me gustaría decir que ella es un caso único, Pavel y sus hijos dejan rastro de mujeres como ella, allá donde iban. Ella es una víctima más en su cadena de violaciones y tráfico, y lamentablemente es una de las más afortunadas.

Saldrá viva y libre.

Se apresura hacia la puerta mientras mantiene la mirada en Leonid y cierra la distancia entre nosotros.

En cuclillas frente a él, lo miro fijamente a los ojos y lo reto en silencio a que diga algo que contradiga todo lo que ya sé. Es una mierda tan grande como su padre. Como lo había sido mi padre.

—¿La violaste? —pregunto, inclinando la cabeza hacia un lado mientras lo estudio. Aprieta la mandíbula, sin decir las palabras que ambos sabemos que son ciertas. Aunque aún no lo hubiera hecho, la habría violado si no hubiera venido a matarlo—. ¿O te quité tu nuevo juguete antes que tuvieras la oportunidad de domarla?

—Me la follé anoche —escupe, gruñendo en mi cara—. Porque no se puede violar a una puta. Deberías haberla oído gritar por mí.

Acariciando mis rodillas, me levanto para colocarme sobre él. Mis ojos se posan en sus piernas vestidas de traje, el recuerdo de la rótula de su padre rompiéndose llena mi cabeza con una repentina explosión de placer.

—Es una suerte para ti que tenga una esposa con la que volver a casa —digo—. De lo contrario, me vería obligado a llamar a algunos de mis amigos que disfrutan dando por el culo a hombres como tú.

—¿Esposa? —suelta una carcajada—. Maldito Cristo todopoderoso, ¿te has casado con esa puta americana? Mi padre tenía razón. Realmente te *has* ablandado.

Le golpeo la rótula con el pie, aplastándola de la misma manera que había hecho con la de su padre no hace mucho tiempo. Grita de dolor aferrándose a ella, mientras la retuerzo de un lado a otro y convierto los huesos destrozados en polvo.

—¡Joder!

—No soy blando para ti —digo, inclinándome hacia delante para golpear su mejilla con dureza y volviendo a la cocina. Agarro todo el bloque de cuchillos de carnicería, vuelvo a donde solloza contra la pared en su dolor—. Verás, no me gusta que los hombres hablen de mi esposa —digo, dejando el bloque en el suelo detrás de mí. Con un cuchillo para carne en la mano corto la tela de su camisa para revelar la piel blanca y pálida que hay debajo, cubierta con los tatuajes de la Bratva, su torso se agita con el esfuerzo mientras se mueve para golpearme.

Le agarro la mano mientras la levanto y tiro de ella hasta que la retuerzo para que quede apoyada en el suelo. Tiro de su brazo hacia un lado y lo inmovilizo debajo de él, atravieso su piel con el cuchillo para carne, hasta que se mantiene firme en las tablas del suelo. Grita de dolor y levanta el otro brazo para golpearme y luchar contra mí, mientras tomo otro cuchillo para carne y repito el proceso en la otra mano.

Gime mientras intenta levantar los cuchillos del suelo de madera, su piel se desliza por el cuchillo hasta que se deja caer de nuevo en agonía. Arrancándole la camisa del torso, tomo el cuchillo de filetear del bloque de carnicería, y le presiono la punta en el pecho, mientras intenta hundirse en el suelo para escapar. El tatuaje sobre su corazón es la única marca que los Kuznetsov llevan para significar su impecable genética. Para demostrar que solo ellos son los herederos de la línea específica de los Bratva que Pavel dirige en Siberia.

Hundo la punta del cuchillo en su piel, deslizándolo mientras tallo alrededor de los bordes de su tatuaje.

—¡Para, joder! —grita mientras la hoja se hunde más profundo bajo la tinta y desuella la piel de su pecho. La retiro, desgarrando la piel del músculo y cortando el pedazo de piel por la cual emana sangre, hasta que el pedazo de tejido cuelga sin fuerzas en mi mano, con la tinta negra del Lobo de la Tundra y las estrellas brillando bajo la mancha roja. Lo arrojo a un lado, escuchando el sonido húmedo al pegarse al suelo—. Estás loco —murmura, con la respiración agitada, mientras le toco la cara con los dedos empapados de sangre y me rio.

—No tienes ni idea. —Me rio, arrastrando la punta del cuchillo por su esternón y dejando un rastro de sangre a mi paso. *El Diablo* que llevo dentro ansiaba la sangre, el olor a miedo y dolor en el aire.

No puedo esperar a compartir esa parte de mí con Isa. Para que el pequeño demonio que lleva dentro admita que ansía el derramamiento de sangre y la muerte tanto como yo.

—Solía pensar que me aburriría eventualmente —suspiro—. Después de toda una vida de violencia, ¿cómo podría no hacerlo? —pregunto, presionando el cuchillo a través de la piel de su pecho con cuidado. Lo empujo más profundo, haciendo lentos y cuidadosos deslizamientos con el cuchillo para atravesar la pared del pecho, hasta que siento la familiar presión del hueso contra la

punta, deslizándose en línea recta a lo largo del esternón. Pongo el cuchillo sobre su estómago para deslizar ocho dedos en el corte que había hecho en su pecho, separando la piel para revelar el esternón. Me mira con horror, sus ojos se cierran mientras el inimaginable dolor que le abrieran la cavidad torácica mientras lo mira se apoderaba de él—. Pero ese día nunca ha llegado.

Utilizo la punta del cuchillo para abrirle el esqueleto, complacido que siga respirando mientras meto la mano en su cavidad torácica y envuelvo con mis dedos su corazón palpitante. Esa es el amor de mi vida, mi corazón, y Pavel casi me lo había arrebatado. Con su vida en mis manos, tiro de él hasta que parpadea ante su propio corazón, en los momentos previos a su muerte. Abriendo su boca, meto el órgano ensangrentado entre sus dientes y atrapo el último aliento de su cuerpo.

Sobresale de su cara, una boca llena de su propio corazón, mientras bombea la sangre restante en su interior por toda su cara y cuello. Arrastro mis dedos por él, escribiendo en el suelo junto a su cuerpo.

Uno menos.

Faltan cuatro. Me levanto y me lavo las manos en el fregadero de la cocina. Vuelvo a dirigirme a la puerta del apartamento, la abro de un tirón y salgo al pasillo después de cerrarla tras de mí. Saco el móvil del bolsillo, marco el número de Pavel y me río cuando salta al buzón de voz, como era de esperar.

—¿Todos tus hijos son idiotas como su padre? ¿O era solo Leonid? —pregunto, terminando la llamada y dándome la vuelta para pasear por las calles de Roma.

Sonrío a la anciana con la que me cruzo, sentada en sus escaleras, y me dirijo a la casa de mi amable anfitrión.

Massimo Farrante es uno de los pocos hombres en los que confiaba para que me mantuviera a salvo hasta que pudiera

regresar a Isa, pero él y yo tenemos asuntos que discutir antes que pudiera abandonar Roma.

Mañana no puede llegar lo suficientemente rápido.



Cuando termino mis asuntos y me dirijo a la habitación que me habían reservado para pasar la noche, el cansancio hace que mis extremidades se sientan pesadas. Quiero volver a casa con Isa, pero dormir un poco antes me vendrá de maravilla. Mi conversación con Massimo continuará al día siguiente, trabajando para ayudarlo a encontrar una solución a sus propios problemas de mujer, sin cruzar la línea. Los hombres como nosotros caminamos por una línea cuidadosa, y si no nos tomamos el tiempo de evaluar nuestras acciones, podemos cruzar a la zona prohibida de aquellos a quienes condenamos.

Abro la pantalla de mi portátil a pesar de mi cansancio, queriendo ver a *Mi Reina* dormir durante unos momentos para tranquilizar la violencia que suena por mis huesos. No tenerla para que me quite la adrenalina que me quedó es una tortura, y me propongo llevarla conmigo siempre que pueda hacerlo con seguridad.

Cuando subo la imagen de la cámara y mis ojos se posan en su rostro, no se puede negar la inquietud de su cuerpo. A pesar de lo tarde que es, está muy despierta en el centro de la cama. La sospecha se apodera de mí, y rebobino la señal lentamente, observando con la mandíbula apretada lo que Isa había hecho.

Sigo rebobinando hasta el momento en que se quita las sábanas del cuerpo y abre las piernas. Desnuda ante la cámara desliza su

mano entre los muslos y juega con su coño con sus ojos en la cámara, no se puede negar que había elegido desafiarme intencionalmente.

No trata de ocultar su rebeldía, sino que la utiliza para torturarme mientras sus dedos trabajan su clitoris con una sonrisa arrogante en su rostro, a sabiendas que la vería. Sus dedos se deslizan más abajo dentro de su coño y bombea lentamente.

Dejo caer mi mano hacia mi polla, agarrándola con fuerza e imitando la velocidad de sus dedos mientras me acaricio. Isa se muerde el labio en la cámara como si pudiera verme tocándome, complaciéndose en llevarme más lejos en mi rabia y deseo por ella.

Le había prohibido explícitamente que se tocara, y ella había decidido que mi codicioso coñito necesitaba una atención que no podía darle por no estar allí.

Su espalda se arquea mientras mueve esos traviesos dedos de nuevo hacia su clitoris, rodeándolo con un ritmo creciente mientras mi mano acaricia mi polla más rápido. Imaginándomela debajo de mí, suplicando mi semen mientras la follo. Con una mano libre, pellizcando su pezón como podría hacerlo yo y estallando en un orgasmo mientras veo cómo su pecho se agita y sus muslos se tensan alrededor de su mano.

Bombeo mi polla hasta que me corro sobre mi estómago, prometiéndome como venganza que tomaré su culo cuando vuelva a casa al día siguiente.

Tendrá suerte que pueda caminar cuando termine con ella.

30

ISA



Hugo observa de reojo cómo Joaquín se centra en el pequeño claro del extremo opuesto de la ladera. El pueblo y la casa de Rafe están escondidos en el lado opuesto, y estamos fuera del camino que la gente del pueblo recorría a pie o en coche para llegar a la iglesia donde nos habíamos casado.

El mar se ve a lo lejos a través de los árboles, pero la mayor parte del tiempo estamos a salvo. Todavía no he sido lo suficientemente valiente como para aceptar la oferta de Regina de llevarme por el pueblo y presentarme a la gente que llama hogar a la isla. Todavía no les había perdonado que permitieran a Rafe hacer lo que quisiera conmigo y no se atrevieran a intervenir.

Aunque sabía que era ilógico esperar algo así.

Con unos leggings y una camiseta de tirantes, observo fijamente a Joaquín mientras se quita los tenis.

—Rafe te va a asesinar cuando se entere, y se va a enterar. — Hugo regaña a su hermano mayor—. ¿Has perdido la maldita cabeza?

—No me va a asesinar. Isa no lo permitirá —dice Joaquín con una débil sonrisa que dece lo poco que creía que eso fuera cierto.

Hugo solo pone los ojos en blanco.

—Vale, entonces no te matará. Solo te dará una puta paliza. ¿Qué podría valer eso?

Joaquín me guiña un ojo, negándose a decirle a Hugo la verdad: haberle prometido hablar con él solo a cambio de este mismo momento.

—Solo tenemos que hacer que valga la pena mientras tengamos tiempo —dice, asintiendo con la cabeza.

Asiento en silencio, esperando que mi distracción de la noche anterior mantenga a Rafael centrado en otras rebeliones. Tal vez estará tan concentrado en castigarme por tocarme, que pasará por alto la transgresión más grave, la que odiará con cada fibra de su ser.

El agotamiento ya hace que mis miembros se sientan pesados por el esfuerzo del día.

Cuando Joaquín dijo que tenía la intención de hacer que el día contara, no me había dado cuenta que se refería a hacerme trabajar hasta que no pudiera caminar. Pero el entrenamiento que me dio será valioso si alguna vez llegaba a un punto en el que tuviera que protegerme. Soy pequeña, y la mayoría de los hombres son enormes en comparación conmigo, especialmente los hombres que parecen rodear a Rafael.

El hombre que había visto fuera de Moon en Ibiza tampoco había sido pequeño, aunque Rafael sobresalía por encima de él.

Utilizar mi tamaño en mi beneficio es lo mejor para mí. Jugar con las expectativas de no ser más que una chica diminuta sin capacidad ni interés en la lucha. Puñetazos en la polla, el talón de

mi palma empujando hacia arriba en el extremo de la nariz de una persona, y el lado de mi mano en el borde del cuello de un hombre.

Todas las formas en que podría llevar a un hombre a sus rodillas lo suficiente para escapar. Lo que haría a partir de ahí, no lo sabía. Pero supuse que la esperanza es que alguien estuviera allí para ayudarme después de hacerlo.

—Sácale los ojos si puedes —dice Joaquín, tomando mis manos entre las suyas. Hugo se estremece cada vez que Joaquín me toca, como si el punto fuera a funcionar en su contra cada vez que lo hacía. Dobla dos dedos a la altura del nudillo medio, juntándolos y guiándolos hacia el lado derecho de la nariz—. Golpea con toda la fuerza que tengas y los dejarás ciegos. Temporal o permanentemente, eso te dará una gran ventaja durante el resto del combate y probablemente te dará la oportunidad de escapar. Los objetos son aún mejores. Si puedes perforar el ojo, tendrás una oportunidad de matarlos.

Giro el cuerpo hacia atrás, apartando la mano y practicando el espacio entre los dedos.

—¿Un ojo a la vez? —pregunto, tratando de separar los dedos lo suficiente como para poder sacar los dos a la vez.

—Así conseguirás más fuerza —dice, volviendo a juntarlos. Le agujerono en la cara, deteniéndome justo al lado de su ojo. Parpadea y me mira con demasiada confianza, mientras observaba el sol en el cielo—. Deberíamos llevarte de vuelta antes que Regina envíe un grupo de búsqueda.

—De acuerdo —acepto. Aunque quiero seguir adelante, me duele el cuerpo por el cansancio del día. No tenía un estilo de vida activa en Chicago, y no había hecho mucho para cambiar eso desde que llegué a España. Nos damos la vuelta y volvemos a la casa, caminando por el claro mientras pienso en la realidad de las últimas veinticuatro horas.

Rafe se había ido de la isla. No me molestaba, y Joaquín había demostrado que estaba dispuesto a desafiar a Rafael en algunos aspectos.

Sin embargo, no le había pedido ni una sola vez que me sacara de la isla o que me ayudara a escapar. Debería haber deseado mi libertad más que nada, pero no lo hago. Él había tomado mis decisiones y no me había dejado otra opción que hacer lo que él quería. Pero hay algo increíble en no ser responsable por una vez.

Hay algo adictivo en que otra persona tome las decisiones difíciles por mí, y eso me aterra.

Porque si me gusta, no iba a parar nunca.

¿Cuánto tiempo podía durar realmente antes que Rafael cruzara una línea?

¿No lo había hecho ya?



Me duelen los huesos. No parecía posible que los huesos de una persona dolieran, pero los míos palpitan bajo mi piel. Los músculos se aprietan y contraen mientras muevo el cuerpo en la bañera de nuestro dormitorio, para intentar aliviar mis miembros doloridos. Regina no espera que Rafael llegue a casa hasta el día siguiente, dada la naturaleza de sus negocios en Roma, aparentemente, pero necesito poder moverme para cuando regrese.

Si no puedo caminar, sospechara que había hecho *algo* malo. Él sabrá que estoy guardando un secreto, y sé que en el momento en

que empiece a hacer preguntas, obtendrá las respuestas que quiero ocultarle tan desesperadamente durante el mayor tiempo posible.

Si había que castigarme, primero quiero tomar más de una lección.

Suspiro, apoyando la espalda en la bañera por completo y dejando que el agua se deslice por mi piel. Hace rato que se ha enfriado del calor abrasador con el que la había llenado, pero no me atreve a moverme.

No podré salir por mi cuenta, y la idea me hace soltar una risita. Tal vez me quede en la bañera hasta que Rafe llegue a casa y me descubra hecha un desastre.

Me muevo lentamente, forzándome a sentarme primero y haciendo una mueca de dolor al sentir los músculos del estómago.

—¿Te encuentras bien, *Princesa*? —pregunta Rafael de repente, de pie en la puerta que da al dormitorio. Ni siquiera la había oído abrirse, tan absorta en mi propio dolor.

—Rafe —jadeo, girando la cabeza para mirarlo con sorpresa. Toda la bravuconería que había sentido en su ausencia no es más que un recuerdo fugaz en el momento en que me golpea de nuevo la abrumadora realidad de él.

A pesar del dolor de mi cuerpo, me obligo a moverme con la mayor naturalidad posible. Para no permitir que mis articulaciones rígidas muestren lo adolorida que están.

—Solo me siento un poco mareada —miento. El momento aleatorio de náuseas que había tenido el día anterior no había regresado desde entonces, demostrando que no es más que un caso de estar demasiado cansada.

Parece ridículo cuando no hago nada, pero el peso emocional de todo lo que ha pasado me hace sentir constantemente la necesidad

de dormir. Rafe se adelanta, inclinándose hacia mí y rozando brevemente sus labios con los míos mientras sus dedos prueban el agua.

—Está fría —observa.

—Lo está —admito—. Solo estaba siendo perezosa y no quería salir.

Sonríe, y su oscura sonrisa hace que la mía se desvanezca.

—Quiero enseñarte algo —dice, tendiéndome una mano. Trago saliva antes de poner la mía en la suya, dejando que me ponga de pie. Me envuelve con una toalla, me seca y elige unos pantalones para que me los ponga mientras lo miro llena de mis propios nervios.

¿Lo sabe?

Me tiende las bragas y pongo mis manos sobre sus hombros antes de meterme en ella y dejar que me la suba por las piernas para cubrir mi cuerpo. Sabía que algo iba muy mal, porque no hay mundo en el que no haya pensado que Rafael quiera follarme nada más llegar a casa.

A no ser que otra mujer lo entretuviera en su viaje. Mis viejas inseguridades me acosan mientras me ayuda a ponerme un sujetador deportivo por encima de la cabeza.

—¿Qué te pasa, *Mi Reina*? —pregunta, mientras sus dedos recorren la abertura de mi coño a través de las bragas—. ¿Hiciste algo que no debías mientras no estuve?

Trago saliva y dejo que me ayude a poner los jeans que me tiende.

—Creo que ambos sabemos ya la respuesta a eso —tarareo, tirando de una camiseta por encima de mi cabeza y dejándome mirarle con fastidio

—Bueno, está claro que no necesitas la polla de tu esposo —reflexiona—. Así que no estoy seguro de por qué parece decepcionada que te vista. —Siguieron los calcetines y los zapatos, haciendo hincapié en que íbamos a salir de casa.

De repente me pregunto si volveré.

—¿A dónde me llevas? —pregunto cuando me toma de la mano y me guía fuera del dormitorio. Regina sonríe como si no pasara nada mientras pasamos delante de ella y entramos en el todoterreno que está estacionado en la entrada. Probablemente no *hay* nada malo en su mundo.

No era ella la que había desafiado al Diablo y sentía que la llevaba a su funeral.



Rafael se detiene ante un establo con gente en el granero, trabajando en el pasillo abierto del centro. Me ayuda a salir del todoterreno mientras le miro confusa, dejando que me guíe hasta la enorme verja que atraviesa las puertas abiertas del establo.

—¿Tienes caballos? —pregunto, volviéndome para mirarle mientras abre la puerta y entra en el granero. Un caballo de color canela está atado en cruz en el pasillo, con un aspecto limpio e impoluto y un ronzal de orquídea en la cara.

—Sí —admite Rafael, acercándose a una de las puertas de los establos abiertos. Un enorme caballo ébano asoma la cabeza, girando su fuerte cuello para mirar a Rafe e inclinándose hacia su cuerpo. Rafe se acomoda al contacto afectuoso, acariciando su cara

con una suavidad que solo le había visto usar conmigo antes—. Este es Valerio —dice.

Rafe se dirige a la mesa situada en la cabecera del establo, tomando un cubo de azúcar y dándoselo con la mano al enorme caballo, que se lo quita cuidadosamente con unos dientes enormes y planos. No me muevo hacia ellos a pesar de la belleza del caballo, demasiado distraída por el caballo moreno del pasillo. Los cálidos ojos marrones del caballo me estudian con cautela mientras mueve la cabeza dos veces.

—Ese es Challen —dice Rafael—. *Shining Moon*.

—¿No debería ser blanco para ser una luna brillante? —me río, dando un paso adelante con cautela.

Rafael tararea su diversión.

—Tal vez, pero tú siempre fuiste mi luna brillante en la noche y me pareció apropiado ya que es tuyo.

—¿Mío? —pregunto, haciendo una mueca de dolor cuando toma mi mano entre las suyas y la extiende para que el caballo la huela. Los bigotes de su nariz me hacen cosquillas en el dorso de la mano mientras me huele, su nariz se mueve contra mi piel—. Pero no tengo ni idea de caballos.

—Lo tengo desde hace más de un año, así que está bien entrenado. Será un buen caballo para enseñarte todo lo que quieras saber. —Rafe me suelta la mano, dejando que me acerque al caballo que me estudia con tanta incertidumbre como yo a él. Le toco con la palma de la mano en la parte superior de la cara, acariciando el pelo corto y riendo cuando levanta la cabeza y su nariz roza mi estómago. Su nariz se mueve allí, haciéndome cosquillas suavemente a través de la camiseta. Rafael entra en la habitación de al lado y sale con una almohadilla de tela que arroja sobre el lomo del caballo. Lo asegura bajo su cuerpo, tirando de él con fuerza. Challen me da un golpe con la nariz, sus ojos brillan cuando

Rafe desaparece de nuevo y vuelve con un cabestro de cuero y cuerda. Le ata las riendas y se las pasa por el cuello a Challen antes de desatarla de su cara y quitársela.

Me lleva a colocarme junto al flanco de Challen, coloca el ronزال en mis manos y me ayuda a guiarlo sobre su nariz. Una vez que está asegurado alrededor de su mandíbula, tira de las riendas para liberarlas de sus flanco y las pone en mis manos. Me quedo allí, sujetando el puto caballo sin saber qué hacer, mientras Rafe se mueve y coge un casco del guadarnés. Me lo pone en la cabeza mientras le miro horrorizada.

—No es posible que pienses que voy a montar a caballo —protesto—. ¿No debería haber una silla de montar o algo así al menos?

—Siempre he pensado que la mejor manera de aprender a montar es a pelo. Puedes sentir mejor el movimiento del caballo y hay algo en la conexión que se crea que no puedes conseguir con la barrera de una silla de montar —explica, saliendo hacia la entrada trasera del establo. Me hace un gesto para que le siga, y guie a Challen para que gire. Camina a mi lado, sus pasos tan cercanos a los míos me ponen nerviosa.

Retrocedo, dándole más holgura a las riendas, pero él se acerca a mí una vez más hasta que su flanco casi roza mi hombro.

—Suenas como un hombre que se queja de los condones —le digo a Rafe tragando saliva.

—¿Y qué sabes tú de eso, *Mi Reina*? —Se ríe, y se detiene justo al lado del granero. Cuando Challen y yo lo alcanzamos, me quita las riendas de las manos y se las echa al cuello. El caballo se queda quieto mientras Rafe me mueve para alinearme con su lomo. Se inclina ligeramente, sacando las manos y ahuecándolas—. El pie izquierdo en mi mano. Te voy a subir la pierna. Pon tu cuerpo en su lomo y tira de tu pierna derecha hacia el otro lado.

—Oh, por el amor de Dios —gimo—. Eso suena demasiado coordinado para mí. Te das cuenta que tropiezo con mis propios pies, ¿verdad?

Levanta una ceja sin responder, sin dejar duda que no nos iremos hasta que lo intente. Pongo el pie en su mano y grito cuando me lanza al lomo de Challen. El pobre debe odiarme mientras lucho por maniobrar mi cuerpo dolorido sobre él y girar la pierna, pero no da ni un solo paso.

—¿Ves? No está tan mal.

—¿Siempre son tan altos? —pregunto tontamente, sabiendo la respuesta a la pregunta mientras recojo las riendas en mi mano.

—Challen es un poni, *Mi Reina*. —Se ríe—. Es pequeño para ser un caballo.

—Pues me alegro —murmuro, tocando la corta melena multicolor que se alza sobre su cuello con un diseño de tablero de ajedrez en blanco y negro recortado.

—Es un fiordo noruego. Es un estilo típico para la melena —dice, sonriendo como si pudiera escuchar mis pensamientos. Toma mi pie entre sus manos, inclinándolo con dureza mientras mis doloridos músculos protestan por el cambio de posición—. Mantén siempre los talones abajo. Ayuda a tu asiento y te mantendrá en el caballo.

—Inteligente. Recuérdate lo de las posibles caídas, porque empiezo a ver eso totalmente útil. —Trago saliva cuando me toca la columna vertebral, guiándome para enderezar bajo su contacto.

—Hoy solo vamos a dar un paseo —bromea—. Tal vez hagamos algo de trote. Quiero que estés bien y dolorida para el final del día.

Vuelvo a tragar saliva, y la realidad de ya estar adolorida se siente como una condena mientras trato de alejar los signos físicos de ello.

Tal vez la equitación me de una excusa para ello y no tendré que preocuparme de ocultarlo por más tiempo.

—¿Por qué quieres que me duela? —pregunto nerviosa mientras canturrea a mi lado. Challen se adelanta, siguiendo el ritmo de Rafael mientras lucho por quedarme quieta ante la intensidad del movimiento que hay debajo de mí.

—Te dije que habría consecuencias por jugar con mi coño mientras no estaba, *Princesa*. Lo hiciste de todos modos, así que ahora me voy a desquitar con este bonito culito tuyo antes de follarlo. —Lucho contra el calor que se acumula en mi interior, la fuerza motriz que me hace doler de una forma totalmente nueva.

La fricción del movimiento de Challen entre mis muslos no es una buena combinación cuando se encuentra con las sucias palabras de Rafael. Ni siquiera tocarme la noche anterior había sido suficiente para frenar el insaciable deseo que me provoca Rafael.

Había estado necesitada y ávida de él minutos después de encontrar mi orgasmo, necesitándolo dentro de mí para sentirme realmente completa. Él ha sido el primero, y me había arruinado para todo placer que no tuviera que ver con él.

Me había destrozado. Total, y completamente, y no creía que pudiera hacer que me arrepintiera.

31

RAFAEL



—¡Baja los talones! —grito, viendo cómo Isa pasea tímidamente a Challen por el ruedo por décima vez. Es suave con sus manos, como si le preocupara hacerle daño al usarlas para dirigirlo, pero igual no lo deja pasar por esa razón.

No es que a Challen le importe. Es mucho más probable que el terco poni se niegue a trotar que a salir con ella. Isa lo aprieta con sus muslos, inclinando los pies de la forma que le había enseñado. La posición es incómoda para adaptarse, sobre todo sin estribos, pero al menos entiende lo básico. Me pongo delante de ellos mientras se acercan, viendo cómo Challen se detiene con gusto. Isa se agacha para tocarle el cuello.

—¿Estás lista para trotar? —le pregunto.

—No —dice. Me rio, moviéndome a su lado y tomando su pie con la mano—. Cuando quieras que vaya más rápido, aplica una *ligera* presión con los talones. No una patada ni nada por el estilo, solo dale un pequeño apretón con la pantorrilla. Cuando quieras que vaya más despacio, hazlo con fuerza y aprieta con los muslos.

—¿No es confuso? —pregunta.

—No para él —digo con una sonrisa de satisfacción, dándole unas palmaditas a Challen mientras aprieta su pantorrilla contra su costado. Se aleja a un ritmo más rápido que antes, haciendo que Isa se tense—. Relájate —la insto, arriando a Challen de nuevo. El caballo me mira con desprecio, pero retoma el trote.

El cuerpo tenso de Isa rebota sobre su lomo, y me estremezco igual que el pobre caballo.

—Siéntate. Mantén tu trasero sobre su lomo. —Ella se sienta más profundamente en el, moviéndose con él en lugar de tensarse y luchar contra el movimiento—. Ahora posa —le indico.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando —me sisea, pero hay una sonrisa en su voz que no había estado allí antes.

—Usa tus muslos para levantar tu trasero. Empuja hacia arriba y hacia abajo. Arriba. Abajo —le ordeno. Ella me mira como si hubiera perdido la cabeza, echando un vistazo a la falta de estribos—. Puedes hacerlo.

Lanzando un suspiro, finalmente lo intenta y consigue levantarse y bajar con cuidado, pero su cara es de dolor mientras lo hace. Parece que he subestimado lo mucho que Isa necesita trabajar sus musculares centrales.

—De acuerdo —digo, dejándola libre. Me acerco más a ella mientras Challen reduce el trote y tomo las riendas para guiarla hasta la zona de desmontaje—. Gira la pierna y te ayudaré a bajar. —Ella hace lo que le digo, dejándome guiar su cuerpo por el lado de Challen lentamente, hasta que sus pies tocan el suelo y da un pequeño gemido.

El dolor no puede ser tan inmediato, y la sospecha me invade, me hace preguntar el por qué Isa parece tan dolorida.

Llevo a Challen de vuelta al establo, entregándoselo a Esteban y tomando la mano de Isa. La guio hasta el impecable cuarto de

aperos, que es más bonito que la cocina de la casa en la que Isa se crió. Le quito el casco de la cabeza, lo cuelgo en uno de los ganchos y cierro de una patada la puerta del guadarnés tras nosotros.

Isa se gira hacia a mí, tragándose los nervios mientras se retuerce dónde está. Me acerco más a ella, obligándola a retroceder hasta que su culo choca con el borde de la mesa en el centro de la habitación.

—¿Qué estás haciendo? —susurra, mirándome fijamente mientras le tomo la cara con la mano. Pasando los dedos por la piel de su pómulo y el pulgar por debajo del punto de su ojo, me inclino hacia su espacio y la beso suavemente.

Al trazar la línea de sus labios con mi lengua, gimo en el momento en que los abre para mí y me acepta dentro, a pesar de su ansiedad. Su miedo aumenta mientras disfruto de su sabor en mi lengua. Llevaba un día fuera y ya me siento patético por lo mucho que la había echado de menos en tan poco tiempo.

Mi Reina es parte de mí. Impresa en mi alma de una manera que no puedo escapar.

Me aparto de su boca, besando a lo largo de su mejilla, mientras deslizo mi mano en su pelo y tiro de su cabeza hacia atrás, tan bruscamente que jadea de dolor.

—No me gusta saber que me desobedeciste mientras no estoy, esposa —murmuro. Se estremece cuando la suelto y retrocedo lo suficiente como para ponerla de cara a la mesa. Alcanzando la parte delantera de su pelvis, le desabrocho los jeans y deslizo la bragueta con fuerza bajando la tela por sus muslos.

—¿Qué haces? —repite ella, con la mirada perdida en la ventana de la puerta. Isa sigue sin entender que nadie se atrevería a mirarla. Pero, aunque lo hicieran, no me importa que la vean con mi polla enterrada hasta mis pelotas en su culo. Es mía para follar, para usarla.

Mía para hacer lo que me dé la gana.

—Inclínate sobre la mesa —ordeno, presionando una mano entre sus omóplatos hasta que se tumba.

—Rafe —protesta, ganándose una nalgada de advertencia en el culo. Se sacude contra la mesa, apoyando el torso contra ella, hasta que el lado de su cara se apoya en el dorso de su mano.

—Vas a quedarte jodidamente quieta, Isa —digo, apartándome para sacar en silencio una de las fustas de la pared mientras ella no pueda verme—. Si te mueves, te ataré. No me pongas a prueba, joder.

Asiente con la cabeza, sin saber lo que va a pasar. El miedo en ella es tan distinto al de mi rebelde esposa, que la sospecha sigue aumentando en mí. La reacción es extrema, porque ella sabía que usaría el sexo para castigarla por jugar con mi coño mientras no estaba.

Le subo la camiseta enganchándola en su sujetador, dejando al descubierto la parte baja de su espalda para que pueda pasar la fusta por su columna vertebral. Se sobresalta cuando el objeto extraño la toca, intentando desesperadamente ver detrás de ella para saber qué es. La retiro, me hago a un lado y golpeo contra la carne de su culo.

Grita, y un gemido le sigue, cuando el escozor del golpe inicial se desvanece en un rastro de fuego por sus nalgas.

—Rafe, por favor —suplica. La golpeo de nuevo, dejando una segunda franja paralela a la primera. Su piel se sonroja de un bonito color tras los golpes, y me rio cuando se pone de puntillas para intentar escapar del golpe que sabe va a recibir.

—No deberías haber jugado con mi coño —argumento, cruzando el siguiente golpe con los dos primeros. Ella gime, levantándose sobre sus manos y tratando de escapar del dolor de un nuevo

castigo. La aprieto contra mi pecho y tomo una cuerda de plomo de la pared, envolviéndola alrededor de sus muñecas mientras lucha por liberarse.

Al final, tras someter a esta mujer tan desesperada por escapar de su castigo, la empujo hacia delante hasta que vuelve a tumbarse contra la mesa. La golpeo en el culo y en la parte superior de los muslos con cinco golpes rápidos de la fusta contra su carne, cada vez más fuertes con cada gemido que suelta.

Conozco a Isa lo suficientemente bien como para saber que cuando meta los dedos entre sus piernas, mi mano saldrá empapada de ella. Golpeo la parte superior de su culo una última vez, tirando la fusta a un lado y deslizándos dos dedos en su coño empapado. Ella gime a pesar del dolor que le enciende el culo, y del desafío que veo en su mirada verde cuando vuelve la cara para mirarme.

Con la otra mano, saco del bolsillo el frasco de lubricante que había cogido del dormitorio, cuando Isa había estado en la bañera y libero mi polla de los jeans. Extendiendo el lubricante por toda la polla, saco mis dedos de su coño y los llevo a su culo. Presionando un dedo en el apretado brote de carne, ella sisea y trata de apartarse de mí.

—¡No te atrevas, joder! —gruño, la advertencia resuena en el pequeño cuarto mientras me río.

Añado un segundo dedo, abriéndola lo suficiente como para recibir mi polla sin desgarrarla. Quiero herirla, quiero que sienta el escozor de mi deslizamiento por su tierna carne.

Quiero que sienta el escozor de mis caderas golpeando las marcas de su culo.

—No es que mi coño necesite esta polla —argumento, liberando mis dedos y alineando mi longitud. Presiono dentro de ella lentamente, dejando que su cuerpo se abra para mí mientras se

obliga a relajarse ante la intrusión. Normalmente, cuando la follo por el culo, juego con su coño para añadir placer al singular dolor.

Me niego a hacerlo esta vez, dejándola retorcerse debajo de mí mientras me recibe centímetro tras centímetro en su culo. Gime cuando mis caderas tocan las marcas rojas de la fusta, y la agarro por la cuerda que le ata las manos a la espalda. Utilizándola para mantenerla firme, impongo un ritmo lento pero duro dentro de ella.

Follándola. Usándola para excitarme.

Nuestro encuentro debió haber sido en nuestra cama, conmigo haciendo el amor. En cambio, es en un establo con ella azotada y atada.

Cualquiera de las dos opciones me sirve, así que al final, Isa solo se había castigado a sí misma.

—Rafael, por favor —me suplica.

—¿Sabes siquiera lo que me estás pidiendo? ¿Quieres que pare? —pregunto, sin esperar la respuesta antes de follarla con más fuerza. Follándola con golpes más duros que la hacen gritar con cada deslizamiento de mi polla dentro de ella—. ¿Y bien?

—¡No lo sé! —grita, el sonido acompañado de un grito áspero que calma las asperezas de mi ira.

Compadeciéndome de ella, me dirijo hacia mi liberación, trabajándola hasta que me corro dentro de ella con un gruñido. Me aparto y le desato las manos mientras me meto la polla y cierro la cremallera de los jeans.

Endereza su cuerpo y se vuelve hacia mí con una mueca de dolor. Dejo caer mis manos sobre sus jeans y la ayudo a subírselos.

—¡Me has pegado! —me acusa, apartando mis manos mientras se sube los jeans y los coloca sobre su tierno trasero.

—Te ha gustado —le recuerdo con una sonrisa—. Ni siquiera estarías tan enfadada si te hubiera sacado de quicio.

—Tal vez debería hacerlo yo misma —gruñe—. Ya que no necesito tu polla. —Incapaz de reprimir mi diversión, le sonrío. Guiándola hacia el baño fuera del establo para limpiarnos antes de volver a la casa, no puedo resistir la risa que se me queda en la garganta.

—*Princesa*, si quieres que te dé más azotes en el culo solo tienes que pedirlo.



Isa sale del coche con un resoplido, cierra la puerta de golpe y se dirige a la casa con toda la rapidez que le permite su dolorido trasero. La tela de sus vaqueros debe de rasparle en la piel con cada movimiento, a pesar de las bragas que lleva debajo, pero hace todo lo posible por no dejarme ver el dolor físico que es consecuencia de su desafío.

Estoy seguro que la hinchazón de mi pequeño y codicioso coño no ayuda a las cosas, ya que la había dejado abandonada y desesperada por mi polla. Una vez que su ira disminuya, le será más difícil evitar que vea los síntomas de eso. Con gusto le daría lo que necesita, pero solo después que admita que me desea.

Después que me de las palabras que tan a menudo me oculta.

La sigo, entrando a grandes zancadas en la puerta principal de la casa. Aaron me recibe en la puerta, cruzándose en mi camino con una expresión solemne escrita en su rostro. Vuelvo la mirada para ver cómo Isa se acomoda en el rincón del desayunador, posando

cuidadosamente sus ojos en el juego de ajedrez de la pequeña mesa que tan poco se usa. Hace una mueca de dolor cuando su trasero golpea la madera, pero se niega a rendirse y a irse a la cama.

Necesitará cuidados posteriores cuando deje de ser tan terca.

—*Joaquín y su esposa se fueron al bosque* —dice Aarón, captando mi atención cuando las palabras me golpean en el pecho.

—¿*Qué hicieron ellos?* —pregunto.

—*No lo sé, señor Ibarra* —admite—. *No los seguí.*

—Gracias, Aarón —digo, despidiendo a uno de los hombres más jóvenes que trabajan en la seguridad de la casa. Vuelvo a centrar mi atención en Isa, observando cómo estudia el tablero de ajedrez pensativa. Cuando sus ojos vuelven a los míos, se congela con la mano en el aire. Su respiración se entrecorta y traga saliva, y lo sé sin duda.

Mi Princesa esconde algo.

La rabia me hierve la sangre, pero le doy la espalda para dirigirme a mi despacho. Doy pasos tan ligeros como puedo mientras enciendo la chimenea de gas del rincón y la hago rugir, sacando las tres planchas del armario donde las guardo y arrojó las puntas a las llamas.

Observo cómo el fuego baila sobre las planchas, mirando las diferentes marcas por un momento, antes de darme la vuelta y pasar furiosamente por donde Isa sigue sentada estupefacta y salgo por las puertas traseras.

—¡Rafe! —grita, con un alboroto procedente del interior mientras me apresuro a cruzar el patio.

Joaquín está de pie en el claro donde ardería la pira si tuviera algo de paciencia para entregar su marca otro día, pero dada su

última traición, que involucra a mi esposa, no estoy seguro que viva para recibirla. Se queda quieto, esperando que mi ira caiga sobre él mientras me acerco. Cuando estoy a su alcance, mi puño conecta con su mandíbula con tanta fuerza que se tambalea y casi cae al suelo.

—¡Rafe! —Isa vuelve a llamar mientras sale a toda prisa por las puertas traseras de la casa e intentaba seguirme. Su cuerpo dolorido la retrasa, dándome unos preciosos momentos con Joaquín antes de tener que recordarle lo que ocurre cuando defiende a otros hombres.

Lo pondré en el suelo y no me arrepentiré ni un momento si ella se *atreve* a interferir.

—¿Has tocado a mi mujer? —pregunto, pinchándole en la nariz. La sangre salpica mis nudillos, pero aun así no se defiende.

—Sí —dice—. La he tocado. —La furia ardiente dentro de mí se enfria hasta convertirse en un hielo que nunca antes había sentido, una cosa fría y afilada a la que ya no le importa que él sufra.

Solo lo quiero muerto.

—¡Rafe! No es lo que piensas —dice Isa, entrando a trompicones en el claro. Se acerca a mí, tomando mi mano en su agarre a pesar de la sangre de Joaquín en ella. Pero cuando la miro, no siento nada más que las esquirlas de una traición que es mucho más profunda de lo que pude haber imaginado—. Me enseñó a luchar —dice—. Eso es todo.

—¿Así que no te follaste al hombre que dejé para mantenerte a salvo? —pregunto, inclinando la cabeza hacia un lado mientras me mira con miedo. Si ese miedo es por ella o por Joaquín, no podría saberlo. No creo que quiera saberlo, porque la desafortunada realidad para *Mi Reina* es que debería tener mucho miedo por las consecuencias de su traición.

—¡No! —jadea ella—. ¿Cómo puedes pensar eso? Solo has sido tú —dice, calmándose un poco, pero mi rabia todavía late dentro de mí.

Me había desafiado con otro hombre.

—¿Quieres? —pregunto, arremetiendo con mi otra mano y atrapándola por el cuello—. ¿Quieres que te doble para que te folle tu bonito culito como lo hago yo?

—¡Rafael, para! —grita ella mientras hago precisamente eso, la doblo frente a mí. Joaquín no se mueve, ni siquiera mira hacia abajo a la posición obscena en que la tengo con su culo vestido de jeans en el aire—. No quiero a nadie más que a ti. Eres mi esposo —gime.

Al escuchar esas palabras, sé sin duda que es una manipulación. Un recordatorio que debía ser amable con ella, que debía ser un buen marido con mi *esposa*. Pero ella no se ha casado con un buen hombre. Se ha casado con un hombre que le puso un arma en la cabeza para reclamarla. Se ha casado con un hombre que mataría a cualquiera que pensara en quitarme lo que es mío.

—Hiciste algo que te prohibí explícitamente —le recuerdo—. ¿Creíste que no habría consecuencias por ello?

—Las consecuencias debería pagarlas yo. Fue mi decisión —suplica, con el rostro inclinado hacia el suelo. La suelto, dando un paso atrás y poniendo distancia entre nosotros, mientras miro a Joaquín.

—Nos vemos en mi despacho —le ordeno. Asiente, mirando a Isa con inseguridad, pero nos deja solos para que pueda ocuparme de mi esposa rebelde. Se pone de pie, mirándome fijamente a la cara cuando Joaquín entra en la casa y desaparece detrás de mí. Le tiembla el labio inferior, pero igualmente me mira con odio.

—Si me hubieras enseñado tú, esto no habría pasado —dice, levantando la barbilla—. Quieres dejarme vulnerable, pero te gusta

que te desafíe. ¿Cómo voy a entender lo que es tolerable y lo que no lo es cuando me das tantas señales contradictorias?

—Te daré una pista, *Princesa* —gruño—. Si se trata de otro hombre, no me desobedeces. Me da igual que te haya prohibido mirarle o hablarle, haces lo que te dicen, joder.

Ella traga saliva.

—No lo castigues por lo que le pedí que hiciera. Castígame a mí en su lugar. Fue mi elección.

—¿Sabía o no sabía que lo desaprobaba cuando aceptó? Porque por mucho que te guste pensar que Joaquín, Hugo o Gabriel son tus amigos, son *mis* hombres. Solo a mí me responden. Se quedó aquí y esperó su penitencia porque sabía que llegaría. Traicionó mi confianza de todos modos, así que pagará el precio. —Me doy la vuelta, caminando hacia la casa y esperando que Isa me siga. No lo hace, sino que se queda quieta en el claro y me mira fijamente—. Ven aquí —le ordeno, observando cómo aprieta los dientes, obligándose a moverse.

Pasa junto a mí, caminando rápidamente para entrar en la casa antes que yo. Cuando se le ocurre escabullirse hacia el dormitorio, la tomo de la mano con un fuerte apretón en señal de advertencia, mientras la arrastro hacia mi despacho y las marcas que allí esperan. La empujo hacia el sofá, sentándola con una mirada fulminante, antes de dirigir mi atención a Joaquín, que está arrodillado en el suelo sin camisa.

Mantiene la cabeza agachada, sumiso a pesar de la tensión de su cuerpo.

—No hagas algo de lo que te vayas a arrepentir —me murmura, desviando los ojos hacia un lado para mirar a Isa donde está sentada con las manos enroscadas en el cojín.

—Lo que haga con mi esposa no es de tu incumbencia —le recuerdo, despojándome de la camiseta y tomando el guante del armario junto a la chimenea. Me lo pongo, tomo la plancha para su penitencia y observo el hierro al rojo vivo. No se inmuta cuando le toco el pecho, añadiendo una cuarta marca a sus pecados contra mí. Sus fracasos.

Es un milagro que le permita vivir, porque si llega a siete...

Será exiliado de *El Infierno*. Dejaría atrás el único hogar verdadero que había conocido y se convertiría en el problema de otra persona.

Sin importar quién lo extrañe.

—Fuera. —Arrojo la plancha de nuevo al fuego, desviando mi atención de él. Se levanta, recoge su camisa y se retira del despacho sin decir nada más. Isa se queda donde la había dejado en el sofá, observándome con recelo cuando vuelvo a dirigirle ojos furiosos—. ¿Sabes lo que pasa cuando un hombre llega a los siete fracasos en mi isla? —le pregunto, acercándome al sofá. Mi mano enguantada y caliente toca el respaldo y quema el cuero mientras me inclino hacia su espacio. Observo fijamente su amplia mirada, utilizo mi otra mano para agarrarla por la mandíbula y obligarla a sostener mi mirada cuando intenta escapar de ella.

—No —susurra.

—¿Si los pecados son pequeños? Lo mando a paseo. Si son más problemáticos, lo mato —digo, sintiendo el movimiento en su garganta mientras trabaja para tragar—. ¿Te gustaría ser responsable de la muerte de Joaquín?

—¿Así que, si quiero irme lo único que tengo que hacer es desafiarte siete veces? —gruñe, desafiándome mientras se inclina más hacia mi espacio a pesar que el miedo la hace temblar.

—No, *Mi Reina*. Tú eres la única persona que está prisionera aquí. No tienes derechos como la libertad. No cuando eres mía —digo,

poniéndome firme y alejándome de ella. Tomo una de las planchas del fuego, estudiando la forma del extremo con atención. Isa me observa con el labio tembloroso, haciendo una mueca de dolor cuando extendo el antebrazo izquierdo y miro la parte del tatuaje que coincide perfectamente con la marca.

Observa horrorizada cómo presiono el extremo contra mi piel, abrasando la carne de mi brazo con los dientes apretados. Cuando lo retiro y lo vuelvo a poner en las llamas, Isa se queda mirando la piel roja con asombro.

Las palabras "*Mi Reina*" destacan más en rojo entre el mar de tinta negra de los tatuajes de mi antebrazo. Eso solo será más cierto cuando la herida sane y la piel se levante.

Igual que la de Isa.

32

ISA



—Por desgracia, los tatuajes se pueden cubrir o eliminar. Pero una marca es para siempre, *Mi Reina* —dice. Su piel arde en un color rojo furioso mientras se vuelve hacia su escritorio y barre todo lo que hay encima en el suelo—. Ven aquí —ordena, levanta una ceja cuando me niego a moverme—. Ahora —gruñe.

Sacudo la cabeza y me echo hacia atrás en el sofá cuando se acerca.

—¡No lo hagas! —grito en el momento en que su mano rodea mi muñeca y me levanta para ponerme de pie. Los pocos pasos hasta el escritorio me parecen toda una vida, una eternidad antes que me lleve a la misma superficie donde me había tatuado en lugar de marcarme.

De alguna manera, parecía que siempre habíamos estado destinados a acabar aquí.

Me arranca la camiseta por la cabeza mientras forcejeo, el sujetador le sigue, y luego me baja los jeans y las bragas por las piernas, sacándomelos de los pies junto con las botas. Me levanta sobre el escritorio mientras lucho contra la dureza de su agarre, depositándome en el borde. La fría madera escoce por las marcas

del culo, arranca de mis labios un doloroso jadeo que, de alguna manera, sabía que no sería nada comparado con el dolor que estaba por llegar.

—Nunca te perdonaré esto.

—Lo harás —dice con una risa condescendiente—. Me perdonarías cualquier cosa, *Princesa*. Porque esto es lo que significa amar a un hombre como yo. —Me pone una mano en el pecho y me coloca de espaldas sobre el escritorio. Le miro fijamente, y espero a que se de la vuelta para volver por el hierro candente en el fuego. En cuanto me da la espalda, me bajo del escritorio y me dirijo al otro lado del despacho.

A pesar de lo inútil que probablemente será, no puedo quedarme tumbada y aceptarlo.

—Ven aquí para que pueda follarte mientras te marco como mía permanentemente —advierte, bajando las manos a sus jeans y desabrochándolos para liberarse. Acaricia su polla con su mano libre del guante, la carne dura ofreciendo resistencia en su mano—. ¿No te advertí lo que pasaría la próxima vez que me desobedecieras? Sabías lo que estaba en juego y lo hiciste de todos modos. Ahora ven y acepta tu penitencia.

Niego con la cabeza, haciendo una mueca de dolor cuando acorta la distancia entre nosotros con la rapidez de *El Diablo*, me agarra por el cuello y me lleva de vuelta al escritorio. Me tumba encima con fuerza, y me duele la espalda al chocar contra la superficie con un fuerte golpe. Retrocede para tomar rápidamente el hierro para marcarme, sujetándolo con su mano enguantada mientras utiliza la otra para abrirme las piernas e introducirse entre mis muslos.

Lo miro fijamente, haciendo una mueca de dolor cuando se introduce de una sola embestida. Todavía estoy mojada por su exhibición en el establo, pero mi coño se aprieta alrededor de él por la falta de preparación. Se inclina hacia delante sobre el borde del

escritorio para mirarme a los ojos, mientras me agarra del brazo y tira de él hacia abajo junto a mi cuerpo. Me refuerzo debajo de él, mientras acerca la plancha a mi piel. El calor es insoportable, incluso sin que me toque.

—No te muevas —me advierte.

—No lo hagas —le suplico con lágrimas cayendo repentinamente por mi cara. No se echará atrás una segunda vez. No me mostrará piedad, porque *El Diablo* no la tiene—. Rafe.

Se mueve dentro de mí, deslizándose a través del tierno tejido para retirarse y presionar profundamente una vez más. Cuando estoy llena de él, alinea el hierro y lo presiona contra mi piel. La piel chisporrotea mientras grito, todo mi ser se estrecha ante el insoportable dolor mientras intento zafarme, pero Rafe solo me sujeta más fuerte.

No existe nada más mientras arde, mi respiración llega en rápidos jadeos mientras mi visión se vuelve *borrosa* y la conciencia se desvanece.

—Shhh —me tranquiliza, apartando finalmente la marca y arrojándola al fuego. Me sube a la mesa, colocando su peso sobre el mío y tomando mi cara con las manos mientras se mueve entre mis piernas.

Vuelvo a ser plenamente consciente, su rostro es amable mientras parpadeo. Mi brazo empieza a entumecerse mientras me acaricia la cara, pone su boca contra la mía para engatusarme con un beso cariñoso. Como si la marca en mi piel quitara la marca en su alma que he dejado al desobedecerle.

—Me duele —lloro, aunque agradezco el adormecimiento constante mientras mis terminaciones nerviosas mueren.

Toca con mis dedos la carne quemada de su brazo, el amasijo rojo aún caliente al tacto mientras mueve su polla dentro de mí.

—¿Ahora olvidarás que eres mía? —pregunta, besándome ligeramente mientras sus ojos sostienen los míos. Con empujones lentos y fáciles, me hace el amor mientras calma el dolor que ha causado, transformándolo en placer a medida que la agonía inicial se desvanece.

—Nunca lo hago —protesto con un susurro, rodeando sus caderas con las piernas para atraerlo más profundamente. Me agarra el brazo con cuidado, levantándolo para que no tenga más remedio que mirar las palabras grabadas en mi piel.

La carne roja y furiosa parece el mismísimo diablo. *El Diablo* es mi dueño. Siempre lo fue.

—Mi esposa no me desobedece, y a los hombres no se les ocurre tocar lo que es mío sin mi permiso. —Se introduce en mí, deslizando una mano entre nuestros cuerpos para tocar mi clítoris mientras deja caer sus labios sobre mi pecho y atrae un pezón a su boca. Me lo muerde bruscamente, y me arranca un gemido mientras mi orgasmo crece más y más—. Ahora cualquiera que te mire recordará lo que les ocurre a los hombres que tocan lo que es mío —gruñe, acercando de nuevo sus labios a los míos mientras sus dedos trabajan con más fuerza mi clítoris.

Me corro de repente, su boca se traga mis gritos mientras empuja profundamente y hace correr su propio clímax dentro de mí. Estoy demasiado agotada para moverme cuando me saca y coge en brazos para llevarnos al sofá. Me quedo dormida con sus manos en el cabello, sus dedos recorriendo las hebras mientras me mira como si yo importara.

Como si yo lo fuera todo.



Dormí el resto del día después que Rafe vendara alrededor de mi marca y me aplicara una pomada en las marcas del culo por la fusta. Dormí toda la noche y hasta bien entrada la mañana siguiente, con él vigilándome. Cuando me obliga a salir de la cama, ya era más de mediodía. Después de un rápido almuerzo con Regina, me toma de la mano y me lleva a su despacho.

En su despacho nunca pasa nada bueno.

Me siento en una de las sillas frente al mismo escritorio en el que me había marcado. El mismo en el que me había tatuado. Se sienta a mi lado y toma sin decir nada la carpeta de la mesa y me la entrega.

El peso de su mirada es siniestro. Había estado extrañamente callado toda la mañana, meditando sobre algo, y sin embargo, sigue atento a mí físicamente y al hecho que necesite su intimidad después de todo lo que me hizo el día anterior. Que necesite saber que me ama, porque sus acciones no son las de un hombre enamorado.

Sino las de un hombre obsesionado con algo que le pertenece.

Miro la carpeta cuando se la quito de las manos, la abro y miro la horrible foto que hay delante. Un hombre sentado en una silla de oficina, con la cabeza inclinada hacia un lado y un orificio en el costado de su cabeza por el que salía sangre. Cierro la carpeta de inmediato y miro a Rafael con confusión.

—¿Por qué me enseñas esto? —pregunto, devolviéndoselo.

—Eso... —Hace una pausa, inclinándose hacia delante para apoyar los codos en las rodillas mientras deja la carpeta sobre el escritorio—, es el oficial que presentó tu informe del accidente después que casi te ahogaras.

—¿Lo mataste? —pregunto, tragando la bilis—. ¿Por qué?

—Esa foto es de una semana después de tu accidente —responde, acercándose para tocar con sus dedos el vendaje que cubre mi brazo. No toca el lugar donde está la marca en sí, pero la zona que la rodea escocen con la presión de su mano—. Lo llamaron suicidio, pero creo que ambos sabemos que no lo fue.

—No sé de qué estás hablando —digo, empujándolo para ponerme de pie. Sus manos bajan sobre mis rodillas, empujándome de nuevo a la silla mientras me mira con enojo.

—He sido muy paciente contigo —dice—. He sido paciente contigo con esto, pero ya es suficiente, Isa.

—¿Qué mierda importa lo que haya pasado? Fue hace más de una década —digo, negando con la cabeza.

—Tu hermana te perjudicó de una manera que me lo tomo muy en serio. Soy tu maldito esposo —gruñe—. Mi trabajo es mantenerte a salvo y matar a la gente que te pondría en peligro. ¿Debería matar a Odina en su lugar? ¿Sería más sencillo para ti?

—¡No! —grito, mirándole fijamente—. Estás haciendo el ridículo.

—Y tú estás dando largas —dice, tomando su móvil—. Todo lo que se necesita es una llamada, *Princesa*. Una llamada para acabar con su vida, y ni siquiera tendría que apartarme de tu lado para apretar el gatillo. Ambos sabemos que se lo merece después de lo que te hizo.

Miro el móvil en su mano, incapaz de expresar el secreto que me atormenta. Ya sabía cómo reaccionaría Rafael. Ya lo había escuchado todo. *No fue tu culpa.*

Pero lo era, y nada cambiaría eso.

—Esto no se trata de lo que hizo Odina. Se trata que lo quieres todo. Tienes un puto descaro. ¡Me has marcado! No puedes traermé aquí y hacer más demandas. ¿Por qué no puedo tener una sola cosa que sea mía? —gruño, quitándole el móvil de la mano de un manotazo. Lo deja donde ha caído y se acerca para pasarme el pulgar por el labio inferior.

—Porque eres mía. Cada parte de ti es mía. Lo que sea que haya sucedido te ha convertido en lo que eres, y te ha hecho dejarme, aunque estés tan jodidamente enamorada de mí que no puedas verlo bien —me acusa, arrastrando mi labio inferior hacia un lado mientras lo miro boquiabierta—. Esto tiene poder sobre ti. Tiene poder sobre nosotros, y haré lo que sea necesario para entender el puto *por qué* —advierte, levantándose de su asiento para tomar su móvil del suelo.

—Vete a la mierda —gruño. Cuando se agacha para tomarlo, aparto su mano de un puntapié y me pongo de pie agarrando la barbilla entre los dedos. Él inclina su cabeza hacia la mía, con la posesión arremolinada en su mirada mientras me estudia de pie frente a él—. Déjalo, Rafael.

Se mueve de repente, tomando el móvil en su mano e introduciendo su código de acceso mientras mantiene sus ojos en los míos. Se pone de pie, mientras me muevo por el móvil, envuelve su brazo para apretar mi espalda contra su cuerpo y mantenerme quieta. Le piso el pie, deseando tener tacones con los que pudiera apuñalarlo.

Gruñe al marcar un número y se lleva el móvil a la oreja detrás de mí, mientras me trago las ganas de vomitar.

Las lágrimas corren por mi cara, arrancando la parte más oscura de mí mientras él habla.

—¿Por qué Odina te odia tanto, Isa? —pregunta antes de hablar por el móvil en español mientras mis pulmones se agitan. Una desesperación como nunca había conocido me hace querer mantener mi secreto a buen recaudo, pero no puedo dejarla morir por mí.

Ya lo hice una vez.

—¡Porque la maté! —grito, mis pulmones se agitan con el peso de la confesión mientras se desgarran de mi alma—. Fue mi culpa —sollozo, apoyándome en su brazo para intentar liberarme. Me suelta, dejándome caer al suelo junto a sus pies mientras su boca se abre y se mueve alrededor de mi cuerpo para mirarme fijamente.

Dejo caer mi mirada al suelo, incapaz de mirarle a los ojos, y sé que cuando finalmente lo haga...

Nunca me mirará igual.

33

RAFAEL



Termino la llamada, observando cómo Isa se hace un ovillo. Lo que esperaba de ella cuando finalmente no tuvo más remedio que decirme la verdad, no había sido *esto*. Tiro el móvil en el sofá, me arrodillo frente a ella y le agarro la barbilla con un dedo suave. Ella aparta los ojos, negándose a mirarme, mientras me inclino hacia ella y toco mi frente con la suya.

—Estoy seguro que eso no es cierto —murmuro, levantando la mano para acariciar la piel bajo sus ojos, mientras la obligo a mirarme fijamente. Prefiero que se enfade conmigo por obligarla a decir la verdad y no por esta inversión desoladora de ella misma—. Eras solo una niña. Lo que haya pasado no podías cambiarlo.

—Ella nunca habría estado en ese río si no hubiera sido por mí —susurra, sus ojos finalmente encontrándose con los míos mientras niega sutilmente con la cabeza.

—Cuéntame —insisto, esperando que las respuestas sean más fáciles ahora que su culpa había sido revelada. Como ya sabía lo peor, esperaba que las piezas pudieran encajar.

—Había un hombre —susurra, con un sollozo atrapado en su garganta—. Mamá estaba hablando con un amigo con el que nos

topamos en nuestro paseo, y él se acercó a nosotras mientras jugábamos. Él dijo... —Hace una pausa, moqueando y apartando la cabeza de la mía. La obligo a volver a mirarme con un severo agarre en su barbilla, manteniéndola firme mientras respira profundamente—. Él dijo que había gatitos atrapados en los arbustos junto al agua. Nos pidió que le ayudáramos a sacarlos y ponerlos a salvo, porque eran demasiados para él. Odina no quería ir. Me rogó y dijo que había algo que le daba miedo.

—Pero fuiste con él de todos modos —digo, dándome cuenta. Ella asiente.

—Él dijo que yo tenía ojos amables y que sabía que le ayudaría cuando me vio. Odina nos siguió porque no quería dejarme sola. Nos agachamos entre los arbustos y buscamos a los gatitos, pero no los encontramos. Cuando me arrastré para decírselo, me agarró de la chaqueta con las dos manos.

—Y te tiró al río —termino por ella, observando cómo asiente lentamente—. ¿Dijo el por qué?

—A mí no —susurra—. Odina dijo que gritó cuando le vio lanzarme, y él murmuró algo sobre que la perra no merecía dos hijas, antes de lanzarla tras de mí.

—¿Tu madre tiene algún enemigo que quiera hacerte daño? —pregunto, frunciendo el ceño mientras ella niega con la cabeza—. ¿Por eso te odia Odina? ¿Porque cometiste un error de niña?

—En parte —admite. Se muerde el labio inferior, cerrando los ojos antes de continuar—. Las dos estábamos en el agua cuando mamá se dio cuenta que no estábamos donde nos había dejado. Todo sucedió muy rápido. La corriente me arrastró hacia el alambre de púas, —dice, bajando la mano para rozar distraídamente la cicatriz de su muslo—. Pero la corriente seguía arrastrando a Odina río abajo. Estábamos demasiado lejos, y ella sabía que no podría llegar a las dos a tiempo. —Isa se traga las lágrimas, exhalando mientras

sus ojos se abren—. Tuvo que tomar una decisión imposible. Solo podía salvar a una de nosotras, porque no había tiempo suficiente.

Miro a Isa con los labios fruncidos. No puedo imaginar el dolor de elegir qué niña viviría y cuál moriría.

—Me eligió a mí —susurra Isa, con la voz quebrada por las palabras—. Perdí el conocimiento antes que me sacara, pero Odina dijo que recuerda haber visto a nuestra madre nadar hacia a mí. Recuerda ese momento en el que su propia madre la dejó para que se ahogara, y eso la *persigue*, Rafael.

—¿Cómo sobrevivió? —pregunto, moviéndome para sentarme en la silla y atrayéndola a mi regazo. Sé que necesita mi seguridad tras su confesión, pero primero necesito todas las respuestas. Necesito entender.

—Al parecer, dejó de luchar contra la corriente. Se rindió. Un hombre la sacó un par de minutos después de mí, pero ya se había ido. La revivieron, pero la hermana que yo conocía murió ese día. Mis padres ya han perdido a una hija por mis malas decisiones, y ahora me han perdido a mí también. Por eso tenía que volver a casa, aunque me haya enamorado de ti —susurra, mirándome mientras dice las palabras por primera vez—. Se los debo para compensar lo que hice.

Se acurruca en mí, buscando la seguridad de que la seguiré amando a pesar de lo que debió de parecerle una horrible revelación. No puede ver que era solo una niña. Que la única persona responsable de lo ocurrido era el hombre que la había arrojado al río.

—¿Le contaste a la policía lo del hombre? —pregunto, necesitando la confirmación verbal.

—Por supuesto. Si has visto el informe de la policía, entonces ya debes saberlo —murmura.

#2 Until Forever Ends

Beauty in Lies

—No se menciona nada de esto en el informe, *Mi Reina*. Según ese informe, tú y Odina simplemente se cayeron al río cuando tu madre no estaba mirando. El hombre nunca existió —digo, tomando su cara con las manos mientras me mira fijamente, atónita.

—Pero le hablé al oficial acerca de él. No lo entiendo.

—Parece que el hombre que te tiró al río tenía amigos en las altas esferas. Lo encontraré, ahora que sé la verdad. Te prometo que sufrirá por lo que ha hecho —le digo, inclinándome hacia delante para tocar mis labios con los suyos.

Ella me devuelve el beso, hundiéndose más en mi abrazo mientras una sonrisa agri dulce se apodera de ella.

—¿Porque ese es tu trabajo como mi esposo?

—Exactamente —murmuro contra su boca. Calmando las heridas de su confesión y el dolor que la acompañaba.

Pasaría el resto del día asegurándole que *nada* podría hacer que dejara de amarla.



Con Isa ocupada en la cocina la mañana siguiente, mientras Regina le enseña a hacer *ensaimada* para distraerla de la forma insegura en que había actuado desde su confesión, me retiré a mi despacho. Tomando el móvil de mi mesa, envió un mensaje a Ryker para ponerle al día con la confirmación de que Isa había sido empujada a ese río.

Quiero un puto nombre.

Alejandro entra en el despacho, aprovechando uno de los primeros momentos que había tenido sin Isa en brazos, desde nuestra conversación de la tarde anterior.

—¿Qué quieres? —pregunto, moviéndome detrás de mi escritorio mientras él se encuentra con mis ojos.

—¿Está bien? —pregunta Alejandro tímidamente—. Parece... apagada.

—Al final me contó lo del accidente. Parece que se siente un poco vulnerable después de eso. Creo que es de esperarse, dado que se culpa de lo ocurrido —digo, dejando de contarle más. Sospecho que a Isa no le hará ninguna gracia que otro hombre conozca los detalles íntimos de su vida y lo que para ella es su mayor vergüenza.

Aunque no debía serlo.

Se da cuenta rápidamente. Aclarándose la garganta antes de seguir con sus asuntos, deja caer una foto borrosa sobre mi escritorio, se distingue la cara del segundo hijo de Pavel, quien había sido captado por una cámara de seguridad.

—Maxim fue visto en Barcelona.

—¿Y qué hacía el nuevo heredero de Pavel en España? —pregunto, con una sonrisa en los labios.

—Hizo una visita a tu tío, que llamó para avisarte esta mañana, pero estabas ocupado con *Mi Reina* —dice. Lo estudio mientras pienso en mis opciones. Por mucho que odie admitirlo, Isa no está en condiciones para dejarla sola tan pronto, pero tampoco podía tolerar que Maxim se paseara por mi país sin consecuencias—. ¿Qué vas a hacer?

—Dile a Regina que prepare una maleta para Isa. Nos iremos esta noche —le informo.

—¿Te la llevas contigo? —pregunta Alejandro, levantando una ceja—. De verdad crees que eso es prudente.

—Es seguro, le he puesto dos rastreadores en su cuerpo. Si intenta escaparse, no llegará muy lejos. —Me encojo de hombros sonriéndole, mientras tomo mi móvil del escritorio y le envío un mensaje a Joaquín para que se prepare con un equipo—. Prepara el barco.

Asiente con la cabeza, retirándose de la habitación mientras observo fijamente la puerta y el pasillo. Puede que Isa se sienta vulnerable tras su confesión y se crea una asesina, pero el momento nunca será tan perfecto para empujarla a convertirse en la *Reina* que siempre debió ser.

En cuestión de horas, sabremos si puede manejar al Diablo con el que se había casado.

34

ISA



Ya era tarde cuando el yate de Rafael atraca. Había pasado el viaje tomando el sol junto a la piscina. La plataforma acolchada estaba cubierta de almohadas y es el lugar perfecto para acurrucarse con un libro y un tablero de ajedrez, relajándome con el calor del sol en mi piel. Rafael se sentó en una silla junto a la tumbona que ocupó, con la cara enterrada en su móvil, mientras trabaja frenéticamente para hacer los preparativos de lo que fuera tan urgente que tuvimos que dejar *El Infierno* inmediatamente. De vez en cuando levanta la vista y me sonríe estudiando la estrategia de ajedrez para poder ganarle.

No dice nada sobre el motivo del viaje, pero a pesar del pavor que siento, sé que algo está a punto de ocurrir, no podía concentrarme en esa sensación de premonición que llevo dentro.

Estoy fuera de la isla por primera vez. Podía tener la oportunidad de escapar, y no sabía qué hacer con eso. No podía imaginar mi vida sin Rafael, pero tampoco quería insinuar que todo lo que había hecho estaba bien.

Nada lo está. Pero incluso si lo dejo, nunca podría volver a casa. No cuando es el primer lugar donde él buscaría, así que ¿A dónde iría? También está el pequeño detalle en que había admitido que lo

amo. En el calor del momento, me había parecido lo más apropiado, pero no podía evitar sentir que había entregado mi alma al Diablo con esas palabras.

Esas que usará en mi contra, y me manipulará para convertirme en lo que él piensa que debe ser su esposa. Como si fuera a poseer los últimos pedazos de mí.

No quiero dárselos.

Se mete el móvil en el bolsillo, pareciendo relajado y cómodo con su traje a pesar del calor. Se encoge de hombros cuando se pone de pie y el barco se detiene en el muelle, y extendiendo una mano para ayudarme a salir del salón.

—Deja tu libro —dice—. Esta noche dormiremos en el yate. — Extiendo mis piernas con cuidado para no enseñar a la tripulación mis bragas, dejando que Rafe tire de mí para ponerme de pie. La parte trasera del vestido amarillo es más larga que la delantera, donde se corta perfectamente para dejar al descubierto la cicatriz de mi muslo.

Con mi tatuaje y mi marca a la vista, siento que tengo más cicatrices y marcas en la piel de las que puedo manejar. La tenue silueta de los dientes de Rafe aún adorna mi hombro, y es una suerte que nadie pueda ver las ronchas rosas de mi trasero, de cuando me había azotado con la fusta. Regina me había obligado a ponerme joyas mientras me ayudaba a vestirme, una mezcla de collares, brazaletes de piedras lunares y turquesas, colocados en el cuello y en el brazo izquierdo que no tenía tatuajes.

Nunca había llevado joyas, no porque no me gustaran, sino porque no teníamos dinero para gastar en esas cosas. El metal contra mi piel pica y me resulta incómodo solo porque no estoy acostumbrada. Rafe me lleva a través de la cabina y baja los escalones hasta el nivel inferior de la parte trasera, y entramos en

el muelle del barco. Dos hombres están en tierra, en el otro extremo, saludando a Rafael con sonrisas vacilantes.

—¿Quiénes son? —pregunto, agarrándolo por el codo y apoyándome más en su costado. Aparte de las personas a las que no pudo evitar presentarme, Rafe parece feliz con mantenerme totalmente aislada.

—Mis primos —dice, dirigiendo una suave mirada hacia mí, mientras tropiezo.

—¿Tus primos? —siseo—. ¿Y no se te ocurrió decirme que me ibas a llevar a conocer a tu familia?

—Sabía que te estresarías. Ahora tienes aproximadamente diez segundos de enloquecimiento antes que se acabe. —El tono despreocupado de su voz pone mis nervios aún más a flor de piel, mientras cerramos la distancia acercándonos a ellos—. Isa, estos son mis primos, Sebastián y Thiago —dice—. Esta es Isa. *Mi esposa*. —Ensanchan los ojos brevemente, antes de asentir con sonrisas brillantes, que parecen tan diferentes a la oscuridad que siempre se aferra a Rafe como un manto.

—Es un placer conocerte —dice Sebastián, interviniendo y besando mi mejilla. Rafe gruñe a mi lado, disuadiendo a Thiago de hacer lo mismo.

—Es un placer también —dice, sintiéndome incómoda bajo la tensión de Rafe advirtiéndome a sus propios primos que no me toquen. Pero teniendo en cuenta lo que había hecho cuando le desafié con Joaquín, no estaba dispuesta a sobrepasar los límites y llamarle la atención públicamente por sus estupideces.

—Padre está dentro —dice Thiago, girando sobre sus talones. Sebastián le sigue, mientras Rafe me guía por el camino hacia la casa, un poco más arriba de la colina.

—¿Dónde estamos? —susurro mientras caminamos.

—En las afueras de Barcelona —responde Rafe, dándome una suave palmadita en el brazo.

—Quizá deba quedarme en el barco —digo mientras nos acercamos a la gran villa—. No quiero estorbar.

Rafael se limita a reírse mientras me conduce por las puertas traseras de la casa, guiándome hasta un hombre que está sentado en el salón abierto. Se levanta del sofá, parándose alto y temible.

Ninguno de los miembros de la familia de Rafe se parece a él, ya que su aspecto es claramente heredado del lado de su madre.

—Rafael —saluda su tío, adelantándose para darle una palmada en el hombro, antes que sus ojos se posen en mí. Están llenos de curiosa sospecha mientras me estudia, y solo desvía su atención cuando Rafe se aclara la garganta.

—Tío.

—Maxim vino a decirme que hay que sacrificarte como el perro rabioso que eres antes que arruines la reputación de la familia. Dijo que una mujer te ha convertido en un lunático. —Levanta las cejas mientras su mirada se posa en la mía. Se sienta en la silla, haciendo un gesto a Rafe para que le siga mientras me guía a un sillón—. Así que algo de lo que dijo es cierto. Hay una mujer.

—Esa mujer es mi *esposa*, tío —advierte Rafael, bajando el tono de voz y con una mirada amenazante mientras su mano se aprieta en mi muslo. Trago más allá del nudo que tengo en la garganta, sintiendo la tensión que aumenta en la habitación mientras sus primos se acercan con caras tensas.

35

RAFAEL



La mirada de mi tío se posa en los anillos del dedo de Isa mientras desabrocho la chaqueta de mi traje y me la quito. La cuelgo sobre el brazo del sofá, subiéndome las mangas mientras sus ojos siguen el movimiento. Revelando la tinta en mi brazo y la marca de *Mi Reina* en mi piel, levanta una ceja antes que una sonrisa incline sus labios con vacilación.

—¿Debería sentirme insultado por no haber sido invitado a la boda? —pregunta, y mis primos sueltan un suspiro de alivio antes de tomar sus respectivos asientos en las cómodas sillas contiguas a la suya.

—Él ni siquiera se molestó en invitarme, así que pensaría que no —dice Isa, sonriendo socarronamente en su intento de aliviar lo que queda de tensión. Suelto una carcajada silenciosa a su lado, mientras la cara de mi tío se tuerce de confusión. Cuando ella responde a su desconcierto, con una mirada vacía, él suelta una sonora carcajada y niega con la cabeza.

—Creo que me gusta —dice Sebastián, sonriéndome. Teniendo en cuenta la forma en que le había besado la mejilla a modo de saludo, es valiente hacer esa afirmación. Primo o no, le cortaría la lengua antes de dejarle acercarse a Isa.

—Creo que tal vez deberías abstenerte de hacer esos comentarios —advierte Thiago, sonriendo a sabiendas—. Si no, Rafael podría echarte a los cerdos.

—Dime —dice mi tío, inclinándose hacia delante sobre sus rodillas mientras sus ojos sostienen los de Isa. Ella no parpadea ni se inmuta ante toda aquella atención, aunque debe sospechar que mi familia tiene una trayectoria similar a la mía—. Si él no te invitó a tu propia boda, ¿cómo llegaste a ser mi nueva sobrina?

—Me puso un arma en la cabeza —dice Isa, encogiéndose de hombros como si fuera algo intrascendente, aunque ambos sabemos que no lo es. De todas las cosas que le he hecho, sospecho que mi amenaza de matarla si se negaba a ser mi esposa, es la peor para *Mi Princesa*. Su incapacidad de matarme para conseguir su libertad, significa que había esperado que la amara lo suficiente como para dejarla vivir. Que la dejara ser libre.

Un buen hombre lo habría hecho, pero no soy un buen hombre en absoluto.

Mi tío Andrés se ríe, asumiendo que ella está bromeando. Cuando Isa lo recibe con una mirada inexpresiva, inclina la cabeza hacia un lado y asiente mientras su mirada se posa en mí.

—Siempre has sido un gilipollas, pero esto lo llevas a un nuevo nivel, *sobrino*.

—Podría haberlo evitado si hubiera dado el "sí acepto" por su cuenta, pero *Mi Reina* es terca como un toro. —Me río, retrocediendo cuando Isa me da una palmada en el brazo con un jadeo.

—Eres uno de los que habla, *El Diablo* —dice, con un tono burlón—. Eres el hombre más testarudo que he conocido.

Mis primos observan la sonrisa que consume mi rostro con asombro, sus ojos se posan en la piel rosada de mi brazo desnudo donde Isa me dio la palmada.

—¿Ves lo que tengo que aguantar? Se hace la inocente y mientras tanto me apuñala con los cubiertos.

—¿Cómo esperas que tu esposa te ame si la tratas así? A las esposas hay que tratarlas con dulzura y cariño —dice Sebastián, mirando fijamente a Isa como si pudiera obligarla a ver la razón en sus palabras.

—Hablas como un hombre que nunca ha tenido una mujer apasionada en su cama. —Mi tío se ríe—. No creo que el matrimonio de Rafael sea asunto nuestro.

—*Mi Reina* me ama muy bien —digo, inclinándome hacia atrás y agarrando su barbilla para girarla hacia mí. Me mira con desprecio, se recuesta en su silla y cruza las piernas con delicadeza. Su cicatriz brilla a la luz, y aunque sigue odiando todo lo que representa y el hecho que alguien se hubiera atrevido a hacerle daño, es la marca de una superviviente. La marca de una mujer que ha vivido y se ha adaptado a todo lo que la vida le depara.

Si puede sobrevivir a *El Diablo* en su cama, puede sobrevivir a cualquier cosa.

—Háblame de Pavel —dice Andrés, su rostro volviéndose serio—. ¿Por qué te persigue?

—¿Además del hecho que Rafael está planeando un golpe de estado? —Thiago resopla.

—Me faltó el respeto al meterse cuando no se le llamó. Casi me cuesta a Isa —digo, mirando hacia ella al darme cuenta que no la había presentado a mi tío como algo más que mi esposa.

De todos modos, es la etiqueta más importante.

—Así que mataste a su hijo mayor. —Andrés asiente, como si entendiera la consecuencia. Él también habría hecho cualquier cosa por su mujer, y la perspectiva que alguien se la quitara, sería

suficiente para que hiciera lo mismo. Pasar los veranos con mi tío y mis primos me había mostrado cómo debía ser el amor. Me había hecho darme cuenta de lo retorcido que era el matrimonio de mis padres. Aunque había decidido que el amor no era para mí, no podía dejar de admirar el amor que compartían.

Incluso si había pensado que nunca lo tendría para mí.

—¿Deberíamos hablar de asesinato tan abiertamente delante de la mujer? —pregunta Thiago con una carcajada—. A madre nunca le gusto.

—No tengo secretos con Isa. Ella sabe exactamente quién y qué soy —respondo, dejando caer mi mano sobre su muslo. Puede que no sepa exactamente lo que estaba haciendo cuando me marché, pero un asesino es un asesino.

Le ahorrare los detalles de lo que es tener un corazón palpitante en la mano, pero hasta ahí llegan mis secretos por ahora. Pronto descubriríamos lo que puede soportar.

—Entonces, en lo que a ti respecta, ¿se ha pagado su penitencia? ¿Se dejará a sus otros hijos vivir su vida en paz hasta que llegue el momento de sacar a Pavel del poder? —pregunta Andrés, con la voz entrecortada al pronunciar las palabras. Él ya sabe la respuesta a ellas.

No hay nada que no haga por Isa, incluso borrar de la existencia a toda una estirpe.

—Ya están preparados para morir. Pero el hecho que Maxim viniera aquí lo consolidó —respondo. Isa se calma a mi lado, la confirmación que se avecinan más asesinatos hace aflorar toda su sensibilidad habitual. Pronto la despojaré de ellas de una vez por todas. Ella no vivirá una vida convencional, y la muerte formará parte de su futuro.

—¿Cómo quieres proceder? —pregunta mi tío—. ¿Quieres dejar a Isa con nosotros mientras tú y tus hombres se encargan de él?

—No —digo, volviendo los ojos hacia Sebastián. Me devuelve la sonrisa, siempre poniéndome a prueba y sobrepasando los límites de lo que tolero. Habíamos crecido juntos, casi con la misma edad, y éramos competitivos en los mejores días.

Mi mujer no es una competencia en la que quiera ponerme a prueba.

—Isa vendrá conmigo —digo—. Nos habremos ocupado de Maxim al final del día. —Me pongo en pie, tendiendo una mano a Isa y ayudándola a ponerse de pie. Parece confundida, desconcertada por el papel que podría desempeñar en el asesinato de un hombre.

Todavía no sabe que será ella la que empuñe el cuchillo.



Isa mira por la ventanilla del coche mientras atravesamos Barcelona de noche. Sus ojos trabajan para absorber todos los detalles, memorizando todo lo que ve.

Deseo desesperadamente poder darle el tipo de luna de miel que se merece, una exploración de toda la historia que Europa tiene para ofrecer y que ella adoraría.

Pero hasta que no se resuelva el conflicto con Pavel, solo podía permitirme pequeñas excursiones fuera de *El Infierno*. Solo podíamos aventurarnos hasta cierto punto sin exponernos a la ira

de Pavel. Aunque confío en mis hombres, no la arriesgaría por nada del mundo.

—Te traeré de vuelta para que veas la ciudad en cuanto sea seguro, *Mi Reina* —le digo, apretando su muslo hasta que vuelve su atención hacia mí.

—¿Alguna vez será seguro? —susurra—. Parece que tu vida es peligrosa por naturaleza. ¿Cómo sé que no estaré atrapada en la isla el resto de mi vida?

—Tu felicidad me importa. Te daré todo lo que pueda mientras sea seguro para mí. —Aparco el coche a un lado de la calle, subiendo por la carretera, desde el restaurante donde Maxim agasaja a su conquista de la noche. No tenía forma de saber que la salvaríamos de lo que probablemente sería un destino miserable, y probablemente se traumatizará al ver cómo lo sacan de la calle.

Mientras que Leonid no era más que un asqueroso y mostraba sus colores en cada oportunidad, Maxim es mucho mejor ocultando la oscuridad que lleva dentro. Lleva una máscara, al igual que yo había hecho cuando seduje a Isa.

Solo que no lo hacía regularmente, ni vendía a las mujeres cuando terminaba con ellas.

Guío a Isa fuera del coche, el sonido de sus tacones chocando contra el pavimento mientras nos movemos para apoyarnos en el Mercedes que nos había prestado mi tío. Observo a Maxim a través de la ventanilla, sabiendo que no está consciente del demonio que acecha fuera del restaurante. Esperando a que salga. Joaquín sale del asiento trasero, apoyando su culo en el capó del coche, al otro lado de Isa, mientras observa y espera.

En caso que algo salga mal, tiene órdenes estrictas de poner a Isa a salvo inmediatamente. Pero nada iba a salir mal.

No con la furgoneta llena de mis hombres esperando justo delante del restaurante.

—¿Por qué estoy aquí? —pregunta Isa, su voz apenas es un susurro—. ¿No habría sido mejor dejarme en casa?

Ignoro la sensación que se refiera a la isla como a su casa, y la distinción de no estar seguro que estuviera preparada para afrontarlo por sí misma.

—Estás aquí porque esto es una parte de mí, y no puedes amar una parte de mí sin amar a *El Diablo* también —digo, desviando mi atención del restaurante. Me inclino hacia ella y la beso suavemente, fundiendo nuestras bocas de la misma manera que nuestras almas se sienten combinadas. Solo me aparto cuando Joaquín se aclara la garganta, obligándome a devolver mi atención a donde Maxim y su acompañante se levantan de su mesa.

Él la ayuda a ponerse el abrigo, interpretando el papel de caballero con tanta eficacia que lo habría creído, si no hubiera visto la evidencia de lo que seguiría.

De lo que siempre le sigue a sus citas.

Salen del restaurante, con la mujer riéndose borracha a su lado, demasiado perdida por el alcohol que le ha servido para entender lo que iba

a pasar. Con la mano de Isa agarrada a la mía, la guío hacia el centro de la acera hasta que nos ponemos directamente en el camino de Maxim.

—Hola, Maxim. Bienvenido a España —digo, inclinando la cabeza hacia él con una oscura sonrisa.

Se detiene en seco, sus ojos se abren de par en par por un momento, antes de soltar a su pareja y buscar su arma.

El arma que ya ha desaparecido, aferrada a la mano de la sombra que se mueve sin ser vista. Joaquín me lanza el arma, fundiéndose de nuevo con las sombras junto al coche, mientras observa y espera el siguiente movimiento de Maxim.

La bolsa baja por encima de su cabeza mientras dos de los hombres saltan de la furgoneta, agarrándolo por los hombros y apartándolo de la mujer que se aleja a trompicones aterrorizada. Isa se acerca rápidamente a ella, tocando suavemente sus brazos y frotándolos con un toque tranquilizador.

—Vamos a conseguirte un taxi —murmura suavemente, guiando a la mujer hacia un lado de la calle. Sin importarle en absoluto la gente que la observa desde el interior del restaurante, acepta los euros que le doy y ayuda a la mujer ebria a subir a la parte trasera de un taxi, mientras el conductor la mira desconcertado.

Isa confía en mí para que la proteja de cualquier repercusión que pueda tener el hecho que la reconozcan, que la deje lidiar con la chica inocente de la situación, mientras mis hombres aseguran a Maxim en la parte trasera de la furgoneta.

Una vez que la mujer está de camino a su casa, Isa regresa al coche y se sienta en el asiento del copiloto, mientras Joaquín le mantiene la puerta abierta.

Sonrío, sabiendo que ha tomado la decisión correcta. *Mi Reina* está lista.

36

ISA



El viaje de vuelta a la casa de su tío parece un sueño, una pesadilla hecha realidad. La verdad de lo que había hecho se sienta sobre mí con la pesadez de todo lo que sabía que debía ser.

Había visto cómo secuestraba a un hombre en la calle y, en lugar de indignarme o intentar impedirlo, había metido a la testigo en un taxi y la había enviado a casa. Me había preocupado mucho más por ella que por el hombre que Rafael iba a matar en breve.

Debería haberme sentido consternada por mis acciones. Tendría que haber tenido ese momento de comprensión en el que me di cuenta de lo lejos que había caído de la chica que hacía lo que le decían y que hacía lo que tenía que hacer para que sus padres estuvieran contentos.

¿Qué pensarían ahora de mí?

—Estás muy callada —observa Rafe, mientras sube por el camino de entrada. Seguimos detrás de la furgoneta con Maxim dentro, vigilando las puertas traseras para estar seguros que nada salga mal.

—¿Qué quieres que te diga? —pregunto, jugueteando con mis manos mientras trato de encontrar las palabras para explicar el lío de emociones que se arremolinan dentro de mí—. No entiendo cómo es que esta es mi vida ahora mismo. Debería estar preparándome para ir a la universidad y estudiando hasta el cansancio, no sentada en un coche contigo, mientras conducimos a un sitio de asesinatos.

—Esta es tu vida, porque te enamoraste de *El Diablo* —dice con un tono despreocupado mientras pasa la casa y sigue subiendo la colina. La furgoneta se detiene junto a un cobertizo, mientras nosotros le seguimos. Veo cómo sus hombres sacan a Maxim de la parte trasera de la furgoneta. Con el saco aún colocado sobre su cabeza, lo guían hacia el cobertizo. Rafael se baja del coche, moviéndose para abrir mi puerta y sacarme. Mantengo mi mano entre las suyas y miro hacia la seguridad de la casa.

Su primo dijo que a su madre no le gustaba conocer los detalles, pero parece que Rafe tiene una opinión diferente sobre cómo procederá nuestro matrimonio.

No sabía cómo me sentía al respecto.

—Sabes, los libros siempre dicen que los secuestradores solo te cubren la cabeza si tienen la intención de dejarte ir. Que es cuando no te vendan los ojos o te ponen una máscara cuando tienes que preocuparte que te maten. Ambos sabemos que planeas matarlo, así que ¿Por qué el saco sobre su cabeza? —pregunto, inclinando la cabeza hacia un lado. Me sorprende la repentina y dura realidad de la pregunta. Con el tipo de despreocupación que se produce al discutir los métodos de la muerte de un hombre, en lugar del hecho que no debería ocurrir en absoluto.

—Es desorientador, pero también le hará pensar que pienso liberarlo vivo. Si cree que hay una posibilidad, será mucho más probable que me ofrezca información valiosa a cambio de su vida —murmura Rafe, sacando una goma para el cabello de su bolsillo y asegurando mi cabello en una coleta baja en la parte posterior de

mi cabeza—. Pero no espero que tenga mucha información para darme que no sepa ya por mi contacto ruso.

Me toma de la mano, guiándome hacia el cobertizo mientras me trago el miedo a lo que puedo ver. ¿Podría realmente verle matar a un hombre y aceptarlo? Mi estómago se revuelve con náuseas, mi respiración es entrecortada y pareciera que sale de mi alma en lugar de mis pulmones.

La puerta del cobertizo está abierta mientras nos acercamos, Maxim cuelga de un gancho en el techo en el centro del cobertizo. Con los brazos extendidos por encima de la cabeza, está sin camiseta y solo con los pantalones colgando de las caderas. Inmediatamente tengo la clara impresión que podría haber estado desnudo si no fuera por mi presencia, pero Rafael no quiere que mire la polla de otro hombre.

Por mí, eso está bien. Habría sido como ver las figuras de palo de un niño de cuatro años, después de un Van Gogh. Ya había visto el pináculo de la belleza.

Nada podrá comparársele.

De las paredes cuelgan bastidores con todo tipo de herramientas que no reconocía y que cuelgan de los bordes. Le habían quitado el saco de la cara a Maxim antes que lo colgaran, y su mirada azul pálido se posa en mí, mientras lucha contra la cuerda enredada en sus muñecas. Con un gemido por la tensión en sus hombros, me gruñe y vuelve su atención a Rafael justo cuando suelta mi mano y se acerca a la pared. Estudia las distintas herramientas con aire pensativo mientras lo observo.

—Qué bueno que me traigas un bocadillo, *Diablo* —dice Maxim, con la voz tensa a pesar de la bravuconería. Su mirada se posa de nuevo en mí, y de repente deseo tener más ropa puesta. El vestido amarillo se siente demasiado femenino para estar en un cobertizo

lleno de herramientas de tortura. Me parece demasiado revelador para tener a una víctima de asesinato mirándome con lascivia.

Rafe elige un bate de la pared, se gira repentinamente y lo blande con todas sus fuerzas hasta que conecta con el estómago de Maxim, con un fuerte crujido de huesos. Maxim gime mientras se balancea de un lado a otro de la habitación, con las cadenas tintineando sobre su cabeza. Rafe vuelve a blandir el bate, golpeando la parte posterior del hombro de Maxim. Veo cómo se disloca, el brazo se abre de la articulación del hombro mientras él grita.

—Este es mi puto bocadillo —advierte Rafael, su voz más profunda y amenazante. *El Diablo* juega en la superficie de su rostro, sus ojos multicolores brillan alegremente mientras tortura a su enemigo. Me trago la bilis que tenía en la garganta, intentando recordar que no sabía de qué es capaz el otro hombre. Por lo que sé, podría ser un asesino.

Pero también lo es Rafael.

Las líneas del bien y del mal son tan borrosas para él, que lo único que puedo hacer es imaginar que es él quien cuelga de las vigas mientras un enemigo lo tortura.

—No puedo hacer esto —susurro, atrayendo los ojos de Rafe hacia mí.

Acorta la distancia entre nosotros y levanta una mano para acariciar suavemente mi nuca. Traza círculos relajantes sobre la piel, trabajando para calmarme mientras su frente toca la mía y esos ojos brillantes bailan delante de mi cara.

—Tú puedes —dice, tranquilizándose—. ¿Quieres ser un peón en los juegos de los hombres? —Hace una pausa y su mano se mueve para rodear la parte delantera de mi garganta—. ¿O quieres ser *Mi Reina*?

Mirándole fijamente, trago mientras me muerdo el labio. La indecisión se agita en mi interior. A pesar de sus presiones, este es el momento en el que Rafael me deja elegir. Me deja decidir esta cosa sobre mi futuro, y estoy tan cansada de ser un peón en los juegos que otros juegan.

Quiero ser una maldita *Reina*.

Me ahogo en el impulso de huir, asintiendo ligeramente contra su cara. Cuando se asegura que estoy lo suficientemente estable, tira el bate a la mesa del borde del cobertizo y toma un lazo de alambre de púas de la pared. Mi corazón tartamudea cuando lo desenrolla, envolviendo la longitud alrededor del estómago de Maxim tres veces.

—Toma el corta alambres —ordena, atrayéndome a su juego. Asiento con la cabeza, moviéndome hacia la pared y tomándolo del gancho donde cuelga. Me detengo justo antes de llegar a él, dudando solo un momento y luego cortando el alambre en el lugar que Rafe indica. Agarra la cola del alambre con las manos, ignorando la forma en que las púas le desgarran la piel de las palmas y tira con fuerza hasta que se clavan en la piel del estómago de Maxim.

Mi mano baja involuntariamente a la cicatriz de mi muslo, sintiéndome más vulnerable con el recuerdo del dolor que me había desgarrado la pierna cuando era niña. Las costillas rotas y el hombro dislocado son dolores que no conocía. Son dolores que, con suerte, nunca entendería. El alambre de púas es algo que entendía.

Rafael vuelve a tomar el bate y lo golpea contra el alambre que envuelve el estómago de Maxim, hasta que las púas se hunden profundamente y su piel se torna de un rojo furioso, mientras la sangre brota de las heridas. Sus ojos se encuentran con los míos mientras me obliga a contener mi horror, y luego desaparece por la parte trasera del cuerpo de Maxim.

—Normalmente no me gusta que mis víctimas estén tan sometidas. Es mucho más entretenido cuando *luchan*. —gruñe, el sonido del bate golpea contra el hueso resonando en el cobertizo—. Pero no creo que mi Isa esté preparada para eso.

—Vete a la mierda —gime Maxim, sacudiéndose contra las ataduras con su brazo bueno, cuando Rafael deja caer el bate sobre la mesa. Saca lentamente un largo cuchillo de caza de la mesa, agarrándolo de manera que la hoja quede hacia afuera. Camina alrededor del cuerpo de Maxim, arrastrando el filo del cuchillo a través de su carne y dejando un rastro de sangre en una línea alrededor de su estómago. Cuando da un paso hacia el frente de Maxim, mira al hombre que se desploma hacia adelante.

—¿Debo decirle a mi *esposa* cómo te gusta vender niños como esclavos sexuales? —pregunta Rafael, derribando la duda que tenía sobre mi participación en su crimen—. ¿Cómo te gusta que tus hombres preñen a las mujeres para poder arrancarles los bebés de los brazos mientras gritan? —Bajo la mano para tocarme el estómago, mis dedos se enroscaron en la suave carne. Al niño que será inevitable dada la determinación de Rafe de dejarme embarazada. Pensar en que alguien me lo quite es inimaginable, incluso si no hubiera pensado que quería tener hijos.

Mataría a cualquiera que lo intentara.

Rafael se vuelve hacia mí, con algo bailando detrás de sus ojos, de lo cual estoy segura que no llegaría a disfrutar.

—Muéstrame tu oscuridad, *Mi Reina* —murmura, haciendo eco de las palabras que me ha dado cuando me dio la oportunidad de recuperar mi libertad. La oportunidad de apuñalarle en el corazón y alejarme de la vida de muerte y destrucción que me ofrecía. Viene, colocándose detrás de mí. Sus manos empapadas de sangre me rodean, envolviéndome en su abrazo mientras levanta mi mano para rodear la empuñadura del cuchillo.

Con la respiración atrapada en mis pulmones, la sangre de Rafael del alambre de púas cubriendo mi piel. Levanta mi otra mano, envolviéndola alrededor de la empuñadura y cubriéndome con su enorme agarre. El hombre que cuelga frente a mí observa el cuchillo, arrastrando los ojos hacia arriba para mirarme mientras ladra una risa aguda.

—*El Diablo* ¿Ahora dejas que el coño de tu mujer te haga el trabajo sucio? —pregunta, resollando mientras intenta respirar por el dolor del casi desmembramiento. Su estómago se hunde como si la piel estuviera a un solo corte de partirse en dos.

Niego con la cabeza mientras Rafe da el primer paso hacia delante, acercándome cada vez más al hombre que quería que matara.

—Yo no soy tú —susurro.

—Tienes razón —murmura Rafael en mi oído cuando nos detenemos. Uno de sus hombres que ha estado al acecho en la puerta del cobertizo, coloca una silla de metal bajo el cuerpo de Maxim mientras Rafe asiente, otro trabaja para bajar las ataduras hasta que cae en la silla con un ruido sordo. Con él sentado en la silla frente a mí, Rafael me hace avanzar unos pasos más, mientras Joaquín se coloca detrás de la silla de Maxim y le sube los brazos por encima de la cabeza. Sujetándolo, mientras Rafe guía mis manos para alinear la hoja a la izquierda del pecho de Maxim y paralela al suelo—. Eres *Mi Reina*.

Me ayuda a deslizar el cuchillo hacia adelante lentamente, la punta atravesando la resistencia de su piel, mientras Maxim gime. Una visión de los ojos de Rafael me devuelve la mirada, enmarcada en el rostro redondo de una niña, mientras pienso en todos los niños que había arrancado de sus madres. Mis manos se deslizan lentamente hacia adelante, hundiéndose en la carne, mientras Maxim me mira con asombro y sostiene mi mirada. Golpeo el hueso,

su costilla bloqueando el camino mientras Rafael me desplaza más abajo, y me ayuda a deslizarme entre sus costillas.

Los ojos de Maxim se aflojan mientras avanzo perforando lentamente su corazón con el cuchillo. Veo como la vida se desangra de sus ojos, su cabeza cae hacia adelante mientras su último aliento sale de sus pulmones.

Dejo de agarrar la empuñadura y vuelvo a tropezar con el cuerpo de Rafe, que me atrae hacia sus brazos y me sostiene la cabeza contra su pecho.

—Ahí está *Mi Reina* —murmura suavemente, balanceándose de un lado a otro conmigo en su agarre, mientras tomo su camisa con mis manos empapadas de sangre y lloro.

Por la chica que había sido. Por la chica que nunca volvería a existir.

El Diablo había renacido en llamas. *Mi Reina* había renacido en el agua.

Pero nuestro amor había nacido en la sangre.

37

RAFAEL



Isa se queda en silencio mientras la guío hacia el Mercedes, tomando el camino hacia el muelle. Le doy el poco tiempo que sé necesita para procesar, sabiendo muy bien que la empujaría y la sacaría del caparazón de su mente en cuanto estuviéramos a bordo. La guío fuera del Mercedes, llevándola al interior del yate sin palabras. El camarote de la habitación me llama y la meto en el a toda prisa.

Ni siquiera echa un vistazo a las elegantes líneas blancas del camarote principal, mientras la guío a través de él hasta el lujoso baño. El mármol blanco y negro del cuarto de baño es impresionante. Abro la ducha y ayudo a una silenciosa Isa a quitarse el vestido manchado de sangre.

—Lo he matado —susurra mientras desato el nudo del vestido. Se desprende de su torso, revelando los suaves contornos de su cuerpo con el encaje blanco que le había preparado antes de salir de *El Infierno*. Le quito los tirantes de los hombros, dejando que la tela se acumule a sus pies. Con las partes más íntimas de ella ocultas en la inocencia del blanco y las sandalias negras de tacón en los pies, habría estado impresionante solo con esas cosas.

Pero la sangre que se seca en sus manos llama a *El Diablo* que llevo dentro, queriendo verla bañada en ella. Toco con una mano el blanco de su sujetador, dejando una marca roja en la tela.

—Lo hiciste —acepto. Aunque puede que ella haya empezado por mí, llevándola en el viaje, presionando el cuchillo contra el corazón de Maxim, el final había sido todo de Isa.

Ella solo había dado el golpe de gracia.

Se estremece cuando le paso una mano por la espalda, le desprendo el sujetador y se lo quito. Se pone de pie cuando me arrodillo a sus pies y le quito los tacones uno a uno, deslizando mis manos por sus piernas y dejando un rastro de rojo hasta que agarro sus bragas y la bajo por los muslos. Me mira sin comprender, perdida en la realidad de lo que había hecho.

Se refugia más en su caparazón a cada momento que pasa.

Me levanto y me quito rápidamente el traje y los zapatos hasta quedar tan desnudo como Isa. La guío a la ducha y dejo que el agua la devuelva al momento. Me ubico frente a ella, tomo sus manos entre las mías y trabajo para lavar la sangre de su piel, aunque me guste que esté allí.

Ella ve cómo el agua se enrojece mientras fluye hacia el desagüe, y solo después que mis manos están libres de sangre, la agarro por la barbilla y levanto su cara hacia la mía. Me inclino hacia delante, acariciando sus labios con los míos, mientras la obligo a volver a mí. Que acepte lo que es, porque yo sí lo hago.

Si puede amar al *Diablo*, entonces puede amar a la *Reina* que lo completa.

Se abre para mí, dejando que la introduzca y la consuma con mi beso. Le lavo el cuerpo y el pelo cuando dejo de besarla, y luego la saco de la ducha y seco su cuerpo. Después de secarme, la levanto en mis brazos y la llevo de vuelta al dormitorio, tumbándola debajo

de mí mientras me inclino hacia su espacio y apoyo mi peso en los codos.

Me mira fijamente a los ojos, con una mirada única y pesada.

—Me has convertido en un monstruo —susurra—. Debería rogarte que me dejaras ir. Debería querer alejarme de ti, aunque sea para salvarme.

Deslizo una mano por el lado de su pelo mojado, pasando el pulgar por su pómulo mientras le sonrío.

—Me dejaste entrar en ti —murmuro—. Tomé tu inocencia y te corrompí. Te hice mi cómplice y te hice mía. ¿Crees que podrás liberarte de mí después de todo eso? —pregunto, inclinándome hacia delante para besarla suavemente mientras los últimos pedazos de la chica que había sido se rompen bajo mi mirada—. Soy dueño de tu alma, *Mi Reina*, y me la diste por voluntad propia.

Coloco mis caderas entre sus piernas para que se abra más para mí, deslizándome dentro de ella lentamente y observando cómo su rostro se enciende de placer mientras la lleno. Gime ligeramente, mordiéndose el labio y atrayendo mi atención hacia ella. Cuando mi polla llega a su cuello uterino, me rodea con las piernas y me acerca. Envolviéndome en sus brazos, acepta la verdad de mi posesión.

En este momento es totalmente mía, como no lo había sido antes. Baila con el Diablo a la luz de la luna, levantando sus caderas para encontrarse con las mías mientras le hago el amor con lentos y duros empujones dentro de ella.

—Te amo, *Mi Reina* —murmuro, observando cómo sus ojos se iluminan con la confesión en el momento en que la siente.

El momento en que siente la verdad de las palabras y comprende que quiero decir algo más, porque las palabras nunca serán suficientes para lo que nos une.

Sus dientes se hunden en su labio inferior y su rostro se suaviza mientras considera las palabras:

—Yo también te amo, *Mi Diablo* —susurra, estirando la cabeza para capturar mi boca con la suya. Me inclino hacia ella, dándole más peso mientras mis embestidas se vuelven más duras. La tomo con fuerza y profundidad mientras gime en mi boca. Sus uñas recorren mi espalda, arañando mi piel mientras le muerdo el labio.

Se corre gritando su orgasmo contra mi boca mientras la follo, observando cómo baja de la euforia. Cuando se calma y me mira fijamente, mientras me muevo dentro de ella, me pongo de espaldas y nos mantengo conectados. Ella se levanta sobre mí, cabalgándome lentamente mientras mi propio orgasmo se vislumbraba en el horizonte.

Viendo a mi mujer, *Mi Reina*, mover sus caderas sobre mi polla, mientras sus pechos rebotan con el movimiento, decido que nunca ha habido una visión más sexy. Que cuando muera, está será la imagen que se me quede grabada en la cabeza: su rostro mirándome desde abajo de la cortina de cabello mojado, sus manos apretadas contra mi pecho y sabiendo que solo momentos antes habían estado empapadas con la sangre de mi enemigo.

Ella lo es todo.

Me corro dentro de ella con un gemido ahogado cuando se inclina hacia delante y toma mi boca con la suya, haciéndome llegar al clímax, mientras su coño se contrae a mi alrededor con su segundo orgasmo y ordeñando el semen de mis pelotas.

Se desploma contra mi pecho, con su cuerpo agitado por el esfuerzo. Dormirá todo el camino a casa, pero primero tendremos que salir de la cama y despedirnos de mi familia.

Luego volveremos a casa, con Isa como mi esposa dispuesta por primera vez, y no como mi cautiva.



Isa charla con mi tía en la cocina mientras mis primos, mi tío y yo discutíamos lo que había hecho con Maxim. Estaban muy en desacuerdo con mi insistencia en involucrarla en la violencia, pero no se puede negar que ha sido exactamente lo que ella necesitaba para entenderme mejor.

Para conectar las dos mitades del hombre con el que se ha casado.

No me arrepiento de nada, ni siquiera de ver la cara de frustración de mi tío cuando no puede obligarme a entrar en razón. ¿Traería a Isa cada vez que necesitara matar a alguien?

Por supuesto que no. Pero ahora sé que es capaz de protegerse ella misma. De proteger a nuestros hijos cuando lleguen. Ella haría lo que fuera necesario para salvarlos.

—Tengo que llevar a Isa a casa —digo, mirando el reloj para ver la hora. Necesita dormir y ya es más de medianoche. Miro hacia la isla de la cocina, donde había estado sentada hablando con Martina, y veo que ya no está. Con el ceño fruncido, me levanto y me dirijo a mi tía—. ¿Dónde está Isa? —le pregunto.

—Ha ido al baño hace unos minutos —dice, señalando con el dedo el pasillo. Sigo su mirada, doblo la esquina y veo a Isa inmediatamente.

Está en el pasillo, con un marco de fotos en la mano que ha arrancado de la pared. Frunzo el ceño y me acerco a ella mientras parpadea con algo parecido a la sorpresa.

—¿Conoces a este hombre? —pregunta, su voz apenas en un susurro, mientras señala al único hombre de la foto. Está con mi madre y conmigo, uno de los únicos retratos de nosotros como familia antes de su muerte.

Después de su muerte, me deshice de todas las pruebas de él en mi casa. No quería saber nada de Miguel Ibarra. No quería volver a mirar su cara.

Entonces, ¿por qué Isa parece haber visto un fantasma?

—Ese es mi padre —admito, tomando la foto de sus manos. Me quedo mirando la sonrisa vacilante de mi madre, los signos del maltrato que ya había empezado a sufrir a manos de mi padre, cuando su cordura se desvanecía y se perdía en la intensa paranoia que lo consumía. Nunca había sido un buen hombre ni un buen marido, pero había cosas malas y otras peores.

—¿Tu padre? —gime.

Vuelvo a colgarlo en la pared, volviéndome hacia Isa cuando me doy cuenta que no se ha movido más que para mirar el cuadro mientras sus mejillas se humedecen con repentinas lágrimas.

—¿Princesa? —pregunto, tomando su barbilla con un delicado dedo y obligándola a mirarme—. ¿Qué pasa?

Hay una pausa mientras me mira fijamente, parpadeando las lágrimas que la consumen. Su respiración se vuelve agitada, como si estuviera atrapada en una pesadilla despierta.

—Es él —susurra—. Ese es el hombre que me tiró al río.

Sobre La Autora

Adelaide vive en su pequeña casa con su esposo y sus dos revoltosos hijos. Cuando no los está persiguiendo a los tres y a su perro por toda la casa, dedica todo su tiempo libre a escribir y a aumentar el cúmulo de tramas almacenadas en su estantería y en su disco duro.

Siempre quiso escribir, y lo hizo desde que tenía diez años y escribió su primera novela de fantasía. La temática ha cambiado a lo largo de los años, pero esa pasión por la escritura nunca desapareció.

Tiene formación en Psicología y trabaja con caballos, pero Adelaida comenzó su aventura editorial en febrero de 2020 y nunca miró atrás.